

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

NOTICE: Return or renew all Library Materials! The *Minimum Fee* for each Lost Book is \$50.00.

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.
To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

APR 06 1989

AUG 09 1989

FRANCISCO SILVELA



Artículos - Discursos
Conferencias y Cartas

Tomo III

MATEU
ARTES GRÁFICAS - S. A.
MADRID 1923

FRANCISCO SILVELA

Artículos,
Discursos, Conferencias
y Cartas

NOTAS DE FÉLIX DE LLANOS Y TORRIGLIA

TOMO III

MADRID
MATEU ARTES GRÁFICAS, S. A.
Paseo del Prado, 34

1923

*Reservados los derechos
de propiedad.*



SILVELA en el último año de su vida
1905

946.07
81372
V 3

PARTE TERCERA

(Años de 1899 a 1905)

Desde el Gabinete de 1899 hasta el fallecimiento

(Comprende el final de la Regencia y los primeros años
de la mayoría de Alfonso XIII.)

ADVERTENCIAS

1.^a Para evitar confusiones, las llamadas de citas y anotaciones, cuando sean del autor, irán indicadas con números; cuando lo sean de esta colección, con asteriscos.

2.^a Las indicaciones de *aplausos* o de otras manifestaciones del auditorio, en conferencias o discursos, se han reproducido, si las había, de los textos ya publicados.

3.^a Se han deslizado dos erratas importantes:

En la página 41 (segundo epígrafe), donde dice «En la primera reunión de las *minorías* parlamentarias, debió decir: «de las *mayorías* parlamentarias».

En la página 263 (nota primera) sobra la frase entreparéntesis «(que luego insertamos)».

Indice general

PARTE TERCERA

Páginas

I. — *Silvela, jefe* (1899-1903):

Nota preliminar.....	11
Alocuciones al partido.....	41
El Congreso Hispanoamericano.....	92
La cuestión de Marruecos.....	98
Los sombreros en el teatro.....	121
El catalanismo y sus alivios.....	123
Los partidos políticos.....	139
El catolicismo y Spencer.....	177
Larra.....	182
Los dos caminos.....	197
A los obreros malagueños.....	207

II. — *Silvela, retirado* (1903-1905):

Nota preliminar.....	219
Testamento político de Silvela.....	239
Por qué no firmó el Tratado de 1902.....	257
La enseñanza obrera.....	266
El último discurso. Homenaje a Echegaray.....	283
Las corridas de toros en domingo.....	294

ENSAYO DE UNA HISTORIA DE LAS IDEAS ETICAS

EN ESPAÑA

(Conferencias en 1904-1905)

Advertencia del compilador.....	305
La moral dogmática y la moral crítica.....	315
Afirmación de los fundamentos y del progreso de la idea moral.....	336

El sentimiento de lo absoluto y lo eterno, derivados de la moral individual y la moral social	357
Las grandes escuelas éticas y el concepto religioso	376
La actualidad ética. Kant, Hegel, Comte, Littré, Spencer	398
Nietzsche, como última manifestación del evolucionismo ético. Síntesis del momento actual.....	411
Preliminares de la Historia de la Etica en España. Las ideas éticas de los moralistas grecorromanos de la decadencia	431

A P E N D I C E S

1.º Obras no incluidas en esta colección.....	457
2.º Biografías y necrologías	462

I

Silvela, Jefe (1899-1903)

CONTIENE:

- 1.º *Nota preliminar.*
- 2.º *Alocuciones al partido.*
- 3.º *El Congreso Hispanoamericano.*
- 4.º *La cuestión de Marruecos.*
- 5.º *Los sombreros en el teatro.*
- 6.º *El catalanismo y sus alivios.*
- 7.º *Los partidos políticos.*
- 8.º *El catolicismo y Spencer.*
- 9.º *Larra.*
10. *Los dos caminos.*
11. *A los obreros malagueños.*

(Para la paginación, véase el índice general.)

Nota preliminar

Más que en las precedentes, la sobriedad se impone en las *Notas* de este tomo. De un lado, el abundante original habla por sí; de otro, miramientos de delicadeza y consideraciones múltiples, enlazadas con deberes de vario orden, que se acrecientan a medida que la época relatada es más próxima y de mayor relieve la figura de Silvela, restan libertad a la glosa y retienen en sus legajos documentos que todavía no es sazón que se incorporen a la historia de España. Ciñámonos, pues, a aquellos esclarecimientos estrictamente indispensables para evocar el recuerdo del período en que los trabajos insertos se produjeron y a aquellas apostillas que eviten al lector descifrar alusiones y compulsar textos y citas. Aun así, robaremos al texto más espacio del que queríamos. La materia es mucha.

Innecesario es, casi, recordar cuál era la situación del país, exangüe, atontado, recientemente mutilado, al encargarse Silvela del Poder. Todo tino fuera poco para tratar al enfermo; tanto había que huir del desmayo como de la convulsión; si alarmaba la paroplejía de los miembros inferiores, no eran menos graves los síntomas de delirio que, con apariencias de inspiraciones salvadoras, aparecían en actos y palabras de quienes en el cuerpo social hacían veces de brazos y cabeza. Militarismo, regionalismo, funcionarismo, laicismo, mercantilismo, politiquismo —acaso con decir “egoísmo de todos los colores” diríamos bastante —toma-

ban aire y disfraz de redención nacional. Y la perpleja masa tan pronto suspiraba por el recetario que pregonaban desde sus tribunas ambulantes los improvisados saludadores de las Cámaras de Comercio, con drogas para todos los males, como por los cáusticos del *Capitán Verdades* (que salpicaban de ronchas y habones la piel de la Administración militar), por las sinceras cuanto honradas, aunque imprecisas, fórmulas de Polavieja, o por las virulencias radicales de unos partidos extremos, a los que sobraba de alborotadores cuanto les faltaba de revolucionarios. Pero a lo que casi nadie, entre los movedores de opinión, parecía predispuerto era a la cordura, ni al sacrificio del más desmedrado recental del rebaño en el común altar de los holocaustos.

Valor de ejemplo con tal orientación tuvieron —aunque luego discutiendo con Romero Robledo pretendiera modestamente Silvela reducir el alcance de la medida a mera equiparación del cargo de Ministro con los demás empleos, carentes de todo haber pasivo mientras no llega trance de jubilación— el acuerdo adoptado en el segundo Consejo celebrado por el nuevo Gobierno suprimiendo, para lo sucesivo, las cesantías de los Ministros, y la renuncia que de las suyas respectivas hicieron a la vez el Presidente del Consejo y el Ministro de Hacienda. Tal significado, por lo menos, dieron al caso Canalejas, Gamazo y Maura, únicos ex-Ministros que imitaron el proceder. Gamazo escribía a Silvela: “No es el provecho material sino el efecto moral lo que se trata de asegurar. Interesado como quien más en la obra de reparación a ustedes encomendada, y persuadido de que será imposible si todas las clases sociales no colaboran en ella con abnegación y patriotismo, me apresuro a ofrecer al Tesoro la cesantía que disfruto”. Y Maura, afirmando ver en la supresión “antes que una economía, un ejemplo precursor de muchas determinaciones austeras”, adoptaba igual determinación que su cuñado, porque, a su entender, “carga natural de las dignidades es la predicación con obras, y no creo que deba ser —concluía— privativo del Gobierno y de sus adeptos políticos este comienzo que aplaudo”. Pero no enfocaron de igual modo la determinación los demás ele-

mentos militantes en política. Golpe teatral, satisfacción a gritos de mezquindad y envidia de cuatro publicistas, populachería; de todo ello fué tachado el acuerdo. Hasta el un tiempo ecuaníme periódico EL CORREO sostenía que la renuncia era un lujo y que si se lo permitían ciertos personajes era porque tenían fortuna personal: “media docena de perros chicos que se merme en su jornal de todo el año a un albañil le causará más extorsión que a los Sres. Silvela y Villaverde dejar de percibir sus 30.000 reales de cesantía con descuento”. ¡Buena atmósfera la que se iba formando para cuando pronto llegase la hora de exigir quebrantos a rentistas y contribuyentes! Satirizado y no agradecido el gesto de los de arriba, quedaron los criticones en más despejada libertad para alentar a los de abajo en toda resistencia a aliviar las cargas nacionales.

Si por este lado las baterías amenazaban desde un principio los arbotantes que se empezaban a fabricar para apoyo de la reconstrucción de España, no sufrían menos el destrozo del fuego enemigo los castillejos y baluartes con que Silvela quiso rodear la fortaleza conservadora, pensando con ello garantizarla mejor: Polavieja y Durán y Bas, en vez de servir de defensas exteriores, eran dos reductos más a cuyo amparo había que acudir para que por ellos no se colara el enemigo. Desde que, al presentarse el Gobierno en las Cámaras, Blasco Ibáñez, sacando partido de que el Gabinete hubiera oído la Santa Misa en la capilla de la Presidencia del Consejo, propuso irónicamente que “para saludar dignamente a los nuevos Ministros, la Cámara rece un rosario”, y desde que el nombramiento del Dr. Robert para Alcalde de Barcelona, hecho a los pocos días de jurar, se entendió concesión arrancada a Silvela por los catalanistas, el enredo del *vaticanismo* y del *regionalismo* hubo de liarse a los pies del Gobierno embrazando su marcha con todos los tópicos y preocupaciones que de tales supuestos se derivaban. En vano la actitud de la mayoría de las nuevas Cortes cuando se trató de la admisión de Morayta, y la de las autoridades barcelonesas frente a los desenfrenos del bullicio separatista —que culminaron más tarde con ocasión de

una visita de la escuadra francesa— pusieron las cosas en su punto. Ya estaba forjada la leyenda; así como para la musa popular Pepe Botella, desde que pasó la frontera, vino tuerto y borracho, para los crédulos lectores de la Prensa callejera, el Gobierno Silvela, desde que tomó posesión, y a despecho de la significación histórica de su jefe, fué un Gobierno neo y poco menos que disolvente de la nacionalidad (1).

El Presidente, sacudiéndose como podía de tan artificiosas

(1) Esta preocupación ganó ánimos ya tan reposados como el de Castelar. Su última carta a Silvela, fechada el 9 de Abril de 1899 (falló el 25 de Mayo), lo revela. Así decía: “Querido amigo: El día de mi Santo recibí de buena mañana su cariñosa felicitación, augurio de buena ventura. Cualesquiera que sean las diferencias entre nuestros dogmas políticos, esto no empece a la mutua estimación de nuestras personas. Yo siempre avalaré su ingenio en mucho y nunca desistí del alto concepto merecido por usted en sus discursos y obras. Pero los aditamentos sumados hoy a su historia, me hacen temer una reacción regionalista y vaticanesca, la cual reabriera el período revolucionario de que nos hemos ahuyentado con el esfuerzo mayor de la política contemporánea y con la perseverancia en este gran esfuerzo. Si alguna vez el temor al retroceso me ha inspirado una frase dura, crea que no significa hostilidad a su persona, sino a las pasajeras circunstancias porque ahora atravesamos. Créame usted tan enemigo de la política sin políticos como de los políticos sin política. La *conservación* me tendrá a su lado siempre; la reacción, enfrente. Así, créame usted su amigo sincero y no dude, no, de mi amistoso afecto a su persona y de mi constante admiración a su ingenio. Suyo, del alma, *Emilio Castelar*”. Con tal predisposición de espíritu, no es extraño que, cuando veinte días antes de su muerte, visitaron al tribuno Moya, Sol y Ortega, Pérez Costales y otros para entregarle un mensaje de adhesión pronunciara su postrer discurso vaticinando otra Revolución de Septiembre, si no se cambiaba de rumbo. Fué aquel en que exclamó: “Jóvenes, oíd a un viejo a quien oían los viejos cuando era joven”.

Por cierto que el entierro del orador insigne, desde sus preparativos en el preámbulo del decreto redactado por Silvela —cuya frase alusiva a “su honrada pobreza” molestó a la familia, que rechazó que el Estado pagase los gastos— hasta la minucia de si los Generales habían de asistir o no de gala, fué un pretexto más para liberalescos escarceos.

campañas, no apartaba por ellas su pensamiento de más altos deberes. La redención de los cautivos y la evacuación definitiva de Filipinas (triste hijuela para pago de deudas, legada por la situación anterior); los tanteos previos para conseguir de las Cámaras una autorización que permitiera publicar en breve su proyecto de Código penal (1), y la preparación de la obra económica, fueron en un principio sus predominantes atenciones. Encauzada la primera por los lentos pero inexcusables trámites de la negociación diplomática; pospuesta la segunda forzosamente a la conveniencia de no dar pretexto a las oposiciones para simular provocaciones liberticidas, supeditó Silvela todos los pristinos empeños de Gobierno al transcendental de liquidar económicamente el pasado y asentar sólidamente, para el porvenir, la Hacienda nacional. Con tal mira, hizo eje de su conducta como jefe de Gabinete el apoyo resuelto, perseverante, con constancia que sólo se plegaba pasajeramente ante insuperables demandas de la realidad, al pensamiento financiero de su Ministro de Hacienda, Villaverde. Por no amoldarse Polavieja a la cifra que en Presupuestos dejaba aquél para Guerra, salía el General en Septiembre del Ministerio; por disentir del titular de Hacienda en varios aspectos de la política fiscal, en relación con Cataluña (concierto económico, entrada de la autoridad en los comercios de los contribuyentes morosos, etcétera), fué preparándose la dimisión de Durán y Bas, a la que, al cabo, daría ocasión ostensible en Octubre una divergencia con Silvela sobre el proyecto de descentralización administrativa, redactado por éste, y que no satisfacía las más amplias aspiraciones

(1) No revelamos ningún secreto consignando aquí, por ser de justicia, cuánto colaboró en esta obra el sabio tratadista de Derecho penal, hermano del Presidente, D. Luís Silvela. Ambos tenían puestos en el proyecto sus amores. Durán y Bas, por su parte, se brindó a sacarlo adelante, en el Consejo de Ministros de 15 de Marzo de 1899, mediante una autorización legislativa. Pero se complicó luego en el asunto el meticuloso temor de las izquierdas acerca de las intangibles libertades. Y España sigue rigiéndose por el Código de 1870, retardado todo progreso en la materia por no tocar al Código de los progresistas.

del juriconsulto catalán. Así, pues, del complejo Gobierno de Marzo no quedaba ocho meses más tarde nada que no estuviese identificado absolutamente con el primer Ministro. Y éste, que deploraba el sacrificio de aquellos matices con que se complació en colorear los albores de su política reconstructora, dábalo, no obstante, por bien empleado si una mayor unidad de miras permitía a Villaverde desarrollar rápidamente su plan de saneamiento del Tesoro y encauce del desbordado Presupuesto.

Pero, ¡cuántas añagazas y resistencias, desde los cepos y celadas de las travesuras partidistas hasta las honradas defensas de inevitables lesiones al interés privado, hubo todavía que sortear y vencer! En las Cámaras, a cuyas mayorías dirigió Silvela, antes de reunirse, el discurso que en extracto encabeza esta Sección, el bizantinismo tradicional no daba muestras de escarmiento; la emboscada, la zancadilla, el expediente dilatorio, las invectivas personales (1) seguían gozando su eterna juventud atravesándose a la obra del Gobierno, más resistida que analizada. Sobre todo, desde que Villaverde hizo público que ligaba su vida ministerial a la aprobación de su labor no se pensó más que en actuar sobre su ingenua y simpática nerviosidad, cosquilleándole con rémoras e irritándole con aplazamientos, para ver si saltaba de su poltrona llevándose consigo la más marcada significación del Gabinete. Y, a la par, el rentista que clamaba por su cupón mermado en una de las primeras leyes votadas; el malestar obrero, acentuado con

(1) La más ruda de éstas contra Silvela la deshizo él en una interrupción. Menospreciaba Romero Robledo la renuncia, hecha por el Presidente, de su haber de cesantía, y decía. "El primer sacrificio que pueden hacer los que manejan los negocios públicos es el de sus productivos bufetes. El que es hoy Presidente del Consejo volverá, al salir del Gobierno, a la santidad de su hogar y al cuidado de su bufete". Silvela interrumpió: "No volveré". Días después, en el discurso de contestación al de ataque, ratificaba el propósito: "Yo debo calmar a su señoría —concretaba— manifestándole que, como jefe de partido, y desde que lo soy, me considero en situación de no poder ejercer esa profesión de abogado que a S. S. inquieta."

las restricciones de producción que trajo consigo la pérdida de los mercados coloniales (malestar para el cual no eran proporcionado lenitivo las felices iniciativas de Dato, desde Gobernación, con sus proyectos sobre accidentes y sobre trabajo de mujeres y niños); el amor propio militar, ajado y excitado por los procesos depuradores que, azuzados por el susodicho *Capitán Verdades*, revolvieron vergüenzas e inmundicias de la Administración castrense; las industrias, que se sentían acogotadas en su desenvolvimiento por la nueva contribución de utilidades; todo, además, cuanto era epidermis rozada, o siquiera golosina suprimida, prorrumplía en alaridos de protesta y en dictérios contra los desconsiderados gobernantes. Aun los mismos que antes vieron en Silvela un Mesías, y le pedían una nueva taumatúrgica resurrección de Lázaro, no siempre querían explicarse que fuera útil ni justo empuñar el látigo contra los mercaderes del templo.

Y eran cabalmente los mercaderes quienes más alentaban la rebeldía o, por lo menos, eran ellos la materia inflamable a la cual aproximaban su tea cuantos se creían en posesión del fuego purificador del pasado. Paralelamente al genuino movimiento mercantil que cristalizó en la famosa Asamblea de Valladolid, gobernada por Paraíso y Alba, con la cual inmediatamente se sumaron otros elementos, la Liga Nacional de Productores, que seguía las inspiraciones de Costa, había iniciado el suyo. El gran D. Joaquín, que en un sobresalto de patriotismo, sacudiéndose el polvo de las bibliotecas, apareció en la plaza pública vistiendo la túnica del apóstol, sintetizó en una de sus primeras frases de propaganda el porqué de su decisión: "Cánovas no dejó herederos, ha dicho Pidal. Por eso nosotros, el país, las víctimas, a título de acreedores de aquella política nos hemos reunido en Zaragoza para promover el abintestato" (1). Zaragoza y Valladolid se fundieron y

(1) "Quiénes deben gobernar después del desastre". Conferencia de D. Joaquín Costa en el Círculo de la Unión Mercantil el 3 de Enero de 1900.

surgió la aparatosa Unión Nacional. No hubiera sido desde sus comienzos la tal Unión la tienda de enfrente del Gobierno, y éste habría hallado en ella eficaz cooperador a su misión de extirpar empecatados abusos y cancelar errores tradicionales. Pero los “acreedores de la política” no se daban cuenta de que venían a hacer política también; no se percataban de que ellos, los abominadores del abogadismo, se dejaban conducir por un abogado (Alba), un notario (Costa) y un escribano (Paraíso); no advertían que, llamándose fuerzas vivas del país, tomaban derroteros cuya playa de arribo iba a ser la ruidosa resistencia al pago de los tributos, sin cuyo cobro no podía, ni vivo ni muerto, renacer el país, reorganizarse su Ejército, rehacerse su Armada, impulsarse las obras públicas. Y fué precisa toda la ecuaníme serenidad de Silvela para no confundir ayes con aspavientos ni muecas con estremecimientos de dolor, siguiendo adelante por el camino del deber y cuidándose de ello más que de los desplantes de los cabecillas y los ademanes de los contumaces. Se aprobó el Presupuesto, se hizo el empréstito de consolidación, se afrontó resueltamente la reconstitución nacional. Nada logró apartar al Ministerio de la pauta de medida y firmeza que su jefe trazara. Mirando al efecto de este proceder en el extranjero, pudo decir Silvela ante la Reina en el Consejo de 7 de Junio de 1900: “Hemos demostrado ser honrados; conviene que sigamos demostrando que además somos juiciosos”.

En verdad que ser juicioso, no perder los estribos, era en aquella coyuntura acreditarse de buen jinete. Sólo la exacerbación de las pasiones catalanistas era excitante capaz de poner a prueba los nervios más calmosos. Desde la retirada de Durán y Bas, se acentuaban en el antiguo Principado, a cada hora más inquietantes, agudizados por las nuevas medidas de Hacienda, los síntomas de vesania. Una pastoral del Obispo Morgades, un viaje de Dato, la más nimia de las causas o el más resonante de los momentos, eran aprovechados para ruidos semiseparatistas, correspondidos, por supuesto, desde Castilla, con explosiones irreflexivas de un asimilismo absorbente que aun en las Cámaras te-

nía ecos reveladores de una absoluta incomprensión del problema. Ni aquí ni allí respondía casi nadie al concepto armónico tantas veces explicado por Silvela y que pronto tendría nueva ocasión de explicar (1). Bien se dolía de ello el desilusionado jefe del Gobierno. A uno de sus antiguos amigos catalanes escribía en la primavera de 1900: "No puedo ocultar a usted que mi disgusto y mi desaliento son grandes. Veo fracasar mis mejores intenciones, quizá por no conocer y apreciar bien el estado de los ánimos y las exigencias de la opinión. Ello es que todas mis buenas intenciones resultan de efecto contraproducente, y a ellas se responde desde ahí con mayores desvíos y agravios contra el Gobierno, contra la Reina y contra todo el resto del país, sin que a ellos se oponga ni resistencia ni protesta por parte de los que no simpatizan en su pensamiento y en su corazón contra esos extravíos. Esto me priva de toda fuerza moral para dominar aquí las des-

(1) De un su artículo en *Las Provincias de Levante*, denominado "Regionalismo, Federación y Centralismo", son los siguientes párrafos:

"Recuerdo haber contemplado y aplaudido con emoción en un pueblo de Vizcaya cómo se desviaba el trazado de una carretera para respetar la existencia de una encina secular, pero movería a risa el ingeniero que sobre terreno llano y desnudo se entretuviera en replantear curvas en su camino, sembrando encinas que cortaran su natural desarrollo. Pues bien, esa es toda la diferencia que existe entre los *regionalistas* que profesamos admiración, respeto, envidia a los pueblos que sienten entusiasmo por una idea, una organización familiar o municipal, una literatura, una lengua, y los que quieren fundar sobre esos sentimientos programas de reacción desatinada para instituciones muertas y anacrónicas, que quieren desenterrar de los sepulcros, como viejas armaduras, para vestirlas a los pueblos que olvidaron usarlas y que no podrían moverse con ellas en el siglo presente."

"Parece cosa bien llana distinguir entre sostener con amor y defender con entusiasmo las murallas de Avila y aconsejar que se fortifique Ceuta con arreglo a tal modelo; y eso es, sin embargo, lo que no aciertan a entender aquellos que me acusan a diario de inconsecuencia, porque defendí y defiendo los fueros y costumbres regionales dondequiera que existen, y no me avengo a defender que haya Cortes de Manresa, Consejo de los Ciento y aduanas interiores en el Reino."

confianzas que despierta el regionalismo y aun la descentralización". Y meses después ratificaba su desengaño en epístola dirigida a otro ilustre repúblico de Barcelona: "No le oculto a usted que siento el fracaso de mis propósitos en esa región; esta es una de las varias ilusiones que he perdido en estos dos años de gobierno".

Pero, con todo, aún consideraba Silvela que quedaba mucho por hacer de su misión. Había venido al Poder para algo más que para ordenar un presupuesto y normalizar la Hacienda. Así lo había dicho en Abril cuando, al reorganizar el Ministerio, tomó para sí la cartera de Marina y llamó a Gasset para desempeñar la recién creada de Agricultura. "Hemos terminado —decía a éste en carta que publicó EL IMPARCIAL (1)— la labor más urgente, que era votar un presupuesto de liquidación; pero esto no constituye finalidad sino base para desenvolver gradualmente reformas generales. Advertí con tiempo, antes de ocupar el Poder y aun de ser admitido a la jefatura del partido conservador, que estimaba conveniente ampliar los organismos de gobierno con elementos nuevos, de origen y significación independientes, dispuestos a asociarse con fe a una obra cuya eficacia dependerá de la acogida y calor que me ofrezcan zonas de opinión más extensas y variadas de las que hasta ahora han intervenido realmente en los asuntos públicos. Creo que usted puede prestar al frente del nuevo Ministerio de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas un concurso valioso y en armonía con mis intenciones, y deseo me manifieste si puedo contar con su asentimiento para presentar su nombre a la aprobación de S. M."

Era, pues, patente que, a pesar de los desencantos sufridos, no sólo tenía Silvela planes de próximo planteamiento, sino que aspiraba al desenvolvimiento desde el Poder de unas reformas graduales y generales de transcendencia tal que requerían el concurso del tiempo y la colaboración de zonas de opinión mucho

(1) 19 de Abril de 1900.

más amplias que la limitada organización de un partido. Y de que, por su parte, no habían de faltar arrestos para desembarazarse de estorbos cuya eliminación facilitase la regeneración nacional, fué indicio aquel su Real decreto de 18 de Mayo de 1900 —llamado *el segundo Cavite*— por el cual *echó a pique*, borrándolos de los cuadros de la Armada, veintiocho buques que para nada servían como no fuera para impedir la construcción de otros nuevos y útiles y seguir manteniendo, contra la amarga lección de la experiencia, el funesto espejismo de que aún le quedaba a España un resto de escuadra.

Tampoco será justo quien le finja ni pusilánime ni retador ante el clamor callejero, viendo gigantes donde había carneros. Difícilmente, gobernante alguno se halló jamás ante más engañadoras apariencias de una opinión adversa. Pero su clarividencia era el escudo de su imperturbabilidad. Y ella le preservó de incurrir en el error de considerar pavoroso problema, por ejemplo, aquel escandaloso alboroto, promovido por los gremios mercantiles y alentado por los gremios políticos, que parecía que iba a volver del revés a España entera, cerrando tiendas y desafiando recaudadores con el regenerador y altruísta propósito de no abonar los recibos de la contribución. Testigo presencial de cómo Silvela no se contagió del pánico artificial que se había diluído en el ambiente en torno de “aquello que, en clase de movimiento revolucionario, pedía a gritos música ligera”, Gasset —que, por cierto, había secundado la actitud del Presidente amenazando seriamente a las encrespadas Cámaras de Comercio con meterlas en cintura— ha referido posteriormente lo ocurrido en uno de los Consejos presididos por S. M. “El Sr. Silvela consagró buena parte de su discurso al examen de las algaradas suscitadas por la Unión Nacional. No soy de los que en política felicitan inevitablemente con efusión al jefe en todo momento, y recuerdo que aquel día me apresuré a estrechar la mano del Sr. Silvela y a expresarle mi entusiasmo tan luego como abandonamos la regia cámara... Yo creo que ningún género de oratoria es tan difícil como la oratoria de gabinete. Pues bien, el discurso aquel día

pronunciado por D. Francisco Silvela analizando la injustificación de la resistencia al pago y del cierre de tiendas, así como la importancia de aquellas fuerzas perturbadoras, me pareció un modelo de esa oratoria siempre difícilísima. De ella retengo una frase, cuyo acierto y exactitud confirmó el tiempo muy luego. —Si en realidad, Señora, no se razona en modo alguno el movimiento, y si los alborotadores son en verdad muchos menos de los que aparecen y suenan, debemos pensar que esta planta perturbadora ni tiene grandes raíces ni podrá adquirir desarrollo y lozanía. Con ella ocurrirá sin duda lo mismo que acontece con la yerba peculiar de las eras: las tapiza rápidamente de verde, pero los primeros rayos solares de Julio la agostan y los primeros cierzos del invierno la matan—. Nótese si fué verdadera la profecía" (1).

Pero la misma magnitud de las empresas a que se apercibía, y la nativa desconfianza en las propias fuerzas, que es característica de muchos espíritus superiores, persuadía a Silvela de que, si procuró contar con elementos externos a su partido, y si llamó a colaborar en su empeño (aunque fuera desoído) a las apodadas masas neutras, tanto como ello le era precisa la asistencia resuelta, abnegada, sin la más mínima sombra de tibieza o vacilación, por parte de sus amigos los conservadores y del genuino intérprete de la voluntad nacional; la Corona. ¡Y cuántos factores fueron actuando sobre su ánimo, tentado de antaño por nostalgias de renunciación y de recogimiento al vivir privado, para restarle estímulos, convencerle de la inutilidad de su desinterés e implearle a dejar el paso a quien sintiera como él la necesidad de galvanizar a España y tuviera para ello los bríos que echaba de menos en sí mismo! Fué en este orden uno de sus primeros contratiempos la necesidad que al cabo se le impuso de tener que prescindir de la colaboración personal del Marqués de Pozo Rubio en el Gobierno. Frecuentemente, desde que constituyó su primer

(1) "La Reina Regente: Apuntes para una Semblanza". *Nuestro Tiempo*, Mayo 1902.

Gabinete, había necesitado Silvela usar de todo el ascendiente de su antigua amistad con Villaverde para obligarle a desistir de dimisiones que su apremiante afán por llegar a la normalización de la Hacienda formulaba cada vez que advertía o recelaba resistencias invencibles en los de enfrente o solapadas complacencias con ellos en los de al lado. Mientras presupuesto y empréstito estuvieron en el telar, el jefe del Gobierno pudo esgrimir un argumento de efecto decisivo sobre la rectitud de intención del titular de Hacienda. “Si me mandas tu dimisión —le escribía en una de esas crisis abortadas— y no asistes al Consejo de hoy con Su Majestad, en él presentaré yo la mía a la Reina con el mismo carácter irrevocable. ¡Es bien triste manera de acabar este generoso intento! Pero, faltando tú en el momento más crítico, el sacrificio de mi dignidad sería inútil. Viviría vergonzosamente muy pocos días”. Y Villaverde que, como le dijo en una de sus respuestas, no quería tomar sobre sí “la odiosidad y la responsabilidad de tu caída del Gobierno”, se dejaba al cabo convencer y, compenetrado con él en la imperiosa necesidad de la regularización económica, volvía de nuevo a trabajar en su Ministerio. Pero, cuando ese primer objetivo se logró, y Villaverde alegó su cansancio y el quebranto de su salud para retirarse, el Presidente hubo de resignarse a sustituirle. Quiso demostrar su excepcional aprecio de las dotes del dimisionario redactando un proyecto de decreto, que no fuera meramente formulario, para llevar su renuncia a LA GACETA; el supersticioso temor a los precedentes impidió dar forma a su deseo; recabó del Ministro saliente, para dar sensación al público de que el espíritu del dimitido continuaba dentro del Gabinete, que le indicara el nombre de su sucesor; Villaverde propuso a Allendesalazar; y la nave gubernamental siguió flotando, aunque cada vez menos confiado el piloto en acertar con el rumbo salvador.

Otra amargura más obscurecería pronto el espíritu de Silvela: la muerte de Martínez Campos, en cuyo nobilísimo corazón tuvo siempre tan franco y amistoso consejero. Bien habría de echarlo de menos en las inmediatas circunstancias. Era evidente

que la mayoría se resquebrajaba. Aunque ya trasponían por el horizonte las últimas nubes del temporal que se agitó en torno de la votación de las leyes económicas; aunque se había encalmado un tanto también la tempestad regionalista; aunque el polaviejismo —anticipándose Polavieja a Silvela en la desilusión— se preparaba a declarar, como declaró bien pronto, que dejaba de ser un partido político; aunque a cada instante se acentuaban las coincidencias entre los gamacistas y los amigos más identificados con Silvela, nada bastaba a compensar el desgaste que en la hueste gubernamental causaban las divergencias que, en cuanto al derrotero ulterior de la política del partido, dividían a éste. Un sector considerable, que presto encarnó en Villaverde como su representación más saliente, asíase desesperadamente a la conseguida nivelación financiera y constituíase en vestal vigilante de la bolsa del Tesoro; otro sector entendía que, sin dispendios ruinosos, había todavía margen para impulsar a la nación en vías de adelanto y reorganización indispensables. De un lado, los amigos de Pidal estimaban agravio para éste la exaltación de Pozo Rubio a la Presidencia del Congreso, que antes desempeñara aquél; de otro, el grupo más afecto al nuevo Presidente de la Cámara no podía leer EL IMPARCIAL sin dejarse llevar de la sospecha de que en tales o cuales cosquillas periodísticas que le desazonaban no anduvieran los dedos del Ministro de Agricultura cuando no los del mismísimo jefe del Gobierno. Acumulábanse, pues, fatigas para justificar el decaimiento. Pero, sin embargo, sostenido Silvela por el imperativo de su deber, ordenaba labor para acometer una nueva etapa de su gestión ministerial, cuando un incidente inesperado trastornó el curso de los sucesos.

Fué ello lo ocurrido con ocasión del nombramiento de D. Valeriano Weyler para la Capitanía general de Castilla la Nueva. Azcárraga había pasado desde el Ministerio de la Guerra a la Presidencia del Senado, y le sustituía el General Linares. Recabada por el nuevo Ministro autorización para la designación de mandos militares, sin tomarse en cuenta significaciones políticas de los designados, y conviniendo en ello Silvela, acordó aquél po-

ner a la firma de la Reina el decreto destinando al antiguo Capitán general de Cuba para el mando vacante. Dato, que patrocinaba la candidatura de Polavieja para el puesto y que había combatido duramente a Weyler en el Senado, y Gasset, que había hecho campañas acentuadas en la Prensa contra la gestión del nombrado, sintiéronse inmediatamente en situación difícilísima y dimitieron. Pudo Silvela reducirlos durante unas horas y hasta se redactó la nota oficiosa de un Consejo que pareció salvaba la zanja abierta, pero, infelizmente, la apariencia distaba de la realidad. Los dimisionarios no disimulaban su disgusto, “se recordaron censuras pasadas, se estimó que era demasiado marcada la significación política del candidato para no haberlo tratado en Consejo, y creyó sentir el Sr. Silvela —así decía la anónima pluma de éste en un artículo de LA EPOCA titulado *Explicación necesaria* (1)— principalmente entre sus más antiguos y probados amigos, aquella famosa carencia de interior satisfacción, sin la cual ni en la milicia ni en colectividad alguna se marcha con decisión a la pelea”; y presentó la dimisión, aunque entendiendo que, sin él, debía seguir en el Poder el partido conservador. “Ahora se podrá discutir con todo desembarazo —seguía el articulista— si hacía bien o hacía mal el Sr. Silvela en aceptar el nombramiento del General Weyler; pero nadie dirá que lo ha aceptado para sostenerse... Y como a esto se añade que el Sr. Silvela ha sostenido siempre y sostiene que la Presidencia del Consejo no es cosa que haya de estar vinculada precisamente en dos españoles, sino que hay algunos más en cada partido que pueden prestar a la Reina y a sus correligionarios ese servicio, sin que las esferas tiemblen, ni se pierdan o comprometan por ello la Hacienda pública ni la Administración que Dios nos ha dado,

(1) Durante esta su primera etapa presidencial, el ajejo colaborador del diario de Escobar redactó más de una vez los “fondos” del periódico. Suyos fueron, entre otros, dos artículos rotulados “Afirmaciones” y “Un despropósito menos” insertos en pleno alboroto de las Cámaras de Comercio.

ni siquiera el ordenado funcionamiento de los teatros por horas ni de las corridas de toros, hizo aplicación práctica de sus convicciones, pues no se limita a exhibirlas como adornos de guardarropía para los discursos, sino que las utiliza y pone en ejercicio cuando llega el caso.” Insistió, pues, en su dimisión a pesar de la reiterada petición de la Regente y ésta encargó del Gobierno a Azcárraga, contando con el resuelto apoyo del jefe del partido. “El Sr. Silvela —concluía el editorial de LA EPOCA, con toda la autoridad de una declaración auténtica— ha podido creer que convenía a su personal prestigio dentro de su partido resignar el puesto de Presidente; pero autorizadamente podemos declarar que su fuerza toda la empleará en mantener el Gobierno de los conservadores, que tantos éxitos ha obtenido en año y medio de Poder y que los consolidará en lo que le reste de vida.”

Poco había de ser ya lo que de ella le restase en aquel período. La formación del Gabinete Azcárraga (ingénitamente débil, como todo tinglado de ocasión, por buenos que sean los materiales) fué la señal de que arreciaran sus ataques, desde sus respectivas trincheras, cuantos elementos había ido refugiando en ellas el malestar producido por la obra reconstructora. Alzó el carlismo la cabeza; descolgaron las izquierdas la capa de Mendizábal para pedir tumultuosamente supresión de industrias y enseñanzas en los conventos y expulsión de religiosos, tomando para ello pretexto del estreno de *Electra* y de la profesión de una señorita contra la voluntad de su familia (*); la boda de la Princesa de Asturias, a

(*) El artificio de esta campaña lo denunció el propio Silvela en unas declaraciones a *Le Gaulois*: “Es evidente que los establecimientos religiosos —decía— están organizados entre nosotros de una manera superior a los demás, de tal manera que los más fervientes adeptos de la educación laica se ven obligados a ingresar sus hijos en dichos establecimientos para que allí puedan darles la conveniente enseñanza y educación. La libre concurrencia, tan reclamada a grandes voces por los liberales, es la que ha hecho resaltar la extraordinaria superioridad de los establecimientos religiosos sobre las empresas escolares semejantes”.

cuyo acontecimiento infamias de la política vistieron primero de ropajes reaccionarios para después aprovecharse de ellos, se celebró entre llantos y algaradas cuando tanto derecho tenía la augusta joven y su benemérita madre a que aquel hubiera sido el primer día de júbilo en un hogar del cual no habían desaparecido nunca los negros cendales de la orfandad. Y todo ello fué preparando el ambiente, más en el orden del sentimiento que en el de la razón, para un cambio de política, ya que, por otra parte, aun siendo notoria la conveniencia de que el partido conservador avanzara en la empresa iniciada, era innegable que, a pesar de toda la buena voluntad, flexibilidad y alteza de pensamientos de su jefe, causas complejas frustraban su empeño de imprimir al partido la unidad de miras indispensable para gobernar y para robustecerle incorporando al mismo, como hubiera querido, los restos del canovismo que capitaneaba el Duque de Tetuán. Fué en vano que, desde el primer instante, y lo prueba el extracto de su discurso a las mayorías que va en segundo lugar de las *Alocuciones al partido*, Silvela se solidarizase con el Gabinete Azcárraga y asumiera la responsabilidad de su gestión; lo fué también que celosísimamente y con el respeto de todos ejerciera él en el Congreso de *leader* ministerial; ineficaz que, desde las columnas del diario gamacista EL ESPAÑOL, se marcasen coincidencias de criterio que eran vislumbres de inteligencias entre el caudillo conservador y aquel valioso núcleo de liberales (*), las desgracias o errores del Gobierno caían sobre Silvela y, en cambio, ningún éxito personal

(*) Una de estas públicas coincidencias se concretó en una pregunta que el órgano de Gamazo dirigió a Silvela respecto de la misión que aún correspondía a las Cortes conservadoras, ya que el último entendía que la vida de éstas debía llegar hasta la mayor edad constitucional de Alfonso XIII, y sobre si había de ser labor de las mismas la reforma electoral. Silvela contestó en carta de 15 de Marzo de 1901 analizando el problema, reconociendo que éste se había "agravado en las dificultades de solución inmediata por la desproporción entre la universalidad del voto y la limitación de la cultura, no ya del pueblo que ha de emitirle, sino de las clases medias que, en todos los países de su-

de éste (*) salvaba al Gabinete ni siquiera se apuntaba a la cuenta del partido. Estalló, pues, la crisis tan pronto como los liberales, una vez quitado de en medio el espantajo de la boda principesca, por ellos mismos creado, decidieron pedir el Poder, no teniendo ya reparo en convivir con el fantasma que inventaron y que, lejos de haberse desvanecido, había tomado cuerpo de realidad. La Corona, no obstante, tanteó otras soluciones, oyó a Silvela en consulta, que éste escribió según su costumbre (**) y resolvió en definitiva llamar a Sagasta, a pesar de que aquél, con toda verdad, pudo decir: “yo no he encontrado la menor dificultad entre mis amigos para constituir Gabinete”.

El juicio del jefe conservador sobre el cambio de política y sobre el programa del Gobierno liberal sintetizado está en sus

fragio muy amplio, dirigen a las masas populares; universalidad a la que, no obstante sus daños evidentes, no es posible tocar”. Estudiando, sin embargo, el remedio creía hallarlo en la separación completa de las funciones electorales y la organización municipal, con lo cual entendía se daría un gran paso para obtener Cámaras que no fueran mandatarias del mismo Gobierno que habían de fiscalizar. Y consideraba obra digna de las últimas Cortes de la Regencia abordar soluciones para el caso, que fortalecieran “ese endeble organismo de la voluntad nacional, sin el cual todos los demás enferman y envejecen”. *El Español* publicó sin comentarios las manifestaciones de la carta “porque —decía— las juzgamos muy conformes con el unánime sentir”.

(*) Lo fué, sin duda, el brillante resultado del Congreso Hispano-americano, a que tanto contribuyó y con ocasión de cuya apertura pronunció el discurso que en esta Sección se inserta.

(**) Todos los periódicos la publicaron, entre ellos *La Época* en su número de 7 de Marzo. La síntesis de ella está en un párrafo en que decía: “Mi consejo a V. M. es que no se aparte del criterio que ofrecen las mayorías parlamentarias y mantenga en el Gobierno al partido que ellas apoyan, para que cumplan sus deberes de formular, discutir y votar con tiempo un Presupuesto y las reformas que completan la obra comenzada”.

Como la resolución de la crisis fué totalmente la contraria, y hábilmente explotada hubo de suponérsela como desdén a la significación y merma de la jefatura de Silvela, los amigos de éste quisieron testi-

dos discursos a los ex Ministros y a las minorías, que correlativamente emplazamos en su lugar. Pero aunque aquella que él consideró injustificada mudanza hubiera debido contribuir a desalentarle más, el examen general de la política española y de su situación en ella le confirmó en el deber de no abandonarla aún, sobreponiéndose a su deseo, conocido de no pocos, de reintegrarse a la vida privada cuando el partido estuviera ya reorganizado y consolidado por sus propios éxitos; y como si le guiara el afán de demostrar que todavía, aunque fuera para ese fin tan sólo, podía prestar servicios útiles a su patria, una renaciente actividad movió durante la etapa de oposición su palabra y su pluma, las cuales produjeron los diversos trabajos que con fechas de los años 1901 y 1902 se insertan, íntegra o parcialmente, en su adecuado puesto. No fueron ellos solos, tampoco, los frutos de su labor en tales años. Del orden literario, por ejemplo, deben mencio-

moniarle su adhesión en un banquete. El lo rechazó en carta de dicho día 7: "No importa en política —escribía— protestar contra lo pasado sino ajustar la conducta y preparar los medios para el porvenir. Las demostraciones de confianza en mi autoridad y de asentimiento a mi jefatura tienen amplio margen para acreditarse mejor que en banquetes y fiestas, en sacrificar diferencias, subordinar a mi decisión diferencias locales, uniéndonos en apretado haz contra los adversarios que desnaturalicen o abandonen el camino, con tanta fortuna emprendido, para reconstituir la patria y contra aquellos que pretendan alterar la organización y la disciplina del partido. Nadie más que nosotros ha tenido abiertas sus filas para obtener el concurso de fuerzas y cooperación de personalidades útiles, y lo propio hemos de hacer en lo porvenir, pero siempre con sujeción a programas concretos y reconocimiento de la autoridad por vosotros constituida, de la cual yo no puedo hacer abandono sin defraudar vuestra confianza y nadie puede disponer más que vosotros mismos, sin herir vuestra dignidad". Con esto se aludía al propósito, que resultó frustrado, de formar Gobiernos de concentración conservadora fuera de la constitución del propio partido, el cual, por otra parte, demostró en la tramitación de la crisis tener toda aquella *necesaria cohesión* a que aludió Silvela en otra frase de su consulta, aunque la misma alusión por él hecha a la posibilidad de que ella faltase más adelante reflejaba su inseguridad para el porvenir.

narse, aunque siguiendo la regla establecida no se copien, su discurso de ingreso en la Academia de la Historia (*) y la necrología de su hermano D. Manuel dedicada a la Real Academia Española (**), siendo también curioso que por esta época viniera a aparecer en GENTE VIEJA un artículo firmado por Silvela, cuyo título era *La Prensa popular*, del cual, dado el asunto, el estilo, y su no inmediata conexión con circunstancias concretas del momento, bien puede colegirse, sin presumir de agudeza visual, que debió ser un capítulo rezagado, retocado, casi pudiera decirse refundido, de aquel estudio sobre *Fisiología de la Prensa*, de que publicamos alguna muestra en el Tomo I (***). Y en cuanto al

(*) El tema del discurso fué “Matrimonios de España y Francia en 1715”. Le contestó D. José María Asensio y Toledo.

(**) Fué encargo de la propia Real Academia, que la publicó. Está fechada en 17 de Octubre de 1901. Se hizo tirada aparte en un bello folletito en 8.º, ilustrado con un grabado de D. Bartolomé Maura, que reproduce un retrato del biografiado en plena juventud. Lo más interesante del folleto es la revelación de la divergencia entre Prim y Silvela en vísperas de la guerra franco-prusiana. D. Manuel opinó entonces que España debía tomar partido por Prusia para ser “accionistas de una segura victoria”. El General, creyente en el triunfo de Francia, resolvió no entrar en el conflicto.

(***) Por ese mismo anacronismo, no se cree pertinente intercalarlo entre trabajos de época muy distinta. *Gente Vieja* fué un decenario que, con el subtítulo “Ultimos ecos del siglo XIX”, dirigió algún tiempo Valero de Tornos. Lo encabezaba una “lista de los mozos viejos” que escribían en él: Aguilera, Bremón, Burgos, Leopoldo Cano, Casares, Catalina, Esteban Collantes, Grilo, Frontaura, Herranz, Luceño, Núñez de Arce, Ossorio y Bernard, Palacio, Salmerón, Sellés, Sepúlveda y Zapata, entre otros, además de Cavia y Ramón y Cajal, “viejos honorarios”. “Es —decía Valero— la expresión periodística de la chochez colectiva; sólo podrá tener un público de vista cansada.”

El artículo, que aunque fuese añejo, fué positivamente adaptado a la fecha de su aparición, era una exculpación y aun una justificación de “los periódicos ministeriales del vulgo”. “Que sean verdaderas o falsas las noticias, y justo o injusto el juicio —decía— ¿qué más da? ¿Entretienen? ¿Interesan por unas horas? ¿Mueven la atención un día? ¡Pues esa es la misión de esa Prensa! Quejarse de que no instru-

orden político, aparte de los que por considerarlos de mayor relieve ofrecemos al lector en el texto, fueron innumerables las declaraciones, sueltos, cartas, discursos ocasionales, etc., (*) que, además de los parlamentarios, daban razón a cada instante de la

yen ni nutren de sana doctrina las inteligencias es como si nos quejáramos del ajeno porque carece de las cualidades del *roassbeef* o de la harina lacteada." "El peligro —continuaba—, el daño, no está en los periódicos sino en donde ha estado siempre: en las pasiones de las turbas, en la psicología extraviada a menudo de las muchedumbres, que sin Prensa popular pedía la crucifixión del Justo y la libertad de Barrabás, y asesinaba a los frailes porque habían envenenado las fuentes." "La Prensa de gran circulación —sostenía más adelante— como instrumento de combate y de demolición es muy inferior a la antigua Prensa de secta o de partido; diluyendo el veneno, lo debilita y atenúa sus efectos." Robustecía esta afirmación evocando el éxito que antaño obtenían unas coplas de Villamediana, unas *capilladas* de *Fray Gerundio* (aquel famoso periódico que redactó él solo D. Modesto Lafuente y del cual se había ocupado ya Silvela en el Ateneo al dar su conferencia de Marzo de 1887) o una distribución misteriosa del *Murciélago* (la hoja atribuida a Cánovas y González Bravo, que clandestinamente se introducía en las mismas casas de los moderados difamados, por procedimientos y recursos que recordaban los del *Duende de Madrid* en tiempo de Felipe V). Y para llegar a la conclusión de que las campañas de esa Prensa "hieren a veces con molestia insoportable la epidermis, pero como hieren las ortigas, sin lastimar músculos ni organismos vitales", hacía esta atinadísima observación:

"Fijemos un tanto la atención en los hechos que a nuestra vista se realizan y persuadiremos nuestra razón de que no descubrirá la historia muchas inocentes víctimas de las persecuciones y calumnias de la Prensa, ni muchos genios apagados por sus indiferencias o sus injusticias: antes bien, lo que resultará de un documentado análisis de su labor serán muchísimos tunos viviendo en la más bizarra lozanía a despecho de las acusaciones, los denuestos y los chistes periodísticos, y aún mayor número de hombres notoriamente medianos elevados por la benevolencia de la gran publicidad a valores nominales por cima de los efectivos".

(*) Uno de ellos fué el pronunciado en el Congreso Agrícola el 5 de Junio.

personal asistencia de Silvela al desarrollo de la vida pública española, pero cuya reproducción al por menor supondría duplicar cuando menos el espacio que a esta Sección dedicamos.

Seguía en tanto su marcha la vida nacional, y no ciertamente con mengua de la significación política del jefe de los conservadores. Aunque por entonces falleció Gamazo, con cuyo equilibrado sentido de Gobierno estuvo Silvela a punto de pactar una alianza en la que fiaba mucho, su sucesor, Maura, que acababa de obtener espléndido triunfo parlamentario pulverizando las Bases de Manresa, al asumir la jefatura del grupo hacía la declaración de que si el anterior Gabinete Silvela hubiera tenido la voluntad y los medios necesarios, "no es un secreto para nadie que el señor Gamazo, nuestro llorado jefe, le habría ayudado resueltamente"; lo cual era indirecta oferta de apoyo para caso en que con tales voluntad y medios se contaran. Más adelante, considerable grupo de tetuanistas volvían al partido conservador estimando que el inmediato nuevo reinado necesitaba contar con grandes agrupaciones políticas (*). Se robustecían, pues, en la oposición las huestes de Silvela, a lo que no era extraña la antes señalada actividad del caudillo, que un día acudía a la información abierta por EL IMPARCIAL sobre reforma de los Reglamentos de las Cámaras (**), otros pronunciaba arengas a sus correligionarios de pro-

(*) En carta de 24 de Mayo de 1902 hicieron esta manifestación el Marqués de Mochales, el Duque de Arión, el Sr. Poveda, el Marqués de Casa Pavón y los Condes de Benalúa y del Moral de Calatrava.

(**) En ella insistió en la necesidad de reformarlos de modo que las Cortes pudieran hacer labor útil. Y añadía que si no se quería cortar enérgicamente el abuso imperante era mejor consolidarlo reduciendo todos los preceptos reglamentarios a estos dos:

"Art. 1.º Los Senadores y Diputados usarán de la palabra siempre que lo tengan por conveniente, en la forma, manera y extensión que juzguen oportunas.

Art. 2.º Habrá un Presidente, cuya misión será cuidar de que los oradores no hagan uso todos a la vez, sino sucesivamente, de este derecho."

vincias (*), otro daba cara a caballerescas cuestiones personales, otro combatía desde la Prensa el sonoro decreto del Conde de Romanones sobre el Catecismo (**) y tarde tras tarde acudía al Congreso, cuando éste funcionaba, para llevar en todo debate de interés la voz del partido. Culminaron en esta labor parlamentaria aquella su pregunta sobre los alborotos irreverentes a que dió lugar en varias poblaciones la celebración del Jubileo (***), el discurso que pronunció en la interpelación del Dr. Robert y el tan traído y llevado en que hizo la supuesta apología del Mauser, desfigurada a su placer por los políticos y cuyo verdadero sentido comprendieron noblemente, para más edificante contraste, los obreros de Málaga cuando (como luego verá el lector) acogieron con aplauso meses después la genuina interpretación de la frase que suscitó tanta mojigata declamación entre las viejas comadres del alfoz izquierdista.

Pero, durante el decurso de aquella postrera descomposición de la cohorte sagastina con dictado de Gobierno a que se vió for-

(*) Algunos de estos discursos van comprendidos, total o parcialmente, en el texto. Pero no todos. Con ocasión de su cura de aguas en el balneario de Villaharta, los conservadores cordobeses y sevillanos oyeron declaraciones suyas en los otoños de 1901 y 1902. *La Época* las recogió en sus números de 6 de Octubre de 1901 y 29 de Septiembre y 3 y 5 de Octubre de 1902. Y en otras ocasiones, que sería prolijo enumerar, dirigió su palabra, en frecuentes viajes, a los conservadores de otras provincias.

(**) Unas declaraciones suyas publicadas en *La Correspondencia de España*, del 4 de Julio de 1902, anticiparon juicios que luego desenvolvió ampliamente en los debates parlamentarios. "Es —decía— la nueva disposición ministerial una prueba más de la bancarrota del actual liberalismo, una rectificación (en la enseñanza) de los principios democráticos... Para ser reaccionario y jacobino lo primero que se requiere es fuerza y tener por largo tiempo asegurada la tiranía; cuando el jacobinismo es como el de los actuales Ministros, resulta poco temible."

(***) Durante su tramitación, Blasco Ibáñez deslizó una alusión bien transparente al Silvela de *la francesada*. Y D. Francisco le replicó donosamente: "¡Yo le puedo dar a S. S. mi palabra de que en aquella resolución de mi ilustre abuelo no tuve la menor parte!"

zada a asistir la Regencia, el avanzar del tiempo iba trayendo a pasos de gigante la fecha-hito de la mayoría de Alfonso XIII sin que la tan a deshora llamada como rápidamente divorciada *gran familia liberal* —minada de nuevo por las contrapuestas aspiraciones a la sucesión del anciano Sagasta— pareciera darse cuenta de que en tal transcendental momento el adolescente Monarca necesitaba desenvolverse en medio más fecundo y vigorizador que el de una gusanera madrugadora al borde de una tumba entreabierta. Y se llegó al histórico 17 de Mayo de 1902 sin haber deparado a la moza Corona ni un Gobierno afianzado por el acierto y autorizado por la experiencia ni otro que engendrara esperanzas y supusiera renovación. Por todo expediente, alguna buena intención había pensado en que se reclutara para primer Gabinete del Rey un Ministerio multicolor donde luego el inexperto Soberano pudiera escoger lo que fuera más de su agrado; pero sabedor Silvela de ello, deshizo de un papirotazo anticipadamente tan estrafalario engendro calificándolo en el Congreso de “exposición de productos del país”. No cuajó, pues, la original invención, y en vista de ello los liberales hicieron cuanto pudieron por no irse. Lo único que no lograron hacer fué, sin embargo, entenderse. Y como, por otra parte, en una memorable tarde Silvela y Maura habían hecho pública su coincidencia en puntos esenciales de un programa de Gobierno, los meteorólogos políticos, aun los menos perspicaces, empezaron a anunciar para muy en breve el cambio de viento. En efecto, la más sutil racha bastaba para hacer zozobrar la arcaica galera liberal, y precisamente una maniobra *navo-terrestre* —la votación de una censura al Ministro de Marina por cierta orden de construcción de barcos— puso en evidencia el 2 de Diciembre que ya el venerable patrón —el *viejo pastor*, como en los últimos tiempos se llamó a Sagasta— no tenía puños ni vista ni, lo que era más sensible, autoridad para regir el gobernalle. Cayó, pues, el último Ministerio de D. Práxedes (*) y cuatro días después vol-

(*) Falleció al mes de su caída; el 5 de Enero de 1903.

vía a ocupar la Presidencia, también por última vez, D. Francisco Silvela.

Este que, en múltiples ocasiones, sobre todo en las postrimerías de la anterior jornada conservadora, había dejado traslucir, y no sólo en presencia de sus íntimos, el decaimiento de sus ilusiones y su propensión a abdicar una jefatura que reputaba baldía inmolación de su bienestar en el ara de una patria sin culto, sintió en vísperas de volver a ser llamado al Poder como un tónico reverdecimiento de sus ensueños de antaño. Cuando, consultado por el Rey el día 3, afirmó en la Cámara regia que “sólo el partido liberal conservador, fortalecido al presente por la alianza con elementos importantes de gran representación en el país, puede ser en el Gobierno tan útil al bien de la nación como al servicio de la Monarquía”, terminaba con absoluta verdad su consejo añadiendo ser aquella una “creencia leal y sincera, que exponía reverentemente a la consideración de V. M.” Pero antes de constituirse el Gobierno —no revelamos secreto alguno, pues público fué y referido está sustancialmente por Silvela en textos que luego insertamos o extractamos— ya había asomado la crisis que lo vino consumiendo lentamente hasta el día de su disolución; Villaverde se resistió denodadamente a participar en un Ministerio que se orientaba más hacia la reconstitución nacional que a lo que él calificaba de “política inexorable de la liquidación” (*); de otro lado, los conservadores clásicos mal reprimían sus celos ante la

(*) En carta del 5 decía D. Raimundo: “Ni rehuyo ni abandono el gran empeño nacional de reconstituir cabal y definitivamente hacienda y crédito, circulación y riqueza, pero necesito que amigos y adversarios, antes los amigos que los adversarios, se convenzan de la necesidad de mantener los impuestos establecidos y con ellos cierta severa y elevada disciplina en materia de crédito, cuya base es la política inexorable de liquidación... Yo coadyuvaré activamente a la obra común... prestaré cuantos servicios políticos y técnicos se crean necesarios; pero he formado la invariable resolución de no ser Ministro. Para todo lo que no sea eso, cuenta conmigo como con el más resuelto, laborioso y disciplinado de tus colaboradores”.

preponderancia que ellos venteaban en los recién llegados liberales, y de la cual era indicio inquietante la designación, desde un principio hecha, de Maura para la cartera de Gobernación; afinando instrumentos y concertando disonancias, Silvela tuvo que ir y venir, durante la elaboración de su Gabinete, con diapasón y batuta en mano, de Villaverde a Maura, de Maura a Pidal, de Pidal a Villaverde, de Villaverde a Dato, percibiendo en antesalas y antedespachos, más aún que en los despachos mismos, el discordante rumor de las desavenencias y de las disconformidades; y aunque el día 6, ante su decisión de pedir el coche para ir a Palacio y resignar los poderes si el Marqués de Pozo Rubio —cuyo nombre era todo un programa— persistía en no colaborar en el Gobierno, Villaverde se había dejado conmovir, y un abrazo efusivo de los dos antiguos amigos canceló la dificultad, ya de aquellas redivivas esperanzas suyas, puestas súbitamente de nuevo en contacto con la enervante realidad, apenas si quedaba en su espíritu rescoldo bastante para templarle la voluntad hasta encontrar coyuntura salvadora que le liberase de la vida pública. La víspera de jurar, su desengaño le dictaba los siguientes renglones: “Me acaba de convencer todo esto de que el país, por su clase gobernante, es ingobernable...; que mi enorme sacrificio de gusto, fortuna, tranquilidad y salud, será completamente estéril y me juro a mí mismo aprovechar la más pequeña ocasión que me ofrezca esta crisis para retirarme de la política...; Dios lo haga!”

Sin embargo, juró el Gabinete; y los esperanzados principios de aquella gestión ministerial, que los elementos permanentes del país saludaron con tanta mayor simpatía cuanto que la multicéfala cohorte liberal no parecía ofrecer para mucho tiempo garantía de poder contar con ella para nada estable, parecieron reanimar algo el afán de Silvela por dejar rastro beneficioso de aquella que, de todos modos, él presentía su despedida de la gobernación del Estado. Relaciones internacionales, de tanto mayor cuidado cuanto que Marruecos se desmoronaba e Inglaterra y Francia, por recíprocos recelos, no se decidían a ser más que espectadores atentos del fin del Imperio; mejora de nuestras fuerzas navales;

saneamiento y reforma de la Administración local; reorganización militar; armonía con la Iglesia; todo ello fué objeto de su constante preocupación desde la mañana misma en que, como programa ministerial, esbozó planes sobre materias tales en el primer Consejo con S. M. (*). Y aunque claro es que no le faltaron contrariedades de vario orden, las más de las cuales la historia general refiere, de buen grado sobreponíase a ellas alentado por la confianza de que, en todos los enumerados aspectos, algo podría hacerse que le compensara de aquellos inexcusables contratiempos. Mas ya, desde el 24 de Marzo del año siguiente, es decir, transcurridos no más que tres meses después de la formación de su Gobierno, se persuadió de cuán inane era aquel su postrimer deseo; no había medio de cohonestar las ansias de reforma que cada Ministro sentía palpitir en su respectivo Departamento con la tenaz convicción que hacía de Villaverde inexpugnable guardián de las arcas públicas. E infelizmente aquel aciago martes, al recibir muy a primera hora una carta oficial del Ministro de Hacienda, acompañada de unos renglones íntimos, el tono de ella le convenció de que él al menos no era concertador que concertase la inconcertable desarmonía (**).

(*) La nota oficiosa de éste, como de casi todos los que presidió en esta etapa, la redactó él. *La Época* publicó íntegras todas ellas.

(**) En la que llamamos carta oficial recordaba Villaverde que, desde la nota del Consejo de 10 de Diciembre había proclamado el Gobierno “la urgencia de restablecer y fortificar los mal llamados sobrantes, que no son sino reservas para la grande obra de restaurar nuestra circulación monetaria”, y aunque reconocía que él mismo había propuesto destinar parte de ellos a la reconstitución del material naval y a las defensas militares y obras públicas, siempre fué sobre el supuesto de asegurar el empleo eficaz y fecundo de ellos y sin comprometer la política de nivelación. Entendía que en los presupuestos de Agricultura y Marina se conculcaban esos principios, así como mostraba disconformidad con detalles de los de Guerra y Gobernación. “En suma —decía—, mi desacuerdo con algunos de mis compañeros en materia tan grave es palmario, y por el concepto fundamental de la obra que debe ser común, aun más que por la entidad de las cifras, irreductible. Hemos vivido, al

Fué entonces cuando —según luego declaró— se consideró totalmente vencido. El mismo explica en su *Testamento político* (que en la Sección siguiente se inserta) por qué se sobrevivió unos meses en el Poder. Durante ellos, ya sabía que le esperaban más abrojos que flores. Elecciones generales que, por lo mismo que se habían de conducir con la máxima honestidad, darían pie al triunfo de los adversarios francos y al regodeo de los embozados; sacudimientos del siempre nervioso orden público, que en Valencia subvertían *al alimón* los partidarios de Blasco Ibáñez y Soriano, disparándose mutuamente tiros e improperios, a veces éstos más dañinos que aquéllos, y que en Salamanca y Madrid promovían hervores estudiantiles que salpicaban al Gobierno con sangre de escolares y policías; proyecto de *descuaje del caciquismo*, a cuyo solo anuncio todo el matorral político enlazó más o menos a la callada sus ramas y enmarañó sus malezas para no dejarlo pasar; visita del Rey a la escuadra francesa en Cartagena, suceso con vistas a la política internacional que originó no pocos comentarios después y no poco tecleo antes, suavizando roces y acomodando pareceres contrapuestos, en muy altos sostenes amparados; Cortes nuevas con nuevas Mesas y nuevos piques; Mensaje de la Corona, ocasión pintiparada para que se hicieran visibles los desgarrones de la sólo hilvanada mayoría; y, por último, proyecto de reconstitución naval, naufragado en el puerto. De todo eso hubo, y lo último fué el motivo determinante de la cri-

parecer, en un equívoco... Ante semejante resultado, en pugna con mi convicción y con nuestros acuerdos doctrinales, tengo por inútil asistir al Consejo de mañana y te envío mi decisión presentada con carácter irrevocable, después de meditar profundamente el acto que realizo." Recordando todos sus antecedentes, Silvela no hubiera necesitado más para persuadirse tristemente de que Villaverde no cedería. Pero además contribuyó a fortalecerle en esta impresión la seguridad que en la carta privada le daba de que la otra era "el resultado de largas meditaciones". "He pensado mucho lo que hago", le decía. Aun así, en dilatada entrevista pretendió vanamente disuadirle y aplazar su decisión hasta procurar soluciones de concordia.

sis. Maura y Sánchez de Toca no cedían de su convicción, inspirada en las necesidades marítimas de España; Villaverde se enfurruñaba cada vez que veía aproximarse cualquier mano, por tierno que tuviera, a las cerraduras de la caja del Tesoro; y en torno a todo esto, la Bolsa de la política, que siempre opera a plazo mejor que al contado, cortaba ya el cupón de la retirada prevista de Silvela y tomaba a ojos vistas posiciones para el día de la inminente liquidación.

El jefe del Gobierno, percatado de ello, no quiso ni tenía el deber de esperar más, y el 18 de Julio de 1902, renunciando a seguir adelante, planteó la que insidiosamente se motejó de *crisis oriental*; no fué en el Palacio de la plaza de Oriente, como se quería insinuar, sino en el hotelito de la calle de Lista, años antes inaugurado por Silvela, donde se forjó el resuelto propósito de dar por terminado el experimento. Y cuando la crisis se desarrolló, y Villaverde formó su Gobierno, LA EPOCA insertó un artículo de inconfundible redacción, titulado *Las responsabilidades del Sr. Silvela*, donde, a través del anónimo, éste daba razón de su conducta. Valgan algunos de sus párrafos para cerrar esta *Nota* y dejar registrada (sin perjuicio de recoger las más amplias que en ocasiones posteriores diera) la primera explicación que el dimisionario dió al país de los móviles a que había obedecido: “El Sr. Silvela —escribía él mismo— con razón o sin ella, ha entendido siempre y ha proclamado con repetición que él no se siente con condiciones y prestigios suficientes para que su personalidad baste a dar vida oficial a una situación o a un partido”. “Ni para el Poder Moderador —decía luego— ni para los que han constituido bajo su jefatura una gran fuerza gobernante, ha sido misterio que, al empezar el nuevo reinado, se hubiera eliminado de la política si no hubiera logrado aunar aquellos elementos en cuyo nombre pidió y obtuvo el Gobierno en 1902. Formó su Gabinete con arreglo a esa convicción y a ese compromiso, significando esa concentración principalmente los Sres. Villaverde y Maura... El Sr. Silvela emprendió con fe la obra. ¿La abandona por capricho, por cansancio, por veleidad, por causas misteriosas que su honor

o su discreción no le permitan revelar? Nada de eso... Mas habiendo sostenido siempre que necesitaba esa concentración para ejercer con fruto el Gobierno, ¿qué debía hacer —preguntábase— en vista de que la concentración se le deshace? Pues, evidentemente, lo que ha hecho: irse”.

“Seguramente —concluía— que hubiera podido seguir unos meses, o un año, o más tiempo; y si él se contentara con ejercer la Presidencia y despachar a diario con S. M. y ocupar los salones de la calle de Alcalá reuniendo los miércoles en Consejo a sus compañeros, o creyera que ésto por sí sólo influía poderosamente en la felicidad de los españoles, indudablemente hubiera cedido y habría continuado, reemplazando a los Ministros salientes, no hablando más de escuadra, chica ni grande, y satisfecho por la convicción de que se habría sacrificado por el bien del partido y del pueblo; pero nosotros sabemos que él no opina así, que entiende, por el contrario, que no han variado los motivos que le movieron a realizar la concentración con las fuerzas del Sr. Villaverde y del Sr. Maura, y que, rota ésta, se ha roto su razón de ser al frente del Gobierno, se le ha ido su fuerza para llevar a término sus empeños y sus difíciles compromisos; y cuando esto le acontece a un jefe de Gobierno, su deber —como él lo entiende, aunque no opine de igual manera su partido— es retirarse y no echar en olvido un sencillito consejo del Rey Sabio, que dice en una de sus admirables Leyes de Partida: *En gran culpa está aquel que se trabaja en facer cosa para la que le quebraran las fuerzas.*”

Alocuciones al partido^(*)

A

En la primera reunión de las minorías parlamentarias

(Discurso pronunciado en la Presidencia del Consejo
de Ministros el 31 de Mayo de 1899) ^(**)

Señores: Comprenderéis, sin duda, que, no obstante mi costumbre de tomar parte en solemnidades análogas, especialmente hoy una emoción extraordinaria al encontrarme ante vosotros.

(*) Dada la cantidad de original para este tomo, se ha preferido extraer y agrupar todos los discursos que dirigió Silvela a sus correligionarios fuera de las Cámaras durante el tiempo de su jefatura.

(**) En esta reunión, que fué una de las más brillantes que se celebraron en la desaparecida Casa de Heros, cuyos salones lucieron por primera vez la muy festejada instalación eléctrica, pronunciaron además discursos el General Martínez Campos y D. Alejandro Pidal, Presidentes respectivos de las Cámaras que iban a congregarse.

Son estos momentos verdaderamente críticos: empezamos ahora una obra de cuyo éxito ha de depender también el éxito de esta unión y concentración de fuerzas conservadoras que aquí representamos, y siento la grave responsabilidad que pesa sobre mis hombros y que pueden acrecentar los sucesos.

Pero esta emoción no significa ni lleva consigo ni vacilaciones, ni dudas, ni desconfianzas, al encontrarme yo de jefe de una agrupación tan considerable, por circunstancias especiales traído a esta situación sin aquellas que a las veces determinan en la historia, de una manera indiscutible, las jefaturas.

.
...Pero, repito, que no crea esto en mí desconfianzas, sino, antes por el contrario, fe profunda, porque al preguntarme yo la explicación de ese que a mí me parece fenómeno histórico, la halla cumplida en mi observación y en mi conciencia, pensando que la verdadera razón de ello está en que, aleccionados todos por desgracias y por dolores que han hecho sobre nuestros ánimos y sobre nuestras conciencias la obra purificadora que lleva siempre consigo el dolor, pesa sobre nosotros la convicción de necesidades de abnegación y de sacrificio que han facilitado esta obra que parecía tan difícil y que, a mi entender, han de facilitar también en el porvenir las que nos restan por hacer, y que ahora aparecen a nuestros ojos y a nuestra observación mucho más difíciles todavía. (*¡Muy bien!*)

Puesto que venimos con el propósito de modificar en algo nuestras costumbres parlamentarias y políticas, hemos de reconocer que una de las materias en las que esa modi-

ficación se hace más necesaria, y sería a los ojos de todos más oportuna, es, sin duda, reducir todo cuanto se relaciona con la vida política y con el desenvolvimiento y deliberación sobre los negocios públicos a términos de la mayor concisión, precisión y brevedad posibles.

Y cúplemè dar el ejemplo de ello...

...He de limitarme esta noche a fijar vuestra consideración sobre lo que yo entiendo que son nuestros deberes políticos como hombres de Parlamento y de partido, y los que entiendo también que son los míos ante vosotros.

No se nos puede ocultar que, tras los desastres últimamente sufridos por nuestra patria, el sentimiento general del país es de desconfianza y de dudas hacia sus clases gobernantes.

La historia dilucida más tarde, examina minuciosamente en su día la conducta de todos y de cada uno, y puede señalar, tras de investigaciones detenidas de documentos, de testimonios y de memorias, cuál es el alcance de las culpas y de los méritos de cada cual; pero el pueblo, en sus apreciaciones de momento, nos juzga a todos en conjunto, y fuerza es reconocer que, después de una labor parlamentaria de largos años, el balance que las clases gobernantes tenemos que presentar ante el país es bien triste, porque cuando las naciones de Europa y América, más adelantadas en el camino del progreso, buscan por todas partes regiones inexploradas que ocupar, pueblos atrasados que civilizar y que traer al comercio, a la civilización y al mercado de sus propias producciones, nos encontramos reducidos nuestros territorios, y aquel pueblo cuyo imperio se extendía del Ocaso al Oriente se ve reducido hoy a los términos y lími-

tes en que nos encontrábamos en el siglo xv. Esta obra se considerará como una culpa de las clases gobernantes, con tanto más motivo cuanto que a estos desastres el pueblo no ha contribuido sino con sus sacrificios, con su obediencia a la ley, con su sumisión para ir a guerrear allí donde le han llamado sus Gobiernos, por causas y por territorios que no movían sus corazones al entusiasmo; y el resultado de esos sacrificios, de esos desastres y de esos dolores se traduce en ese balance que en pocas palabras acabo de trazar ante vosotros con la simple enunciación de dos fechas. (*¡Muy bien!*)

Arroja esto sobre nosotros una responsabilidad indudable, y en la conciencia de todos está que el momento es crítico para las instituciones parlamentarias, para las clases medias, para lo que constituye hoy la dirección de la sociedad española.

Hay en el pueblo desconfianzas y dudas, y necesitamos satisfacer sus ansias de mejoramiento y de reforma; necesitamos realizar en su vida interior, en nuestra conducta política, en nuestros sacrificios como hombres públicos y como elementos de gobierno, algo que compense esas desgracias que en conjunto y en colectividad sobre nosotros pesan, algo que redima esas culpas; mucho, en fin, que hiera la imaginación popular, demostrándola que hay esperanzas en nosotros de remediar por algún camino y en alguna manera tantos males.

Yo confío en que esto será así. A mí me alienta la representación de las fuerzas sociales que aquí están reunidas; los de historia política antigua, muchos llenos de entusiasmo y de convicción, todos los que hace años venís

luchando en la vida pública; de abnegaciones y de sacrificios de distintos órdenes y clases; y los que ahora de nuevo venís, con recientes luchas, en las que habéis dado muestras tan cumplidas de abnegación y de heroísmo combatiendo con organismos contrarios, con una Administración creada por nuestros adversarios y respetada escrupulosamente por nosotros.

Lo que os resta que hacer no requiere el ejercicio de menores virtudes; vosotros sabéis a qué obra tan ingrata os hemos convocado; vosotros sabéis que no se os ofrece por todas partes sino sacrificios, restricciones, algo que no puede satisfacer nada de lo que representa las aspiraciones de los pueblos en los momentos de felicidad y de dicha económica; por una parte dificultades de la Administración para ayudaros en vuestras pretensiones; por otras, restricciones para la provisión de empleos públicos, incompatibilidades que dificulten el ejercicio de los cargos públicos y el justo premio de la consecuencia política y de brillante carrera en el Parlamento; por todas partes se os ofrecen cosas que renunciar, sacrificios que hacer, molestias que imponer a vuestros electores, nada que pueda significar lo que en otros tiempos significaba el triunfo del Poder y de los partidos.

Pero esto no me desanima a mí en mis esperanzas sobre la obra que nos queda que hacer; en la conciencia de todos vosotros está esa obra de exculpación y de redención, llamémosla por su verdadero nombre, a la que están y deben estar llamadas y a la que deben consagrarse las clases directoras de la sociedad española; tiene que ser una obra de reformas radicales, de verdadera *revolución hecha*

desde arriba (*), de empeños que representan profundas modificaciones en nuestra manera de ser política, administrativa y social.

Para esas obras difíciles y empeñadas es para las que son menester las grandes energías del espíritu, las grandes abnegaciones del alma y del corazón, y esas no se obtienen con la satisfacción del cuerpo y de los sentidos, sino con la austeridad, con la penitencia, con la mira puesta en el ideal que es lo único que ha realizado las grandes empresas morales en el mundo (*¡Muy bien!*), porque por la satisfacción de las necesidades del cuerpo se trabaja y se gana el dinero,

(*) Llamamos la atención sobre esta frase porque el concepto que ella sintetiza, siquiera matizado con la distinta intensidad propia de los respectivos caracteres, fué posteriormente una de las bases de la inteligencia de Silvela y Maura. Cuando éste acentuaba, dos años después, su separación del partido liberal, pronunció en el Congreso su discurso de 15 de Julio de 1901 en el que dijo: «España entera necesita una revolución desde el Gobierno y, si no se hace desde el Gobierno, un trastorno formidable la hará; porque yo llamo revolución a eso, a las reformas hechas por el Gobierno, radicalmente, rápidamente, brutalmente». Y le contestaba Silvela...: «Otro tanto sucede con la revolución que nos pide el Sr. Maura, aunque yo creo que más bien nos separa una diferencia de forma, de procedimiento, que de fondo, puesto que al fin y al cabo nosotros convenimos en que en las circunstancias actuales se necesita, sí, reformar mucho, pero se necesita reformar contando con el tiempo, que es lo que yo he sostenido siempre». Al año siguiente, fallecido Gamazo y quedando al frente del grupo gamacista Maura, éste preparó ya su conjunción con los conservadores en el mitin de Valladolid (18 de Enero de 1902), diciendo: «Para la obra de la revolución desde el Gobierno estaremos dispuestos a ir con cualesquiera fuerzas que sean idóneas y que nos inspiren confianza de lealtad en sus propósitos y de tenacidad en sus empeños». El 6 de Noviembre del mismo año se hacía público en el Parlamento el propósito de gobernar juntos Silvela y Maura y un mes más tarde éste era Ministro de la Gobernación en el segundo Gabinete de aquél.

pero para arriesgar la vida es preciso poner el pensamiento y el alma en Dios, en el honor, en algo espiritual que nada tenga que ver con la materia. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Eso es lo que se espera de vosotros. Y para concluir os he de decir muy pocas palabras de lo que se refiere a mí.

Ya os indiqué antes las circunstancias en que se había constituido esta jefatura mía; pero sí he de deciros que es notorio a todos que yo no estoy aquí contra mi voluntad, que yo a la faz del día, llamando a la opinión, hablando en Madrid y en provincias, escribiendo y luchando en todos los terrenos, he buscado noble y lealmente, pero he buscado el puesto que hoy ocupo y esto me impone deberes mucho más estrechos que si las circunstancias, forzosamente y contra mi voluntad, me hubieran traído a él. Esto me constituye en lo que pudiera llamarse y ser un verdadero duelo a muerte con mi propio programa, con lo que constituye las aspiraciones de mi vida, con lo que ha constituido mi bandera, con lo que forma hoy el programa de la Unión conservadora a cuyo frente me encuentro. (*¡Muy bien!*)

A ese duelo a muerte he de consagrar yo mi vida entera, que he puesto empeño de mi honor, y yo os digo ahora lo mismo que decía a los que estaban a mi lado cuando pronuncié mi último discurso en el Círculo Conservador de la Carrera de San Jerónimo.

Ya conocéis mi pensamiento; ya conocéis cuál es nuestro programa; ya conocéis cuáles son nuestros principios, cuáles nuestros compromisos, difíciles y amargos de realizar. El que quiera seguirme para su realización que me siga, y que me siga con una convicción y seguridad; y es que yo podría sucumbir en la demanda, pero no me torceré

ni retrocederé en mi camino. Pero debo añadir una afirmación más y es que esa obra difícil, empeñada y amarga puede y debe realizarse dentro del círculo de las leyes actuales, dentro de las instituciones que nos rigen, sin necesidad del ejercicio de ninguna dictadura.

El país, deseoso y ansioso de reformas profundas, desea esas reformas; desea esas modificaciones; desea esa verdadera revolución desde lo alto; pero la desea con sus instituciones actuales; la desea con el ejercicio de sus libertades; la desea sin asomo ni sombra alguna de reacción ni de retroceso. (*Aplausos.*)

Por ese camino iré yo; pero no nos engañemos: si ese camino fracasara, si por disgregaciones de partido, por vicios internos de nuestra constitución o por debilidades mías, por algo, en fin, que nos incapacitara para la realización de esa empresa tan empeñada y tan difícil, nosotros fracasáramos, yo seguiría sin tener fe en las dictaduras; pero el país la adquiriría inmediatamente en contra de las libertades y de las instituciones parlamentarias y esa dictadura se plantearía en seguida para no encontrar quizá remedio en ella y para ir al fin a la destrucción total de la patria. A ese camino iríamos con la responsabilidad tremenda para nosotros de haber inducido al país en aquella dirección, a mi entender de perdición y de muerte, y a él iría el país por sus errores, por sus vicios, por nuestras culpas y nuestras deficiencias.

Templemos, pues, el ánimo para el ejercicio difícil de esta obra por los procedimientos y por las instituciones parlamentarias a las que estamos afiliados, y si no nos falta la fe y el ánimo para cumplir cada cual con nuestro deber, se-

guramente que la obra se realizará porque contamos para ello con la primera materia del pueblo español, que en la paz y en la guerra nos está dando ejemplos elocuentes de que es materia primera sobre la cual se pueden levantar edificios magníficos y que falta sólo el arte, la prudencia de las clases directoras, para que, acomodándose a la riqueza del material, sepan levantar con él el monumento de gloria para la nación española del porvenir. He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

B

En la reunión que celebraron las mayorías al formarse el Gabinete Azcárraga

(Discurso en la Presidencia del Consejo de Ministros
el 18 de Noviembre de 1900) (*)

Señores Senadores y Diputados:

Decía muy oportunamente nuestro querido y respetado Presidente que tienen estas reuniones considerable importancia política en todo caso; la tiene muy especial en estos momentos.

(*) Antes había hablado el nuevo Presidente del Consejo: «Estoy seguro —dijo el General— de que habrá causado inmensa sorpresa mi designación para la Presidencia; mi sorpresa no es menor. La he aceptado por los deberes que impone y por los sacrificios que exige, ante los requerimientos de la Corona y del jefe del partido. He obedecido como soldado de fila... El programa lo tiene expuesto el jefe... Estamos obligados por el compromiso de honor que supone el Mensaje. ¡Con ayuda de Dios y de las Cámaras, iremos realizando nuestro programa!»

Pero antes de que yo exponga a vuestra consideración y deje confiadas a vuestras meditaciones las manifestaciones que sobre ese particular he de haceros, permitidme que consagre un recuerdo de profunda tristeza, que embarga mi alma, a la ausencia de entre nosotros para siempre de aquel ilustre e inolvidable caudillo a quien yo debí tan singular estimación y afecto en toda su vida y tan reiteradas pruebas de apoyo y de confianza hasta en sus últimos momentos: el General Martínez Campos. (*)

Fué un hombre que determinó toda su conducta política (para no hablar yo aquí, que no debo hacerlo, de otra cosa que de estos deberes de gratitud política que con él tengo), que sujetó todos los actos de su vida al sentimiento de lo que él creía mejor para su país y para su Reina. El me distinguía con singular estimación; él creo que me quería verdaderamente tan pronto como se convenció de que yo le había servido siempre con lealtad y le había profesado por sus altas cualidades la gran estimación que merecía. Y, sin embargo, él —no lo olvidaré nunca— fué de los que más pesaron sobre mí, y aun contra mí, cuando creyó que yo podía debilitar una fuerza conservadora que él estimaba útil para el país. Cuando variaron las circunstancias y creyó que convenía a la patria ayudarme y fortalecerme, me ayudó y fortaleció hasta los últimos momentos y me sirvió de apoyo en el Senado en las dificultades con que luchamos para aprobar el Presupuesto, con una abnegación, con una decisión, con un olvido de sí mismo, que yo no pagaré con la gratitud de toda mi existencia. (*¡Muy bien!*)

(*) Había fallecido el 23 de Septiembre.

Otra deuda de gratitud debo pagar también. Se me tacharía, con razón, de ingrato si no aprovechara la primera ocasión que se me presenta de hablar en público para pagarla en la medida en que yo puedo hacerlo. Me refiero al General Azcárraga, quien con la sencillez del hombre que tiene disciplinados todos sus pensamientos, todas sus ideas y toda su voluntad a la sola regla del deber, acudió a mi llamamiento y en mi auxilio, puedo decirlo así, y aceptó, aunque con repugnancia, sin resistencia las responsabilidades del Poder en las circunstancias delicadas a las cuales ha hecho alusión. (*)

Al realizarse el cambio de Ministro de la Guerra y de Capitán general de Madrid entendí que podía ser de utilidad para mi país y para mi partido alejar, no con palabras sino con actos, hasta la idea o la sospecha de que pudiera haber en el partido conservador exclusión para ningún General de los que figuran en el escalafón del Ejército español. Entendí que sus servicios militares estimábalos su jefe el Ministro de la Guerra, y que una propuesta suya en esas condiciones no podía ni debía ser desechada por mí en manera alguna, y libre y espontáneamente, y creyendo prestar un servicio a mi país, a mi Reina y a mi patria, los acepté.

Pero no todos fueron de la misma opinión entre mis amigos y advertí muy generalizada la duda de que había podi-

(*) Desde el primer momento consideró Silvela que Azcárraga realizaba un acto meritorio al asumir la dirección del Gobierno. Por eso, en carta que escribió el 26 de Octubre a todos los Diputados y Senadores conservadores encareciéndoles no dejaran de asistir a la reunión de las mayorías y votación de Mesas, decía que el partido «tenía el deber de agruparse en derredor del Gobierno establecido y secundar el acto de abnegación del actual Presidente del Consejo de Ministros».

do ceder quizá más a impulsos espontáneos de mi voluntad y a movimientos generosos, sí, a impulsos, a aspiraciones elevadas sin duda alguna, pero que, al fin y al cabo, habían podido torcer mi voluntad y aun mancharla con la sospecha de que yo la había torcido por el propósito o el pensamiento de las facilidades que ello pudiera proporcionarme para conservarme, para mantenerme más tiempo en el mando. Esto entendía yo que podía debilitar un tanto mi autoridad al presentarme en los debates parlamentarios y creí que cumplía con los deberes que tengo para con mi partido, para con mi Reina y para conmigo mismo, presentando en forma irrevocable la dimisión de mi cargo y rogando al General Azcárraga que me reemplazara, pues creía que, si bien esas circunstancias personales aconsejaban que me separara yo de la dirección de los negocios públicos, de ninguna suerte justificaban que el partido conservador abandonara la misión que tan gloriosamente había empezado y que con tantas condiciones de vitalidad y de energía puede evidentemente concluir. Esta es la explicación sencilla de lo ocurrido...

Podrá ser cierta o equivocada esta teoría, pero no se me podrá negar que no la he introducido yo para necesidades de momento, porque la sostuve en la oposición, la sostuve en el Senado y dije siempre que podrá haber circunstancias extraordinarias en que hombres de una superioridad reconocida sobre todos los demás, dotados de facultades providenciales que les permitan regenerar en breve tiempo la suerte y el curso de los acontecimientos históricos de los pueblos y de las colectividades, resuman en su personalidad sublime la representación de partidos, de pueblos y

aun de razas, y personifiquen una situación y un partido que mueren con ellos; yo no sé si de esos hombres hay algunos en España; pero a mí me basta saber que de esos no era yo y que prefería empeñar todas mis fuerzas y mi labor, mi voluntad toda y todos mis medios de acción para que las fuerzas gobernantes se resumieran en la colectividad del partido, con objeto de que dentro de él hubiera los medios suficientes para que cualquier circunstancia, eventualidad, contrariedad o aun fracaso del que pudiera hallarse a su frente, no representara compromiso ni muerte para la política que el partido entrañaba. Y, ¿no es verdad, señores, que si ahora, con el patriotismo y el concurso de todos, logramos seguir desenvolviendo gallardamente nuestra política, apoyando al Gobierno que se encuentra aquí, con esas flexibilidades a que yo antes hacía alusión, habremos hecho mucho, pero mucho, para demostrar la fuerza y el vigor del partido conservador, sus medios de acción, sus hondas raíces, su alcance para prestar sus servicios al país y a la Monarquía? ¿No será eso mucho mejor que haber condensado en una personalidad efímera toda la vida, toda la existencia, toda la idealidad de un partido?

Esas cualidades providenciales que pueden resumir en un hombre la vida de un partido, son dones que envía Dios de cuando en cuando a los pueblos; esta fuerza colectiva de los partidos que pueden modificar sus formas de existir y sus maneras de gobernar y variar los hombres que tengan al frente de ellos, son obras de la libertad y de la acción humanas, y en ese sentido, aunque son más modestas, son para nuestras necesidades más grandes, más patrióticas, y, a mi entender, más satisfactorias. (*¡Muy bien!*)

Pero importa que esclarezcamos aquí todo lo que pueda ser dado a opiniones y recelos más o menos de buena fe sustentados, pero que, al fin y al cabo, importa y conviene que los hombres públicos aclaren...

El Gobierno constituido, contando con la confianza de la Corona y con el apoyo de las mayorías, es un Gobierno que tiene absolutamente toda la autoridad, no sólo legal, sino moral, que puede tener un Gobierno; la misma que tenía yo cuando me encontraba al frente de los negocios públicos, y el que se llama jefe del partido o de la mayoría no es sino el primer servidor de ese Gobierno, el que le ha de prestar su apoyo con más asiduidad, con más constancia, empleando todos los medios que vuestra confianza ponga en sus manos para apoyar esa política, para apoyar a ese Gobierno en sus resoluciones, cuya independencia es condición indispensable de su propia responsabilidad, cuya independencia importa tanto a su dignidad como a la nuestra, porque sólo de la armonía de esos dos conceptos es de donde nace el desenvolvimiento natural del Gobierno parlamentario. (*Aplausos.*)

Si alguien dice y cree que estas son cosas difíciles de conciliar, que no se enlazan bien, ese desconocerá cuál es la esencia del régimen que, no sólo en estas relaciones políticas, sino en las más fundamentales del Presupuesto; de las relaciones de las Cámaras con la Corona; de las relaciones de las Cámaras con el Poder ejecutivo; de las mismas de los partidos de oposición con los gobernantes, tiene como regla suprema la armonía y la prudencia común, el respeto recíproco de la dignidad y de los derechos de cada uno, sin que sea posible establecer las líneas divisorias que

se establecen en un contrato civil, sino sometiéndonos todos al principio general que lo domina y lo preside, del mutuo respeto, de la mutua armonía, de la mutua consideración entre unos y otros poderes, entre unas y otras prerrogativas y facultades, sin lo cual el régimen parlamentario no podría dar un paso. Y como consecuencia de esa determinación, de lo que son nuestras respectivas significaciones, yo quiero declarar, para que nadie se llame en su día a engaño, que la confianza en el Gobierno que vosotros prestáis es exactamente la misma que la que me prestabais a mí cuando me encontraba en ese sitio y que toda cuestión de Gabinete que así se declare por este Gobierno no será una cuestión de Gabinete sólo para él sino que lo será de la misma suerte para mí; en tal forma, que, si lo que no es de temer de ninguna suerte, este Gobierno alguna vez fuera derrotado, derrotado sería yo como él, y detrás de él yo no habría de hacer otra cosa sino facilitar, en cuanto estuviera de mi parte, el libre paso al partido liberal. De tal suerte me encuentro yo completamente identificado con todas y cada una de las personas de este Gabinete; nuestra suerte es una, nuestra causa es una y una seguirá desde el principio hasta el fin. Y dicho esto, que es lo que más directamente se refiere a mí, vamos a la segunda parte de estas breves palabras, que es lo que más especialmente se refiere a vosotros.

Habéis realizado una labor que ahora algunos consideran como insignificante y pequeña; que cuando se desarrolle en el tiempo y haya suficiente espacio para contemplarla a distancia sucederá con ella como con los grandes edificios y monumentos, que adquieren elevación y grandeza para los que desde lejos los contemplan...

...Imposible parecía, cuando recogimos la herencia de tantas desgracias, que pudiéramos vencerlas como están vencidas hoy. Nosotros tuvimos la resolución —y yo no peco de vano, no he de regatearme en ese particular la parte de mérito que me corresponde—, nosotros tuvimos la resolución de decir desde el primer día que al lado del honor de la bandera colocábamos el honor de nuestra firma, y despreciamos los fáciles recursos curialescos que se nos ofrecían por todas partes, para dar en una o en otra forma la receta, desgraciadamente tradicional en España, de no pagar para resolver las situaciones financieras.

Bien podíamos haber recogido de aquellas injusticias con que se nos trató, arrancándonos territorios sin llevarse a la vez las deudas que sobre ellos pesaban; bien podíamos, repito, con las interpretaciones de las responsabilidades subsidiarias por una parte, con la falta de ratificación por las Cámaras de los compromisos contractuales por otra, haber reunido los argumentos suficientes, que en mano de un curial hábil y experto hubieran podido conducir a una excepción dilatoria de suspensión de pagos, o a una más o menos disimulada bancarrota. Pero quisimos acudir a todo, salvar nuestra firma sin distinguos ni regateos y recogimos todo el peso inmenso de las Deudas nacionales y coloniales, todas las responsabilidades de las guerras, todos los déficit acumulados por las Haciendas pasadas. Yo en un discurso pronunciado en la redacción de EL TIEMPO, en la oposición, decía que necesitaríamos tres años para llegar a la nivelación del Presupuesto; y, sin embargo, en poco menos de año y medio se ha conseguido ya, atacando enérgicamente todas las dificultades y todas las cuestio-

nes y todos los obstáculos que a ello pudieran oponerse...

Procediendo de esa suerte y habiendo estudiado cada impuesto en su esencia, en su naturaleza y en los recursos que podía dar de sí, hemos logrado, sin perturbaciones de orden público, con el apoyo del patriotismo y de la tranquilidad pública, que hasta ahora habíamos conseguido, hemos logrado —digo— que un Presupuesto con un déficit inicial de 20 millones próximamente, aumentado con los suplementos y créditos extraordinarios que las necesidades han hecho precisas a más de 40 millones de pesetas, se salde con sobrante. Además, como decía muy bien el señor Presidente, se presenta un Presupuesto nivelado, no en el papel, sino en la realidad...

Es decir, que aquella Hacienda enferma, en un año la hemos colocado en una situación de sanidad como puede tener la más robusta que en Europa exista, una vez que no se halla nivelada por cálculos sujetos a error, ni por enajenaciones de propiedades que no hayan de repetirse en años próximos, ni mucho menos por empréstitos más o menos disimulados, o por acuñaciones de plata o redenciones del servicio militar, sino por lo que constituyó nuestro programa financiero desde el primer momento: por los recursos ordinarios y permanentes del Presupuesto, es decir, por los impuestos, atendiendo a las necesidades públicas en la medida ordinaria en que pueden y deben calcularse. Pero esta obra tan prodigiosamente iniciada, no me duele la palabra, tan vigorosamente ayudada por vosotros resistiendo el estímulo natural del interés lastimado, de la propiedad herida y sobrecargada, esta obra no está concluída; esta obra ha de completarse con la terminación de la liquidación de

nuestras guerras, que está todavía representada en el gran peso que gravita sobre nuestro Banco de más de mil millones de pesetas, que dificulta las funciones naturales de un Banco de emisión, y a las cuales todo Gobierno previsor debe poner oído atento, no ciertamente para deshacerlas en un día, aunque pudiera, sino para fijar lentamente las condiciones de su disminución, de su desaparición total, si ha de procurar con otras reservas nacidas de los sucesivos sobranes de los Presupuestos la definitiva reforma de nuestra circulación monetaria y de nuestro patrón metálico, que devuelva a nuestra vida financiera la regularidad que tiene ya la que pudiéramos llamar vida de nuestro Presupuesto...

Esa obra ha de completarse destinando también, una vez que esos rendimientos y esos productos son bien conocidos, aquella parte de los impuestos y del crédito público que deba emplearse en el desenvolvimiento de las obras públicas, en la defensa nacional, en la reconstrucción de nuestra flota, bien estudiada, pero teniendo siempre como criterio inflexible para nosotros este tan desgraciadamente olvidado muchas veces en España, y es que para los gastos se atienda a dos cosas: primera, el estudio acabado y completo de la utilidad del gasto, y segunda, a la existencia real, positiva y previa de los recursos con que a ese gasto ha de atenderse. (*¡Muy bien!*) Condiciones precisas para que nuestra Hacienda, una vez restaurada, recobre la reputación a que tiene derecho; pero para obtenerla preciso es la persistencia en la buena conducta, pues, claro es, que el que de pronto cambia sus hábitos tarda en inspirar aquella confianza que inspira el que de antiguo los viene conservando; y cuando nosotros hemos acumulado de tan largo

tiempo tantas temeridades y tantos errores económicos, especialmente en lo que se refiere a nuestra circulación monetaria y al vigor de nuestro crédito, hemos de menester de algunos años de persistencia en el buen camino para que ese crédito recobre aquella firmeza a que sus condiciones reales y positivas hoy le dan pleno derecho...

A esa obra económica, empezada tan gloriosamente y que ha de seguirse por esos caminos ya trazados, han de unirse también algunas otras que al partido conservador pueden y deben estar encomendadas y que están consignadas en el discurso de la Corona, a que aludía el señor Presidente. Nosotros hemos de acabar, después de la reforma económica, la reforma de la Administración local, singularmente en lo que se refiere a la administración de las grandes ciudades y al gobierno de las grandes capitales, siendo ya una verdad reconocida por toda conciencia imparcial lo que siempre he sostenido sobre este particular; es a saber: que con el sufragio universal no se administra, y que es menester organizarlo por lo menos en forma distinta de la directa a que hoy está entregado, para que las grandes ciudades, para que los importantes centros de población tengan administración digna de sus intereses y de sus recursos. (*¡Muy bien!*) Esa reforma y las bases de la organización militar y de la organización de la Armada, preparadas oportunamente para que puedan recibir el desenvolvimiento de su material, proporcionado a ellas, cuando nuestros recursos estén definitivamente fijados y determinados, constituyen una labor bien gloriosa para el partido conservador, y que él tiene derecho a reclamar para sí, puesto que tan gloriosamente la ha empezado.

¿Qué obstáculos puede haber para ello? Preciso es decirlo con entera franqueza. Los obstáculos no pueden venir sino de nosotros mismos. Yo no creo que sería ni de buen gusto en esta reunión hablar de los demás partidos políticos.

Las dificultades, repito, no pueden venir sino de nosotros mismos. Es verdad, esto hay que reconocerlo; os hemos tratado muy mal. Por todas partes hemos puesto obstáculos a cosas que antes eran llanas y fáciles. Se cerró por completo el amplio arsenal de credenciales que representaba durante largos años de nuestra tradición parlamentaria el Ministerio de Hacienda, el del personal más numeroso en toda la Península. Hase preparado la clausura de todos los demás. Siguen Ayuntamientos y Diputaciones constituidos bajo el régimen liberal, funcionando.

Sin embargo, todo eso os lo hemos impuesto porque hemos entendido que debíamos establecer un régimen normal de Administración y de Gobierno, fundado en la misma prolongación de esas funciones y de ese ejercicio del Poder, de tal suerte que no entren en el Poder los partidos que han de vivir breve tiempo, como ejército que entra a saco en una ciudad de donde ha de salir al día siguiente, reclamando como botín la posesión de Ayuntamientos, de Diputaciones, de Juzgados municipales, de todos los elementos que constituyen la vida local; y hemos creído que debíamos esperar a las renovaciones naturales de esas corporaciones para que pudieran desenvolverse en ellas las influencias legítimas de los distritos.

Vuestro concurso, vuestro apoyo, vuestra asiduidad para que el Gobierno conserve la confianza de la mayoría,

y la tenga de una manera oficial y positiva, como tiene la confianza de la Corona y como creo que tiene la confianza del país, es la única condición para que ese programa se realice y para que por sus naturales desenvolvimientos vayamos todos a la posesión legítima, sin violencias y sin atropellos, de todas aquellas participaciones en los diversos organismos que la vida local y el desenvolvimiento natural de las leyes llevan consigo, prolongando de esta suerte la vida de los Gobiernos y de las situaciones y creando elementos para el porvenir.

Este es el programa que se os presenta y que a vuestra prudencia, a vuestra asiduidad está pura y exclusivamente confiado. Yo espero que lo habréis de realizar sin desmayo, porque, aparte de lo que pueda ser vuestro interés personal, como hombres de partido podréis tener la convicción profundísima en vuestra conciencia de que nunca como ahora la vida de un partido ha estado evidentemente enlazada con la vida del país, con las conveniencias de la Corona y hasta con las conveniencias también de nuestros propios adversarios, que si serenamente y con altura de miras miden y contemplan cuáles son las circunstancias del país, reconocerán que la prolongación de la vida del partido conservador por largo tiempo es una condición de paz y de regularidad de la vida política y de las libertades públicas en España.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos.*)

C

Ante la junta de ex Ministros conservadores

(Discurso en casa del Sr. Silvela el 12 de Abril
de 1901) (*)

...Anunciada ya oficialmente por el Gobierno su resolución de disolver las actuales Cortes y convocar elecciones para el próximo mes de Mayo, he creído de mi deber reunir a ustedes como representación la más autorizada, así de las mayorías parlamentarias como de las fuerzas sociales y políticas del partido, con el fin de exponerles la conveniencia de hacer públicas algunas declaraciones que permitan al cuerpo electoral y a la opinión conocer con toda claridad nuestra actitud, nuestros propósitos y nuestra línea de conducta, y proponeros también la constitución, bajo mi dirección, de un comité ejecutivo que pueda facilitar la defensa de nuestros amigos que luchen en los distritos contra las extralimitaciones de las autoridades, que ya se empiezan a sentir, auxiliándonos de los demás, pues ninguno de nosotros ni de nuestros amigos debe omitir esfuerzo para constituir en el nuevo Parlamento un núcleo poderoso, base

(*) Acababa de volver Sagasta al Poder. Asistió Azcárraga como ex Presidente del Consejo; Tejada de Valdosera, que aún era Presidente del Senado; Villaverde, que todavía presidía el Congreso; los demás ex Ministros del partido y las Mesas de ambas Cámaras, naturalmente exceptuados los liberales.

hoy más que nunca necesaria para que la Regencia llegue a su término en condiciones de concordia y el nuevo reinado comience con garantías de paz y de firmeza para las instituciones monárquicas y parlamentarias.

Tres extremos han de comprender estas declaraciones mías, que procuraré sean tan precisas como breves: el cambio de Gobierno, nuestro programa y nuestra línea de conducta en lo porvenir. No sería disculpable en mí que analizara ni juzgara ante ustedes las causas y los accidentes que han determinado el cambio de Gobierno que produce esta disolución de las Cortes; pero sí importa dejar establecido, por declaración nuestra, lo que es para todos público y notorio; es a saber: que ni por un momento hemos aceptado ni aceptaremos la responsabilidad de esta alteración, entendiendo que interesaba al país la continuación de la política liberal conservadora, y que contábamos con fuerzas suficientes parlamentarias materiales y morales para consolidar en un segundo Presupuesto la obra que con tanta fortuna habíamos logrado en el primero, completándola con los desenvolvimientos que permite su liquidación...

Las mayorías de ambas Cámaras me han prestado su concurso lealmente y sin el menor desprendimiento ni vacilación en toda cuestión de Gabinete, y yo les debo este tributo de gratitud.

Tampoco tenemos extenso programa que hacer, porque lo tenemos hecho, y los resultados obtenidos en menos tiempo y en mayor medida de lo que habíamos prometido en la oposición, no nos aconsejan alterarlo en nada, deseando tan sólo fuerzas, apoyo y ocasión para continuarlo y completarlo con la persistencia, la mesura y la prudente

contemplación del tiempo y de los intereses y derechos creados, sin lo cual las reformas no merecen ese nombre sino el de temeridades o charlatanerías.

Es ese programa, monótono en su exposición, modesto en sus afirmaciones, y frío y pálido en sus colores, para un pueblo y una opinión que presta demasiado oído a una parte de la Prensa constantemente urgida de noticias y de sucesos y otorga cierta tradicional credulidad a saludadores, curanderos y arbitristas de todo linaje; pero no hay deber más imperioso para la conciencia de un partido de Gobierno que el de resistir esos impulsos...

En esa obra modesta, nada aparatosa, de regir con juicio y energía la Hacienda pública, mejorar los procedimientos en todos los ramos, imponer por igual los sacrificios, dar estabilidad positiva y práctica a los funcionarios, separar la política del Ejército y lentamente de la Administración, contener las exigencias de los amigos en las provincias, ir disminuyendo los medios de improvisar pequeños patrimonios por los servicios electorales, hemos sido interrumpidos y sólo nos toca desear y hacer cuanto esté de nuestra parte para que se siga en ellas manteniendo, con implacable severidad y sin consentir desahogos ni filtraciones, la política de nivelación, no sólo para presentar un Presupuesto equilibrado, que eso en nuestra situación financiera real es equilibrio engañoso, sino para allegar remanentes que acaben la obra tan sólo comenzada, de dar a nuestro Tesoro las fuerzas necesarias para desligarse del Banco de España, para pagar a éste sus anticipos sin empréstitos en el exterior, ni grandes operaciones de crédito en el interior, restituyéndole prudentemente sus condiciones naturales de

Banco de emisión para regular las funciones circulatorias y no para servir a necesidades de Gobierno, favoreciendo con apoyo directo las instituciones de ahorro que ayuden a esa obra y preparando la restitución de nuestro sistema monetario a su valor real, saliendo de la dolorosa situación en que nos colocaron dolorosas circunstancias y devolviendo las enormes ganancias de las acuñaciones de la plata, que pudieron tener su justificación o su explicación, pero que hay que remediar lo antes posible, como base principal de la regularidad de los cambios y dique para que no se acentúe más y más el encarecimiento de la vida, y con todo ello desenvolver y mejorar nuestro material nacional para las luchas de la paz y para las de la guerra, y completar con reformas en la Administración local la obra de reconstitución de las fuerzas nacionales en el orden social y las relaciones del capital y el trabajo, las previsoras anticipaciones de los remedios y alivios que evitan o atenúan los conflictos, y que nosotros hemos iniciado y llevado por primera vez a la práctica en leyes votadas en Cortes.

Algunos retrocesos dolorosos hemos presenciado ya; pero yo confío en que no será del todo perdido nuestro ejemplo y algo quedará definitivamente adquirido en ese buen camino y mucho ganaremos entre propios y extraños si damos prueba con hechos de que no somos una triste excepción en las administraciones europeas y que es España, y no los conservadores solos, la que se enmienda y civiliza...

Pero si de los sucesos pasados debe hablarse poco, y del programa no hay otra cosa que hacer sino recordar sus líneas generales y los éxitos en su realización obtenidos, de

la conducta y de la organización hay que establecer algo no menos concreto.

Desgraciadamente nos sucede un partido que tuvo elementos para desenvolver los artículos constitucionales en preceptos orgánicos democráticos, que nosotros hemos respetado aun en aquellos principios que no nos han convenido, prefiriendo la estabilidad en las leyes al mismo acierto de las soluciones, siguiendo el ejemplo y las doctrinas en que informó Cánovas la Restauración y que ha constituido para España, en el último tercio del siglo xix, un progreso político evidente sobre los anteriores.

Le abona hoy al partido liberal la misma razón social bajo la que cumplió con fuerza incuestionable su misión tal como la entendía; ¡pero qué diferencias tan inmensas en sus condiciones de hoy!

Trabajado por una crisis honda, de hombres, de tendencias, de soluciones, empieza a vivir como si estuviese gastado por una existencia penosa y larga; no importa que este benévolo pueblo español, el más indulgente para las culpas, pecados y equivocaciones de sus gobernantes que ha conocido la Historia, al que le cuesta tanto trabajo la severidad y tan poco el olvido, tenga en su alma tesoros inagotables de perdón para lo que hicieran a su costa, sin pedirles siquiera aquel punto de contrición que la misericordia divina, con ser infinita, exige al pecador para salvarlo y restituirlo a la gracia; lo triste es que ni hay autoridad bien definida en su disciplina, ni problema alguno de los que la actualidad impone, sobre el que haya concierto de pensamiento y de voluntad al llegar al Gobierno.

Ignoramos en cuanto a las relaciones de la Iglesia y el

Estado, si van a declarar en quiebra a la libertad, como un escritor francés ha declarado en quiebra a la ciencia, y se preparan a reformar e interpretar sus propias leyes y nuestra común Constitución en un sentido jacobino, atentatorio a los más sagrados derechos individuales de la conciencia y de la enseñanza, y si se proponen romper la armonía y la concordia de ambas potestades que nos ha dado tantos años de paz en los espíritus, o limitarse, manteniéndola, a procurar las reformas de orden económico, tributario y gubernativo que las exigencias del Estado y las necesidades de los tiempos reclamen; no sabemos, ni ellos pueden decirnos, si se proponen buscar en la modificación del sistema arancelario otras orientaciones para el desarrollo de la industria, y si su oportunismo cree llegado el momento de emprender los caminos del librecambio de la revolución del 68; dudamos si creen que basta ya de sacrificios y de austeridad, y se proponen malograr nuestra labor tan penosa con esplendideces y alegrías prematuras, como lo hicieron ya otra vez, volviendo al déficit, tan fácil de resucitar con sólo desmayar un punto en la represión de los gastos y en el continuo fomento de los ingresos, y en no extender la tributación a todas las fuentes de riqueza que deben contribuir a ella, como los alcoholes; no sabemos si piensan vivir tranquilamente con la deuda del Banco, recogiendo el beneficio de esa deuda barata, sin cuidarse de preparar recursos y sobrantes que permitan reducir, sin desnivelar el Presupuesto, esa carga por todo extremo peligrosa; ni hay esperanza de que digan nada, porque cada declaración sobre cualquiera de esos problemas representa una crisis de tendencias dentro del partido y entre sus hombres más

conspicuos o sus aliados más impresionables y prestigiosos, y sólo sabemos positivamente que no sabemos nada, que todo es incierto, que todo está en disputa, que todo vive bajo la precisa condición de no actuar y de no moverse.

Pero así y todo, el partido liberal está ahí, tal como es, y los deberes del partido liberal conservador para con la Monarquía y para con la patria le imponen ahora, y le deben seguir imponiendo en las futuras Cortes, una línea de conducta firme y serena, informada constantemente en el propósito de mantener sus opiniones, de procurar la defensa de las libertades que la Constitución nos otorga, de los principios económicos y financieros que siempre hemos sostenido, de los sentimientos que aseguran al pueblo español la paz de sus espíritus y la libertad de su conciencia; pero de no favorecer, en lo que de nosotros dependa, a ninguna disgregación, no ayudar a ninguna tendencia por pesimismo ni por habilidades de estrategia, no olvidar que ese triste estado del partido en el comienzo de su vida de Gobierno no es un bien para nosotros, porque nunca puede haber bien para nosotros en lo que es evidentemente un mal para la patria y para la Monarquía...

Otra cuestión de conducta hay sobre la que conviene que el partido liberal conservador se exprese con toda claridad, y es la relativa a la organización y disciplina de las fuerzas políticas para el ejercicio del Gobierno en lo futuro.

Nadie ha hecho más que yo ahora y siempre, para abrir las puertas a las legítimas participaciones en las responsabilidades de la acción y del mando a fuerzas que se presentaran a concurrir con nosotros en las resoluciones de problemas pendientes, aunque conservaran sus antecedentes

y aun sus convicciones respecto de otros problemas, que no estuvieran por el momento para ser resueltos o planteados; pero siempre he creído también que el desenvolvimiento regular del régimen monárquico parlamentario demanda la existencia de grandes partidos, que lleven sobre sí la dirección e impriman el sentido de una política; los pueblos que, por su desgracia, no los tienen, viven sin ellos, como se vive con las imperfecciones del cuerpo y del espíritu; pero no se advierte que recaben ventajas y facilidades para el Gobierno en la multiplicación de grupos independientes, adscritos a personajes determinados, entre los que no hay manera de señalar diferencias de principios ni de conducta, ni modo de distinguirlos más que por el patronímico de sus jefes, que acrecientan el notorio daño de la inestabilidad de los Gabinetes y complican hasta un extremo lamentable la acción del Poder real, anublando su irresponsabilidad y poniéndolo en constante riesgo de intervenir, más de lo conveniente para su prestigio, en las menudencias de la política personal.

Y si ese peligro se advierte en Monarquías y Repúblicas que tienen, al cabo, una base firme en cuerpos electorales, a los que se puede apelar cuando las complicaciones se hacen insolubles, para que con la autoridad que se impone a todos por su impersonalidad decida y corte el nudo que embrollaran los grupos circunstanciales, ¿qué hemos de pensar de semejante teoría, que, como aspiración de progreso y esperanza de alivio, nos ofrecen algunos en España, donde las apelaciones al cuerpo electoral, desgraciadamente y contra las mejores intenciones de todos, se fallan invariablemente a favor del que se encarga de la apelación,

y donde falta, por tanto, ese resguardo poderoso y salvador de la irresponsabilidad práctica de los Monarcas?

¿Y cómo ocultar tampoco ni callar en materia tan delicada y grave que esa mayor defensa y mejor amparo a la Monarquía por grandes y escasos partidos se impone con mayor imperio ahora en España por las circunstancias que se avecinan, de suerte que la obra del Monarca constitucional debemos hacer todos porque se simplifique y se eleve, haciéndole árbitro de grandes direcciones políticas y apartando de él las dificultades y los quebrantos que lleva consigo el arreglo de los intereses y pasiones de grupo?

Entre todas las ansias extrañas que en algunos enfermos produce la descomposición de su organismo, no creo que pueda encontrarse ninguna más dolorosa y funesta que la aspiración a Gobiernos circunstanciales como ideal para España en el porvenir y como régimen normal de su política, y si se satisficiera o se ayudara a satisfacer por alguien, sería demostración de que nuestro cuerpo social andaba muy desequilibrado. Se explica que para salvar una dificultad de momento se pueda pensar en ello, y como fórmula de transición se intente o se realice; pero como organización permanente es la más contraria a lo que nuestro país debe desear y procurar por cuantos medios estén a su alcance, y entiendo que el partido liberal conservador, en esta contienda electoral y en la campaña parlamentaria que a ella siga, debe afirmar y desenvolver en la medida que le sea posible su existencia como gran colectividad, su aspiración a que se le considere como elemento fundamental del régimen parlamentario, aceptando el concurso de las fuerzas auxiliares, que quieran ayudarle y concertarse con

él para un fin de gobierno o para la realización de una reforma; pero con su razón social, con el jefe que él quiera darse, y procurando para sí y para sus adversarios todo lo contrario de la política de grupos circunstanciales; la concentración de aspiraciones y tendencias que ofrezcan para lo porvenir, a falta del fallo regular y soberano de los comicios, siquiera la sucesión en el mando de fuerzas grandes, definidas y disciplinadas, no por respeto a una personalidad ni a un hombre, que esto sí que es pequeño y circunstancial siempre, sino por la cohesión de los intereses, de las ideas, de las tradiciones y de los procedimientos de gobierno.

Con estos propósitos bien claros, entiendo que debe ir el partido conservador, que nadie tachará de poco concretos, a las urnas y al Parlamento, sin desmayar por las endebleces de nuestro cuerpo electoral, porque, no obstante ellas, la opinión pública no es tan inerte como se cree en España; y si no acierta a expresarse bien en las votaciones populares se exterioriza por mil caminos. Y nuestro deber es solicitarla por todos los medios. He dicho.

D

En la reunión de las minorías

(Discurso pronunciado en el Senado el 8 de Junio
de 1901)(*)

Señores...

No he de hacer un programa, ni he de formular tampoco un juicio detenido de los actos y responsabilidades del Gobierno, porque ni sería lo primero propio de nuestra especial situación, ni sería lo segundo tampoco oportuno, hallándose vecino el momento de que podamos depurar esas responsabilidades más briosamente frente a frente de nuestros naturales adversarios; pero se halla la política hoy en una situación de tal modo confusa, con las líneas de tal manera oscuras, debido principalmente al advenimiento prematuro de un Gobierno que no sabemos todavía, ni creo que llegaremos a saber nunca, por qué ha venido, y temo que tampoco logremos averiguar a dónde va, que es menester y reclama la opinión pública, a mi entender, con imperio, que cada cual fije su situación con claridad y en breves términos...

Nosotros fuimos interrumpidos en la obra de la recons-

(*) Fué la acostumbrada reunión en vísperas de las Cortes nuevas. Y en ella se hizo la designación de candidatos para Mesas y Comisiones.

titución de la Hacienda pública, que era base indispensable del mantenimiento de la nacionalidad española, pues si en todos tiempos la regularidad de las situaciones financieras ha sido condición de vida de los pueblos, en los momentos actuales es condición absolutamente indispensable para la existencia de la nacionalidad...

Pero nosotros, al realizar esta nivelación del Presupuesto, no hemos pensado que ello constituyera por sí toda la obra; tenemos una idea menos mezquina de lo que es este pensamiento.

La verdadera nivelación del Presupuesto no consiste sólo en la reunión matemática de los gastos y de los ingresos al cabo del año, no; es algo más que esto; es el primero y el indispensable paso, pero nada más que el primero, para llegar después a la constitución de una Hacienda robusta, y a la dotación para el país de un plan de obras públicas, de unos útiles de trabajo y de producción proporcionados al progreso general de las naciones; de unos elementos de defensa en mar y tierra que afirmen su personalidad y que la constituyan en el rango que debe ocupar y en el papel que debe desempeñar entre todas las nacionalidades modernas. Eso es lo que constituye la finalidad de nuestra nivelación, y a eso hay que ir, pero con plan preestablecido, con prudencia en el desenvolvimiento, sin apresurarse a adquirir cosas que después no pueden mantenerse de un modo normal y regular; en una palabra, con la medida con que habíamos dado el primer paso y contábamos dar los demás.

Esta obra que nosotros habíamos pensado completar en un segundo Presupuesto, desenvolviéndola con las autori-

zaciones que teníamos y otras que podían haberse solicitado, ha quedado interrumpida.

No he de ahondar yo en esta cuestión, pues es más propia y peculiar de las discusiones que han de venir muy de cerca; pero tampoco puedo dejar de hablar de ellas sin establecer dos protestas terminantes, porque el silencio sobre el particular pudiera llegar a constituir cierta responsabilidad para nosotros.

Es la primera de estas protestas la relativa al concepto de nuestro crédito en el exterior.

Una Hacienda que posee una Deuda exterior en condiciones jurídicas en algo diferentes del resto de la Deuda nacional, es una Hacienda que tiene indudablemente una mancha, y nosotros procuramos quitársela. Logramos un convenio; en un período no muy extenso hubiéramos concluido con esas deficiencias; grande responsabilidad pesa sobre los que dificultaron su aprobación; otras más grandes sin duda llevan consigo muchos acontecimientos históricos; mas de haberse aprobado aquel convenio, a estas horas se hubiera disminuído, seguramente, algo esa Deuda exterior que sobre nosotros pesa...

...Estimamos siempre que nuestra Deuda exterior debía satisfacerse en oro, y que no debía ser objeto de modificación alguna, habiendo estado amparada por una declaración hecha por el representante de la nación española, y que nosotros recogimos; las Cámaras prestaron su asentimiento respecto a esta cuestión, y yo estoy seguro que el Gobierno actual no ha de modificar nada de lo que entonces quedó establecido; pero sólo haber consentido el que se hable ha sido de gran daño para todos.

Es la segunda protesta que tengo que hacer la relativa a la disminución de las cargas del Estado, que representan los ingresos existentes.

Claro es que si la práctica revela algún error, ese error debe corregirse; pero cuando se habla de reducir los impuestos nadie entiende que se habla de eso; lo que se entiende es que hay medios, que han llegado las oportunidades de equilibrar el peso de la actual tributación, y yo he de hacer la declaración terminante de que si España quiere presentar su dimisión de nación europea, hágalo enhorabuena; podrá llegar a reducir sus tributos; pero a eso no ha de prestarse nunca el partido conservador, ni yo, mientras tenga el honor de influir en sus resoluciones. (*¡Muy bien!*)

Hechas estas declaraciones que se refieren a la cuestión financiera, algunas otras, muy breves también, voy a permitirme hacer sobre las políticas más culminantes y sobre la cuestión electoral.

La única nota, el único concepto doctrinal que puede señalarse en el actual Gobierno, ha sido, hasta ahora, el de las cuestiones relacionadas con la enseñanza, y al mismo tiempo que con ella con la llamada cuestión religiosa, no ciertamente por declaraciones o principios expuestos por los gobernantes, puesto que ninguno hay que yo conozca todavía sobre el particular, sino tan sólo por aquellos gritos inarticulados, por aquellas manifestaciones, por aquellos actos en escenarios y en plazas, que acompañaron, como desórdenes orgánicos, el prematuro alumbramiento del actual Gobierno. (*Risas.*)

Nosotros hemos aceptado la transacción contenida en la Constitución vigente, mediante la cual, y en armonía con

ella, las leyes orgánicas constituídas por los partidos liberales han establecido la libertad como base de la enseñanza. Nosotros no hemos desertado de ese principio; queremos la libertad para nosotros y para nuestros adversarios. Esto es una necesidad verdaderamente sagrada para nosotros, y que yo confío que el Gobierno actual no ha de querer tocar, pero de cuya integridad somos nosotros los primeramente obligados a su defensa, y hemos de emplear para ello cuantos recursos pone la Constitución en nuestras manos. Nosotros no hemos desertado nunca del principio de la libertad de enseñanza ni de asociación: claro es que nosotros no podemos entender que estén comprendidas en la ley de Asociaciones las grandes Ordenes religiosas, que están subordinadas en los países de régimen concordatorio, como el nuestro, a la armonía de ambas potestades. Entendemos en este concepto que es necesario reformar el Concordato; pero como es un pacto establecido, debe hacerse siempre con la armonía de ambas potestades. (*¡Muy bien!*) (*Aplausos.*)

De la discusión electoral muy pocas palabras he de decir. En su lugar oportuno, la discusión, en ambos Cuerpos colegisladores, de las actas y del Mensaje. Sólo me limitaré a hacer constar el efecto universal de opinión, de haberse realizado un retroceso en camino tan difícil y tan áspero, y en el que, con tanto tacto y trabajo, habíamos logrado avanzar un poco.

Inicióse la idea de que los jefes de los partidos entraran a formar parte de la Comisión de actas, y yo espero que vosotros habréis de aprobar mi resolución de negarme resueltamente a esa propuesta. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) En-

tiendo que el régimen parlamentario tiene sus funciones establecidas, que no deben perturbarse. No ignoro ni desconozco que en España, como país no completamente organizado para la vida política, hay cierta inclinación popular a confundir los oficios, y así recibe fácilmente aplausos el general que se convierte en coronel, o el magistrado que se convierte en gobernador, o el gobernador que se convierte en agente de policía; pero esto, que halaga por el momento a los espíritus incautos, al fin y al cabo tiene las consecuencias que lleva consigo todo desorden de funciones, y a nosotros nos importa, dentro de las grandes dificultades que ya en sí tiene el régimen parlamentario, mantener a cada órgano su función propia, su responsabilidad peculiar.

Si el Gobierno, movido de un generoso propósito, quiere llevar hasta ese extremo las garantías de la imparcialidad, camino fácil tiene para hacerlo, dando a las oposiciones mayoría en la Comisión de actas, a fin de que las ponencias estén libres de toda sospecha de parcialidad, viniendo después la mayoría del Parlamento a fallar en último término y a modificar lo que pudiera haber de injusto en esas ponencias...

Otra cuestión hay, sobre la cual entiendo que el partido conservador debe aparecer también desde el primer momento en una actitud clara y definida; me refiero a la cuestión social y a la cuestión de las huelgas, con ella relacionada, que ha adquirido en estos últimos tiempos condiciones de extraordinaria gravedad entre nosotros y que puede adquirirlas mayores si, como parece, y se ofrecen ya algunos indicios de ello, extiéndense a las regiones agrícolas

los conflictos y las dificultades, reducidos hasta el presente a las regiones industriales.

Las complica, las dificulta y puede favorecer su desarrollo una impresión general, que es preciso decir aquí con la rudeza y con la claridad de que yo quiero revestir mis palabras en este día más todavía que en otro alguno; la idea de que hay para reprimir todos los conflictos de orden público, todas las resistencias en todos los órdenes, una nota predominante que, para expresarla con toda claridad y de un modo perceptible para todos, es preciso llamarla con su nombre, aunque éste sea desagradable: «la nota del miedo». (*¡Muy bien!*)

Entiéndese en la opinión pública, por no pocos y lamentables éxitos, que la amenaza airada, la actitud violenta, la decisión de emplear las armas, de las que se dispone sin escrúpulo ni consideración a nada ni a nadie, aseguran éxitos y beneficios que por otros caminos no se obtienen. Y esto debilita la autoridad del Poder público en todas las esferas, y esto acrecienta la audacia de los que quieran ir contra él en todas formas. Es menester que esto se corrija con mano enérgica y con demostraciones evidentes.

Nosotros hemos hecho en la cuestión social lo que hasta entonces no se había realizado en España; nosotros acudimos a esa cuestión en el momento en que debía acudirse; cuando, hallándose en la plenitud de la fuerza los Gobiernos, sus concesiones son estimadas; porque cuando esas concesiones se otorgan en los instantes en que la imposición puede ser ya ineficaz o siquiera dudosa, ¡ah!, entonces antes inspiran el menosprecio que la gratitud en los que las obtienen. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Y así logramos responder en la cuestión social con éxitos que parecen verdaderamente inverosímiles. Publicado he visto recientemente que, por efecto de la ley de aplicación de los accidentes del trabajo, ascienden ya a ciento catorce mil los obreros que se han asegurado, y a 88 millones de pesetas los seguros de jornales establecidos; y esto al año de implantarse una ley, que se ha incorporado con rapidez extraordinaria a las costumbres.

La realización de estas concesiones exige, como decía antes, una gran fuerza en el Poder público y una declaración terminante, que no debe ser declaración de partido; pero respecto de la cual nosotros no podemos menos de afirmar desde el principio nuestra inquebrantable resolución de colocarnos al lado de la propiedad y de la libertad del trabajo en frente de todo linaje de coacciones contra ella (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*); y, recogiendo también el sentido y la letra de una ley del partido liberal, del Código penal, hemos de considerar, y deben considerar los Gobiernos, como verdaderos delitos las huelgas, cuando tienen por objeto la reducción o la alteración de las condiciones del trabajo en términos abusivos, debiendo llegarse a la disolución de toda coligación y de todas las Asociaciones que la favorezcan, cosa que está dentro de la legislación actual y es grave responsabilidad del Gobierno no ejecutarlo implacablemente. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

No impide esto reconocer como legítima la mera abstención del trabajo cuando sus condiciones no satisfacen al trabajador, pero habrá de reconocerse como ilegítimo y criminal todo lo que constituya la coligación para aprovechar, por ejemplo, el momento en que se recoge una

cosecha o las condiciones en que se atiende a la subsistencia, a la vida de una población en sus elementos de primera necesidad, constituyendo todo eso las verdaderas huelgas abusivas castigadas por nuestro Código penal, las cuales tiene el Poder público el deber de perseguir en todas sus formas y por dolorosas que sean sus consecuencias.

Nosotros no hemos de regatear al Gobierno que lo realice nuestro apoyo, ni tampoco hemos de omitir nuestra censura si faltara en la defensa de intereses tan considerables, porque en esto como en todo, como en lo que respecta al crédito y a la regularidad de la Hacienda, no debemos olvidar un momento este principio: es a saber, que las reglas del derecho, de la moral y de la templanza constituyen el mejor régimen para los individuos y para los pueblos en todas las situaciones de la vida, pero que son absolutamente indispensables, bajo pena de muerte, para los convalecientes; y convalecientes estamos de muchas y de muy graves enfermedades... (*¡Muy bien!*)

E

En un banquete ante los correligionarios

(Discurso pronunciado en Málaga el 14 de Enero de 1902)(*)

Señores:

Mis primeras palabras, y quizás las más sentidas que pronuncien mis labios, han de ser las que os expresen la gratitud que siento...

(*) Silvela realizaba una excursión de recreo por Málaga, Algeciras y Gibraltar en unión de Dato, Liniers y Muguero. Los conservadores malagueños les obsequiaron con un banquete, y en él pronunció el jefe el discurso cuyos son los párrafos extractados.

...No me traía aquí ningún fin político; vine por la atracción que esta ciudad despierta en mí, y movido por el deseo de que la conocieran los amigos que me han acompañado; yo soy un enamorado constante de esta tierra, y siento, como todos los enamorados, una inclinación, a veces indiscreta, de que todos admiren y alaben las bellezas de aquello que aman; y cuando entre las brumas del invierno y en los crudos inviernos de aquellas mesetas centrales recuerdo las brisas suaves que aquí acarician el rostro, y la luz, que parece brotar no sólo del sol, sino de cada hoja y cada tallo de la flor y la planta, y el azul incomparable de este mar, quisiera que todos aquellos que no las han visto vinieran aquí, porque aquí se aviva el sentimiento de gratitud al Ser Supremo por haber nacido en estas benditas playas bañadas por el Mediterráneo, donde es mayor dicha vivir y ver y respirar que en otra parte alguna de la tierra.

Ahora, como en el pasado verano, me habéis ofrecido un testimonio de vuestra confianza y de vuestro cariño, y ahora no he podido deciros como entonces que no podía aceptarlo, porque no es oportuno hablar; entonces era el silencio un deber y ayudaba a cumplirlo una esperanza de que en algo podríamos servir a la causa del bien callando, dando lugar a que se desarrollara en su vida normal el Gobierno del partido liberal, a deshora llamado, pero que aún podía hacerse perdonar su precipitación, cumpliendo en algo una misión de progreso y una obra que en alguna manera y por algún camino completara la nuestra (*); pero

(*) En Septiembre de 1901, numerosa Comisión de conservadores malagueños presidida por el Sr. Herrera Moll, que, en más de 50 ca-

pasaron aquellos meses sin fruto, y, ahora, lo que conviene es hablar, y hablar muy alto, para que los desengaños, que están ya en la opinión de los más, lleguen a estar, como es

rruajes, se trasladó a la Quinta de la Concepción, había solicitado de Silvela la celebración de algún acto público. Negóse a ello el jefe. «Ya que el partido liberal, por impaciencia, ha cometido el error de complicar el problema de la transición al nuevo reinado, no debemos imitarle los conservadores sin procurar atenuar las fatales consecuencias de su equivocación, dejándole amplitud para gobernar en lo que de nosotros dependa y ayudándole en la difícilísima situación política y parlamentaria que le condena a la inacción o a la muerte. Ahora no hay que apremiarle a que haga, porque, si hiciera algo, serían seguramente absurdos y disparates... A nosotros no nos toca hacer oposición violenta, sino esperar actos y proyectos para ver si cumple el partido liberal su misión y ayudarle en lo que nuestros principios permitan... España es hoy, a los ojos del mundo, algo que nadie veía como posible hace tres años... No tenemos sino motivos para estar animados y satisfechos de la obra que se nos ha dejado hacer... Los conservadores, con fe en sus principios, en su fuerza, en su misión y en su disciplina proseguirán en mejores condiciones, y con más libertad de acción, su camino, y con una mayoría parlamentaria que tendrá el sentimiento de su responsabilidad, salvarán a la Monarquía del mayor peligro que en los primeros años del joven Rey puede amenazarle, que será el de ser juguete de audacias, impaciencias y ambiciones menudas y personales, así como de caudillajes civiles, aún más ignominiosos que los militares, porque ni siquiera arriesgan en las contiendas su sangre.»

En análoga actitud de expectativa, y hasta de apoyo a Sagasta, habló en Avila a fin de Octubre siguiente. Y volvió a condenar la política de grupos. «Los elementos de gobierno con que debe contar ahora la Monarquía han de ser, dadas las circunstancias históricas del momento, grandes partidos, poderosas fuerzas que representen las generales aspiraciones del país. De ningún modo pueden serlo fuerzas y núcleos aislados, formados por personas muy ilustres y prestigiosas acaso, pero separadas por diferencias de concepto... La situación actual de España reclama por parte de todos, y señaladamente por la nuestra, un alto espíritu de sacrificio para llegar al ideal de constituir un partido vigoroso en condiciones de ser el principal apoyo y el más firme sostén del Rey que pronto empezará a gobernar por sí mismo.»

preciso, en la conciencia de todos, y, a ese fin, trataré familiarmente y en sencilla conversación con todos vosotros lo que pudiera deciros a cada uno de los que con ansiedad me preguntáis, como se preguntan todos los españoles, qué va a suceder aquí, qué se piensa por nuestros hombres de gobierno de los graves sucesos políticos que a más andar se avecinan, cómo vamos a entrar dentro de poco en fiestas con que se celebra el juramento de un nuevo Rey en medio de la oscuridad y de la duda más espantosas.

Tres cuestiones reclaman con mayor urgencia en el sentir común de las gentes soluciones de gobierno: el restablecimiento del principio de autoridad, hondamente quebrantado; la reforma de nuestra Administración local, que hoy nos avergüenza, y la reconstrucción de elementos de defensa militar, y especialmente de una Marina de guerra que se desarrolle al compás de nuestra creciente Marina mercante, y nos permita ser un factor en la vida europea y tener alguna orientación en la política exterior. Y ¡qué espantosa liquidación para esos tres grandes problemas, sin fijarnos en otros muchos, la que nos ofrece el fin próximo del año liberal!

¿Qué han hecho? ¿Qué labor tan útil han dejado?...

Ni soluciones, ni remedios, ni alivio para ninguna dificultad o problema pendiente de los muchos que nuestros largos y antiguos daños llevan necesariamente consigo.

Y, en cuanto a esperanzas, los más optimistas no podrán señalar otras que una Ley de Huelgas, que ha tenido el singular privilegio de disgustar por igual a obreros y patronos y alarmar a la vez al capital y al trabajo, y en el Ministerio de Hacienda, para resolver la cuestión de la circulación fidu-

ciaria, una copia de una ley arcaica del principio del siglo pasado, respetada en Inglaterra como se respetan en la Torre de Londres las culebrinas de Enrique VIII, bien seguros los ingleses de que son muy otros los armamentos que garantizan la tranquilidad y la defensa del Imperio británico... (*).

¿Es posible que en estas circunstancias, y ante estos problemas, la Regencia, el Parlamento, los partidos, los hombres todos que en ellos tienen grande responsabilidad en sus direcciones y en su vida dejen llegar inertes el momento de entregar el Poder a un Rey de diez y seis años, dejándole tranquilamente la solución de cuestiones tan difíciles, de tal manera oscuras, sin las facilidades que en otros tiempos daba el Poder absoluto y la irresponsabilidad legal y efectiva del Monarca, y sin la guía segura que en España falta de un sufragio consciente, vigoroso, dueño de su pensamiento y de su voluntad, y que otras Monarquías parlamentarias disfrutaban, y todo esto sin la disculpa de guerras, de conflictos de fuerza, que excusen semejante temeridad? No; eso no puede ser; es preciso que eso quede resuelto antes que el Poder pase a las manos necesariamente inexpertas del joven Rey, y no habremos cumplido con todos nuestros deberes los que por indecisión, por pereza del espíritu, por irresolución de la voluntad, por mengua del carácter o por ceguera inexplicable de la más vulgar previsión, no hayamos puesto cuanto esté de nuestra parte para evitar que esa funesta oscuridad en que nos tiene su-

(*) Alusión a medidas y proyectos del Sr. Urzáiz sobre prohibición de acuñar plata, y pago en oro de los derechos de Aduanas.

midos el actual Gobierno y su inexplicable e increíble atonía, se rompa y desaparezca. Es indispensable que este período, en el que nada se ha preparado, en el que nada se ha hecho, que esta situación, que notoriamente no tiene fuerzas ni alientos, ni hombres en el Gabinete que ofrezcan esperanza la más remota de que algo se puede preparar o algo se puede hacer, termine.

No nos toca dar consejos a los demás; pero es un deber de todo buen ciudadano reclamar que todos cumplan sus deberes, y bien claro es el que pesa sobre el partido liberal...; él tiene el evidente deber de romper con la organización gubernamental que hoy lo mantiene en la oscuridad, en la impotencia y en la duda; decirnos cuál es su finalidad en la cuestión religiosa; a dónde piensa llegar; si se propone despertar las apaciguadas pasiones que movieron desde 1899 en adelante las guerras civiles; si llega en el contrato de trabajo a la participación forzosa del obrero en el capital; si se propone dejar extinguirse nuestra escuadra y vegetar en la vergüenza a nuestra vida municipal y provincial y en el abandono al Poder público, de suerte que, militares y paisanos, obreros y patronos, republicanos o libertarios, tomen, cada uno a su antojo, la parte de él que más les agrade, con burla irritante de los Tribunales y de las leyes; pero sepamos siquiera lo que es y a dónde va el partido liberal y los hombres que son y deben ser su verbo, y acabe esa nebulosidad, esa sombra, esa ignorancia absoluta del porvenir, que parece próxima a entregarse al joven Rey, para que él, en un corto período, tenga que resolverla como aprendizaje de su delicada función... (*).

(*) La inactividad del Gobierno liberal había sido objeto ya de

F

En una «garden-party» en el Valle del Limonar

(Discurso pronunciado en la tarde del 14 de Septiembre de 1902) (*)

Señores:

Han de ser mis primeras palabras para descargar mi ánimo del peso, bien dulce por cierto, del agradecimiento que en mí despierta el espectáculo que aquí se produce.

Unidos todos espontáneamente, habiendo yo quizás tenido que ejercer algo de mi autoridad para que esta unión

censura; de Silvela en una circular que, con fecha 9 de Enero, había dirigido a sus correligionarios de provincias invitándoles a completar la organización del partido, como previsión para una próxima llamada al Poder. «Revélase a las claras en el partido liberal tanta flaqueza, que es general la impresión de que vivimos sin Gobierno.» Y añadía: «En ningún orden de ideas ni de intereses públicos hay concierto, ni pensamiento, ni propósitos colectivos en el Consejo de Ministros, ni conviene a su Presidente que los haya, porque sólo en la quietud encuentra condiciones el Gabinete para prolongar su existencia».

(*) El orador, como de costumbre, veraneaba en Málaga. La fiesta la organizó en los jardines del Sr. Cárcer, la redacción de EL ULTIMO, órgano de los conservadores malagueños. Se habían repartido 1.300 invitaciones. Dos días después se celebraba en el Hotel de Roma un banquete para festejar el éxito del acto. En él pronunció Silvela otro brindis afirmando su esperanza de que la evolución del régimen político se verificase «pacífica y rápidamente a la sombra de instituciones liberales, amplias y flexibles, que han adquirido grande autoridad moral por la atmósfera de pureza y virtud, amor al pueblo, y severa conducta, en que han sabido arraigar y desarrollarse».

no fuera todavía más numerosa y más grande, por mi deseo de disminuir en lo posible las molestias y los sacrificios de los correligionarios, al tender mi vista por todos lados descubro caras amigas y conocidas; pero es bien puro el sentimiento que me inunda, porque entre todas ellas no veo aquellas que en nuestro país se suelen llamar hechuras algo domésticas y como de la clientela del antiguo patriciado, que todo lo debe al favor del poderoso y a la arbitrariedad que en su beneficio se empleaba.

Ninguno de vosotros me debe cosa alguna; ninguno espera de mí, sino a lo más el reconocimiento de los servicios que él haya podido prestar y de las posiciones que él se haya podido conquistar en el partido...

Y, sin embargo, en vosotros todos veo la expresión del cariño, de la fe, del entusiasmo, del deseo de participar, más aún que de nuestros triunfos, de nuestros sacrificios, y esto me da una fe grande en las fuerzas del partido liberal conservador en España, al cual se han venido y se vendrán acumulando cada día más todos los elementos sanos, honrados y dignos, al menos la mayor parte de los que desean el Gobierno por el bien y el bien por el bien mismo. (*Grandes aplausos.*)

Esto despierta la fe y combate en muchos momentos la duda y aun la desesperación que produce el espectáculo de las desdichas que un día tras otro sobre la nación pesan. (*Aplausos.*)

Sí; yo necesito mucha de esa disciplina que vosotros tenéis; yo os he de agradecer sobre todas las cosas esa disciplina misma, esa unión de todos los elementos, esa fe en los que os guían, porque el partido conservador ha de ne-

cesitar mucho de ella, no para llegar al Poder, que eso es lo más fácil y sencillo, sino para ejercerlo con fruto y con beneficio del pueblo, que eso es lo difícil y lo penoso y lo amargo, y para lo que se necesita la disciplina, la fe, la constancia y la consecuencia de los amigos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Nosotros no podemos llegar al Poder, considerados como un mero expediente para salvar una dificultad del momento, como se mueve al enfermo dolorido en el lecho para con simple movimiento mejorar un tanto y aliviar pasajeramente sus dolores; nosotros necesitamos llegar al Poder para realizar una grande obra, complemento de la que empezamos pocos años ha. Nosotros necesitamos para eso de un período largo de dominación, en el que puedan desenvolverse nuestras ideas para acabar de consolidar la obra financiera, haciéndola perder esas condiciones de inestabilidad que hemos visto que pueden amenazarla en muy poco tiempo, y haciendo desaparecer esas fluctuaciones del agio de los cambios que ponen alarma en los intereses inciertos de la agricultura, la industria y el comercio a cada instante.

Nosotros necesitamos reformar la Administración local de suerte que deje de ser una excepción en el mundo todo lo que se refiere al régimen ordenado de Ayuntamientos y Diputaciones, en los cuales hoy existe la tiranía más increíble a pesar de la existencia de las leyes orgánicas más liberales. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Nosotros necesitamos una reorganización de los elementos militares, que nos dé representación y personalidad propias en el mundo, y nosotros necesitamos, por último, un plan meditado de obras públicas, dotado con recursos pro-

porcionados, que dé a nuestra riqueza agrícola y minera los elementos y desenvolvimientos por que a voces está clamando en todas partes, y para realizar esto necesitamos una fuerza grande en la opinión y en el país; una gran unidad en los elementos de nuestro partido, porque creen muchos que la política viene hecha desde Madrid, por las intrigas de unos cuantos y por las ambiciones de unos pocos, y no es verdad; la política tiene que consagrarse, para que sea una política seria, en la vida y en el espíritu de las provincias, y todo eso que son intrigas de momento, disidencias de un día, jefaturas improvisadas por éstas o por aquellas otras campañas periodísticas, se desvanecen como el humo cuando no encuentran una sólida raíz en la opinión de las provincias españolas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Cuando se recorre España y se estudian atentamente sus necesidades y sus deseos, se advierte que, sobre los puntos que os indicaba someramente al principio, fijase mucho la atención de las gentes. Buscan todos solícitos los medios de llegar a una firme situación financiera que acabe con esa incertidumbre que produce el agio de los cambios y las variaciones extraordinarias de su nivel. Desean otros que se organice la Administración local y se les libre de las vejaciones increíbles a que están sujetos en muchos extremos del territorio. Aspiran los más a que nuestra defensa militar sea una verdad y podamos confiar sólidamente en las sagradas instituciones a las que están encomendados el honor y la integridad de la patria. Desean todos que se alce esa paralización de las obras públicas, que hace más de veinticinco años nos tiene sumidos en un *statu quo* en el que no se halla ningún país de Europa.

Y cuando son todas estas necesidades las que se sienten y se aprecian por todas partes, y se llega a Madrid, el ánimo entre que se acongoja y entristece al pensar que lo que allí más preocupa es saber si las opiniones del señor Moret y del Sr. Canalejas coincidirán o se diferenciarán acerca del número de Asociaciones religiosas que debe comprenderse en el Concordato o en la ley (*Grandes aplausos.*); cuestión que tiene su importancia, sin duda, pero que moviendo inoportunamente pasiones que estaban apagadas, parece como que tiene la misión y el propósito de distraer la atención de los ciudadanos de estos otros problemas vitales para su existencia.

Yo, señores, repito que no quiero hacer un programa; pero sí he de decir, como lo he dicho ya otras veces, que esas otras cuestiones que he enumerado, las que principalmente nos mantienen hoy en una inferioridad evidente respecto a todos los demás pueblos europeos, son las que más han de merecer singularmente nuestra atención procurando posponer a ellas todas las que se refieren a la vida política, en la cual los problemas están ya resueltos, y todas las que se refieren a intereses religiosos, en los cuales el sentimiento de los españoles es constante y en los que la agitación de las pasiones no puede producir más que sangre y disturbios, y de ninguna manera la paz, la tranquilidad y el desenvolvimiento de la riqueza pública, que es lo que todos pedimos... (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Yo, pues, resumo todo mi pensamiento y concreto toda esta enérgica protesta, pidiendo al partido para que él lo reclame también a los demás partidos, de la opinión pública en general y de los altos poderes del Estado, que ese Parla-

mento que ha permanecido mudo tanto tiempo, se abra, que en estas circunstancias se diluciden en él todas las cuestiones que el país necesita y exige que sean dilucidadas oportunamente, todas las responsabilidades que con la gestión de los partidos se pueden relacionar, y que todos unidos y a una voz podamos decirle, si me es permitido parodiar la frase, que por su gallardía frustrada hizo célebre un insigne malagueño: «O a las Cortes o a su casa.» (*) He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

(*) «A Melilla o a mi casa.» Frase de López Domínguez en 1893.

El Congreso Hispanoamericano

(Discurso en la sesión inaugural, celebrada el 10 de Noviembre de 1900) (*)

Señores:

El señor Presidente me ha confiado la palabra con el título de haber refrendado el Real decreto que recogió la iniciativa patriótica de la Sociedad Iberoamericana para constituir y convocar este Congreso, y es ciertamente un título muy honroso y que yo acepto muy agradecido para dirigir estas palabras de saludo y bienvenida.

Pero vosotros, los que llegáis de América y os encontráis entre nosotros, advertiréis que hay en la cordialidad

(*) El orador había refrendado en 16 de Abril el Real decreto de convocatoria. Con ello no hacía sino secundar iniciativas de la Unión Iberoamericana, con cuyo Presidente, Rodríguez San Pedro, estaba identificado en cuanto a la política americanista. Ya el año anterior, en la sesión extraordinaria que la Unión celebró el 26 de Junio en honor de López Benedito y de Basagoiti, Silvela, que presidía, había pronunciado un discurso, glosando otro de Moret, y abogando por la inteligencia con la América de nuestra raza. «Cuando hoy tenemos que encerrarnos en nosotros mismos para proteger nuestros elementos de vida, defender nuestros medios de existencia y asegurar nuestra personalidad en el mundo, tan combatida y quebrantada por las desgracias de los últimos años, el primer elemento que para esa regeneración necesitamos es la fe en nuestro porvenir, y la fe en nuestro porvenir proporcionada a lo que ha sido nuestro pasado, la cual no puede encerrarse en los

de nuestras relaciones tal cariño y tal afecto, que no se ha de menester de títulos ni de presentaciones para saludaros y estrecharos la mano, y que cualquier español que siente correr por sus venas vuestra sangre y que confunda con vuestras palabras su palabra, os recibe, no como a amigos a quienes se espera porque vienen a prestarnos el honor de su visita y de su atención, sino como a miembros de una familia a quienes se aguarda con ansia para recoger en el hogar aquellas alegrías desinteresadas del corazón y contar unidos, y, si es preciso, soñar unidos también en un solo pensamiento con las grandezas y con las venturas del porvenir para un patrimonio común. (*Aplausos.*)

Algunos espíritus pesimistas creen advertir en este ocaso del siglo xix y en este alborear del siglo xx algo como mayores oscuridades en la conciencia de los fuertes para

límites de la Península española, sino que es preciso que se extienda, que tienda sus miradas y abra sus alas por aquel continente donde está la raza de nuestros hermanos, donde están los elementos de riqueza y desenvolvimiento de todo género y donde nuestra personalidad europea hallará un relieve que nosotros solos, en nuestra vida interior, no podemos alcanzar. En el esfuerzo de nuestros hermanos, en la confianza que ellos tengan en nuestras iniciativas, de que ellos acepten nuestra representación en Europa de todos sus intereses, de todas sus esperanzas, de todos sus legítimos derechos, de que ellos acepten que nosotros seamos en Europa la voz de América, la representación para vencer todas las dificultades, la mano tendida a través del Océano para todas sus necesidades y aspiraciones, de todo eso pende la esperanza de que alcancemos un porvenir de desenvolvimiento que sea algo proporcionado y que recuerde de alguna manera el pasado de nuestra patria.» Era todo un programa de política internacional, para el cual pedía Silvela la traducción de los sentimientos de simpatía, atracción y fraternidad en leyes y tratados que de una manera constante asegurasen, con la continuidad, el éxito de esa idea, y entendía que todos los Gobiernos españoles, en el momento de transmitir sus poderes a sus sucesores y ad-

reconocer y respetar el derecho de los débiles, menores armonías de afecto y de cariño entre los vigorosos y los débiles que antes existían y que van borrándose en las relaciones de los pueblos, invadiéndolo todo la ley de la fuerza.

No participo yo de esos pesimismoes. No alcanzo a encontrar en la Historia, ni hallo contestación satisfactoria en estos pesimistas a quienes interrogo acerca de cuáles fueron aquella dichosa edad y siglos en los que la justicia se estaba en sus propios términos, sin que osasen turbarla ni ofenderla el favor ni el interés, en que los débiles andaban por el mundo sin temor a los excesos de los fuertes, como aquellas doncellas de la edad de oro que menciona Cervantes que andaban solitarias por las selvas sin que la ajena desenvoltura ni lascivo intento las menoscabasen.

versarios, la recomendación que habrían de hacerles con más cariño sería la del mantenimiento de las relaciones con nuestros hermanos de América. Fué una sesión prometedora... como tantas otras. En ella, Manuel del Palacio afirmaba en hermoso soneto que hoy ya, zanjadas las viejas diferencias, piden

el beso del amor todas las frentes;

y el verbo cálido de Rubén Darío inflamaba al auditorio con la perspectiva de

que la raza esté en pie y el brazo listo,
que va en el barco el Capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.

En esta atmósfera de fraternidad fué cuajando el Congreso en cuya apertura pronunció Silvela el discurso que va en el texto. Hablaron también el Ministro de Estado (Aguilar de Campoó), Sagasta, el mejicano D. Justo Sierra en nombre de todos los pueblos americanos representados, Labra, Calzada y Rodríguez San Pedro. Fué otra explosión de entusiasmo, lírica y tan ineficaz como la precitada de 1899.

Hallo por el contrario, que el espiritualismo vence cada día más al materialismo y al positivismo en evidente derrota; que el comercio y la vida del espíritu penetran en una u otra forma en el corazón de masas y de medios sociales adonde antes no llegaban; que el sentimiento del arte abandona los antes limitados espacios de los palacios y de los alcázares en sus formas magníficas, para penetrar en formas democráticas harto menos grandes, pero infinitamente más dilatadas, en las humildes cabañas y en los últimos rincones de todas las esferas sociales; que por todas partes el alma y la idea encuentran más elementos y más medios para ejercer su influencia sobre la materia y yo entiendo que este movimiento se ha de reflejar y ha de ser más eficaz cada día entre aquellos que se encuentran unidos por el sentimiento del cariño y del afecto, porque el amor ha de ser siempre para el espíritu y para las colectividades un poderoso vivificador de todas las fuerzas del alma, como es el sol el poderoso vivificador de todas las fuerzas de la materia orgánica. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Yo fundo, pues, grandes esperanzas en estas reuniones; en esta aproximación de los espíritus, de los corazones y de los sentimientos, sin participar de esos pesimismo de los que creen todo en ilusiones desmentidas por la realidad. Ellas harán su camino; harán su camino, sí, en el sentido de la unión, de la armonía y del aumento de fuerza que la unión y la armonía significan y representan siempre; no ciertamente, como decía muy bien el señor Presidente, en un sentido que pueda representar organizaciones para la violencia o para la fuerza, porque estas organizaciones no se crean, ni se pactan, ni se conspiran a la luz del día y en

las comunicaciones de los pueblos, sino que cuando tienen lugar se elaboran silenciosa y ocultamente en las inteligencias de los Gobiernos.

Desvanezcamos, pues, todo recelo sobre ese particular. como creo que estará desvanecido en el espíritu y en el corazón de todos los hombres de buena fe, y afirmemos —y esto es lo que yo puedo decir aquí en la parte menuda y pequeña que me toca— que vosotros, los que venís del otro lado del mar a estrechar nuestras manos y a confundir y cambiar con nosotros vuestros sentimientos y vuestras ideas, encontraréis aquí para ese movimiento que tal unión representa una unanimidad de sentimientos que alcanza al pueblo, a las clases gobernantes, a los partidos, a la Prensa, a los Gobiernos, a la Monarquía, a todo lo que significa y entraña vida y movimiento nacional en España.

La semilla que se ha de arrojar aquí y que ha de empezar a fructificar en vuestros trabajos llevará consigo la solución para el porvenir de muchos problemas importantes; las cuestiones que se han de relacionar con el cambio de los productos; con las relaciones en el ejercicio de las profesiones liberales; con la unificación de las relaciones propiamente jurídicas del derecho privado; con el cambio de las negociaciones y de las relaciones mercantiles, singularmente las marítimas, con la garantía para nuestras recíprocas producciones literarias y de propiedad artística; la simplificación para las respectivas naturalizaciones y el ejercicio de los derechos que a ellas van anejas; con la unificación, en lo que sea posible, de la legislación procesal para el cumplimiento de las sentencias; todo lo que significa, en fin, la vida moral artística, intelectual y jurídica de esta grande

raza hispanoamericana; todo esto que ha de recibir aquí su principio, ha de fructificar en vuestros trabajos y ha de necesitar, cuando todos nos separemos, de una voluntad firme, perseverante y unida para que cada cual en su territorio siga cultivando esos gérmenes y procurando con persistente labor que lleguen a constituir frondosas y magníficas vegetaciones.

Y para eso, podéis contar aquí con que hallaréis para realizar esa obra la más perfecta unidad de pensamiento en el pueblo, en los partidos, en la elaboración de las leyes por los estamentos, en la tregua y olvido de toda lucha de oposición y de escuela relacionada con nuestras cuestiones interiores; con la unión del sentimiento, en fin, de todo español que comprende que la sangre que nos une y que la palabra que nos enlaza y que aumenta cada día nuestros vínculos van realizando una obra de perfecta armonía con cada uno de los progresos de la ciencia y de la industria, que a pasos agigantados acorta la distancia que nos separa y estrecha el Océano que nos divide.

He dicho. (*Grandes aplausos.*) (*).

(*) Silvela no volvió ya a actuar de una manera ostensible en la Unión Iberoamericana. Pero constantemente tuvo su pensamiento fijo en la orientación americanista. Testigo de mayor excepción, el señor Pando y Valle escribió en el número que la revista de la Sociedad dedicó a Silvela, cuando este falleció, lo siguiente: «No una sola vez sino varias, en las conferencias por ellos celebradas que tuve el honor de presenciar, vi claro que si estos dos hombres (Silvela y Rodríguez San Pedro) hubieran podido gobernar sin los estorbos mezquinos que suele haber en nuestra menguada política, siquiera media docena de años, el sublime pensamiento de llegar a la patria mayor, a la gran Federación Iberoamericana, con ricos y vigorosos Estados independientes, hubiera sido un hecho que admirara ya la actual generación... Yo tuve la alta

La cuestión de Marruecos

(Publicado en la revista LA LECTURA,
número de Agosto de 1901) (*).

I

Es el Imperio marroquí potencia independiente, amiga de España, y a nadie importa tanto como a nosotros conservar esas buenas relaciones; pero sin duda no ha de afec-

honra de recibir de aquel gran patricio cuando él era jefe del Gobierno inspiraciones directas continuadas y ruegos, que eran para mí órdenes, a fin de que acudiese a los jefes civiles de nuestras provincias, a los alcaldes, representantes del pueblo en las grandes capitales y a los cuerpos diplomático y consular, con el objeto de que nos ayudasen eficazmente, según él les encarecía en diferentes cartas y circulares que con tal propósito les dirigía».

En vísperas de la enfermedad que le llevó al sepulcro, fué invitado por la Unión a una sesión en homenaje a Cervantes. Silvela —que ya el año anterior se había excusado con Pando y Valle de enviarle una opinión sobre relaciones hispanoamericanas, porque «aunque el tema no puede ser más simpático, lo que anhelo es que se olvide mi nombre»— declinó la invitación por falta de salud, pero afirmando a Luis de Armiñán: «Con ustedes estoy y estaré mientras viva». Y Armiñán, comentándolo en el extraordinario aludido, decía: «En la Unión Iberoamericana, Silvela tendrá un sitio de honor entre los servidores del ideal de la raza, y en su ejemplo y virtudes nos miraremos.»

(*) La redacción de LA LECTURA puso al pie de este epígrafe la

tar a tan cordial inteligencia poner atención a lo que en naciones no menos amigas del Sultán se discurre y escribe sobre el porvenir de su Imperio, y acerca de los peligros en que pudiera verse envuelto, pues sin duda nos alcanzarían éstos en harta medida. Apenas pasa día sin que algún periódico o revista de la vecina República francesa se ocupe de la cuestión de Marruecos; otro tanto ocurre en Inglaterra, y a menudo se trata directamente o por referencia, en la Prensa alemana e italiana; y en España es donde nadie se ocupa ni preocupa de tal asunto, como no surja algún incidente en colisiones fronterizas o en atropellos de algún interés individual, contentos los españoles con que las kábilas del campo surtan a Ceuta y Melilla de carneros y gallinas, e indiferentes, al parecer, a cuanto alrededor de Marruecos y de sus costas se prepara. Ha pasado a ser máxima de universal asentimiento entre conservadores, liberales y fracciones adyacentes, que el *statu quo* es nuestra política en Marruecos; y como esto, sobre ser verdad por ahora, se acomoda tan perfectamente a aquella nuestra natural inclinación a no hacer nada, a no prever cosa alguna y tomar por suficiente discurso una frase sonora, todos aceptamos por excelente lo del *statu quo*, y pasamos a pensar en si ésta o la otra interpretación del Concordato puede ser ca-

siguiente nota: «Dado el estado actual de la política africana, no necesitamos encarecer la importancia de este artículo. La elevada posición política y la competencia de que goza el autor dan singular relieve a las ideas del que se firma *Un Diputado a Cortes*».

LA EPOCA lo reprodujo en su número de 15 del mismo mes. Todo el Madrid político, literario y diplomático supo en seguida que era de Silvela.

mino seguro para derribar al Sr. Moret o para favorecer al Sr. Canalejas (*).

Es, sin embargo, notorio y considerable deber de las clases directoras de esta sociedad española, tan quebrantada en todo cuanto es espíritu y sentimiento nacional, llamar la atención del común de las gentes sobre aquellos problemas y conflictos que más de cerca amenazan, que pueden presentarse de un momento a otro con caracteres agudos, si no para prevenirlos y variar su curso, pues a tanto no llegan nuestras fuerzas, al menos para que nos encuentren con el espíritu público algo orientado respecto de ellos.

(*) Una de las primeras caritativas objeciones que se hicieron a este artículo fué la de que contrariaba el pensamiento de Cánovas, partidario del *statu quo*. LA EPOCA del 9 de Septiembre siguiente, en un fondo que delataba la pluma de Silvela, salió al paso de tal reparo. Sirviéndole de tema una frase de Cánovas, lamentativa de que España no hubiera vuelto la espalta al Piríneo y hubiera consagrado «todo nuestro ardor, todas nuestras fuerzas, toda nuestra voluntad a trasladar al Atlas nuestra frontera», establecía con la autoridad de ser de los pocos que «en sus fondos y en sus secretos» conocía los pensamientos de Cánovas, que a juicio de éste «la neutralidad es la política más cómoda y más agradable, fuera de aquellos casos en que ofrecía el ligero inconveniente de ser imposible» y que siempre entendió que nuestra frontera debía ser el Atlas, «sin que por eso se propusiera conquistar a Marruecos, como tampoco creemos que el Sr. Silvela piense en actuar de Rey Don Sebastián». «Pero no basta nuestro gusto para mantener el *statu quo*», afirmaba. Y trazando a grandes rasgos el estado del maltrecho Imperio y viendo venir su disolución, aconsejaba que la opinión se preparase porque, a pesar de nuestros derechos, se nos arrollaría; hay que «pensar en ser fuertes —decía— porque el ser juiciosos y respetuosos del derecho ajeno, y prudentísimos, y contar con gloriosos títulos históricos, y aun ser muy liberales, está visto que no sirve para maldita la cosa». Reconocía luego que ser fuertes representaba tener Ejército y Armada o contar con el apoyo de los que lo tienen, y que los dos me-

Lo primero y más capital que importa tomar en cuenta es cuán ineficaz y vana resultaría la sencilla política del *statu quo*, si los que tienen fuerza para alterarle se con-
ciertan para ello y lo alteran; y es por demás claro en tal problema que nos hallamos ante una tregua y no ante una paz estable y duradera, que nuestra buena voluntad no es parte para que otros ahoguen sus deseos y refrenen sus intereses, y que si acudir de improviso a remediar un daño es en todas materias ocasionado a graves errores, en las relaciones internacionales es precisamente donde la prudencia aconseja, con más apremio, tener pensado con tiempo un propósito y perseguirlo con la mayor constancia posible.

Francia mantiene relaciones tan amistosas como las nuestras con Marruecos, y aparecen allí divididas las opiniones acerca de la conveniencia de una política activa o de la expectante y de mera garantía de lo ya adquirido sobre la frontera de Argelia que trazó el tratado de 1845;

dios son caros y arriesgados, pero que si alguien sabía de otro recurso más eficaz debía decirlo, aunque tendría que explicarlo satisfactoriamente, porque no era cosa de dejarse guiar por «curanderos y saludadores al uso de los Romero Robledo y los Paraíso, que remedian los mayores males con un conjuro misterioso y un poco de saliva». Bromeaba después con la receta del corresponsal del HERALDO en Tánger, según la cual todo se arreglaría liberalizándose el Sultán, «idea que nos parece genial y digna de que el Sr. Canalejas la hubiera incluido entre sus ruegos a la reina de los Juegos Florales de Almería». Y terminaba insistiendo en la conveniencia de formar opinión, «abandonando por anticuada y fuera de uso esa sublime y sibilítica discreción que consiste en callarse muy buenas cosas, por el temor de que alguna indicación atrevida revele a las cancillerías el pensamiento de nuestros hombres públicos y comprometa el equilibrio europeo».

pero no ha tenido reparo el propio Ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Delcassé, en decir que Francia seguía con un interés singular, no semejante en intensidad a otro alguno, lo que pase en Marruecos y lo que afecte a su porvenir, y que nadie en equidad podía desconocer la legitimidad de ese interés.

Eso mismo podemos y debemos decir nosotros, pues lo más triste de cuanto podría ocurrir, en eventualidad de alteraciones, sería que nuestro silencio y olvido se estimara por apartamiento o indiferencia a esa cuestión, la más capital para el porvenir de nuestra raza, la que puede traer sobre nosotros una nueva e irremediable *capitis diminutio* en el concierto de las naciones europeas.

Nadie duda que, tanto España como Francia, han de cumplir lealmente sus deberes para con el Sultán de Marruecos; está en las tradiciones de su política internacional hacerlo así; son dos pueblos que mantienen procedimientos relativamente sentimentales, y aun en algunas ocasiones románticos, en sus cancillerías y en sus Parlamentos; y el Sultán, por su parte, no ha de dar ocasión a contiendas, no dejará de atender y cuidar en la medida de sus fuerzas la paz en sus fronteras y la equidad en satisfacer las reclamaciones justificadas, pues en cuantos conflictos le suscitan sus levantiscos vasallos o sus no menos revoltosos e inquietos huéspedes de colonias extranjeras, se advierte, imparcialmente estudiados, cuán cierta y constante es aquella conocida y profunda máxima de Aristóteles, de que la noción de la justicia no se refleja con toda exactitud sino en la conciencia de los débiles. Pero que el problema de Marruecos se viene a más andar sobre Europa, es cosa de

todo punto evidente para quien siga con algún interés la marcha de los acontecimientos y la evolución, cada día más poderosa, de las expansiones territoriales, y repetidamente puede suscitarlo una cuestión de sucesión en el Imperio, o una anarquía interior con ella relacionada.

Hace tiempo dijo Bismarck no veía manera de resolver la cuestión marroquí sin una gran guerra europea, y Salisbury afirmó, en su discurso de Glasgow, que esa cuestión causaría en su día mayores dificultades que la de Oriente; y desde hace años se advierte bien a las claras en Francia una aspiración a grandiosos horizontes, respecto de la cual el ferrocarril que va de Orán a Figuig y el Tuat aparece en el mapa de Africa como una de esas manos indicadoras que señalan al caminante en las encrucijadas la ruta que debe seguir para llegar al término de su viaje.

Francia, no obstante los enormes rozamientos que le ocasiona su política interior: el socialismo penetrando en su Gobierno, la cuestión religiosa envenenando las luchas de sus partidos, y las dificultades financieras amenazando su prosperidad y poniendo en riesgo su crédito, conserva un sentimiento de su grandeza y de su gloria que no han sido bastantes a abatir sus desastres de 1870, y no ve con indiferencia, como lo vemos nosotros, el movimiento grandioso de pueblos que amenazan reducirla a un papel secundario en la civilización del mundo.

El acrecentamiento enorme de la población y de la industria alemana y los esfuerzos de este Imperio para engrandecer en proporciones colosales su flota, y su preparación para absorber buena parte del Imperio austriaco cuando la muerte de Francisco José provoque la crisis de

aquella verdadera confederación de territorios disgregados; la asimilación de los territorios inmensos del Asia del Norte por la penetración firme de la Rusia; el imperialismo inglés, que une cada día más a la metrópoli las posesiones que antes se juzgaban como nuevas naciones destinadas a debilitar con su separación inevitable al Reino Unido, y que destruye con su fuerza avasalladora las barreras de los partidos viejos y los reorganiza para servir mejor a ese fin internacional; el progreso de los Estados Unidos, en los que la propia idea imperialista borra las tradiciones de WASHINGTON y hace servir la federación creada e imaginada para la paz y la defensa a un ideal de engrandecimiento colonial y de dominio de los mares, son revelaciones perceptibles para los más distraídos, de la creación de grandes fuerzas nacionales que se adelantan a Francia a pasos agigantados, reduciéndola de día en día en su papel de directora del pensamiento humano, oscureciendo con sus prodigiosos focos de luz y de vida los colores antes tan vivos de su bandera, y dejándola con las melancólicas perspectivas de su población decreciente y de sus impuestos en intranquilizador descenso. Y sus periódicos y revistas se lo repiten a diario; empresas parecidas que le permitan marcar el paso de esos imperialismos variados, no las puede intentar sino en el Norte de Africa; allí tiene una base de operaciones admirable en la Argelia y una penetración fácil por la extensa depresión de Tlemecen, que no excede en sus picos más elevados de unos 600 metros, que permiten caer sobre Fez y ocupar todas las llanuras del Norte. Una extensión de 1.300 kilómetros de costa en el Océano, fácilmente abordables y sin defensa para el desembar-

co, permite el apoyo constante de otras columnas de invasión, y dominadas estas llanuras, las defensas más temibles del Atlas y del Riff quedarían subordinadas al axioma militar de que quien domina el llano es dueño de la montaña; y entonces Túnez, Argel y Marruecos, con una extensión equivalente a las cuatro quintas partes de Francia, en un clima templado, tierras fértiles, capaces, según Wolfrom, el autor de la Geografía económica de Marruecos, de producir 76 millones de hectolitros de trigo, con minas que se suponen tan ricas como las de España, y al otro lado del desierto el Soudán francés, llegando al Atlántico, que enlazaría por el ferrocarril transahariano las tierras tropicales por el camino más corto con Europa, serían una segunda Francia, más grande, más rica, más abierta a los desarrollos de población que la viciada y envejecida madre.

Estos sueños de grandeza no tienen nada de fantástico; suponen, en verdad, mayor esfuerzo que el dominio de la Argelia, mas tienen en su favor el éxito ya indiscutido de esta conquista, que fué largo tiempo combatida por gran parte de la opinión, llegando a proponerse por muchos su abandono, y que hoy contemplan con orgullo todos los franceses, y hasta tendría a su favor el halagar los sentimientos republicanos, pues completaría y engrandecería en larga medida la obra colonizadora que empezó la Monarquía de Carlos X y consolidó la de Luis Felipe, y repararía las faltas cometidas en la cuestión de Egipto.

II

El valor intrínseco de Marruecos no es exagerado en esas indicaciones que quedan apuntadas al definir las aspi-

raciones que acaricia la imaginación del imperialismo republicano de Francia.

Forma la región del Mogreb el gran macizo del Atlas entre el Mediterráneo, al Norte, y el Gran Desierto, al Sur, y sin duda estuvo unida en un tiempo a Europa por dos grandes istmos, uno al Este, entre los cabos del litoral de Túnez y la costa de Sicilia, y otro al Oeste, donde hoy está el Estrecho de Gibraltar, siendo sus formaciones, sus frutos y el aspecto de sus paisajes en un todo análogo a los territorios con los que la ciencia afirma que estuvieron unidos. El Atlas le divide en dos regiones distintas, extendiéndose al Noroeste entre los dos mares, el Tell, desde Uchda a Mogador, y al Sudeste las pendientes arenosas del Sahara marroquí. El clima, ardiente en la región del Sahara, es templado en el Atlas y sano y tibio en el Tell, que algún geógrafo ha llamado una Argelia sin sequía. Todos los datos de los exploradores y todas las presunciones de los geólogos están conformes sobre la existencia de ricos yacimientos de cobre, hierro, plomo, estaño y níquel, y hay vestigios numerosos de explotaciones romanas, muestra la más positiva de la realidad de esos juicios, y se han descubierto en las cercanías de río Martín eflorescencias de hulla. En las vertientes del Atlas y en el Tell se produce la naranja y la almendra, y hay grandes bosques de cedros, robles y alcornoques, y abundante ganado, y al Oeste, sobre las orillas del Atlántico, se extiende una gran llanura de formación terciaria, en donde el humus alcanza, como en la Rusia meridional, muchos metros de espesor; y esta región disfruta de lluvias abundantes y cuenta con ríos de curso regular y constante.

Son muy inseguras las noticias que existen acerca de su población; algunos la evalúan en siete millones de habitantes; el explorador Koden, en 2.750.000; Vivien Saint-Martin, citado por el Sr. Pérez del Toro en su estudio sobre el Noroeste de Africa, afirma que hay en Marruecos 3.750.000 bereberes, 500.000 negros, 200.000 hebreos y 1.800 europeos; pero según los datos de los misioneros, que el mismo Sr. Pérez del Toro recoge en su libro, los europeos pasan de 4.000, la mayor parte españoles; y Jakson hace subir la población total del Imperio a 15 millones de habitantes. No más seguras son las cifras de las ciudades principales, contando Fez 150.000 o más según unos, y 30 o 40.000 según otros, y Marruecos y Mequinez, unos 50.000; Tetuán, de 12 a 15.000 habitantes, y Tánger, unos 17.000. Está mezclada esa población por diferentes razas, predominando los bereberes, entre los que se ven airoso tipo de la raza alana, con ojos azulado y cabellos rojos; árabes, moros, judíos y negros del Soudán, de facciones abultadas, pero de apostura elegante y de vigor extraordinario. El Sultán es el jefe espiritual, Príncipe de los creyentes y Cherif o descendiente del Profeta, y su gobierno es absoluto, pero su sucesión, incierta, y ninguna ley positiva la rige: por ello la muerte de cada Emperador es una ocasión de guerra civil y de trastorno en el Imperio, pues los descendientes del Profeta, condición precisa para ocupar el trono, abundan en Marruecos y llegan alguna vez a reunir poderoso concurso de marabouts y santones, como el famoso Cherif de Wasan, que para escapar con vida de los celos del Emperador hubo de declararse protegido francés.

El fanatismo religioso de esas razas mezcladas, se mantiene vigoroso y tenaz en Marruecos, aun en las poblaciones más influídas por los europeos, como Tetuán, Mogador y Tánger; pero la cultura de las clases altas y de los funcionarios que rodean al Sultán y de los que éste se sirve para la administración del Imperio, no es tan escasa como por lo común se cree, y en Marrakesh se conserva con cuidado una valiosa biblioteca, copiándose por orden del Sultán los manuscritos antiguos y acudiendo con suma diligencia a evitar sus deterioros. Las clases medias de las ciudades llevan sus hijos a numerosas escuelas, y son muchos los que en las poblaciones de la costa, en Fez y en Marruecos, saben leer y escribir; pero el odio al extranjero y al cristiano, y el sentimiento de que su contacto es profano, es más hondo y arraigado que en la Argelia, y creo que en todos los demás países mahometanos, y por eso es general el juicio de los que han estudiado a Marruecos, de que sería difícil, si no imposible, establecer allí los protectorados europeos que han logrado aclimatarse fácilmente en Túnez y en Egipto.

Estando en el Coso de Tánger, el que escribe este artículo se acercó, con otros europeos que le acompañaban, a un vendedor ambulante que llevaba en un saco unos cuantos libros, sin duda de rezo o devoción, y al propio tiempo declamaba las historias fantásticas que embelesan a los mozos y a los viejos sentados en su derredor, siguiendo sus gestos y ademanes con una expresión de interés y curiosidad propia de niños que escuchan un cuento de hadas; luego que el rapsoda hubo recogido su estipendio por la narración, uno de los europeos que venía con nosotros, algo

conocedor del árabe literario, alargó la mano para tomar un libro del saco con el propósito de hojearle, y como movidos por una descarga eléctrica se alzaron contra él todos los oyentes del corro, dando un grito inarticulado y feroz, y sujetando su brazo; y es que hallándose en la portada de todos los libros el nombre de Alhah, no los puede tocar un cristiano sin profanación.

La expresión airada de todos aquellos semblantes, en los muchachos como de espanto, en los mozos como de desafío y de resolución de muerte, en los viejos como de dolor por haber podido presenciar tamaño sacrilegio, me impresionó vivamente, revelando todo ello una fuerza de convicción en su fe, de abnegación de toda su vida ante su creencia, que me hizo pensar cuánta razón tienen los que conceptúan imposible todo protectorado en Marruecos, pues la presencia de un residente cristiano en la corte del Sultán, su firma en los decretos del Emir Almoumenin o Príncipe de los creyentes, o cualquier ingerencia visible y real para el pueblo de un ministro infiel, produciría un levantamiento en el Imperio tan unánime y airado como el del corro de tangerinos, sudaneses y rifeños contra el indiscreto arabista de nuestra expedición, que sólo aspiraba a curiosear un libro; y no faltarían descendientes del Profeta para aprovechar el movimiento y el fanatismo religioso en su pro.

La propiedad particular apenas existe en los campos; se entiende que pertenecen al Sultán, y las tribus y Kalifas tienen su usufructo y los explotan, generalmente, en común, bajo reglas consuetudinarias, que se alteran arbitrariamente según la codicia de las autoridades o la fuerza de las tribus que los cultivan.

La explotación minera es escasísima, y muestran a ella tal aversión los indígenas, que, aun obteniendo concesiones del Sultán, es opinión de cuantos conocen aquel Imperio que sólo podrían internarse en las proximidades de la costa, y hasta el presente no se ha podido obtener autorización para ningún ferrocarril ni aun para explotar minas, montes o canteras.

La administración pública y la recaudación de los impuestos se mantienen en Marruecos en estado primitivo, y el pueblo no siente necesidad de su reforma y progreso; sufre sus increíbles vejaciones con el fatalismo que la fe y la tradición le imponen, pasividad de la que no faltan vestigios en nuestras regiones andaluzas, advirtiéndose semejanzas en la manera de sentir con indiferente indulgencia las depredaciones de la autoridad, que acreditan la analogía de la formación sociológica, no menos que los estratos y rocas de uno y otro lado del Estrecho demuestran las analogías geodésicas: los Kalifas perciben las contribuciones y son también jueces militares; los Pachás y Bajaes gobiernan los territorios; los Cadís administran la justicia, y los Mesekrines son agentes subalternos, a manera de guardas de campo, y todos son explotadores sin medida de los vasallos del Sultán, que estiman el robo, el cohecho, la exacción como el natural ejercicio de la autoridad en todas sus formas, y las aduanas y el diezmo sobre las cosechas y el ganado son los tributos que se perciben en el país, que constituyen el Majzen con relativa regularidad; pero en los territorios de Siba, donde las kábilas viven en independencia, y en otros fronterizos, se conciertan tributos irregulares que a menudo dan ocasión a razzias brutales y a contien-

das sangrientas y empuñadas, en las que no siempre llevan la mejor parte las tropas del Sultán.

Las fuerzas militares, según los últimos datos publicados en Inglaterra, se componen de unos 10.000 askaris o Infantería regular, a cuyo frente hay hoy un oficial inglés y 400 caballos de tropas disciplinadas, con algunas baterías de campaña, mandadas por tres oficiales franceses, habiendo enviado recientemente Italia algunos cañones de tiro rápido con dos oficiales y un ingeniero italiano. Cuenta además, y como principal elemento de defensa, el Imperio con las tropas irregulares, más difíciles de evaluar. Las publicaciones inglesas las fijan en unos 40.000 hombres, de ellos 8.000 de Caballería, pero los cálculos de las revistas francesas elevan a 300.000 hombres los que podrían reunirse en un levantamiento general, y no menos debe suponerse razonablemente si, tomando un término medio entre los diferentes cálculos de población, se fija ésta en ocho o nueve millones de habitantes; las fortificaciones y artillado de Tánger carecen hoy de todo valor militar. Algunos notarán, quizá como un progreso de organización, que no tienen generales; el grado superior es el de jefe de batallón, y cuando el Emperador confía el mando de una expedición militar a un magnate de su corte, una vez terminada la campaña vuelve a su situación anterior y no conserva autoridad alguna sobre las tropas.

Dedúcese de estos datos que cuando los geógrafos árabes llamaron a la Berbería la Isla de Mogreb o Isla de Occidente, porque rodeada del Mediterráneo y el Atlántico, la separa del resto del Africa el inmenso océano de arenas del gran desierto, daban al actual Imperio marroquí un nom-

bre que simboliza lo que es hoy políticamente, en medio de los avances que por el Sur y el Este va realizando la colonización y expansión europea; no es, en efecto, el Imperio una nación que se descompone y se derrumba, porque su fanatismo, su odio al extranjero y al infiel, su respeto religioso al Señor de los creyentes, el vigor de sus naturales, constituyen factores suficientes para sostener una nacionalidad; es una verdadera isla de barbarie y despotismo anacrónico, en medio de la civilización creciente de todo cuanto la rodea en Africa, incluso el Gran Desierto, sobre cuyas arenas trazara el ferrocarril sus paralelas para estrechar el cerco de esos refugiados, que se obstinan en resistir la evolución del progreso universal; si no es objeto de premeditada ocupación y conquista, puede vivir como está por muchos siglos, y toda la cuestión se reduce a calcular por qué término respetarán sus riquezas inexplotadas los que se crean con medios para realizar en su territorio expansiones coloniales; y el término nos parece próximo, porque el terreno para tales empresas va faltando, y la codicia de anticiparse a los otros apresura cada día más las actividades de los pueblos y Gobiernos que han entrado en ese camino. Pero al propio tiempo no cabe desconocer que, así como la ocupación de puertos, la rectificación fructuosa y succulenta de fronteras, con olvido o preterición de los tratados no es difícil en algunos puntos, como no les ha sido a los franceses la apropiación por el lado de Figui y el Touat, con infracción evidente del tratado de 1845 y de la línea de frontera en él claramente establecida, y como no lo sería por el lado del cabo Jubi; en cambio, la total conquista y supresión del Imperio de Marruecos por una

sola potencia europea, aun para la Francia, la mejor situada para ello, es empresa grave, prescindiendo de las complicaciones que seguramente traería de parte de Inglaterra, España, Italia y Alemania.

La Argelia, en condiciones incomparablemente más ventajosas, exige hoy un ejército permanente de 50.000 hombres, y es, opinión común de los que estudian su estado, insuficiente; la conquista podría muy bien provocar sublevaciones en la misma Argelia, que exigieran duplicar las fuerzas de ocupación por largos años, y no es cálculo exagerado el de otros 100.000 hombres para Marruecos, lo cual, en el estado financiero de Francia, con su servicio general obligatorio y con las inquietudes de las cuestiones europeas y asiáticas es, en verdad, para muy pesado y meditado por sus hombres de gobierno y de guerra.

III

Cuando los diplomáticos y hombres de Estado de Francia, aun en los momentos de mayor confianza en sus propias fuerzas, han ideado y propuesto la expropiación, por causa de utilidad pública, de Marruecos, nunca han pensado en realizar tamaña empresa por sí ni para sí: siempre han acudido a otras potencias europeas, y tanto ellos como los italianos y alemanes, con quienes se hicieron en tiempos pasados exploraciones, han entendido que nada se podía ni se debía hacer sin contar con España; y ese modo general de sentir de la diplomacia europea es el que importa sostener, y el que sin gran dificultad puede mantenerse por el equilibrio de intereses que en esta cuestión median.

Inglaterra no tiene propósito de adquisiciones territoriales en Marruecos con fines de colonización; pero pensar que consentirá que una gran potencia marítima se apodere de Tánger, ni que extienda siquiera su litoral de las Chafarinas a Ceuta, nos parece desatinado; no creemos permita el estado de opinión que hoy rige la política del Imperio británico disminución tan notoria de su poder y su libertad de acción en el Mediterráneo.

Italia, que recibió ya rudo golpe con la ocupación de Túnez por Francia y con la creación del puerto militar de Bizerta, amenaza constante para Sicilia, tampoco había de ver con gusto ni de consentir, si podía impedirlo, la anexión de ese litoral a los dominios de la República, y el interés de Francia, aunque tan lisonjero y considerable como dejamos demostrado, no es tal que pueda llevarla a tomar la iniciativa de una guerra europea para una empresa que, por sí sola, sería hoy abrumadora para su Tesoro y sus fuerzas militares.

Pero ese equilibrio de intereses contrapuestos ¿debe ser suficiente a tranquilizarnos siquiera sobre que se sostenga indefinidamente el *statu quo*, que representa para nosotros la renuncia a recibir todo beneficio para nuestra producción y nuestra vida nacional de esa importante frontera, condenada de esa suerte a perpetua esterilidad y eterna barbarie? No es aventurado temer que intereses que no pueden satisfacerse por completo se concierten en alguna medida por mutuas concesiones, y a esos conciertos posibles es a los que conviene prestar exquisita atención, y, sobre todo, preparar elementos para ser oídos y considerados en ellos, como lo hemos sido en otras ocasiones cuando no dispo-

níamos de mucha mayor fuerza que hoy, aunque haya que reconocer que contábamos con mayor prestigio y hoy será menester ganar en fuerza real y perceptible cuanto en crédito hemos perdido.

Si por el equilibrio de los intereses o por cuestiones que en otros territorios se plantean, o cuya solución se dilate, el problema de Marruecos beneficia de nuevos aplazamientos, ciertamente que a nosotros no nos toca tomar ni provocar iniciativas, si bien debemos desterrar de entre nuestras preocupaciones la de que la situación de Marruecos, cerrado al comercio, a la civilización, a la explotación de sus minas y de sus tierras, al aumento de población, al consumo y cambio de productos, sea beneficio y riqueza para nosotros, cuando, por el contrario, es motivo de pobreza, de esterilidad y de estancamiento para España, y lo aceptamos y lo debemos mantener tan sólo por evitar males mayores de orden político e internacional. Nuestra situación en toda nuestra frontera Sur es semejante a la de un propietario cuyos terrenos no tienen luz, ni aire, ni comunicación por uno de los lados de su finca; y si la seguridad de su inmueble resultara amenazada porque le abrieran una calle, claro es que haría muy bien en resistirlo; pero el daño de la incomunicación no sería por eso menos cierto, y lo que debería desear es conciliar con la prudente seguridad el razonable beneficio.

Pero es muy eventual esa prolongación del *statu quo* y en el caso de que se alterara, o por luchas interiores del Imperio, como las que amenazaron surgir en 1887 cuando a la noticia de la enfermedad del Sultán enviaron todas las principales potencias europeas fuerzas navales importantes,

y nosotros pusimos en Tánger la *Castilla* y la *Navarra* y movilizamos tropas sobre Algeciras, o por complicaciones exteriores, es bueno tener presente que nuestra preterición sería mortal para nuestros intereses y nuestros prestigios, y que no siendo posible que la cuestión se resuelva sin acuerdo internacional y por una sola potencia o influencia europea, donde hemos de encontrar inteligencia más natural, apoyo más seguro, no ciertamente para la guerra, pero sí para la participación equitativa y razonable, es en Francia.

Esas son las tradiciones de su diplomacia y de su Gobierno, fundadas en lo evidente de sus intereses, porque convencida, como lo está, de que la empresa no la puede abarcar ella sola, ninguna otra nación ha de preferir ella a nosotros para extender su línea de frontera, ni para vecinos de Orán y de Argel en el Mediterráneo, y nuestras aspiraciones en ningún caso podrían llegar a dificultarla ni la posesión del Touat, ni la libre comunicación de la Argelia en el Senegal y la prolongación de sus ferrocarriles y de su paso por el Adrar, pues aunque nos entregaran voluntariamente esos territorios, es notorio que no contamos con fuerzas de expansión proporcionadas para utilizarlos, bastándonos las extensiones territoriales de Ceuta y Melilla y las fértiles llanuras de las orillas del Atlántico.

Pudiera también plantearse el problema de Marruecos, no en la forma de adquisiciones territoriales, sino en la de neutralización y de influencia europea, suficientemente activa para abrir las puertas de ese encantado tesoro a la civilización y al trabajo y al capital que habían de fecundarlo; no lo creemos probable ni fácil, porque la condición que ya queda suficientemente señalada, de sus naturales, la fiereza

de las razas que lo pueblan, su fanatismo contra el extranjero, y la influencia avasalladora de los marabouts y santones, y la escasa acción del Sultán sobre las tribus del Atlas, del Rif y del Sur exigirían para la protección de las explotaciones europeas de todo género fuerzas considerables, y su presencia provocaría guerras santas y constante inseguridad para capitales y trabajadores. Estas empresas con pueblos bárbaros y vigorosos rara vez se pueden realizar por concordias, y sucedería lo que aconteció a los franceses en Argelia y a los rusos en el Asia Central; es preciso ir hasta el fin y quebrantar hasta la última resistencia. Pero si admitimos la hipótesis de una política de puerta abierta en Marruecos impuesta al Sultán, obteniendo de él concesiones de ferrocarriles, de minas, de comercio en sus puertos, de obras públicas que favorezcan el desarrollo de la riqueza y la penetración del capital y de los productos europeos, aún sería más necesario para nuestros intereses que eso se realizara con nuestra participación y nuestro concurso, que, aparte de otros beneficios, podría significar un encauzamiento de la emigración en climas para los que nuestra raza tiene especiales aptitudes, y en los que puede luchar con ventaja con todos los demás emigrantes y trabajadores del mundo.

IV

Todos estos horizontes, planes, pensamientos, cálculos de intereses ajenos y propios, están condicionados por nuestra vida interior y por la reconstitución de elementos suficientes a consentir una expansión colonial, y demostra-

ción clara y perceptible de que contamos con fuerzas para realizarla, en términos que logremos convencer de ello a los que hayan de ayudarnos a la obra común.

Tuvo España una ocasión feliz para mejorar considerablemente su situación en Marruecos, en 1859, y la perdió lastimosamente. El General O'Donnell había dicho en las Cortes: «No vamos a África a civilizar a los moros, ni siquiera a asimilárnoslos: vamos tan sólo a reparar agravios recibidos»; y esa política caballeresca, en verdad, no exigía haber llegado a Wad-Ras; nadie ignora que surgió el veto terminante de Inglaterra cuando se trató de ocupar Tánger, y sin duda que la ocupación definitiva de esa plaza por nosotros era empresa temeraria para sostenida contra la voluntad expresa de Inglaterra; pero no habiendo aspirado a tanto, reducidas nuestras pretensiones a penetración territorial por el Atlántico o el Mediterráneo, que no afectaran tan directamente los intereses de los ingleses en el Estrecho, ellos, aunque mal de su grado, lo hubieran consentido sin llegar a una ruptura, y en Francia, ni entonces ni después, hemos hallado dificultades, si no por el contrario, estímulos para nuestra acción sobre Marruecos.

No menos agrias y amenazadoras fueron las reclamaciones del Gabinete británico en los últimos meses de 1830, cuando apenas establecida la Monarquía de Luis Felipe ocuparon los franceses a Argel y se creyó inminente la guerra, y se resistieron los ingleses a reconocer la conquista de Francia y la destitución del Rey; pero el mariscal Soult se mantuvo inflexible, y la conquista se hizo y se afirmó sin que pasara el enojo de Inglaterra más adelante.

Verdad es que, así para la expansión en Africa como

para concertar inteligencias a tal fin, y para resistir disgustos o facilitar simpatías de extraños, y ofrecer apoyos o concursos a tales empresas, es menester, en los tiempos que corren, contar con un apoyo de opinión lo bastante firme y suficientemente ilustrado para que puedan los Gobiernos parlamentarios que se sucedan mantener una tradición política y diplomática con cierta unidad y persistencia, y esto no basta a lograrlo la buena voluntad de los gobernantes.

Si ese apoyo de opinión falta para que los Gobiernos de España piensen en las consecuencias que tendrá la cuestión de Marruecos si surge de improviso y se resuelve sin nosotros o contra nosotros (*), sucederá lo propio que con las cuestiones de Cuba y Filipinas. Habremos sido muy juiciosos, muy prudentes, perfectamente neutrales; no habremos alarmado ni inquietado a nadie con pretensiones ni exigencias, consagrados a nuestra reconstitución interior; pero se nos preparará otro Tratado de París, con sus elocuentes protestas de la iniquidad que se cometa con el pueblo de Isa-

(*) En el libro póstumo del Sr. León y Castillo, titulado *Mis Tiempos*, se asegura que fué él quien, meses antes de publicarse este artículo, dijo a Silvela, siendo Presidente, que la cuestión de Marruecos estaba madura y que se iba a resolver de un momento a otro «con nosotros, o sin nosotros, y en este caso contra nosotros»; y el ilustre Embajador se duele de que no se le hiciera caso desde el primer momento y de que en Madrid, luego, se estimase que no se podía dar un paso en el asunto sino de acuerdo con Inglaterra. Sea de ello lo que quiera, resulta evidente que Silvela (quien se negó resueltamente a aceptar la dimisión de León y Castillo cuando constituyó su Gobierno) participaba fundamentalmente de la orientación del Embajador en París, siquiera deberes de Gobierno, que forzosamente habían de apreciarse en la corte de distinto modo que en las orillas del Sena, impusiéranle cautelas y parsimonias acaso por él tan lamentadas cuanto prudentemente elegidas.

bel la Católica y de Cisneros; que irán a acompañar a las cometidas con el propio pueblo que tuvo fe en Colón y que produjo a Cortés y a Pizarro y demás héroes, tan a menudo evocados por nuestros oradores, con éxito constante, en los discursos de los Juegos Florales, pero de dudosa eficacia en las conferencias diplomáticas.

Un Diputado a Cortes ().*

(*) Bastó sospechar quién era el escritor anónimo para que sus adversarios políticos, sin parar mientes en la transcendencia internacional del problema, sólo tomaran de él lo que pudiera dificultar la vuelta de Silvela al Poder. A juicio de los romeristas, por ejemplo, Inglaterra le pondría el veto si lo intentara. Pero, lejos de ser así, la Gran Bretaña cuidó de acentuar su cortesía con el articulista. Cuando éste, al año siguiente, en el verano, pasó por Gibraltar para ir a Málaga, halló una acogida extraordinaria, de la cual daba cuenta a su sobrino, Eugenio Silvela, en el siguiente párrafo de una carta fechada en 18 de Agosto de 1902: «En Gibraltar, donde he estado veinte veces sin que nadie se ocupase de mí, me vi sorprendido por la visita del Jefe de la escuadrilla y puerto militar, un inglés típico que hablaba (afortunadamente para mí) algo de francés y que me ofreció con insistencia un aviso para traernos a Málaga. Se conoce que el artículo sobre Marruecos les ha causado menos indignación que le causó a Romero, y eso que supongo que le habrán leído lo mismo que él. Entramos, pues, en Málaga con una gran bandera inglesa de guerra, lo cual me explicaron que era un gran honor, pues cuando el aviso transporta sólo meros amigos del Jefe que vienen a las carreras de caballos o a correrla a pie, trae bandera de yate, distinción cuya importancia me penetró de gratitud para con el Gobierno del Rey Eduardo».

Los sombreros en el teatro

(Carta a D. Alejandro Saint-Aubin, publicada en HERALDO DE MADRID el 30 de Diciembre de 1901) (*)

«Muy señor mío y distinguido compañero: Me entregan una carta de usted, en la que me pregunta si apruebo que las señoras lleven sombreros en el teatro; y en el plebiscito que, sobre este problema, me dicen ha abierto usted, yo desearía abstenerme, porque estimo el voto tan inútil como si se tratara de una simple elección a concejales por Madrid; mas la cortesía de usted hace para mí obligatorio el sufragio.

Desapruebo resueltamente los sombreros de las señoras en el teatro; pero aun a riesgo de descubrir a usted todo el clericalismo que palpita en el fondo de mis convicciones estéticas, he de confesarle que aún me enoja y contraría más que los lleven por la mañana a la iglesia.

(*) La tradicional cuanto molesta costumbre de que las señoras conservasen puesto el sombrero, durante la representación, en los patios de butacas de los teatros — que perduró hasta que un rasgo de autoridad del señor La Cierva impuso la terminante prohibición—venía siendo objeto de controversia. Para concentrar las opiniones, Saint-Aubin abrió lo que el llamó una «información morrocotuda». Y sobre la *capital* cuestión emitieron dictamen todos los varones ilustres. La primera contestación publicada fué ésta de Silvela. Siguió la de Lerroux.

En el teatro atentan a nuestro derecho privándonos de contemplar la escena y mermando el aprovechamiento legítimo de nuestras butacas, vendidas en el despacho «con vistas y luces»; pero a las veces gana el drama cuando un sombrero protector nos oculta a los actores; y de mí sé decirle, lloro como mayor quebranto aquellos Viernes de Dolores y días de particular devoción, ya perdidos, en los que las mantillas y velos negros ponían a tanto rostro madrileño su propio y personal marco, sombreando los ojos y aterciopelando en la transparencia del tul o del encaje la luz viva de la mirada, y siguiendo los pliegues del manto los movimientos de la cabeza y del busto, reveladores de la gracia del todo el cuerpo, ajena e independiente de la factura de la modista y de las extravagancias estúpidas de la moda.

Cuando todo ese tesoro de belleza nuestra y genuinamente nacional nos lo arrebatan los sombreros desvencijados y maltrechos, composturas e imitaciones desdichadas, con plumas mortecinas, flores de trapo, talcos, hebillas de latón y frutos o pastas, crea usted que ahí está el verdadero desastre, a cuyo remedio o venganza debería usted, en mi sentir, ampliar su cruzada.

Tal es el voto de su afmo. compañero y s. s. q. b. s. m

F. SILVELA»

El catalanismo y sus alivios

(Artículo publicado en LA LECTURA, número de Enero de 1902) (*)

I

La discusión que acerca de la doctrina catalanista tuvo lugar en el Parlamento (**) aclaró, para cuantos siguieron con algún interés tales debates, el programa de los elementos directores de partido, y sin duda es ello dato muy importante en la solución del problema; mas podría inducir a grave error si se concluyera de ahí como afirmación segura, que las bases de Manresa son fórmula en la que creen los agrupados bajo la bandera catalanista, como de posible traducción en leyes, constituciones, ni en política de partido alguno español o extranjero.

El catalanismo no es un partido ni una escuela, tal y como entendemos esas fórmulas de evolución y vida en el

(*) La revista LA LECTURA dedicó casi todo el número de Enero al problema catalanista. Además del artículo de Silvela, que lo encabezaba su director, Francisco Acebal insertó otros del Doctor Robert, de Azcárate, de Domenech, de Pella y Forgas, de Sánchez Guerra y de Maragall.

(**) Con motivo de una interpelación del Doctor Robert sobre los sucesos ocurridos en Barcelona al tomar posesión del rectorado de la Universidad el Sr. Rodríguez Méndez—acto que originó grave con-

orden histórico y político o social, cuando vemos reunirse las voluntades y las inteligencias para constituir personalidades morales que se proponen llevar a la gobernación del Estado las soluciones de uno o varios problemas pendientes; el catalanismo es ante todo y sobre todo una *agitación*, un *separatismo*, una *diferenciación*, no en el sentido de aspirar, por combinaciones de la razón y la fuerza, a constituir nacionalidad independiente, sino a satisfacer impulsos del sentimiento y de pasiones puramente afectivas, en las que concurren atavismos de raza, leyendas y remembranzas de glorias propias y de agravios ajenos.

Es notorio para cuantos de cerca estudian la cuestión y a diario pueden observar a los hombres y percibir la mar-

tienda entre los estudiantes catalanistas y los que no lo eran—se había mantenido en el Congreso amplio debate, en el que intervinieron Silvela, Romero Robledo, Muro, Roig y Bergadá, Lerroux, Maura y Sagasta. En él fué donde Maura hizo la disección de las famosas *bases de Manresa*, credo del catalanismo más exaltado. Silvela mantuvo durante la discusión que el catalanismo es un federalismo monárquico con tendencias a la monarquía patrimonial, y, por tanto, «contrario a nuestra Constitución y a nuestras convicciones, no puede entrar nunca en nuestros principios, en nuestra política ni en nuestro programa». Pero a la vez estimó que, como doctrina, encerrada en esos límites, no puede calificarse de separatista ni puede ser motejada por ningún concepto, ni aun por el partido conservador, como doctrina ilegal; es una doctrina con derecho a la propaganda, con derecho a la discusión en la Prensa, en la tribuna, en el mitin. Afirmó luego que toda propaganda en que se niegue la integridad de la patria y se ataque su personalidad única es un delito. «La hemos declarado nosotros delito, y hemos llegado a términos de represión que no existen para ningún otro delito dentro de las prescripciones del Código penal. Creemos que no se puede hacer más, y se ha hecho bastante. Los que quieran llegar a la inquisición de los pensamientos recónditos de los catalanistas, los que quieran perseguir los deseos y sus manifestaciones en el hogar, que lo digan claro; nosotros no vamos por ahí, no vamos más lejos.»

cha de las ideas, que son pocos—y si llega a poderse emplear el plural será con bien corta amplitud—los que estiman las famosas bases como otra cosa que un instrumento para despertar sentimientos y aspiraciones vagas, cuyo único objetivo claro es la oposición al Gobierno central, la diferenciación de costumbres, leyes, literatura, lenguaje, moneda, trajes, condiciones y formas todas de la vida, con el resto de la patria española.

Tanto como las formas políticas o administrativas, más aún que ellas, significa para los verdaderos catalanistas el apartamiento de la vida común nacional, para conservar en la mayor integridad posible su alma propia; y así se advierte mayor entusiasmo y más verdadero interés por las costumbres que por las leyes, por las formas y manifestaciones externas que por la conquista del Poder público mediante la evolución o la revolución.

Si se estudia de cerca la psicología positiva del catalanista, se advierte la esencial diferencia que le separa en su modo de pensar, sentir y querer, de los partidarios de otro linaje de ideas políticas relacionadas con la organización del Estado; es para él cuanto se relaciona con el gobierno y régimen legal, visiblemente secundario; presta a esos problemas una atención distraída; en cambio, cuanto en la manera íntima de desarrollar la vida, así del espíritu como del cuerpo, constituye una originalidad, una diferencia, un alejamiento en la orientación de la vida castellana, despierta su pasión y es objeto preferente de su culto; y si en algún arte, como en la pintura, por ejemplo, no hallan manera de buscar en su propio terruño escuela para restaurar o sostener, buscarán lo más apartado de la corriente común, y así

veréis en la llamada Meca del catalanismo, en la encantadora villa de Sitges, una estatua erigida al Greco, el genial disidente del dibujo y del color de las escuelas españolas.

No es indiferente este análisis, porque si en él se fija la atención tanto como su realidad lo reclama, se evitará el error de considerar el catalanismo como un mero problema político y a los catalanistas como hombres de partido que aspiran en una u otra forma al Poder, cuando es más bien un problema moral y de sentimientos, más que de ideas y de aspiraciones concretas a una participación en el gobierno, lo cual hace más difícil la tarea de combatirlo, y pide hacerlo por otros caminos.

Muchos han estimado que el catalanismo era en el Principado una planta de la misma familia que el separatismo cubano, y esto ha contribuido en gran manera a agriar la relación de ideas, porque los recientes agravios y escarmientos de los laborantes cubanos y filipinos, sus hipocresías y deslealtades, aún frescas en la memoria de todos, han dejado de tal suerte herida nuestra conciencia, que las meras desinencias de los nombres profanados por la traición en nuestro daño mueven olas de repugnancia en el espíritu nacional.

No creemos nosotros en tal analogía: el separatismo americano era el problema escueto de una emancipación por odio al dominador, prefiriendo clara y sencillamente a él, cualquiera otro; pero allí no había tradiciones ni costumbres propias que conservar como objetivo capital, como verdadero culto e ideal al espíritu: no era la separación o autonomía como lo es, aun para los catalanistas más radicales, el medio político de salvar lo que estiman su tesoro

moral, su alma catalana, sino el fin y objeto de su acción; no defendían, a decir verdad, nada suyo; negaban simplemente un vínculo de obediencia a un Poder que reputaban extranjero.

Confirma ese propio concepto del catalanismo la circunstancia, reconocida por todos como cierta, de que forman su principales fuerzas numéricas masas procedentes del carlismo y afiliadas todavía a esta bandera; y la prestan eficaz apoyo de recursos y subvenciones para periódicos, propagandas y menesteres electorales, algunas personalidades del comercio, la banca y la industria, tan alejadas por su espíritu práctico y común sentido de las extravagancias de Manresa, que es dudoso si se han enterado aún que hay entre los suyos quien hable de Cortes catalanas, de Código mercantil catalán y de moneda circulante regional.

La división es honda dentro del catalanismo, entre los intelectuales que laboran a ratos perdidos y en la soledad del gabinete, tan peligrosa para todos los inventores o traductores de constituciones políticas, y los que aplauden en los *meetings* y fiestas las barras y el pendón de San Jorge. Su noción y el sentimiento de la autoridad, del Poder público, del Rey, son en uno y otro esencialmente distintos, absolutamente inconciliables, y gritan juntos, pero piensan y sienten con fundamental separación.

No es nuevo entre nosotros este fenómeno, y por más que la analogía sea en sus deducciones amarga, no es lícito omitirla en un examen franco y desapasionado del problema. El pueblo, que desde 1808 a 1814 luchó por Fernando VII y por la patria, estaba tan ajeno a la soberanía nacional y a la división de los poderes y al sufragio de ter-

cer grado de la Constitución de Cádiz, como las masas catalanistas lo están de las bases de Manresa y de las lucubraciones del Sr. Domenech (*) para su desenvolvimiento como ideal para la vida.

Es otra consecuencia de esa formación irregular del catalanismo la falta de unidad en el pensamiento y la doctrina, no ya al tratarse de las aplicaciones concretas o de las distribuciones en el personal y los puestos representativos, que esto es común achaque de todas las colectividades y partidos, sino en el programa relativo a las bases más fundamentales y a la manera de entender las instituciones orgánicas, respecto de lo cual, si alguna vez callan por no dar materia a regocijo de los adversarios, a menudo brotan las diferencias y se revelan los contrarios humores en la Prensa, y no dejan nunca de revelarlo en las conversaciones particulares y comunicaciones de la vida diaria, que acreditan con notoriedad pública tales diferencias.

Mas ya dejamos apuntado que esta naturaleza especial del catalanismo, haciendo de él un sentimiento (**) más

(*) D. Luis Domenech y Montaner, inspirado arquitecto barcelonés, fué el organizador de la Asamblea que se reunió en Manresa el 25 de Marzo de 1892, que él presidió y que acordó las tan resonantes bases. La síntesis de su pensamiento está en estas líneas, con que cerró el artículo que publicó en ese mismo número de LA LECTURA: «Cataluña tiene fe fundada en sí misma; Cataluña autónoma sería una fuerza legal y efectiva en la frontera, sería un núcleo positivo de regeneración para España».

(**) La misma tesis sostuvo Maragall unas páginas más allá de artículo de Silvela. El suyo se titulaba *El sentimiento catalanista*, y terminaba con estas frases: «He aquí, pues, lo que significa el movimiento catalanista: un amor y una busca de vida; un horror y un huir de la muerte. Por eso decimos que el catalanismo es, ante todo, una cuestión de sentimiento.»

que una idea, y una agrupación nacionalista más que un partido político no debe inducirnos a desdeñar su tratamiento, sino, antes al contrario, excitarnos a buscar con atención intensa su remedio, pues, si bien por sí solo no puede llegar a constituir una fuerza que nos divida, es ya una dificultad que nos perturba, y puede llegar a ser un obstáculo que entorpezca la marcha regular de nuestro régimen parlamentario.

Ha sido unánime la opinión de nuestros políticos más o menos gobernantes, acerca de que no es adecuado remedio para los daños del catalanismo la represión y la fuerza; y aunque quizás en muchos este sentimiento lleve sus reservas mentales, es de significación decisiva que ninguno haya sostenido tal sistema, que es, sin embargo, el más usado en la historia antigua, moderna y contemporánea para curar las afecciones nacionalistas y desterrar de los países o provincias, malcontentos con una agregación, los recuerdos y los vínculos que sus naturales quieran conservar o reanudar.

La fuerza ha sido y será siempre el gran factor y reconstructor de las nacionalidades, pero la fuerza para obrar de un modo permanente sobre el hombre, necesita de la idea y del sentimiento; la mera superioridad dinámica no disciplina ni unifica un país, ni sujeta en paz una provincia esquivada a su metrópoli; tiene que unirse a la superioridad del esfuerzo un sentimiento de gloria, de respeto, de reconocimiento, de superioridad moral, sin lo cual se pueden mantener juntos los trozos, pero no se hará nunca de los dos un solo cuerpo. La fuerza, por sí sola, suspende las cuestiones, pero no las suprime.

En las relaciones del Gobierno central con Cataluña, con razón han pensado todos que era ineficaz y contraproducente la fuerza, a la que no se puede añadir hoy el sentimiento de gloria y de superioridad moral que pudiera en otros casos hacerla eficaz, como lo fué en manos de Luis XIII y de Luis XIV para concluir con el federalismo hugonote, y en las de la Convención para acabar con el regionalismo girondino.

Pero esta declaración de conducta nos lleva lógicamente adonde muchos repugnan más o menos ostensiblemente ir, es a saber: a consentir de buena fe, lealmente, todas las manifestaciones del espíritu regionalista, que, sin llegar a constituir delito, hieren, sin embargo, muchos sentimientos del espíritu nacional, tal como nosotros los mantenemos en nuestra alma y como quisiéramos que los mantuviesen todos los españoles.

En esta materia es imposible mantenerse en un término medio; o hay que llegar a los famosos ukases de Varsovia, en los que se prohibían los gorros cuadrados, las túnicas polacas y el uso de color amaranto, o hay que dejar expedito el empleo de la lengua provincial en las relaciones privadas, los himnos populares, las enseñas particularistas en romerías y fiestas, y hacer todo esto, no con malhumorado regateo y mediante visible mortificación en consentirlo, sino con resolución de ánimo convencido de que eso es lo que debe hacerse, y lo que autorizamos gustosos como expresión de sentimientos respetables y respetados, que no juzgamos incompatibles ni contrarios a los fines colectivos de la personalidad nacional.

Nada más funesto en la dirección de los pueblos y en

la represión de las ideas o supresión de los pensamientos y voluntades de un país, que el empleo en completo de la fuerza cuando las circunstancias ofrecen medios y ambiente social para que la aplicación sea tan amplia, duradera y firme que pueda alcanzar sin vacilaciones a los mayores absurdos e injusticias; cuando se señala el intento y se retrocede ante la primera resistencia, o se cambia de medio a cualquier accidente de gobierno, la represión de las ideas por la fuerza resulta contraproducente, las irrita y aviva sin quebrantarlas, y es lo más prudente no empezar un camino a sabiendas de que no se llegará al fin, y limitarse al mantenimiento del derecho por la ley en los límites que la conciencia universal fija.

Determinada de esta suerte la índole del problema, y apartados los procedimientos sencillos de la violencia, la proscripción, el estado de sitio permanente, por un asentimiento general que bastaría por sí solo a privar de toda fuerza moral a quien, singularizándose, pretendiera emplearlos, resta exponer los que en el estado real de ideas, costumbres y elementos de gobierno son aplicables y de los que razonablemente puede esperarse beneficio y alivio.

No debe, en nuestro sentir, fundarse la menor ilusión acerca de que la política de concesiones atraiga a los catalanistas militantes, ni haga de ellos partido político dispuesto a convivir con los demás para discutir en las Cámaras los asuntos que más de cerca pudieran interesarles, procurar la mejora de la Administración o la reforma paulatina de las leyes en el sentido de sus ideas. Ellos no son ni serán nunca un partido; significan una especie de protesta vaga que quiere encerrarse en censura, pesimismo y condenacio-

nes absolutas; vendrán aquí siempre a contender con los demás sin ánimo de influir sobre ellos y con el solo objetivo de mantener viva la agitación y las pasiones de los que les envíen; pero es que la política de la justicia, de la razón y de la libertad no debe fundar jamás sus esperanzas en convencer a los jefes extraviados, ni aun a los partidos militantes que han emprendido una equivocada senda, ni los fracasos que se patentecen en ese orden de acción significan gran cosa; la eficacia de esos procedimientos de razón, de libertad y de justicia consiste en privar de elementos de nutrición a los partidos que más o menos franca y resueltamente pretenden hacer uso de la fuerza. Los partidos propiamente dichos, sus cuadros de oficialidad y sus jefes, no se convencen jamás, ni de ellos puede esperarse justicia para las concesiones que se les ofrezcan, ni gratitud de los beneficios que obtengan para sus ideas; lejos de eso, recibirán con mayor indignación y tratarán con más apasionamiento cuanto en el sentido de sus reivindicaciones se haga, por el temor de que le resten fuerzas y energías de su hueste.

Jamás un partido que aspire a cambiar fundamentalmente las bases del Estado ha renunciado a emplear la fuerza por ningún otro motivo ni consideración que el convencimiento de su impotencia; y el arte de los que defienden el *statu quo* se debe dirigir a fortificar las propias posiciones y sus elementos de vida, y a cercenar en el del campo contrario todos los medios de reclutamiento y limitarles los territorios de donde pueden recibir masas, recursos, adhesiones que aumenten y sostengan la hueste.

En el caso concreto del catalanismo, el problema se pre-

senta clarísimo en cuanto a sus soluciones y al tratamiento que esa verdadera enfermedad demanda como el único razonable en las circunstancias en que nos encontramos; la dificultad no está en proponerlo, sino en realizarlo con aquella constancia y perfecta lógica en los procedimientos mantenidos por largo espacio, condición precisa para la eficacia de las medidas de higiene y reconstitución de un organismo.

Las fuerzas auxiliares de esa agitación, en lo que ella puede tener de perturbadora y alarmante, las recibe de los agravios y descontentos que la Administración central ocasiona con sus imperfecciones, sus formulismos, las frecuentes inmorales de sus agentes y con la exagerada absorción de facultades para atraer a Madrid las resoluciones definitivas de asuntos a menudo triviales y sencillos; y la transformación de estas relaciones entre el Poder central administrativo y las provincias es lo que más importa llevar a término en modo y forma que se perciba pronto y en medida considerable el cambio.

II

Es en el orden legislativo factor principalísimo de la solución del problema la reforma de la Administración local, empresa en verdad difícil, no sólo por los intereses múltiples con ella relacionados, sino también por lo generalizado de la competencia acerca de tales asuntos, dando ello lugar a que nadie se crea ajeno a producir su pensamiento y menudeen los planes y enmiendas y diversos puntos de vista alrededor de esas reformas, en mayor medida que en cualquier otro proyecto de ley, y, sin embargo, es fuerza

acometerla, porque ya se viene sintiendo por muchos hace tiempo, pero sintetizó con singular precisión el juicio el señor Maura, sobre este particular, en su discurso de Sevilla, de Abril de 1900, diciendo: «Muchos españoles desconocen al Rey, a los Ministros y aun ignoran el régimen de gobierno que en España impera; a los administradores de su Concejo y a su Municipio los conocen todos, y todos los padecen; por eso *la Administración local es el más hondo de los agravios* que tiene el pueblo español, y la más urgente de las necesidades a que hay que atender, el más irritante de los males que padece España». Y si esto es así, si esto no es voz inspirada en ninguna pasión estrecha de partido, sino grito que arranca la desinteresada contemplación de un daño y de una enfermedad nacional, evidente es que su remedio tendría eco considerable en el problema del catalanismo y le restaría fuerzas importantísimas que hoy la nutren.

No está la solución en mera rotura de vínculos de dependencia con el Poder central, aunque muchos deben cortarse. En el Senado quedaron presentadas, en el mismo año de 1900, las bases de una alteración honda en la ley municipal (*), que se dirigía a aflojar y dar elasticidad a esos vínculos, descentralizando servicios y suprimiendo re-

(*) Alude al proyecto de descentralización administrativa presentado por el Gobierno Silvela al Senado en 30 de Noviembre de 1900, y cuya lectura en el Consejo dió origen a la salida de Durán y Bas, que lo consideraba insuficiente. En él se reconocía carácter de personas jurídicas a las Diputaciones, Ayuntamientos y Universidades, y se autorizaba a las Diputaciones para contratar empréstitos y para asociarse entre sí cuando quisieran construir obras públicas de interés común. Fué el primer esbozo de las Mancomunidades provinciales.

cursos innecesarios a la Administración central, dando facultades de adquirir y de crear elementos de vida propia a Municipios y provincias, con garantías de tutela que respondan eficazmente a las diferentes situaciones económicas y aptitudes de gobierno de las distintas localidades y regiones; pero eso no es sino uno de los lados del problema, que ha menester completarse en el orden fiscal y en el político con el apartamiento de los Municipios de la delegación de funciones que hoy les abruman y a menudo les deshonran.

La independencia de los Ayuntamientos de las funciones fiscales es un problema financiero, social y político al mismo tiempo, cuyas dificultades a nadie pueden ocultarse, pero en el cual va envuelta la libertad de la vida municipal, y del que depende también su verdadera autonomía, la posibilidad de dirigir sus actividades, las fuerzas locales, la substancia verdadera de la vida del ciudadano en la célula del organismo nacional, a los fines propios de su función natural, sin los agobios que esterilizan, tuercen y corrompen esas actividades naturales.

Ha venido la vida de nuestros Ayuntamientos a sufrir hoy parecidos daños a los que tan legendario horror dejaron trazado en la historia los curiales de los Municipios de la decadencia romana, y se reproducen las consecuencias al través de los siglos con elocuente enseñanza, porque órganos a los que no se deja su natural circulación se atrofian y gangrenan como los miembros de un cuerpo vivo sujetos por inflexibles ligaduras.

No es la vida de la Administración local creación meramente legislativa y artificiosa, sino forma y órgano eterno

y universal de la asociación humana, creadora de vida colectiva y agrupaciones naturales, sobre las que se funda la nación y se constituyen las personalidades morales de los pueblos; y cuando se desatiende su modo propio de ser y de funcionar, imponiéndola finalidades ajenas a su peculiar índole, imaginadas sin contar con la naturaleza del órgano, no es maravilla que éste funcione mal y se destruya en su propia obra.

Esta destrucción y aniquilamiento impone también el apartamiento de las funciones políticas electorales, más relacionadas, en verdad, con su propia naturaleza, pero que de tal suerte se realizan hoy en la mayor porción del territorio, que, sobre no responder a los fines políticos que se les confían, contribuyen por modo muy principal al quebrantamiento de su prestigio moral y constituyen una ocasión de descontento, y aun de menosprecio, para los mismos que reciben de tan viciada fuente las más altas representaciones políticas y parlamentarias.

En el orden de la administración de la Hacienda pública importa señalar, de una manera clara e inflexible, el límite de acción local y el alcance de la acción fiscal.

Fuerza es reconocer que no posee hoy la Hacienda, ni razonablemente puede esperarse que lo cree en largo tiempo, un personal que responda a las exigencias más modestas de un pueblo que estima como el mayor de los agravios los intentos criminales o simplemente pecaminosos contra su propiedad o su trabajo. Hay regiones extensas de la Península más sufridas para la concusión y la inmoralidad de los agentes del Poder público, sin que ellas sean en sí mismas más ni menos inmorales; la sensibilidad para soportar

los pecados ajenos no está siempre en relación con la virtud propia: es cosa independiente de ésta, pero es un hecho, un estado de alma, un dato de psicología popular que importa mucho tener en cuenta para la acertada y pacífica gobernación de una comarca; y en la región catalana, sin que ello suponga nivel moral superior a las demás de España, la repugnancia de opinión a las flaquezas de las autoridades en orden a exacciones y granjerías indebidas, es más viva, más acentuada que en parte alguna, y por eso los daños que en semejante materia deben evitarse y corregirse cuidadosamente en todas partes, importa se prevengan con más exquisita atención y diligencia allí.

De ahí que conceptuemos de gran interés favorecer el ejercicio de las funciones de recaudación e investigación de las contribuciones directas, según se autorizó por el artículo 14 de la ley de Presupuestos de 1900, por gremios o colectividades locales ajenas a las responsabilidades del Poder central, desviando de éste en tales materias la corriente de descontentos y agravios que el ejercicio de esas funciones lleva necesariamente consigo.

Que la ocultación de riqueza es enorme en Cataluña, especialmente en la contribución industrial, es un hecho cuya evidencia reconocen los mismos catalanes que definden los conciertos fiscales, y esa ocultación no se vencerá o atenuará de un modo considerable sino haciendo intervenir en la obra el mismo interés local o regional, contrapuesto al interés meramente individual del defraudador; y esto puede y debe hacerse sin llegar a concierto de cantidad fija, ni a enajenar el Estado su facultad propia de distribuir cuotas y contingentes, pero planteando con amplitud y confian-

za la recaudación y la investigación por organismos gremiales, con participación generosa de los beneficios que se obtengan para los mismos intereses de la localidad y la provincia, que queden en su mayor porción allí, a la vista del contribuyente, a quien se disciplina y trae a capítulo, que sufrirá la presión moral irresistible del medio ambiente que ahoga sus quejas cuando palpan los convecinos los beneficios que la regularización del impuesto les produce.

El mismo orden de ideas debe inspirar toda otra relación política y administrativa del centro y las provincias de Cataluña, sin pensar nunca en los catalanistas militantes ni en su apoyo, ni en su simpatía, ni en su intransigencia, ni menos en su gratitud, pero pensando siempre en que es privarlos de fuerza, privarlos de razón.

Los partidos políticos

(Artículo publicado en NUESTRO TIEMPO, número de
Mayo de 1902) (*)

I

La Revolución de Septiembre de 1868, tuvo desde su principio una significación y ha tenido en sus desenvolvimientos un alcance puramente político, llegando en las cuestiones religiosas a alteraciones más bien de forma que de sustancia, puesto que la tolerancia de las ideas y cultos disidentes, y la libertad de conciencia y de pensamiento, eran derecho consuetudinario de tiempo atrás; pero ni reformas sociales, ni régimen de la propiedad, ni organi-

(*) NUESTRO TIEMPO dedicó este número a hacer lo que Salvador Canals llamó en su artículo inicial el *Balance de la Regencia*; Gasset publicó en él los *Apuntes para una semblanza*, titulados *La Reina Regente*, ya citados; Pablo Iglesias, un estudio sobre *El movimiento obrero*; D. Julián Ribera, uno rotulado *La política en Marruecos*; González Besada, un extenso bosquejo de historia económica, denominado *La Hacienda*; el P. Arboleya, uno sobre *La Iglesia*; Dorado Montero, otro acerca de *La criminalidad*; Alzola, trató de *La industria en Vizcaya*; Graells, de *La industria catalana*; Rahola, examinó *El comercio exterior*; Sánchez de Toca, escribió unas páginas analizando la institución de *El Rey en la patria española*; y Siivela historió, como se verá, *Los partidos políticos*.

zación del trabajo, ni modo de ser de la familia, ni vida provincial o local, ni instituciones militares, ni relaciones de la Iglesia y el Estado, ni advenimiento de clases desheredadas a la vida de la nación, ni aparatos nuevos de tributación, le debieron transformaciones ni mudanza sustancial. La sociedad española, en todos sus elementos fundamentales es la misma de treinta y cinco años antes; pero el Estado y las fuerzas políticas que lo mueven, y los organismos y métodos de su vida, han variado profundamente, y la variación se advierte en el modo de ser de los partidos que en aquella Revolución tuvieron su génesis, y que han llegado a su desenvolvimiento en la Regencia.

Uniéronse, para llevar a término el movimiento revolucionario, progresistas, demócratas y republicanos, y aportó sus medios de acción el partido conservador, que se apellidaba Unión liberal y que sumaba entonces más elementos militares, mayor núcleo de hombres civiles útiles para la conspiración, verdaderos directores del movimiento, levadura que había de levantar la masa siempre inerte del pueblo, asegurando el buen suceso tantas veces perseguido en vano años antes, por progresistas, demócratas y republicanos, que venían formando un núcleo de oposición radical e irreconciliable, cuyo programa se cifraba en el grito de «¡Abajo lo existente!»

No se formuló como bandera de la revolución, cuando a ella se unieron los conservadores, un conjunto de doctrinas o de soluciones, ni se substituyó a los ideales de cada grupo un criterio común de transacción; agitóse, con éxito, ante la conciencia popular una bandera de libertades indeterminadas y de reivindicaciones morales indefinidas, y por

eso mismo útiles al fin que se perseguía, pues cuando una revolución no representa algún gran interés social de clase, nada sirve tanto sus propósitos como las ideas vagas; pero aun dentro de esa vaguedad, a las claras se advierte la índole esencialmente política del movimiento y la noción que de ese sentido tenía la opinión pública, que acogió como fórmula la más concreta del alzamiento de Cádiz la frase del manifiesto redactado por Ayala y suscrito por los Generales vencedores en Alcolea: «queremos poder hablar de las causas de las crisis delante de nuestras mujeres y de nuestras hijas».

Estas condiciones de origen del nuevo Estado que iba a reemplazar a la Monarquía de Doña Isabel II, habían de producir, necesariamente, la descomposición de los partidos políticos existentes a la sazón, y crear fundamentos diversos y distribución de fuerzas de todo punto diferentes para la vida que entonces nacía. La Junta revolucionaria que se constituyó en Madrid el 30 de Septiembre de 1869, estaba presidida por D. Pascual Madoz, antiguo progresista monárquico adicto al General Espartero, representación genuina del viejo liberalismo de formas irreductibles encastradas en la soberanía nacional, en la milicia ciudadana y en la continuación de las desamortizaciones eclesiásticas y civiles, que habían consagrado, con la adquisición de la propiedad territorial, el triunfo de las clases medias y preparado el triunfo de la democracia. Eran activos elementos de vida del nuevo organismo D. Nicolás María Rivero, republicano individualista, más inclinado a las soluciones sustantivas de los demócratas krausistas que a las exigencias adjetivas del republicanismo francés; Figueras, que,

por el contrario, propendía al federalismo girondino; y Lorenzana, Vega Armijo y Romero Robledo, significados conservadores unionistas, representantes de las fuerzas militares y militantes, a las que se debía en primer término la victoria, pero tan vencidas entonces en sus propósitos e ideales como los propios moderados que habían marchado al destierro con la Reina destronada; y proclamó la disolución del antiguo partido unionista el propio General Serrano, que había sustituido al General O'Donnell en su jefatura.

Había perdido, en efecto, la antigua Unión liberal toda razón de ser en orden a los principios y acabó de perder durante el desenvolvimiento de la Revolución en el Gobierno toda la fuerza que en otros tiempos le diera el concierto de las voluntades, la disciplina de sus hombres, y cierto espíritu de fraternidad y religión familiar que era muy de notar entre los unionistas que alcanzaron los tiempos prósperos de las tertulias del General O'Donnell y los bonancibles años de amplitudes y relativas glorias disfrutadas bajo su mando. La Regencia ofrecida por el General Prim al Duque de la Torre, según la expresión de entonces, como *jaula de oro* para apartarle de toda acción eficaz en la política, fué, en efecto, mal recibida por los unionistas, en su mayor parte impacientes de llegar a la elección de Monarca y a la proclamación, como tal, del Duque de Montpensier.

Contra esa candidatura y contra el sentido conservador que ella significaba entonces, formó el General Prim en una reunión política de la antigua «Tertulia progresista» un nuevo partido, que él destinaba a ser el liberal de la nueva Monarquía y a que le sirviera de base de sustentación cerca del futuro Príncipe, y fundiendo viejos progresistas, demó-

cratas, economistas y republicanos adheridos a la Constitución de 1869, le bautizó solemnemente con el nombre de partido *radical*, y apenas afiliado lo llevó enérgicamente al fuego contra los conservadores de la Revolución, en la famosa noche de San José, de 1870, cuando, al declarar cuestión de Gabinete un proyecto de Hacienda, gritó desde la cabeza del banco azul: *¡Radicales, a defenderse!*, y ganó por escasos votos el lance; pero tan firme era su propósito de llevar a término la organización de ese partido bajo su jefatura, que hoy no es ya secreto que merezca guardarse el de que aquella noche estaba todo preparado en la guarnición de Madrid para disolver por la fuerza las Constituyentes, si la votación hubiera sido desfavorable al Conde de Reus.

Acabaron de deshacerse los últimos restos que recordaban a la Unión liberal en la vida política, al votarse la candidatura de Don Amadeo de Saboya, y pronto se empezaron a dibujar las líneas de dos partidos, conservador y liberal, dentro del nuevo régimen, faltos los radicales de la poderosa dirección del General Prim y deplorablemente conducidos por Ruiz Zorrilla, uno de esos hombres funestos a su país y a los que les siguen, en los que a veces se une una incapacidad absoluta para dirigir con una fuerza creada por las circunstancias o por cualidades o defectos de su carácter, que impresionan a las muchedumbres y que a ellos mismos engañan sobre sus medios o sus facultades.

En Octubre de 1871 se puede señalar el momento en que nacieron a la vida los partidos de la breve Monarquía de Don Amadeo de Saboya, sobre la ruina de los cuales levantaron entre Don Alfonso XII y D. Antonio Cánovas los

partidos de la Restauración, ligeramente modificados en la Regencia. A la votación de Presidente del Congreso, se presentaron en lucha las candidaturas de Rivero y de Sagasta, demócrata de origen el uno, progresista histórico el otro, pero revolucionarios entrambos, comprometidos por igual en las conspiraciones y revueltas del reinado de Doña Isabel y en la obra constitucional y monárquica que acababa de establecerse como consecuencia del movimiento de Septiembre contra los Borbones. Fué derrotado Rivero por una mayoría de diez votos, obtenida para Sagasta mediante el concurso de alfonsinos y carlistas, y en el discurso de gracias que pronunció el triunfador inició la necesidad de dos partidos, empujando poco después en un manifiesto a los demócratas para que siguieran a Ruiz Zorrilla, y alzando bandera resueltamente conservadora, señalando como punto de esencial diferenciación respecto a los radicales el concepto de los derechos individuales como legislables, la ilegitimidad de la Internacional, a la que declaraba fuera de la Constitución y dentro del Código penal, y las reformas de Cuba, en las que se ponía resueltamente al lado del partido español y enfrente de los autonomistas.

A la formación, bautizo y primeros pasos y balbucir del nuevo partido conservador de la Revolución, asistió como hada protectora del recién nacido el Sr. Cánovas. Celebróse el 14 de Enero de 1872 una reunión de ex Ministros procedentes de la Unión liberal para tratar del delicado asunto planteado por la perentoria exigencia que formulara Don Amadeo de que se le proporcionara un partido conservador que justificase entregar el Poder y la disolución de las Cortes en manos de Sagasta, y opinaron porque se rompiera

con éste, Ulloa y D. Manuel Silvela; se excusaron de asistir Ríos, Vega Armijo y Lorenzana, y apoyó fuertemente Cánovas el acuerdo de prestarle decidido apoyo y reunió después para dar cuenta del suceso a los que en las Cortes de la Revolución habíamos constituido su exiguo grupo y formado el libro en que nos declaramos *Oposición liberal-conservadora*, recopilando en él nuestros discursos. Allí nos dijo cuán necesario era, para asegurar la paz y evitar mayores daños, apoyar al Gobierno de Sagasta y ayudarle a defenderse de Ruiz Zorrilla, sosteniendo como teoría, que él debía justificar ante nuestras conciencias, la de que en la Constitución de 1869 no había dinastía, sino meramente instituciones monárquicas, y que, por tanto, cabía apoyar a Don Amadeo sin compromiso personal alguno; si bien añadió que él, por haber sido Ministro con Doña Isabel II, en ningún caso lo sería con Don Amadeo de Saboya. Pocos días después el Comité central de elecciones daba un manifiesto que firmaba el Sr. Elduayen, reconociendo la nueva Monarquía, y el que escribe este artículo dirigió otro a sus electores de Piedrahita dando por fracasado el intento de Monarquía revolucionaria y estimando la Constitución del 69 y las leyes de que se la había rodeado como ineficaces para crear la suma de autoridad precisa al sostenimiento del orden público. Y el grupo parlamentario que con tanta anticipación había formado las simientes del partido conservador de la Restauración y la Regencia, quedó completamente disuelto, aunque todos en las más cordiales relaciones con su antiguo jefe.

Pero el nuevo partido murió en la infancia; no le valieron ni la buena voluntad de la Reina consorte, que mostraba

simpatía decidida por cuanto se encaminara a la reconciliación de la clase conservadora y el nuevo régimen, ni la famosa buena estrella del Sr. Sagasta, acreditada por la pérdida infalible de cuantas causas de alguna importancia se han puesto en sus manos, ni la protección del Sr. Cánovas, ni la intervención del Sr. Elduayen, ni la diligencia del Sr. Romero Robledo, que alcanzó entonces su primera posición ministerial; en menos de nueve meses el partido conservador rodaba maltrecho, y en Octubre del propio año de 1872, Cánovas dirigió una carta a sus electores dando por terminado el ensayo de Monarquía revolucionaria y proclamando al Príncipe Alfonso como solución a la que había de dirigirse el movimiento del país y de los partidos parlamentarios, a más andar y en breve plazo.

Cuanto siguió después, la abdicación del Rey, la instauración de la República, la guerra civil, las insurrecciones cantonales, fueron como períodos de fiebre estéril, que no respondía a una evolución del organismo ni a una génesis de ideas o instituciones nuevas, sino a meras infecciones de la sangre, con las que resistió la vida nacional milagrosamente, no sin que se gastaran en ella muchas fuerzas y quebrantaran muchas energías nerviosas; cuya depresión es hoy el daño y el peligro que más debe preocupar a los buenos españoles que aún quedan.

El 2 de Enero, al disolver el General Pavía la Asamblea republicana, señaló la primera reacción de aquella funesta calentura; pero no acertó aquel caudillo a dar forma ni a organizar las naturales y lógicas consecuencias del acto que había realizado, y sufrió la suerte que a menudo toca a las medianías que son impulsadas por un golpe de fortuna a

los primeros puestos, que al llegar a serlo todo, se reducen por sí mismos a la nada; y vinieron los sucesos, tras de las mayores confusiones de hombres y de ideas, a poner en manos de Sagasta un régimen indefinible, que D. Manuel Alonso Martínez bautizó con el nombre de *res pública*, como para demostrar que no podía clasificarse entre ninguno de los sistemas de gobierno conocidos hasta aquella fecha.

No tuvo mejor estrella con ese singular engendro el Sr. Sagasta que la que le acompañó al encargarse de la Monarquía de Saboya, y tras del manifiesto de Sandhurts, en el que Cánovas trazó las líneas de la Restauración bajo la bandera dinástica de Don Alfonso XII, vino el movimiento de Sagunto y con él la consolidación definitiva de la obra política de la Revolución de Septiembre. Cánovas preparó la Restauración con el decidido propósito de que no lo fuera y lo logró por completo; pero es fuerza reconocer que Don Alfonso XII le ayudó en la empresa de privar al régimen instaurado de cuanto pudiera recordar al que había sido destruído en Septiembre del 69, con convicción propia y con empeño decidido.

El Rey fué quien, en uno de los primeros Consejos de Ministros, tomó la iniciativa para declarar que no transigiría con suprimir la libertad religiosa, y a muy poco de llegar a Madrid, hablando con Elduayen, muy consagrado a guiar con sus consejos, advertencias y noticias sobre lo pasado al joven Monarca, hubo de decirle el entonces Gobernador de Madrid que había votado en las Cortes Constituyentes la Unidad Católica, a lo que contestó D. Alfonso: «Pues yo no la hubiera votado». Y añadió, ampliando lo que ya había

manifestado en el Consejo: «Dos cosas hay en las que no he de ceder, aunque me vaya en ello la corona: suprimir la libertad religiosa y casarme contra mi voluntad», dando este y otros varios incidentes y declaraciones ocasión a que desde los primeros momentos, y no obstante lo suave de las formas de expresión y la dulzura de frase del malogrado Monarca, dijera Cánovas en la intimidad, refiriéndose a él: *Tenemos un amo*. Y no era sólo en el círculo de sus consejeros y allegados donde afirmaba el Rey estas convicciones personales; pues en una recepción de la corte, en la que el Obispo de Salamanca le pidió protección para la Iglesia, tan perseguida durante el período revolucionario, le contestó que, en efecto, era preciso proteger a la Religión católica, pero respetando la conciencia de todos.

Cuidó también por acción muy personal Don Alfonso de constituir para las necesidades del régimen un partido liberal y lo hizo con más decisión y acierto que los empleados y logrados por Don Amadeo de Saboya para contar en su beneficio un partido conservador, ayudado, es verdad, con muy superiores luces en sus consejeros, y singularmente en Cánovas, de aquellas que tuvo a su alcance el desgraciado Monarca italiano; pero conociendo bien las interioridades y bastidores de la política de 1875 a 1885, se forma convicción segura de que, si no el impulso, la persistencia en la labor y la resolución en no dejar pasar sin utilizarlo el preciso momento en que convenía llamar al partido liberal al Poder, para no malograr la empresa de crear un partido liberal utilizable, se debieron muy singularmente al Rey.

En Junio de 1875, celebróse una comida en palacio, a la que fueron invitados los personajes más conspicuos del

elemento liberal revolucionario, que habían formado en su mayor parte en las filas del abortado partido conservador de Don Amadeo, y puso el Rey tal arte en la conversación política que mantuvo con Sagasta, que fué éste quien más acreditó entonces el merecido concepto que iba penetrando en la opinión acerca de la prontitud de ingenio, encanto de la palabra y condiciones atractivas del joven Monarca.

En Diciembre del propio año se convocaron las Cortes y se expuso en el decreto de convocatoria las principales notas que habían de caracterizar al partido conservador, ya sólidamente establecido, como es menester que lo sean los partidos eficaces para la acción dentro de un sistema parlamentario; esto es, con base de doctrina en la que se asegura la disciplina moral de los afiliados, con jefe prestigioso por sus cualidades y no menos por su fortuna para guiar la hueste a la victoria, y por las esperanzas de acierto en mantener las posiciones conquistadas o recobrarlas con prontitud cuando se pierden; condición esta última capitalísima, y aún me atrevo a decir que decisiva y superior a todas las demás, para la jefatura de partido.

En la contienda electoral, llamémosla así para usar los nombres que en otros países y aun en el nuestro en otras ocasiones lleva la función del sufragio político, se atendió a la necesidad de proporcionar fuerzas parlamentarias al que se destinaba a servir de partido liberal en la Monarquía restaurada y se hizo esta labor con algún lujo de arbitrariedad y cierto empeño de imprimir con demasiada ostentación el sello de fábrica gubernamental de los electos, celebrándose mucho por entonces a los que se llamaron *cuneros de oposición*, como arte político para asegurar un

caudal de adversarios, a la par nutrido y menos vigoroso y ofensivo que los Diputados con arraigo en sus distritos y firme convicción de su independencia de origen.

Durante las discusiones de aquellas Cortes y de las que a aquellas sucedieron, convocadas por el Ministerio de Martínez Campos, llevó Cánovas a la par con el Rey, y en íntima unión con él, la doble labor de constituir vigorosamente los dos partidos, conservador y liberal; pero fué acción muy personal del Rey la sumisión a Sagasta de los elementos llamados centralistas, capitaneados por Alonso Martínez, y entre los que figuraba el Sr. Gamazo, que fué la causa de tomar los liberales el nombre de fusionistas, y la agregación al partido liberal del General Martínez Campos; fuerzas que determinaron entre los liberales una dirección de flexibilidad y de prudencia en las reformas que, sin estorbar la obra democrática que en su período de mando se realizó, le prestó desde su principio condiciones del todo diferentes de las que tuvieron en pasadas etapas las labores progresistas, y aseguró su vida y facilitó su implantación sosegada.

Y cuando Cánovas se vió al frente de un partido vigoroso y disciplinado como nadie lo ha tenido ni antes ni después de él, con una Hacienda restablecida de su última bancarrota, sintió la tentación de prolongar su mando, y en verdad que todo parecía convidar a hacerlo así; los éxitos logrados, la fuerza adquirida, la superioridad que sentía aquel caudillo sobre cuantos le rodeaban, la esperanza de utilizar el remanente de recursos representados por las amortizaciones de Deuda en un desenvolvimiento de obras públicas, más fructuoso y mejor dirigido que el de la Unión

liberal, eran horizontes bien lisonjeros para los que tanto habían luchado y arriesgado desde 1869 y entonces se veían en situación desahogada para asociar su nombre a obra tan duradera y gloriosa; y en otro país más sólidamente constituido en su aparato político ni aun se hubiera suscitado duda en tal suceso y habría prolongado el señor Cánovas su mando por una buena parte de los *Veinte años en el Poder*, con que le brindaba un folleto, que adquirió regocijada oportunidad por el hecho de salir a luz y repartirse en las oficinas públicas el día en que sombreaban los semblantes de los empleados (*) las noticias ciertas del llamamiento de los liberales.

Mas en la situación de la Monarquía restaurada era temerario tal intento y halló en el Rey Don Alfonso resuelta oposición, a la que prestó completa y sincera facilidad Cánovas; entendía el Rey que las tradiciones del reinado de Doña Isabel II, y los obstáculos que hallaron siempre los progresistas para llegar al Poder por otro camino que el pronunciamiento triunfante, pesaban sobre él y hacían preciso apresurar un tanto el momento de romper aquella funesta política, y aun a riesgo de malograr muchos de los beneficios que se hubieran producido con la continuidad de la política y la administración conservadoras, decidió el llamamiento de los liberales, concertando con Cánovas una

(*) Del folleto, cuya *jetatura* le proporcionó una resonancia que sin ello no hubiera tenido, fué autor el Conde de las Almenas, y se titulaba, como indica Silvela, *Veinte años en el Poder: bosquejo político*. En realidad, no *brindaba* con tal período de mando. Lo que hacía, con muy extensos razonamientos, era pedirlo para la política de Cánovas entusiastamente.

cuestión de confianza, fundada en que éste le había pedido la confirmación de sus poderes para un período de tres años, necesario para liquidar los beneficios obtenidos por la paz y la mejora de la Hacienda, y él no había querido contraer tal compromiso.

En aquel momento puede decirse que quedaron fijadas las condiciones de vida de los dos partidos gobernantes, sobre los que ha pesado la principal labor de la Regencia, y pudo decir Cánovas que había completado su obra y llevado a término lo capital de su programa, pues con repetición había declarado en el Parlamento que consideraría fracasada su política si no se lograba constituir un partido liberal suficientemente vigoroso para gobernar con la Monarquía y la Constitución de 1876.

Por extremo curiosas son muchas de las interioridades de las crisis porque pasó el partido liberal desde su primer llamamiento hasta la muerte de Don Alfonso XII, la elaboración frustrada de la Izquierda y los trabajos preparados para sustituir al partido conservador con ocasión del conflicto de las Carolinas; pero no sería propio de este estudio, en el que sólo debía mencionar los antecedentes precisos para dar idea suficiente de cómo se constituyeron los partidos que actuaron luego en la inesperada Regencia de Don Alfonso XIII.

II

Abrióse esta nueva situación de la Monarquía bajo auspicios bien tristes. El Rey sufría en silencio y con obstinado empeño de disimular su mal, agravándolo por alardes y

empeños de mostrar su vigor y sus energías juveniles; la dolencia no respetaba, como no respeta nunca, los alientos de la voluntad. Convive muchas veces con la enfermedad la inteligencia, no pocas el ingenio, el don de consejo, la clarividencia para apreciar hombres y sucesos; pero la voluntad, el carácter, la entereza para decidir, para resistir o para cortar una dificultad o arrostrar un conflicto, no se mantiene en un cuerpo enfermo, ni aun en las almas más privilegiadas, y por eso los valetudinarios pueden ser poetas, artistas, obreros de la imaginación en todas sus formas, pero no pueden ni deben ser gobernantes.

Agitábanse en rededor del Real Palacio influencias, consejos y advertencias un tanto airadas y amenazadoras, pareciendo a los liberales ya muy larga la peregrinación por el desierto de la cesantía, y atacaban duramente a Cánovas y a su Gobierno en la Prensa y en las regiones palatinas, donde Alonso Martínez, el Conde de Xiquena y otros laboraban por los inquietos sagastinos, replicando el Presidente a esos dardos con otros no menos acerados, y explicando al Rey aquel recrudecimiento y violencia de la oposición, por la grave dificultad que ofrece dirigir a los partidos en un país *donde la política se hace bajo la influencia de la cuenta del sastre*; pero el Rey vacilaba. Un día, despachando sólo con él en su retiro de El Pardo, sombría ya la tarde por las nieblas y el tinte melancólico del Otoño, el que escribe este artículo le explicaba detenidamente el estado de las cosas, las corrientes de la opinión verdadera, poco acentuadas entonces como ahora, así para sostener a los Gobiernos, como para elevar a sus adversarios; la endeblez incurable de nuestro cuerpo electoral, y la necesidad

en que constituía todo esto a nuestra Monarquía de sustituirse al voto público, que en países verdaderamente parlamentarios es el árbitro de las crisis políticas; y cuando mis exposiciones, que de intento hacía prolijas, le dieron tiempo a cobrar la respiración, casi perdida por el esfuerzo de subir la escalera del Palacio, me contestó con una triste expresión, que jamás se borrará de mi memoria: «Pues bueno estoy yo para servir de árbitro en nada»; revelando en aquellas palabras el peso que oprimía su conciencia por el decaimiento de su energía moral, minada por su cruel dolencia (*).

Al morir el Rey, la fuerza del partido conservador estaba un tanto quebrantada por varios sucesos de los que toda situación política sufrió considerable daño en todas partes, pero más singularmente en España.

En el Otoño del año 84 había invadido la dolencia varias provincias, y se habían suscitado graves dificultades con motivo del acordonamiento en las poblaciones y cuarentenas ridículas en las fronteras, y aun en las mismas puertas de Madrid; al final del año, y con ocasión de un discurso del Sr. Morayta en la Universidad, condenado como heterodoxo por el Obispo de Avila, se habían producido disturbios, dando ocasión a ataques, tan violentos como apasionados e injustos, en el Parlamento y en la Prensa, siguiéndole numerosas denuncias contra los periódicos y una competencia famosa sobre el procesamiento del Coronel Oliver, y aun algún conservador de importancia, como don Manuel Silvela, había iniciado una discrepancia en el Senado; el Obispo de Plasencia había suscitado una grave

(*) Véase el primer tomo de esta obra, página 250.

cuestión de prerrogativas con una violenta pastoral; en el Ayuntamiento de Madrid se habían descubierto graves irregularidades, que motivaron su suspensión, y en las elecciones municipales de Abril se había formado una coalición de todos los elementos liberales con los republicanos de todos los matices, desde Castelar a Pi Margall, que triunfaron de toda la candidatura ministerial, quebrantando los prestigios electorales, hasta entonces invictos, del Ministro de la Gobernación, Romero Robledo, que disculpaba la derrota de los ministeriales atribuyéndola a escaso apoyo de sus compañeros de Gobierno; y, por último, obligado a salir del Gabinete Romero Robledo, no había tardado en mostrar su disgusto, escogiendo para patentizarlo la cuestión de las Carolinas, que aun cuando resuelta maravillosamente por Cánovas y por la benevolencia del viejo Emperador de Alemania para con el Rey, dió pretexto al batallador ex Ministro para decir: que «España, como más débil, había tenido que bajar la cabeza», lo cual hirió profundamente a Cánovas, justamente orgulloso del éxito diplomático obtenido y de la habilidad demostrada en la manera prudente, y enérgica a la par, con que había conducido a término felicísimo aquel delicado conflicto, que, a caer en manos del partido liberal, hubiese anticipado muchos años nuestros grandes quebrantos nacionales.

Añadíase a esto una importante alteración en las fuerzas políticas y liberales: Alonso Martínez y Montero Ríos habían llegado a redactar una fórmula de inteligencia para atraer a la legalidad gubernamental a los demócratas; Martos, con ocasión de solicitar licencia para su matrimonio, había estrechado las *honestas distancias* que le separaban

de la Monarquía, según una frase que hizo fortuna por entonces; y Castelar empujaba ardorosamente ese movimiento y ofrecía disolver el grupo posibilista en beneficio del partido liberal democratizado, y prestar así nuevos elementos de fuerza a la Monarquía y restar esperanzas a la impenitente conspiración de zorrillistas y salmeronianos; se pedía con urgencia el Gobierno por todos los prohombres del liberalismo y se aconsejaba el cambio por algunos conservadores prudentes, con el fin de liquidar a favor del orden público y de la institución monárquica aquellas lisonjeras esperanzas y patrióticos ofrecimientos, condicionados según es uso por la concesión del Poder mediante la intervención de la Corona.

En estas circunstancias murió el Rey, declarado ya el embarazo de la Reina, suscitándose la cuestión constitucional de los derechos del póstumo, a la que Cánovas, por sus mismas inclinaciones doctrinales y por la novedad del caso prestaba singular importancia, aun cuando el país y la opinión, poco versados en sutilezas de Derecho público, no se la dieran, a mi entender, en tan alto grado.

Al saberse en Madrid el inminente peligro de la vida de Don Alfonso XII, que agonizaba en El Pardo, no vaciló Cánovas un momento, y decidió aconsejar a la Reina, inmediatamente después del fallecimiento del Monarca, la entrega del Poder a los liberales, y así lo hizo saber al Duque de Montpensier y al Sr. Sagasta, lo cual dió origen a la acreditada leyenda del pacto de El Pardo, ajena a toda realidad; pues la resolución de abandonar de todas suertes el Gobierno la adoptó Cánovas por su exclusiva iniciativa y sin que mediara inteligencia alguna, directa ni indirecta, con ningún personaje liberal.

La mañana misma de la muerte del Rey, y ante su cadáver aún caliente, pidió Cánovas a S. M. la Reina la confirmación de sus poderes para continuar el tiempo preciso en que había de verificarse la transmisión del Gobierno, y celebróse un Consejo en el palacio de El Pardo en el que entregaron todos los Ministros sus dimisiones, fundando el Presidente la suya en que reinado nuevo reclamaba Ministros nuevos.

No todos los Ministros opinaron lo mismo, y alguno, aunque muy conforme en la necesidad de la crisis total, entendió que era mejor no mostrar tal apresuramiento en la retirada y dilatarla hasta que el cuerpo del Rey recibiera sepultura en El Escorial (*); mas cedieron todos sin resistencia a la opinión del Presidente, que entendía había de fortificar la popularidad de la Regente el hecho de que al entrar en el Palacio de Madrid estuvieran llamados al Ministerio los liberales.

Hízose así y estando aún en el salón de Columnas el cadáver del Rey, juró el nuevo Gobierno, presidido por el Sr. Sagasta, y entrando en él Alonso Martínez, Camacho, Moret, Gamazo, Jovellar y Montero Ríos, como representación de la concordia democrática recientemente lograda; y tan luego prestaron juramento los Ministros en la Cámara, asistiendo, como es uso, el Ministro de Gracia y Justicia del Gobierno dimisionario (**), para refrendar el decreto del nuevo Presidente, pasaron todos al salón del Consejo, donde a presencia también del propio ex Ministro, prestó S. M. la

(*) El propio articulista.

(**) Silvela.

Reina Regente, de rodillas, el juramento a la Constitución; formalidad que entendía el Ministerio era indispensable para que ejerciera sus facultades y firmara los decretos en nombre del incierto sucesor de la Corona.

El acto del Sr. Cánovas fué favorablemente juzgado por la opinión de amigos y adversarios; él lo discutió y explicó con tanta sinceridad como elocuencia en el Parlamento. En mi sentir, hubiérase verificado el cambio de todas suertes, pues la decisión de lograrlo era visible en todas las esferas donde esa resolución había de elaborarse, concurriendo a ello las mayores autoridades políticas, militares y aun financieras, que acudieron presurosas a El Pardo a instar por la mudanza, persuadidas de que, mediante ella, se aseguraba el orden público, se aquietaban los espíritus y se producía con la entrada del Sr. Camacho una reacción favorable e inmediata en la Bolsa; pero, sin necesidad de que se expresara ese deseo por nadie, Cánovas entendió, con alto sentido, que no tenía la necesaria autoridad para pedir la concordia a todas las fuerzas políticas del país en torno del trono en momentos tan oscuros y ante una sucesión monárquica tan extraña, si todo eso lo solicitaba al propio tiempo en su personal beneficio y bajo el peso de pérdida tan inesperada y tan grave como la muerte del Rey, que hería al Gobierno produciendo en su derredor la debilidad que lleva consigo en este mundo la desgracia, por ajena que sea a la voluntad, a la previsión y al acierto del que la sufre.

En el partido conservador produjo el suceso una alteración de indudable importancia, dada la endeblez y personal constitución de los organismos políticos entre nosotros.

Romero Robledo, del que en un tiempo se vanagloriara Cánovas diciendo que no había tenido más que un mismo Ministro de la Gobernación en todos sus Gabinetes, como prueba de la unidad y persistencia de sus procedimientos de gobierno, fundó su separación del partido en el abandono, a su juicio injustificado y vergonzoso, que hicieron del Poder al morir Don Alfonso XII.

Hallábase Romero en Antequera cuando ocurrió la muerte, y acudió, como era natural, a Madrid, celebrando con dos de los Ministros dimisionarios una conferencia, en la que hubieron de instarle a que prestase todo su concurso al partido en las circunstancias difíciles que atravesábamos, y se mostró inclinado a adoptar una actitud que él calificaba de pasiva, y consiguieron que visitara al jefe, no obstante los rozamientos y diferencias agrias que entre ellos había producido su apreciación desfavorable, antes relacionada, sobre la cuestión de las Carolinas, que había dado lugar a frases acerbadas de Cánovas, quien en tales lances no acostumbraba a suavizar sus frases cortantes sobre los amigos más estimados la víspera, siendo muy rara vez el agresor, pero extremando con hiperbólica dureza los quites y los contragolpes cuando algún indiscreto o malintencionado le daba noticia de que un correligionario disentía de su opinión o censuraba el menor de sus actos. Júzguese cuál sería su disposición de ánimo al recibir a Romero, culpable de mal juicio sobre las dos resoluciones que, con razón, estimaba el ilustre estadista como sus mayores aciertos. Mostroóle, en efecto, su disgusto del modo que más podía molestar a su antiguo subordinado, no hablándole una sola palabra de política y preguntándole con interés sobre los nue-

vos cultivos y el benigno clima de Málaga, lo cual acabó de agriar las relaciones de su amistad, y al salir de su entrevista anunció a todo el mundo Romero que no reconocía la jefatura de Cánovas, resultando inútiles los esfuerzos que Toreno y Pidal hicieron cerca de él para apartarle de tan desastroso camino.

Celebróse pocos días después una reunión de ex Ministros conservadores, a la que no quiso asistir Romero; en ella se aprobó por unanimidad la conducta de Cánovas, y se hicieron manifestaciones por algunos de los presentes en el sentido de solucionar las diferencias surgidas, a las que contestó el jefe que si el ausente acataba el acuerdo tomado toda cuestión política desaparecería y él allanaría fácilmente, con amplias explicaciones por su parte, lo que pudiera haber de cuestión o agravio personal; pero no produjeron efecto alguno en el entonces disidente esas manifestaciones, ni los esfuerzos que cerca de él hicieron varios de sus antiguos compañeros, y rompió el fuego de violenta oposición contra el partido y su jefe, haciéndose elegir presidente del Círculo liberal conservador, ocupando su local y obligando a los que seguían al lado de Cánovas a buscar nueva casa para la Sociedad y a reorganizar en provincias los comités y representaciones del partido, separando de ellas a los que seguían la bandera de la disidencia.

III

El partido liberal inició su política en la Regencia bajo las aspiraciones de la más exquisita prudencia, poniendo singular empeño en tranquilizar los sentimientos católicos

del país, con el sano propósito de no suscitar alarmas ni proporcionar elementos de agitación pasional al carlismo. Son estos sucesos de ayer, pero no sin cierta extrañeza se hace ahora memoria de que la primera medida de aquel Gabinete de fusión democrática fuera procurar una convocatoria de todos los Sres. Obispos, fuertemente apoyada por el Nuncio de S. S., para que concurrieran a los funerales del Rey, concurriendo treinta y tantos, que, acompañados del Gobierno, acudieron a dar el pésame a S. M. la Reina y dirigieron un mensaje a S. S. protestando de su adhesión a las enseñanzas de la Encíclica *Cum multa*; y, más tarde, con ocasión de la fiesta del Corpus, dióse tal realce al fervor religioso del Gobierno y de las altas instituciones que se hizo asistir a la Reina a los balcones del Ministerio de la Gobernación, se puso una tribuna en el Congreso, un altar en la escalerilla de ingreso y se atribuyó a un ex Ministro, muy íntimo entonces del Sr. Cánovas (*), la frase de que los conservadores tendrían que organizar algún auto de fe para emular en piedad y fervor católico a los liberales. Y persistiendo en 1888 en las mismas orientaciones, al celebrarse el jubileo de León XIII y producirse en Roma la agitación que motivó la destitución del Duque de Torlonia de la Alcaldía de aquella capital, el Gobierno español felicitó al Papa, se iluminó el Palacio Real y todos los edificios públicos, y el Marqués de la Vega de Armijo, como Embajador extraordinario, entregó al eminente Pontífice los regalos que le enviaba S. M. la Reina.

Cuidóse también de mantener y ensalzar, si era posible,

(*) Silvela mismo.

los altos prestigios de Cánovas, proporcionándole el Gobierno la Presidencia del Congreso, haciendo desistir al General Marqués de La Habana de que aspirase a la Presidencia del Senado, y nombrándose para ella al General Martínez Campos para que Cánovas, como Presidente de mayor edad, recibiera el juramento solemne de la Reina Regente, ante las Cámaras reunidas.

En esta larga administración del partido liberal, que se prolongó hasta Julio de 1890, si no fué siempre afortunado en su política, preciso es reconocer que fué fecundo en sus reformas.

Tuvo en su daño la sublevación del cuartel de San Gil en Septiembre del 86 y el intento de levantamiento de Cartagena, que ocasionó la muerte del General Fajardo, revelándose en ambos sucesos, y singularmente en el movimiento de Madrid, la incurable imprevisión de las autoridades, de las que decía Cánovas en una *interview* periodística, con frase gráfica, que, en España, cuando un Gobierno duerme, ellas roncán; y malogró con aumentos improductivos de gastos y reducciones impremeditadas de ingresos, el fruto que podía haberse recogido con mayor ventaja de los ahorros y severidades que en Hacienda había impuesto Cánovas, sólo generoso para los gastos de Guerra y de Marina; pero realizó con fortuna la solución del problema delicado del matrimonio civil, logró llevar a término feliz las transacciones planteadas por los conservadores entre las legislaciones castellana y foral, y nos dotó de un Código civil, un tanto anticuado, en verdad, en cuanto a su método y no pocas de sus instituciones y régimen contractual, pero que constituye considerable progreso sobre la legislación com-

pleja de toda nuestra historia jurídica, a que puso desdichado epílogo la Novísima Recopilación; se cumplió el programa democrático ofrecido, con las leyes del Jurado, de la libertad de asociación y reunión y de sufragio universal, inspiradas todas ellas en los principios liberales individualistas que predominaron del todo, así en la Revolución de Septiembre como en el reinado de Don Alfonso y en la Regencia.

El partido liberal, en esta prolongada y fructuosa labor, sufrió no pequeños quebrantos y accidentes, cuya minuciosa referencia prolongaría con exceso este escrito.

Enpezaron su vida las Cortes liberales mostrándose muy íntima unión personal entre Sagasta y Martos, proclamando éste desde la Presidencia del Congreso la definitiva reducción del organismo parlamentario a los dos partidos, liberal y conservador, con sus reconocidos jefes, Sagasta y Cánovas, y no descuidó en tan solemne ocasión de prestar su homenaje al propio espíritu de respeto para con los sentimientos religiosos que por entonces animaban al Ministerio, consagrando sentido recuerdo a León XIII, atribuyéndole parte principal en la paz de los pueblos; mas ya en 1888 empezaron a mostrarse diferencias en el campo liberal, marcadas por D. Germán Gamazo y sus amigos, que hacían de las reformas económicas y de la protección arancelaria para la Agricultura, bandera que declaraban sin reparo preferente para ellos a las reformas políticas, y a su calor brotó la Liga Agraria, movimiento de opinión digno de nota, así por sus tendencias, que determinaron el triunfo definitivo del proteccionismo en la política de todos nuestros partidos gobernantes, como por advertirse en él

indudables alientos del espíritu público, muy decaídos luego. A ello prestó sumo apoyo y exquisita diligencia el malogrado político castellano, que por accidentes de los tiempos y por obstinarse en vivir en un partido liberal, donde no le querían hacer lugar ni los hombres ni las ideas, no prestó a la Regencia y a la patria todos los útiles servicios de que eran capaces sus extraordinarias cualidades de inteligencia, voluntad, juicio seguro y sólida cultura. Durante una interesante discusión del Mensaje, en el que Cánovas pronunció un discurso acentuadamente protector en el sentido agrario, Gamazo se mostró hartó más inclinado a las doctrinas del jefe conservador que a las significadas en su partido por Moret, por Puigcerver y aun por Camacho.

Fué ensanchando sus bordes esta primera grieta; ayudaron al daño las dificultades creadas por las reformas militares del General Cassola, que tras prolija brega parlamentaria determinaron la salida y el apartamiento de ese caudillo, malogrado en sus aspiraciones de dictadura por prematura muerte, y se produjo en Mayo del 89 la separación de Gamazo de las huestes ministeriales, mostrándose a las claras la hostilidad de Martos y la inclinación de Montero Ríos a esa corriente de disidencia, dando tales nublados ocasión a que declarara Castelar, con doloridos acentos, perdido al partido liberal e inevitable la vuelta de los conservadores, en la que veía dibujarse las líneas de tremendas catástrofes.

Tal recelo inspiraban por entonces las intenciones de D. Cristino Martos y los atrevimientos de su palabra, no obstante ocupar aún el puesto de Presidente de la Cámara, que hubo de suspenderse la recepción palatina correspon-

diente al cumpleaños de Su Majestad el Rey en Mayo del 89, por supuesta indisposición de la Reina, y, en la realidad, por fundado temor de que Martos aprovecharse el discurso de felicitación para poner en algún grave conflicto al Gobierno, de lo que ya había dado muestra en anteriores casos, haciendo ante la Reina declaraciones sobre el sufragio universal, que rompieron con la fórmula anodina de este género de oratoria de protocolo y motivaron discusión y protestas de las minorías. Ahora temía el Ministerio algún desplante más personal y descompuesto que les dejara en mala postura en el propio Salón del Trono, y se solicitó de S. M. una de las llamadas jaquecas diplomáticas que, en los usos de las cancillerías, cortan oportunamente conflictos de puestos y de invitaciones de dudosa asistencia.

No sirvió el arbitrio para detener por mucho tiempo la explosión de los mutuos agravios. Seguían en sus trabajos los disidentes, animados en su labor por Cánovas, quien ejercía gran influencia sobre el espíritu irresoluto y la voluntad blanda de Martos, que sentía respecto del jefe conservador la inclinación sumisa, muy frecuente entre dos inteligencias poderosas que se comprenden, cuando una de ellas tiene a su favor una voluntad decidida para el imperio y la otra una pereza incurable en el querer; y se enardecían de día en día las pasiones, cruzándose en círculos y bastidores parlamentarios frases que engrandecían los odios. Hablóse de conjura, y uno de los más activos y principales de entre los ex Ministros que permanecían fieles a Sagasta, dando por inevitable la disidencia, decía en sus conversaciones: «ya verán ustedes como..., el día menos pensado, se lía la manta a la cabeza y alza la bandera de la morali-

dad» (*); todo lo cual corría velozmente de boca en boca, llevándose con caritativa diligencia a los aludidos, para avivar la discordia.

Tuvo esa divinidad infernal solemne función en los días 22 y 23 de Mayo; el Presidente del Congreso, acusado por la mayoría de participación activa en la conjura, se levantó de su sitio con acentuado desdén, en el momento de empezar a votarse una proposición de empeño para el Gobierno; le saludaron las oposiciones con un gran aplauso, y al siguiente día preparóse por los amigos del Ministerio y aun por algunos de los Ministros una tremenda revancha, pues tan pronto como Martos ocupó la Presidencia, un grupo numeroso de la mayoría, capitaneado al parecer por uno de los Consejeros responsables más inmediato a la cabeza del banco azul (**), salieron violentamente de sus asientos, prorrumpiendo en todo linaje de impropiedades en altas y descompuestas voces, de las que dijo después en su especial estilo el insultado: «que contenían injurias tales, que aun dirigidas a los que las proferieron, le hubieran parecido injustas».

La conjura no dió de sí mayores frutos: reemplazó a Martos, Alonso Martínez; Montero Ríos se retiró a Lourizán, fundándose en que su coincidencia con Gamazo y Martos se refería a la cuestión económica, y que respecto de ésta no coincidía con ellos en apreciar la oportunidad de plantearla, pues él entendía deber subordinarla a la cuestión

(*) La frase se la dijo Vega Armijo a Silvela el día de la recepción de Villaverde en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

(**) El mismo Marqués de la Vega de Armijo.

política y ellos no. Cánovas declaró al abrirse la quinta legislatura que toda benevolencia había concluído, que el Gobierno era un peligro, y advirtió particularmente y en secreto a varios de sus amigos, los suficientes para que lo supiera todo el mundo, que si el decreto de disolución se otorgaba a los liberales aconsejaría a su partido el retraimiento, y él, de todas suertes, se apartaría definitivamente de la política; y Gamazo lo secundó con un discurso de oposición dura, manteniendo su significación liberal, pero declarando que era preciso retirarse para purgar los errores cometidos.

Logróse al través de esas dificultades votar el sufragio universal y con este esfuerzo parecía cerrarse el ciclo del partido gobernante, y en cierto modo representaba artísticamente este epílogo el abrazo que, al aprobarse la ley, dió Castelar a Sagasta, diciéndole que él estimaba concluída su misión y se proponía emprender un largo viaje a Oriente. Sin duda que el Presidente no se recetaba, por su parte, parecida expedición, ni ponía su vista más allá de la plaza del propio nombre, pues hizo cuanto estuvo de su mano para que la aplicación de la ley nueva se confiara a los que la habían votado, procurando recomponer las grietas causadas por las disidencias, si bien resistiendo las varias combinaciones intentadas en favor de Alonso Martínez, bajo cuya presidencia hubiera sido posible reunir a los elementos de Gamazo y López Domínguez.

IV

El partido conservador, durante ese largo período, había vigorizado su constitución y sumado algunas fuerzas nuevas a las antiguas y adictas al Sr. Cánovas. Este llevó en

el Parlamento, y fuera de él, la dirección del partido con brillo extraordinario; las discusiones sobre temas económicos, internacionales y políticos, le debieron páginas cuya superioridad de elocuencia y doctrinas eran notorias, y extendió a las provincias su propaganda, hablando en reuniones memorables del partido en Barcelona y Zaragoza y produciendo tal movimiento de opinión en el sentido de considerarse inmediato su llamamiento, después de los éxitos obtenidos en la Exposición universal de la capital del Principado, que hubo de estimarse por el partido liberal, o cuando menos por alguna porción considerable e influyente de él, que era preciso contrarrestar aquella corriente, y se produjeron en Zaragoza, Sevilla y Madrid, contra el ilustre estadista, unas silbas en cuyo regular y ordenado desenvolvimiento se transparentaba bien a las claras, para cuantos las presenciáramos, la dirección oficial y el amparo seguro de la autoridad pública (*); y como de ordinario acontece en tales sucesos, cuando artificialmente se preparan, en nada quebrantaron el prestigio del ofendido ni en un sólo día retrasaron su vuelta al Poder, determinada por la profunda descomposición del partido liberal antes relacionada, y a ello ayudó también la adhesión al partido conservador del General Martínez Campos, que en la crisis producida en Enero de 1890, cuando se intentó la formación de un Ministerio de concentración liberal bajo la presidencia de Alonso Martínez, y por su fracaso volvió a ser encargado Sagasta, aconsejó a S. M. la vuelta de los conservadores, como

(*) Se dijo que D. Alberto Aguilera, gran manejador del tinglado callejero, fué el organizador de la de Madrid.

castigo a los liberales por sus divisiones; se logró más tarde una inteligencia con él y con los amigos que le seguían, y en el mes de Julio, al volver a ser encargado Cánovas del Gobierno, representaron esa unión el Duque de Tetuán y Fabié, ocupando, respectivamente, las carteras de Estado y Ultramar.

En estas primeras elecciones que iban a tener lugar aplicando el sufragio universal, planteábase una cuestión de transcendencia para la organización de los partidos. Cánovas se sentía inclinado, tanto por afecciones personales como por interés de la más segura dominación de los conservadores, a ahondar la división de fuerzas entre los liberales, practicando el sabido y acreditado principio de «divide y vencerás», y deseaba se diera tal apoyo a los candidatos martistas, que contrabalancearan en número a los amigos de Sagasta; pero contra la opinión muy generalizada hasta el presente, Cánovas dejó siempre una extraordinaria libertad de criterio a sus Ministros, respetó hasta con exceso sus iniciativas, y sobrellevó en silencio y con resignación, así sus intentos y planes de reforma en sus departamentos, como las alteraciones en el personal, aunque contrarairan sus opiniones y sus gustos. Llevó en no pocas ocasiones hasta el exceso la longanimidad en tales materias, movido de un sentimiento de lealtad hacia los que había llamado al Gabinete, en lo cual era escrupuloso hasta el punto de no permitirse más desahogo de la resignación que tan a diario se imponía que algunas ingeniosas frases en la intimidad, flagelando graciosamente lo que él llamaba manías, candidices o desatinos de sus compañeros de Gobierno; y en este delicado asunto, aunque insinuó varias veces a su Ministro

de la Gobernación (*) su pensamiento, no hizo presión sobre él y se dirigieron las elecciones sin las violencias en casos semejantes acostumbradas, produciéndose no pocos disgustos entre los conservadores por la resistencia a las suspensiones y procesamientos de Ayuntamientos y Diputaciones, que habían menudeado en la campaña electoral de los liberales; y como quiera que los candidatos martistas eran en todas partes de condición por demás endeble, con trabajo se pudieron mantener los pocos que en las anteriores Cortes habían ocupado puestos, y vino al Parlamento el señor Sagasta fortificado en sus elementos parlamentarios y debilitadas las disidencias de martistas, gamacistas y reformistas.

Esta etapa del partido conservador en la Regencia no fué afortunada y nada dejó tras de sí, ni en el régimen de la Administración, ni en el de la Hacienda; se suavizaron las asperezas creadas por las reformas militares de Cassola merced a la discreta gestión del General Azcárraga, y se inició por Cánovas el momento de reformas sociales que últimamente desenvolvió con fortuna el Ministerio conservador de 1900, siendo de notar el discurso que sobre ese tema leyó el entonces Presidente del Consejo en el Ateneo en Noviembre de 1890, en el que se declaró partidario resuelto y convencido de las doctrinas que habían proclamado en Alemania el Emperador y el Canciller Bismarck en tales materias; pero sólo llegó a presentarse en el Parlamento una ley de descanso dominical, que fué duramente

(*) Silvela.

combatida por los Obispos en el Senado, apoyados en su actitud por consejos del Nuncio.

Al acabar el año 1891, prodújose una considerable alteración en las fuerzas conservadoras; salió el que escribe este artículo del Ministerio, para dejar paso a la reintegración en el partido de Romero Robledo, que deseaban vivamente Cánovas y algunos otros de sus compañeros de Gabinete: todos preferían que hubieran permanecido en el Ministerio aquellos dos hombres públicos, pero ofrecía esto grandes dificultades y se convino en que ocupara Romero la cartera de Ultramar, donde realizó reformas y economías bien intencionadas, pero que perturbaron hondamente el régimen colonial, y, tras una serie de graves dificultades en la Administración municipal de Madrid, prodújose una ruptura ruidosa entre el Ministerio y los elementos conservadores que por entonces se apellidaron silvelistas, con incidentes sobradamente vecinos de nosotros para que se puedan ni se deban puntualizar aún en sus detalles.

La escisión produjo la voluntaria retirada de Cánovas y la vuelta prematura de los liberales, presididos por Sagasta, pronto quebrantado, también, por la esterilidad de su gestión, la desdichada campaña de Melilla y el fracaso del Tratado con Alemania; y derribado por un motín de subalternos del Ejército, producido por un artículo de un periódico, sin que tampoco dejara rastro útil de su paso por el Poder.

Es llamado de nuevo Cánovas, sin que se hubieran unido a él las fuerzas conservadoras silvelistas y sin que hiciere él nada para atraerlas, pero éstas habían despertado no pocas esperanzas y simpatías en el país con una campa-

ña activa en pro de la sinceridad electoral, las reformas administrativas, las leyes sociales y la severa regularidad en la gestión de la Hacienda y en la selección del personal, logrando manifestaciones públicas tan considerables como las que en sus tiempos de mayor fuerza realizaran los partidos liberales.

Si se hubiera alcanzado por entonces la unión de unos y otros elementos conservadores bajo la jefatura del señor Cánovas, se habría restablecido sin duda una poderosa organización conservadora para terminar con ella el período de la Regencia; pero no se logró tal intento, y, al morir Cánovas, víctima de los odios anarquistas en Santa Agueda, de nuevo volvieron los liberales, que habían inscrito en su programa la autonomía para las Antillas como medio de terminar la guerra allí renovada.

En la memoria de todos están las amargas decepciones que siguieron a aquellas esperanzas, los desastres militares que nos llevaron al Tratado de París y a la pérdida de nuestro imperio colonial en América y Asia, el quebranto y la caída de los liberales bajo el peso de tantos errores de todo linaje como en pocos meses acumularon, y la vuelta de los conservadores, que lograron cicatrizar las heridas y acertaron a crear, en menor tiempo del que habían señalado en sus propagandas como preciso, una Hacienda solvente, un presupuesto nivelado y una Administración provincial decorosa y respetada, aunque luchando con las insensateces del regionalismo y las temeridades de las clases neutras, expresiones inconscientes de los desencantos, miserias y amarguras de la derrota y del empequeñecimiento nacional.

V

Los partidos republicano y carlista han sufrido durante la Regencia quebranto grande en sus fuerzas, hasta el punto de no ofrecer riesgo para la estabilidad de las instituciones fundamentales, aunque de cuando en cuando mueven sus jefes algún ruido para hacerse presentes entre los elementos vivos de la política.

Desde 1886 marcóse la diferencia y la lucha entre los republicanos que seguían a Ruiz Zorrilla y los que capitaneaban Salmerón como extrema izquierda y Castelar como extrema derecha de los llamados evolucionistas; pero aún se intentó una coalición y se firmó un manifiesto, a cuya redacción acudieron Figuerola representando a Zorrilla y Salmerón a la Unión republicana, acudiendo estos dos hombres públicos a Barcelona, donde celebraron un *meeting* ruidoso, ofreciendo la República a breve plazo, en medio de estruendosas aclamaciones y gritos de entusiasmo, y determinando este suceso la separación de Castelar, que condenó el procedimiento con agrias declaraciones en la Prensa, y se puso resueltamente al lado del partido liberal para impulsarle en el camino de las reformas democráticas, al amparo de la Monarquía, proclamando la superioridad de la Regencia sobre el reinado de Don Alfonso XII, como instrumento más apropiado a esa evolución.

Zorrilla y Salmerón continuaron por análogos senderos su obra de conspiraciones, actuando el primero sobre ele-

mentos militares, estudiando a diario el escalafón del Ejército y las hojas de servicio y las urgencias o ambiciones de oficiales y jefes, y esperando, el segundo, ocasión para recoger el fruto que produjeran los cultivos del persistente emigrado; pero la desgraciada labor de los pronunciamientos abortados en Cartagena y San Gil avivó la discordia, y ya en el año 87 condenó públicamente Salmerón los procedimientos de pequeños motines, proclamando la necesidad de preparar antes la conciencia pública para capacitarla a la obra de una gran revolución nacional, y Zorrilla, por su parte, excomulgó a Salmerón en el periódico EL PROGRESO como iluso perjudicial a la obra redentora, y confirmóse la excomunión en una Asamblea republicana, de la que los amigos de Ruiz Zorrilla excluyeron al político filósofo, obligándole a dimitir el cargo de Diputado; y rápidamente fueron perdiendo las clases populares la fe en los hombres y en los principios políticos relacionados con la forma de Gobierno, significándose a las claras esta evolución en numerosas reuniones en Barcelona y en Madrid; siendo de notar entre ellas, por lo explícito de las declaraciones, el *meeting* que se celebró en esta corte, en el circo del Príncipe Alfonso, en el que manifestaron los oradores obreros que estimaban al igual la Monarquía y la República, y consideraban como sus enemigos a los hombres políticos, ya defendieran una u otra forma del Estado.

El positivismo, en tanto, iba deshaciendo sus elementos, creados al calor del prestigio y de la palabra de Castelar y de algún corto número de amigos que le seguían; él puso todas sus energías al servicio del orden y del progreso de sus doctrinas orgánicas, posponiendo a esa finalidad toda

la idea republicana como organización constitucional; condenó los banquetes que en Febrero venían celebrándose para conmemorar la proclamación de la República; y en el Parlamento y en la Prensa fué el más activo ministerial del Sr. Sagasta hasta los últimos días de su vida, en los que atacaba con saña al supuesto clericalismo y regionalismo de los conservadores, como medio de dar una significación y una bandera a los liberales, cada día menos preocupados de proporcionarse ideas en que apoyar su razón de ser en la vida de los partidos.

Los carlistas, con fe admirable en sus principios, o por mejor decir, en sus sentimientos, pero sin confianza en su Rey ni en sus inertes jefaturas, son, al acabar la Regencia, como venerables ruinas que ocupan no corto espacio del terreno nacional, sin trabazón que permita fundar sobre ellas cosa alguna.

Tras de esas líneas, un tanto inciertas, de partidos gobernantes descompuestos y de grupos irreconciliables, en descomposición y evidente impotencia, surgen al empezar el reinado y el siglo las aspiraciones socialistas y anarquistas, en camino de organizarse también en partidos, despertando en muchos el terror de que sean enviados para castigar las impurezas políticas del siglo xix, como la Revolución francesa castigó las impurezas de la Monarquía y de la aristocracia del siglo xviii.

No tememos que, organizados o no en partidos, lleguen ni unos ni otros de los que aspiran a destruir la propiedad, la familia y el Estado, a lograr su intento, ni pongan en riesgo ninguno de esos fundamentales principios; pues aquello que la Naturaleza ha establecido es más seguro y

resistente que las obras del arbitrio del hombre, y Dios defenderá la sociedad, que es su obra, mejor que defendieron las aristocracias y las Monarquías sus privilegios, que eran labor de causas segundas y de ingenios humanos.

F. SILVELA



El catolicismo y Spencer

(Carta publicada en EL UNIVERSO, y reproducida por LA EPOCA en 5 de Mayo de 1902) (*)

«Sr. D. Juan Manuel Ortí y Lara.

Mi querido amigo: Acompañado de su tarjeta, he recibido el número de EL UNIVERSO en donde se publica un artículo en el que usted se maravilla y escandaliza de que el Sr. Azcárate me calificara de «católico spenceriano» y de cómo asentí a ello, «sin duda inconscientemente». De todas veras agradezco su interés y los calificativos con que me honra, pues bien sé no es su carácter inclinado a la lisonja,

(*) El 21 de Abril había publicado EL UNIVERSO un fondo de Ortí y Lara titulado *¿Católico y spenceriano?* aludiendo a que Azcárate en el Congreso había afirmado que, mientras León XIII en su Encíclica *Æterni Patris* recomendaba el estudio de la filosofía del Angel de las Escuelas, había católicos que, como Silvela, eran católicos spencerianos, y aseguraba que éste «en oyendo que oyó, clara y distintamente la expresión de tamaño absurdo, hizo con la cabeza, según hemos leído en el HERALDO, una señal de asentimiento». Estimaba el articulista, cuya inflexibilidad de criterio era notoria, que «el Sr. Silvela, siendo como es católico, no puede ser discípulo del filósofo inglés» y le invitaba a corregir con los labios o con la pluma lo que, a su juicio, inconscientemente manifestó con la cabeza. Silvela acudió al requerimiento con esta carta. LA EPOCA, al copiarla, señalaba el interés que encerraba «especialmente por la exactitud con que juzga el espíritu de intransigencia que suele dominar, en lo político, entre muchos católicos».

y he de poner cuanto en su artículo me favorece, a cuenta de su benevolencia.

Asentí, en efecto, a la clasificación del Sr. Azcárate, un tanto aventurada si hubiésemos de analizarla con rigor científico y tal como pudiera hacerlo el propio ilustre autor de la *Clasificación de las ciencias*; pero cierta, en cuanto le son al Sr. Azcárate conocidas mis convicciones respecto a la concepción del progreso, a la manera de entender el Estado y su misión, y sobre todo al método de investigaciones y pruebas, y de diversidad en la unidad como base de equilibrio social, y de armonía entre el bien y la utilidad para el desenvolvimiento humano, de la lenta evolución de los hechos sociológicos, de sus advertencias repetidas en todos los órdenes de la vida contra la persecución demasiado ardiente del ideal, y contra todo esfuerzo violento para arrancar a la naturaleza humana de sus moldes hereditarios.

Sin duda que no pensó el Sr. Azcárate, ni asentí yo, en una asimilación de fe, de moral y de programa para vida exterior e interior entre Spencer y el catolicismo; ¿pero es acaso que Hegel con la identidad del pensamiento y el ser, y con la religión absoluta, la proscripción del Dios objetivo y personal y de la vida eterna, es más católico que Spencer con su fe en lo absoluto, que permite enlazar su doctrina moral con todas las religiones, ya que no se sujete a ninguna su concepción ontológica? Pues no desconocerá usted que ha habido en Alemania, en Francia y en España numerosos católicos hegelianos, y no menos que un traductor de la famosa lógica del gran maestro contamos entre nuestros católicos viejos, aunque con sus puntas y ribetes de rega-

lista (*). Y Comte, y los positivistas, que no son sino hegelianos vestidos a la francesa, ¿cuándo se han declarado incompatibles con el catolicismo en los desenvolvimientos del arte político y del estudio de lo relativo, prescindiendo del origen de los seres y de su fin?

Aceptar un sistema político, un método de estudio, una concepción del Estado, una crítica para la Historia, no supone necesariamente ir con el creador o expositor de tales artes y ciencias a los fundamentos ontológicos de su sistema, ni menos obligarse a negar tales fundamentos de la vida universal, si él los niega. Cuando sólo se trata de utilizar las verdades descubiertas para la solución de problemas concretos y de mero arte de gobierno, hay derecho a tomar el camino en estaciones intermedias y aprovechar sólo una porción del trayecto.

No hubiera despertado en mí su artículo tanto apetito de rectificación o respuesta si no viera en él revelada una de las más funestas inclinaciones de los que, como usted y con usted, son, en mayor o menor medida, directores de conciencia política de los católicos españoles. Fija su vista en el ideal, no ven el daño considerable que hacen a su causa, queriendo imponer, no para la vida religiosa, que en esto no caben divergencias en doctrinas ni en prácticas, sino para la vida civil y política, y para el pensamiento y el juicio en todo el ancho campo entregado como dudoso y contingente a la libertad y a la eterna disputa de los hombres, un criterio uniforme e inflexible en el que es fuerza encerrarse, so pena de incurrir en herejía, que para los

(*) Parece aludir a D. Antonio María Fabié.

amigos queridos y considerados se suaviza, reputándola por inconsciente.

La unidad en lo necesario y la libertad en lo dudoso la convierten ustedes en una regla estrechísima, cercada de los abismos del pecado y del escándalo, y ¡cuántos hay que sienten en su espíritu la fe, unida a las inclinaciones por el liberalismo político o por las doctrinas de esta o la otra escuela de ciencia social, y huyen de la acción y del combate por el bien, temerosos de pasar a los ojos de sus allegados por herejes, por excomulgados, o cuando menos, por temerarios e inconscientes, como recompensa de su sana intención de ayudar a los más cercanos a su ideal, a lo menos malo dentro de lo real y lo posible!

Por ese camino se ha producido en Valencia y en otras provincias el apartamiento de muchos católicos de la vida pública, sin llegar a embarcarlos en el integristismo ni en el carlismo militantes, y se ha aumentado la fuerza y la audacia de los sectarios; la excomunión más o menos suave y velada, es tanto más sensible, cuanto más desinteresado y puro es el móvil de la acción que injustificadamente la motiva. Bien sé que no es usted quien más ha abusado de arma tan dañosa, y no es su artículo, por sí solo, motivo suficiente para esta queja; pero en él se manifiesta a las claras un sistema, un modo de entender la ortodoxia aplicada a la vida política, que contradice la libertad de juicio proclamada por Santo Tomás para lo dudoso, y que es de interés de los católicos mantener ahora más que nunca, cuando a todos nos importa defender la unidad en lo necesario, tan amenazada, y cuando la evolución de las guerras de todo orden pide en la edad moderna, para combatir con

fortuna, ejércitos numerosos con preferencia a puñados de héroes. Esto me ha movido a contestarle con mayor extensión de lo que fuera bastante a rectificar tan sólo su apreciación y a explicar el asentimiento que le escandaliza.

De usted, muy afmo. amigo y seguro servidor q. b. s. m.,

FRANCISCO SILVELA (*)

24 de Abril de 1902.»

(*) No se aquietó con esta réplica el rectilíneo catedrático de Metafísica. Su periódico no publicó la carta hasta el 5 de Mayo, y en el mismo día empezó a insertar una serie de artículos suyos con diversos epígrafes: *¿Católicos hegelianos?*, *Más sobre Spencer*, *Comte y los positivistas*, *El positivismo y la política* y *Sobre la carta del Sr. Silvela*, inspirados en la más deferente consideración hacia éste, pero sin cejar en el propósito de disuadirle de lo que él estimaba su error. Para ello empleaba los más variados argumentos, desde la crítica de la traducción de Fabié a la *Lógica de Hegel*, hasta la apelación a la intención seguramente ortodoxa de Silvela y a los consejos que él recogiera de doña Trinidad Grund en la necrología que publicamos en el tomo segundo. Probablemente, Silvela hubiera vuelto a sostener su punto de vista; pero la jura del Rey y el movimiento político subsiguiente, distrajerón la atención pública del tema, nunca muy preferente en sus preocupaciones.

L a r r a

(Discurso leído en la sesión celebrada por el Ateneo
de Madrid el 26 de Mayo de 1902) (*)

Señores:

Aún se conservan en mi memoria, con la peculiar viveza de las impresiones recibidas en la infancia, los dejos amargos con que oía mentar en conversaciones de los políticos y literatos que frecuentaban la casa de mis padres, al mediar el siglo, el nombre de *Fígaro*, sirviendo a diario como de término y medida para deprimir o ensalzar cuantos nombres de críticos, humoristas o escritores de amena

(*) Con motivo de la traslación de los restos de Rosales, Larra y Espronceda al panteón de hombres ilustres, erigido en el Cementerio de San Justo, el Ateneo celebró, en honor de ellos, la sesión necrológica en que fué leído este discurso, la cual estuvo presidida por Ramos Carrión, como Presidente de la Sección de Literatura. Intervinieron en ella Núñez de Arce, en nombre de la Comisión organizadora del traslado; Fernández Jiménez, que hizo el elogio de Rosales; Sinesio Delgado y Serafín Álvarez Quintero, que, respectivamente, leyeron los artículos de Larra, *La Nochebuena de 1836* y *Quiero ser Cómico*; Silvela, que pronunció este discurso; el mismo Ramos Carrión, que leyó una poesía de Carolina Coronado, alusiva a Espronceda; Manuel del Palacio y Del Val, que leyeron versos de éste, y Moret, que, parafraseando estrofas de *El Diablo Mundo*, hizo un elogio elocuentísimo del autor de *El Estudiante de Salamanca*.

literatura aparecían con algún brillo o notoriedad en la Prensa de aquellos tiempos.

Mezclábanse a las alabanzas y admiración por el genial satírico, las aflicciones muy vivas que causaran su muerte, los ecos sentidos de tantas galas de la poesía y la elocuencia como rodearon su sepulcro, y rara vez se acababan tales pláticas sin que el drama y la catástrofe atrajeran a los más graves y les llevaran a referir incidentes menudos de sus postreros días, las palabras últimas que oyó, las que escuchó su criado después, y me asombraba, en verdad, que huella tan honda en su tiempo y en su generación se hiciera en tan breve espacio de tiempo como el de una vida que apenas alcanzó los veintiocho años.

No es esta ocasión para escudriñar datos con que completar sus conocidas biografías y no es labor que yo pudiera emprender, sin nota de temeraria imprudencia, la de juzgar sus obras: el Ateneo no me hubiera confiado tal empresa, y yo no he entendido recibir otra que la de consagrar un recuerdo a tan peregrino ingenio, evocando en vuestra memoria alguna de las líneas más salientes de su singular figura literaria y política.

Era el espíritu de Larra un alma solitaria, como es bien que lo sean las de los críticos, y todo parece se conjuró en su daño para exacerbar los dolores que estremecieron su infancia y que le vencieron en su juventud, y para apartar de su lado los consuelos y las compensaciones en que pudieran haber encontrado alivio las amarguras que brotaban de su propia naturaleza, y que él se complacía en acrecentar.

Su padre era un distinguido médico, educado en las doc-

trinas del más puro materialismo; entonces predominante casi sin rival en las ciencias fisiológicas; siguió las banderas del Ejército francés y emigró con él, y cuando Larra volvió a España, tenía nueve años, y había recibido educación primera tan apartada de los recuerdos de su patria, que al ingresar en las Escuelas Pías no se hacía entender en castellano; las primeras impresiones de la vida fueron, sin duda, para él bien tristes, en la dureza del destierro, en el aislamiento y mal encubierta hostilidad que por entonces, y aun mucho tiempo después, sintieron en España los descendientes de los liberales afrancesados, y en las frías impresiones que no dejaría de notar su perspicacia al contacto de una doctrina y de un hogar privados en absoluto de los ideales del espíritu, de las fiestas y las tradiciones de lo sobrenatural, que se agigantan en el corazón de los niños y dejan siempre, cuando alguna vez se sintieron, aunque parezcan olvidadas, como un aroma perdurable de su paso por el alma, que la defiende de muchas tristezas y corrupciones.

La tradición que de los primeros años de sus estudios se conserva en las escuelas lo retratan como colegial por extremo asiduo, al que repugnaban los recreos con sus compañeros y las travesuras propias de la edad, consagrando sus ratos libres de clase a la lectura y al juego de ajedrez con su grande amigo el Conde de Robles, sin dar jamás ocasión a un castigo, siendo su conducta de una corrección y una tranquilidad singulares. Funesta corrección y amenazadora tranquilidad la de un niño, cuando a ellas acompañan prematuro y extraordinario vigor intelectual. Necesita la inteligencia, y más aún el genio, nacer y vivir rodeados

de algunas materias e inclinaciones menos preciosas y exquisitas, que lo defiendan de una vida febril, en que esas esencias se consuman y se devoren a sí propias; algo como la pulpa jugosa y blanda que rodea al germen en que se encierra la fuerza maravillosa por la que se engendra y transmite nueva existencia, tejidos inertes e infecundos por sí mismos, que refrescan y alimentan con su destrucción aquel pequeño pero precioso centro de la vida y de la propagación de la especie; y Larra era, desde sus primeros años, un alma desnuda de esas defensas. Disgustos íntimos de familia, no bien averiguados, perturbaron también su juventud, le apartaron de su hogar, truncaron su carrera, le obligaron a aceptar un empleo en Madrid, alteraron su carácter, acentuando su tristeza y desconfianza, y quién sabe si serían parte a inclinarle a contraer matrimonio con precipitación, que es una de las condiciones que, por lo común, agrava las dificultades, siempre considerables de tal estado.

En tan estrecha y agria situación de su espíritu y su presupuesto, dejó Larra su mísero destino y se entregó por entero a la literatura y a la crítica, logrando desmedrado suceso en aquella parte algo más remuneradora para el ejercicio de tales artes entre nosotros: en el teatro.

Dios cuida positivamente de sustentar a los más menudos pajarillos y viste todas las primaveras a los lirios de los valles con las túnicas más espléndidas; pero de antiguo se ha notado que su bondad se detiene al llegar a la literatura, y deja sentir a menudo el hambre a los poetas y consciente que los críticos anden con frecuencia mal trajeados; y este desvío en los designios inescrutables de la Providencia lo sintió Larra en su vida de familia, y alguna vez oyó

en su hogar más o menos castizamente reproducidas aquellas sensatas palabras que Francisco Santos pone en labios de la mujer de un autor, como espejo y enseñanza práctica de la vida: «Mira que esos libros nos tienen pobres y que con tus escrituras no adquirimos alivio para la vejez, que el caudal va cuesta abajo, que no tenemos un real, y que de todo es causa la locura de escribir, que aunque conozco que es un ejercicio honrado, virtuoso y entendido, sólo es bueno para quien tiene la comida segura, no para ti, que eres pobre».

Si estas eran en España notorias verdades al mediar el siglo xvii, seguían siéndolo en los principios del xix, y no eran parte a torcer tan triste condición de la literatura ni la protección del famoso comisario de Cruzada, Varela, ni el crédito y popularidad que alcanzaron los artículos y cartas de *El Pobrecito Hablador*, y antes halló en el crédito que rápidamente alcanzara su seudónimo de *Juan Pérez de Munguía* una nueva ocasión de tristezas para su espíritu independiente, pero no rebelde ni violentamente sublevado contra el medio legal en que vivía.

Es bueno, para curar los daños que el pesimismo hace siempre en el alma, y singularmente en la voluntad, volver a menudo la vista a los tiempos pasados para convencernos de que el sentimiento nos los pinta por lo común como mejores, y la crítica y la investigación más somera nos los descubre siempre como harto peores y menguados que los nuestros.

La censura suavísima de vicios y desórdenes e incorrecciones que llenan las deliciosas páginas de las *Cartas de las Batuecas*, de *Andrés Niporesas* y de *Vuelva usted*

mañana, alarmaban las susceptibilidades del Gobierno, no obstante haber sucedido a Calomarde el para entonces liberal Cea Bermúdez; fué en vano que en notas humildísimas protestara el *Bachiller* «de que no osaba inculpar en modo alguno el justo Gobierno que tenemos y que no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más o menos abusos, ni Gobierno, el más enérgico, que no pueda ser sorprendido por las arterías de los subalternos; y que menos podía pensarse en tales osadías precisamente cuando una Reina, de acuerdo con su augusto esposo, nos conducía de mejora en mejora, y el *Bachiller* y su periódico, como buenos y sumisos vasallos, deseosos de cooperar a tan benéficas intenciones, se atreven a apuntar aquellos abusos que, desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido en todas partes harto frecuentes, y sabiendo que cuando la autoridad protege la virtud y el orden, nunca se podrá desagradar levantando la voz contra el vicio, y mucho más si se hacen las críticas generales embozadas con la chanza y la ironía, y sin aplicaciones de ninguna especie y en un folleto que más tiende a excitar con su lectura alguna ligera sonrisa que a gobernar el mundo».

No bastaba tanta humildad y tan estrecha continencia en la crítica para desarmar la malquerencia del Gobierno, y cuáles no serían las contrariedades y obstáculos con que tropezara Larra cuando hubo de interrumpir en Marzo de 1833 la publicación, cansado, como él decía, de encontrarse con una pared en todas partes y de luchar con una censura implacable y suspicaz, a la que en vano trataba de sortear con las más ingeniosas atenuaciones de su estilo.

Abiertas, después del movimiento de Vitoria, puertas

más amplias a la Prensa, su ingenio, su maravillosa percepción del ridículo fundamental en cosas y personas, hallaron el terreno propio de la crítica social y política en la que alcanzó el nombre de *Fígaro* en brevísimo espacio, crédito y fama, que oscurecieron en España y en el mundo entero, así los anteriores seudónimos como el propio apellido de familia.

La escena, la guerra, los Parlamentos, los teatros bajo todas sus formas, en que el público reunido, compenetrado por fuerzas misteriosas, produce el triunfo real de un vencedor, aclamándole o sometiéndosele en unas horas, ofrecen pocos ejemplos de tan rápida elevación como la que alcanzó *Fígaro* con su pluma de crítico en este país que le leía ansioso a él, que había planteado el famoso problema de «si no se escribe porque no se lee o no se lee porque no se escribe».

Analizar su obra de tan corto tiempo y de tan admirable labor, seguir el curso de sus ideas estéticas y de sus ideales políticos y sociales en sus polémicas, sería de notoria inoportunidad ahora, ni para recordar lo ya dicho por otros, ni para intentar su ampliación, que materia vasta queda aún para ello.

Fijaremos tan sólo la atención en algunas de sus ideas y contrastes más capitales para venerar su memoria, ensalzar su nombre y recoger enseñanza de las desgracias con que hirió al patrimonio de la cultura de su patria, abandonando su puesto en el combate de la vida por el progreso, por la libertad y por la belleza, destino al que está obligado el hombre por un sentimiento grabado en su conciencia y que debieran recordarle, como deuda de honor, los tesoros

que recibimos gratuitamente de los que nos precedieron, y que para allegarlos gastaron su sangre y emplearon sus dolores en nuestro beneficio.

La forma y el estilo de nuestra prosa recibieron de Larra la adaptación sencilla, vigorosa, flúida, clara, penetrante que demandaba la polémica política y el análisis y pintura de costumbres nuevas; no se resintió en nada su estilo de las primeras enseñanzas y de haber empezado a aprender el castellano pasados los nueve años; al genio severo y reposado de las oraciones moratinianas, infundió la vida y el movimiento y compás más rápido que demandaban las inquietudes del pensamiento revolucionario y progresivo, sin dejar de ser genuinamente español y castizo, y es singular que ingenio tan castellano, que moldeó como arcilla sumisa la lengua para ajustarla a las exigencias de su pensamiento, estrellara sus fuerzas en el verso, y más singular aún que crítico tan agudo y tan cierto no borrara sus epístolas y sus diálogos del *Macías*, que parecen obra no corregida de algún pasante literario del grande hombre.

Tiene la forma poética rara eficacia sobre los ingenios españoles; nunca da por sí sola pensamientos, ideas profundas ni concepciones perdurables al que no recibió la *divite vena* de que nos habla Horacio; pero en muchos sirve para concentrar maravillosamente las esencias que recogen aquí y allá, y producir un perfume sugestivo y ardiente, que halaga y hasta enloquece con el compás musical los sentidos, y nos hace creer de buena fe que aquellos conceptos, concisos, redondeados y sutiles son, en efecto, pensamientos e ideas altísimas; y a otros, por el contrario, les ata y entorpece los movimientos naturales de su mente

como al ágil guerrillero de nuestras montañas le abrumaría la armadura de una antigua lanza, y caen al peso del metro y de la rima en la mayor vulgaridad y las más extrañas dicciones, que a ellos mismos les causarían horror si las vieran en ajena prosa.

La celebridad rápida, los aplausos, las altas amistades que sus artículos de crítica literaria y política le granjearon, no produjeron en Larra la influencia pacificadora que causaron en Goethe y en Schiller, que lucharon en el período del asalto y de la irrupción como él, mas gozaron, para bien suyo y de la humanidad, del período de la madurez y de la posesión quieta de su evangelio y su apostolado; y adviértese en sus escritos como una marea creciente de pesimismo, de amargura, condensados en aquella página inmortal de pensamiento y de estilo, de análisis y de color que escribió pocos días antes de su muerte: *La Nochebuena de 1836 o yo y mi criado*, y pocas semanas después del *Día de Difuntos*. Allí está retratada la figura del hombre genial, que había de morir ahogado por la desesperación y el hastío.

«Tú eres uno de esos criminales que arrebatan el sosiego de una familia, y hay un acusador dentro de ti; tú buscas la felicidad en el corazón humano, hozando en él como quien remueve la tierra en busca de un tesoro; haces reír a costa de un amigo y no quieres tener remordimiento; desprecias, acaso, a aquellos para quienes escribes, y reclamas su adulación; yo, cuando necesito de la mujer, echo mano de mi salario, y las encuentro fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y

lo lastime; inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, política, glorias, saber, amistad, amor, y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices.»

«¡Tenme lástima, literato; tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo; yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!»

Quince días antes de morir escribía sobre la prematura muerte del Conde de Campo Alanje, aquellas palabras que son como su despedida del mundo: «En la vida le esperaba el desengaño; la fortuna le ha ofrecido antes la muerte; eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay! de los que le lloran, que entre ellos hay muchos a quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que éstos viven muertos y le envidian».

Sus ideas fundamentales, sus convicciones meditadas no le debieron llevar por ese camino. Larra ha esparcido por muchos de sus artículos literarios, políticos y de crítica teatral su fe en la libertad y en el progreso. «Libertad en política—decía en el *Juicio crítico de Antony*—, libertad en literatura, libertad por todas partes; pero consiste esa libertad en tener destrabados los pies y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan; porque asirnos de los cabellos y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos también la libertad, y así es esclavo el que andar no puede, como aquel a quien fuerzan a caminar cien leguas en un día.» Y en el prólogo de la traducción de las *Palabras de un creyente*, donde desenvuelve sus ideas políticas y sociales con la reflexión del apóstol, sin las violencias o desviaciones que impone a menudo la sátira y la po-

lémica, afirma como dogmas fundamentales, en su concepción del orden humano, la religión, como expresión de un principio sobrenatural indestructible y preexistente a la propia inteligencia del hombre y superior a su fuerza; perfectibilidad del género humano, cuya negación supone para él una blasfemia contra la Providencia; derecho común de los hombres, por el cual ninguno puede adjudicarse más predominio sobre los demás que el que estos mismos quieran cederle, resumiendo su pensamiento político en esta fórmula, a la que creía poder ayudar propagando las hermosas páginas de Lamennais: religión pura, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil, igualdad completa ante la ley y libertad absoluta del pensamiento escrito.

Este sería muy apropiado resumen del pensamiento de un conservador de hoy, sin faltarle siquiera los atisbos y preparaciones doctrinales sobre reformas de organización social por obra de Estado, que también se contienen en el libro y que son preciso complemento y justa vanagloria de todo programa conservador en nuestros días; pero en verdad que era bien progresivo y avanzado para un conservador en 1836, como lo era *Fígaro*, al que juzgamos empujado a ese bando, más que por la inclinación de sus convicciones esenciales, por la mayor afinidad de cultura y procedimientos, decidiéndole a afiliarse con resolución en las banderas conservadoras el famoso motín de los sargentos de La Granja, páginas a las que también conviene volver de cuando en cuando la vista y el recuerdo, para curarnos de las habituales desesperaciones sobre el atraso de nuestro régimen político, de nuestro espíritu público y demás

materias objeto diario de vituperio en discursos pesimistas, mercantiles o agrícolas.

Aquella vergonzosa escena llenó el alma a *Figaro* de toda la hiel que sirvió para escribir los famosos epitafios del *Día de Difuntos*: «Aquí yace la disciplina militar; allí, la libertad de pensamiento; más allá, el valor castellano; en la Bolsa, el crédito español; en Palacio, aquí yace el Trono: nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en La Granja de un aire colado». Y encontrando su corazón frío, vuelve a él la vista y lee en él: «Aquí yace la esperanza».

¡Qué triste e inexplicable contradicción entre ese pesimismo y las amplias y consoladoras ideas de las *Palabras de un creyente*, y cuán verdad es que las pasiones, en los individuos como en los pueblos, gritan tanto, que, por lo común, hacen callar a las ideas!

Ha dicho Leopardi que el tedio es, en algún modo, lo más sublime del sentimiento humano, porque el hombre es tan grande en su alma, que, al abarcar la plenitud mezquina de la dicha terrenal, siente la nada, y al franquear con el pensamiento la bóveda estrellada donde la materia germina sin cesar mundos y sistemas planetarios, adivina que hay algo más en el infinito, que le humilla y mantendría, aun poseyendo todos esos imperios, en la miseria de un vil gusano. Pero esas contemplaciones del espíritu sobre su propia grandeza, encaminadas a meditar sobre la debilidad y la baja de lo que se puede alcanzar de bien positivo con ese alma, desterrada evidentemente de los dominios de lo absoluto en que se engendrara, destrozan y quebrantan ese trozo pequeño de bien que nos han dejado, y los pesimistas son tan locos como el prisionero que agrava su daño luchando in-

útilmente y ensangrentando sus manos para romper la reja infranqueable de su cárcel, en vez de recibir por ella, resignado, la luz y el aire que a su través circulan o los aromas que alguna vez trae piadoso el viento de algún vergel vecino.

El movimiento de asalto y de irrupción que en los últimos años del siglo XVIII había constituído la gran revolución literaria de Alemania, extendida después a toda Europa, era la glorificación del genio como regla; del sentimiento, como ley moral; y los muchos que se sentían genios más o menos comprendidos por sus contemporáneos, se arrogaban el privilegio de no reconocer más ley para su vida y sus costumbres que el instinto de las propias pasiones; y en el choque inevitable de tan desatinadas tesis con las bases esenciales de la vida social o con el obstáculo aún más irreductible de pasiones que nacieran y vivieran ajustándose a las precisas medidas de la pasión interlocutora y que no estuvieran de humor para responder al unísono, Werther emponzoñó con sus suavísimas páginas los espíritus excitados por la lucha con el ideal de la soberanía del genio y la inviolabilidad de todo sentimiento por el hecho de haber nacido, y puso la solución del suicidio como término de toda contienda entre el amor y el mundo y refugio deleitoso de toda pasión contrariada o deshauciada antes de tiempo.

Las preciosas páginas en que el Marqués de Molíns dejó narrado el último paseo de *Fígaro* la tarde misma del fatal día 13 de Febrero de 1837, revelan la huella de esos sentimientos que el espíritu de Larra había dejado germinar en su alma, a despecho de las convicciones que formara su

razón y desarrollara su pluma en la mayor y más sana porción de su obra, y de ese pesimismo que se respiraba en su atmósfera literaria fué víctima; por mejor decir, fué verdugo, pues las víctimas fueron su patria y su generación, que perdió tal educador de sus ideas políticas y literarias.

Apenas se concibe el pesimismo obstinado, llegando a hacer del propio corazón el sepulcro de la esperanza en todo y para todos los órdenes de la vida, en quien tiene ojos y ve, y oídos y oye, y mira y escucha lo que deja atrás en su camino, aun en aquellos trozos que, por sentir sus trabajos en nuestros cuerpos, se nos ofrecen como más empinados y áridos. La intolerancia, quebrantada y vergonzante, ella, que rigió el mundo y se ostentó como primera virtud de la fe; el tormento, abolido; la esclavitud, expirante en algún apartado desierto del mundo; el pensamiento, libre; la conciencia, inviolable; la fuerza, honrándose en todo el mundo con partir el campo y el sol para que la razón libre sus duelos, igualando las armas de los poderosos y los débiles, de los ricos y desheredados, y estorbando que se despojen por la violencia de aquello que se deben prestar mutuamente por la concordia. ¿Cuánta corrupción, cuántas miserias por vencer no debemos mirar con indulgencia y con optimismo, recordando todos esos bienes definitivamente alcanzados y quietamente poseídos?

¡Qué inmenso dolor, qué ansia rabiosa no se apodera del espíritu al llegar al final de los escritos de aquel genial satírico y poner la imaginación en la noche del 13 de Febrero, en lo que la madurez de juicio de aquel joven de veintiocho años nos hubiera dejado en los caminos que él

hubiese acabado de abrir a la perfección de nuestro lenguaje, al gusto en nuestra literatura, a la propagación del sano juicio y la educación progresiva de su generación y de la que había de seguirle! Porque la obra del pensamiento es más grande y más positiva de lo que el vulgo cree cuando suele juzgar a los hombres de idea y de imaginación como destinados a divertir o entretener a sus contemporáneos, pues la acción no es otra cosa en el mundo que el pensamiento, que se solidifica.

He dicho.

Los dos caminos

(Artículo publicado en EL DIARIO DE LA CORUÑA, el
1.º de Agosto de 1902) (*)

Es común sentir de amigos y adversarios, que el partido liberal y el Ministerio que lo representa en el Gobierno, son como liquidadores de una suspensión de pagos, que manteniendo el nombre y razón social de antigua casa, ni aspiran a nuevos negocios, ni se juzgan legal ni moralmente

(*) Este artículo, que inesperadamente apareció en el diario gallego, fué como el primer aldabonazo dado en las puertas del maltrecho alcázar del Poder, donde se alojaba, más bien que imperaba, el ya caduco Sagasta. La dureza y claridad de sus conceptos, el esbozo de programa que se imponía al partido conservador «y a las fuerzas políticas de otras significaciones que quisieran acompañarle en la empresa», la necesidad proclamada de una gran persistencia en los propósitos para llevarle a término, la austeridad que a los futuros gobernantes exigía en el camino del cumplimiento del deber, como contraposición al camino del vegetar en el Gobierno, causaron impresión general. El autor, que estaba en Panticosa y desde allí había enviado sus cuartillas al primer número del periódico que en Coruña acababa de fundar el Sr. Torres Taboada, pudo desde lejos saborear el inmenso efecto de su trabajo, tachado de pesimista por unos, de injusto por los ministeriales, de inexacto por quienes juzgaban inmerecidos los elogios que Silvela tributaba a la obra de su primer Gobierno, de perturbador por los bien avenidos con el sistema de ir tirando. No se habló de otra cosa en semanas, y dió pie a rumores profetizadores de la retirada de Sagasta.

autorizados para desarrollar iniciativas, ni comprometerse en alteraciones ni reformas.

Las tendencias opuestas que en cuestiones fundamentales dividen a las inteligencias más conspicuas del partido, las ambiciones enemigas que mutuamente se vigilan, le condenan a la esterilidad. Su jefe lo advierte así, y su probada experiencia, su instinto seguro para percibir la realidad, su conocimiento profundo de los hombres que dirige los consagra a mantenerse en una inmovilidad desasosegada, hablando y dejando hablar de planes vastos y proyectos atrevidos, pero resuelto a cifrar toda su política en no hacer nada.

Es fuerza reconocer que esa política responde en larga medida al estado de la opinión en estos momentos. España recibe con manifiesta prevención cuanto significa empleo de fuerzas del presente para mejorar o prevenir lo futuro. Asusta que nos otorguen territorios que colonizar, escuadras que mantener, alianzas en que comprometernos, obras públicas que desarrollar, tratados que abran mercados más extensos; vivir y vegetar en el olvido de los que luchan por el progreso y engrandecimiento de sus respectivas nacionalidades, es el íntimo ideal de la mayoría de los españoles, y ese es el secreto de la fuerza positiva, de la popularidad indiscutible del Sr. Sagasta, porque la conciencia pública comprende que nadie como él puede ser tutor prudente de este letargo.

Si sus fuerzas físicas se mantienen en la medida suficiente para acudir a tiempo a inutilizar a algunos impacientes, contener a los díscolos, acallar a los pedigüños y entretener con los recursos variadísimos de su ingenio a los

descontentos, su dominación será larga; él cumple como nadie la voluntad nacional, que hoy consiste principalmente en no querer cosa alguna.

El oye hablar a su Ministro de la Gobernación de transformar la Administración local, y asiente a sus proyectos; al Ministro de Estado a alterar el arancel, y aplaude su propósito; a los de Agricultura y Gracia y Justicia de reformar los Códigos y el Contrato de trabajo y el Concordato, y elogia su celo reformista; pero sabe muy bien que nada de eso se puede hacer sin contrariar intereses, sin luchar con energía contra los adversarios, y no pocas veces contra los amigos, y cuenta con que dejándoles estrellarse y dimitir en el primer encuentro, la dificultad está dominada, y la completa inacción absolutamente garantida.

Si yo hubiera hecho eso, cuando era preciso salvar la honra de nuestra firma y romper la desdichada tradición de nuestra bancarrota y para ello imponer la Deuda, aumentar los tributos, mantener la décima de consumos, gravar el azúcar, fortalecer el Timbre, vencer a la Unión nacional, obligar al pago de las contribuciones, sujetar a los repatriados, establecer amortizaciones severas en Guerra y en Marina, desguazar y vender barcos inútiles, suprimir cesantías, resistir los intentos de secuestro de los prisioneros de Filipinas ¿a dónde hubieran ido a parar las reformas meditadas y salvadoras del Sr. Villaverde y la nivelación formal del Presupuesto?

Pero la obra que nosotros emprendimos y en gran parte realizamos, con tan mala herencia y en tan corto tiempo, aunque era progresiva, hay que reconocer que no era popular.

Lo popular era lo que predicaba el Sr. Paraíso y lo que defendía el Sr. Canalejas, una quita del 40 por 100 de nuestras deudas, un subterfugio para pagar en plata a los extranjeros que nos dieron su dinero en oro, una supresión de Ejército y de Marina, un retroceso al Presupuesto de gastos de mediados del siglo pasado, la desorganización de los consumos y de las rentas estancadas.

Y como nuestra obra no era popular, hay que reconocer que nos gastó pronto en la opinión vulgar; y como no encontramos apoyo en otra parte, caímos, y bastó para derribarnos el débil soplo de unos cuantos gritos madrileños.

Hay todavía algunos que atribuyen nuestra rápida caída a que no reformamos lo suficiente, que no nos atrevimos todo lo necesario, que fuimos tímidos en la acción. Ahora se está viendo a las claras que para vivir sin fuerza, sostenerse sin razón de ser y prolongar la existencia ministerial sin disciplina, la única receta eficaz en España es intentarlo todo y no insistir en nada, sacrificar sin escrúpulo a todo Ministro que tropieze con alguna resistencia y mantenerse el jefe del partido en su puesto, renunciando a realizar todo pensamiento que pueda contrariar al vulgo de las gentes; y para tal menester no hay Presidente más adecuado que aquel que no tenga pensamiento propio, ni interés por cosa alguna de este mundo.

Estamos en el principio de un reinado y en el fin probable del partido liberal por el agotamiento de la actividad física de su jefe, en la medida que nuestras costumbres parlamentarias exigen y la dureza de los inviernos madrileños consiente.

Si estas dificultades materiales no se pudieran vencer y

fuera forzoso renunciar a la prolongación de esta catalepsia políticoadministrativa, y se decidiera, por quien en España se deciden estas cosas, la vuelta de un Gobierno liberal conservador, solo o unido a las fuerzas políticas de otras significaciones que se prestaran a acompañarle en la empresa, conviene que cuantos hayan de asumir las responsabilidades de ese intento y la opinión que ha de juzgarle en su día, no se engañen acerca de las condiciones en que se ha de emprender, y de las energías persistentes que exige para llevarlo a término.

La obra, si ha de ser progresiva, eficaz, reformista, será necesariamente impopular; gastará rápidamente a los que la dirijan, en la opinión del vulgo, ante los intereses de los partidos de las clases medias que se ocupan de la política en Madrid y en las provincias; y si las minorías intelectuales del país y el Poder moderador, que puede ser su órgano, no estuvieran resueltos a sostener a un Gobierno en esa difícil y arriesgada campaña contra todas aquellas apatías y perezas de la voluntad nacional, fracasaría la empresa, poco menos que en sus principios, y para todos sería mejor no comenzarla y dilatar la siesta todo el tiempo que nuestros vecinos europeos y africanos nos quieran dejar dormir, bajo la guardia de cualquier sobrino efectivo o espiritual del Sr. Sagasta.

Aquel intento del despertar no habría de variar esencialmente en ideas de lo existente, pero necesitaría un cambio radical en la conducta; y eso que ahora parece lo más llano y lo más simpático, es precisamente lo más amargo y lo que lleva aparejado el mayor desgaste y lo que pide un apoyo más resuelto contra la Prensa, el motín callejero, las

amenazas de los descontentos y las cuestiones de orden público de localidades o clases lastimadas.

Tendrían que renunciar los políticos de Madrid y de las provincias a conocer los nombres de los agentes de la Administración, desde el Gobernador al recaudador de contribuciones, hasta que los vieran en la GACETA; habrían de desaparecer de los Ayuntamientos toda acción sobre la política y sus elecciones, y la repartición y cobranza de los tributos, imposibilitándose su acción para ayudar o ser ayudados en sus necesidades recíprocas por algunos de los Diputados que los representan en Cortes.

Fiscales, magistrados, ingenieros, registradores, cuantos deben consagrar su tiempo y su voluntad serena e imparcial al cuidado de una función administrativa, serían apartados de la vida política, que representarían en sus significaciones de clase social, en el Senado, aquellas altas jerarquías que por la Constitución son llamadas a ello. Universidades, arsenales, Audiencias y Juzgados se habrían de concentrar y utilizar según las necesidades notorias de la instrucción, las construcciones, el aprovisionamiento y la justicia; y no en atención a las conveniencias de los caseros y de las casas de huéspedes de cada ciudad: se habrían de reprimir por igual todos los desahogos que tanto facilitan el gobierno tranquilo de las grandes ciudades a costa de sus costumbres y del prestigio de sus autoridades.

Sería preciso renunciar a toda elección y favor en el ascenso de la magistratura, sometida a rigurosa escala de antigüedad, para lograr un Poder judicial independiente y digno y restablecer, por el contrario, la elección más libre en las escalas de Guerra y de Marina y la eliminación más activa

de su personal inservible; se habría de suprimir todo nombramiento libre en los empleados de Hacienda, Fomento y Gobernación, dejando amplia libertad para las separaciones del servicio. Habría que completar nuestro Código penal con una ley de seguridad pública que autorizase la prohibición de las reuniones y la suspensión de las asociaciones que comprometieran el orden público, y el cambio de domicilio de anarquistas e indocumentados, dando cuenta a las Cortes, para que no sea necesario suspender las garantías constitucionales al amago de la menor tormenta (*).

Sería preciso reducir nuestro personal eclesiástico, reformando el Concordato de acuerdo con la Santa Sede y suspendiendo la provisión mientras duraran las negociaciones para no aumentar en ese intervalo las dificultades de un arreglo, al que no se había de resistir seguramente la benignidad del Pontífice. Habría de prepararse la celebración

(*) Rasgó sus vestiduras Sagasta ante estos anuncios, y la Prensa liberal prorrumpió en chillidos de espanto. Silvela, que leyó los despropósitos que a este propósito se escribieron, estando en Bagneres de Luchón, desmintió en una entrevista que allí tuvo con el Sr. García Gómez, colaborador de HERALDO DE MADRID, semejante interpretación. El intento de reprimir a la Prensa equivaldría, en su sentir, «al de regular las intensidades de la electricidad atmosférica». Lo dicho por él era que quien emprendiera la reforma debía desentenderse y no asustarse por lo que dijeran de él. Y en cuanto a la modificación de la legislación de seguridad pública, invocó el caso de Italia, donde impedía una legislación de ese género, que impedía las grandes huelgas sin declarar el estado de sitio. Pero —decía— «si lo liberal es suspender las garantías apenas se nubla el sol o caen cuatro gotas, estoy conforme en que no se necesita ley de seguridad, adoptando el procedimiento de suspender, con el menor motivo, la fundamental del país; pero precisamente para evitar las suspensiones constantes de los artículos constitucionales quiero yo la ley de seguridad, con el fin de que la de Orden público no sirva sólo para los días de fiesta, como ahora acontece».

de Tratados de comercio con América, reduciendo las ganancias hoy excesivas de algunas industrias extractivas. Y de esa suerte, y con reformas enérgicas y efectivas en la organización del trabajo, en el descanso del obrero, en la organización de sus Sindicatos, en los arbitrajes para los salarios de los braceros agrícolas, en el ahorro popular, imponiendo severamente el respeto de la ley y de la libertad de la contratación dentro de ella, se habría preparado una vida nueva a la Administración local, una base firme a la descentralización administrativa y una restauración de la idea de Gobierno y del principio de autoridad, hoy completamente perdidos.

Y todo esto, con ser muy difícil no es todavía lo más arriesgado y comprometido de la obra.

El país y la opinión están aún más apartados, indiferentes y remisos en todo cuanto se refiere a vida exterior y a relaciones internacionales: no han bastado las advertencias y escarmientos sufridos para que despierten de su pereza en el pensar y en el querer en tales materias.

Para el Sr. Sagasta esto no es problema: con no pensar en ello y reproducir la previsión del General que viendo desde la torre de una iglesia avanzar a los franceses contra las desordenadas huestes que tenía a sus órdenes, se limitaba a decir: «buena se va a armar», cree cumplida su misión. Entre tanto ¿para qué hacer escuadra, ni ejército, ni procurar inteligencias? Todo eso es difícil y expuesto a equivocaciones y compromisos graves y ocasionado a disgustar a unos, si se contenta a otros.

Y en verdad que no tiene por qué variar de criterio. El era Gobierno cuando vió venir la guerra más desigual, des-

atinada y estúpida que cabe imaginar, y su deber era prevenirla, eludirla a tiempo, antes de recibir el bofetón que la hiciera inevitable. Pero la opinión no estaba hecha: muchos decían que los héroes de Zaragoza y del 2 de Mayo dejaron dignos nietos y que los americanos no tenían más que dinero, pero no Generales, ni barcos ni marinos, y era preciso ir con la opinión hasta que ella se convenciera a palos. Contrariarla era exponerse a pasar por débil, arrastrar quizá la Monarquía al abismo; y de lo único que se ocupó es de que nos diéramos pronto por vencidos y no se prolongaran resistencias inútiles.

Ahora sucede algo análogo, aunque menos ejecutivo: a nadie se le oculta que por nuestra situación, estado interior e intereses en Africa y en el Mediterráneo, estamos en estudio; pero en España no hay opinión sobre política exterior; cualquiera inclinación que se adopte será censurada, cualquier sacrificio cuesta y es impopular, y si comprometidos en un lado viene por ahí una desgracia, es la deshonor y la ignominia eterna para el que lo impulsó. En cambio, si no haciendo nada viene el desastre, será la culpa del país y de la Providencia.

Y en verdad que no le faltan motivos al Sr. Sagasta o al que siga su camino para pensar que eso es lo más prudente, porque la consecuencia de haber dejado llegar el conflicto de Cuba, hasta aquella guerra imbécil con los Estados Unidos, fué perder todo el imperio colonial y gravar nuestra Hacienda con una deuda que representa el retroceso de un siglo en la vida económica del país, y acabar con el prestigio militar de nuestro nombre y concluir con los principios de nuestra escuadra y sacrificar oscuramente algunos már-

tires de su deber en aquella absurda aventura; pero a los dos años el Sr. Sagasta era tan Presidente del Consejo como antes y hacía Ministros, Diputados, Senadores y Directores como si tal cosa, y seguía siendo el jefe de partido más popular y prestigioso de cuantos ha habido en España.

Ese es el camino fácil, cómodo, popular para los jefes, para los partidos y para los poderes que han de sostenerlos.

El otro es el difícil, el comprometido, el que exige dirigir la corriente, contrariarla, no dejarse arrastrar por ella.

Estamos en vísperas de elegir, y bueno es pensar en lo que se elige y en lo que a cada uno obliga la elección que se haga.

F. SILVELA.

A los obreros malagueños

(Discurso pronunciado con ocasión de un certamen obrero,
el 22 de Agosto de 1902)(*)

Señoras y Señores:

Agradezco vivamente vuestra invitación; no os oculto que vengo con recelo de que receléis de mí: a los políticos se nos juzga como exclusivamente preocupados de llegar pronto y de cualquier manera al Gobierno; no podemos admirar nada, ni simpatizar con nada, ni escribir, ni hablar por simple amor a lo bueno o a lo verdadero, sin que se vea o se trate de descubrir si lo hacemos para acercarnos al Poder. Yo no vengo aquí a ocuparme de eso; acepto el concurrir porque entre todos los espectáculos humanos, ninguno hay que aventaje a estos, en que pobres y ricos, obreros y patronos se reúnen para descubrir esfuerzos de trabajo, y actos y vidas de virtud perdidos entre la multitud como violetas que se entresacan de entre el bosque y que

(*) EL CRONISTA, diario conservador, había convocado este certamen. Silvela pronunció su discurso ante compacto y heterogéneo concurso, que le aclamó calurosamente. Toda la segunda mitad está consagrada a justificar la necesidad de la fuerza coercitiva de las leyes, desarrollo de su mal entendido concepto sobre la necesidad del Mauser.

hacen pensar en cuántas florecieron olvidadas perfumando sólo las hojas que las ocultan. (*Grandes aplausos.*)

Ofrecéis, además, al observador un ejemplo que consuela y alienta; aquí están todas las representaciones del orden social: el rico, el pobre, el sacerdote, el soldado, la mujer, las clases medias, el capital, el trabajo, la ciencia, la aspiración a saber. ¿Es que os reunís para defender cada uno sus propias concupiscencias? Muy ciego será el que no vea cómo se despierta en el fondo de vuestra alma un deseo de llegar con el sacrificio algo más allá de su derecho en bien de la armonía y de la paz, un deseo ardiente de no ser opresor, ni tirano, ni exigente de lo indebido; el que no vea brillar ese sentimiento de la justicia en la mayoría de las conciencias humanas, es tan ciego como el que, alzando la vista al cielo, no viere en él el concierto de los astros y sus maravillosos destellos.

No es esta ocasión, ni puedo yo pretender desenvolver el problema social y sus soluciones; pero sí aprovecho gustoso esta ocasión de ver congregadas las más amplias representaciones de las fuerzas vivas de Málaga para trazar las líneas generales de su planteamiento, el criterio fundamental para la cuestión y algún extremo concreto de más interés y actualidad.

Dijo Gambetta que no había cuestión social, sino cuestiones sociales; muchos políticos le han seguido en esa afirmación: no lo creo así; para mí la cuestión social tiene una unidad fundamental, exige una unidad de método, y la diversidad de soluciones, según los casos y situación de los pueblos, de las industrias, no niega la unidad del principio, sino que lo aplica y lo desenvuelve según los particularis-

mos de raza, de región y de estado; es la aplicación del principio eterno de la variedad dentro de la unidad, condición de la belleza en el arte, de la regularidad en el progreso, de la libertad en el Estado, y de la vida individual y colectiva dentro de la nación. (*Aplausos.*)

El principio fundamental de la cuestión social es para mí la convicción y la fe en la armonía del mundo moral, fundada en leyes superhumanas de origen providencial, mediante las que la asociación de los hombres se funda en principios que ellos pueden perturbar y oscurecer; pero no alterar en su esencia, como son la sociabilidad, la propiedad, la familia, la libertad individual, la dignidad del trabajo.

El siglo pasado consagró preferentemente la atención y la voluntad de los pueblos a la cuestión política; el siglo presente convierte con evidente preferencia esa atención y esa voluntad a la cuestión social y se distinguen una de otra como en el mundo físico se distinguen las obras de la Naturaleza de los artificios humanos; no es menester acudir a lo grande: en la florecilla más menuda que vive y muere al borde de un camino, en la regularidad de sus evoluciones, regidas por una ley que se cumple sin un olvido en todas sus iguales, en todo el Universo, se descubre una grandeza superior al arco de Trajano o la torre Eiffel; y, del mismo modo, en el engranaje de las necesidades humanas, de sus luchas, mediante las que del mal y de la guerra nacen el bien y el progreso, y de los estímulos distribuidos en las ideas y en los sentidos se forman las familias y se conserva la especie, y se aumentan los capitales y se acercan las producciones al consumo, se advierte una misteriosa gran-

deza superior distinta de los más artificiosos y hábiles mecanismos de Monarquías y Repúblicas, Parlamentos y aristocracia, censos y sufragios compensados, muy ingeniosos, muy bellos, pero con la endeblez y el artificio de la obra humana, del arte y de la industria del artífice, incomparable con la grandeza de la obra primaria de Dios. (*Grandes aplausos.*)

Por eso no hay que temer que aquellos fundamentos de la cuestión social puedan destruirse; son obras de Dios y de la Naturaleza. Yo siempre he proclamado con fe que Dios defenderá su obra mejor que aristocracias y feudalismos y Monarquías tradicionales o parlamentarias han sabido defender las suyas.

¿Pero quiere esto decir que no hay que hacer nada? Lejos de eso, aunque los fundamentos sean eternos, Dios, al darnos la libertad moral, ha dejado un campo vastísimo en que ejercitarla, entregándolo a nuestras disputas y a nuestros errores o nuestros aciertos, luchas por la existencia, bienestar de clases enteras, guerras, discordias, ruinas, fieros males, como ha dejado en el orden material las tempestades al mar, los ciclones a los vientos, los terremotos y las erupciones a la tierra, y a eso se aplica la atención de los pueblos en el siglo xx y a ello debemos convertir preferentemente todos la nuestra, y aquí es el momento de detenerme para no abordar un problema demasiado vasto y señalar algunas condiciones concretas que debemos tener en cuenta para caminar con ventaja.

Una contra la que en primer término hay que prevenirse es contra la tentación de hacer de la cuestión social arma política, no en el sentido de que los políticos y los partidos

no se ocupen de ella, sino de que no se busquen en ella anzuelos para el mando, medios de atraer a los electores o de provocar aclamaciones de éstas o de las otras clases para lo cual es sabido que se buscan, no los que tengan más necesidad ni más razón, sino los que dispongan de más audacia y de mejor garganta para chillar más.

Toda solución social, relación de capital y de trabajo, de salario, de participación en la producción industrial o agrícola, es una cuestión técnica que se resuelve por factores económicos de elementos de producción, concurrencia nacional o extranjera, precio del capital y del transporte, etc., etc., y olvidar esos datos para que el Gobierno que resuelve, el legislador que vota, o el Diputado o el candidato que promete, o el jefe de partido o de agrupación que declara programas piense sólo en qué solución o qué promesa le va a dar más votos o más adeptos o más segura mayoría, es uno de los mayores crímenes políticos en quien lo hace y contra el cual debéis vigilar cuidadosamente todos los que formáis opinión, para anatematizarlo. (*Aplausos.*)

Desconfiad, pues, de todo el que haga de las cuestiones sociales programa especial de su personalidad o de su partido; esa es una cuestión de todos, en la que hay que buscar el acierto, el punto preciso del sacrificio del capital y del trabajo para llegar a la posible armonía, al máximum de producción, sin destrucción del capital moral y material que representa el obrero y sin privar de su legítima ganancia, para su útil acrecentamiento, al capital propiedad. Si a eso se sustituye el criterio de atraer electores, el acierto es imposible.

Ya es universal la convicción de que la libre concurren-

cia no resuelve, como se creía por los economistas de la llamada escuela ortodoxa, todas las cuestiones económicas; que hay algo jurídico que decretar para regular las relaciones del capital y el trabajo; que el obrero y su trabajo y su personalidad, no son factores mecánicos semejantes a los cilindros de las máquinas, a quienes se puede exigir el máximo de esfuerzo que puedan dar sin disgregar sus moléculas; que hay en ellos un alma que atender, que educar, un porvenir de vejez en el que pensar, y en la mujer y en el niño, debilidades y necesidades de tutela; pero el punto adonde la ley debe llegar es un estudio que, sujetándose a ese principio, pide examen de cada industria, gran elasticidad en la ley para evitar los inconvenientes de un principio rígido, que puede ser útil a unos y ruinoso para otros.

Entre estas leyes, las que regulan el trabajo de los obreros adultos parecen las más fáciles y son las más complejas. En Francia han reducido el trabajo en las industrias textiles a diez horas y media, y hoy no son los patronos, son los obreros, constituídos en los Sindicatos llamados amarillos, los que en un Congreso recientemente celebrado protestan contra la disminución excesiva de las horas de trabajo, porque la situación de algunas industrias se hace imposible.

Los errores en estas soluciones se pagan mucho más caros que las exageraciones de los programas políticos del siglo pasado: una mayor o menor extensión del sufragio, o de la milicia nacional, o de los reglamentos de las Cámaras, o el nombramiento de Alcaldes, que apasionaban a nuestros padres, no llevaban consigo grandes consecuencias materiales; pero sujetar a los obreros o a los patronos a condi-

ciones que maten una industria en una región o que favorezcan la concurrencia de otra comarca, de otro puerto, de otra nación, hacer de eso materia de programas electorales y de retórica para seducir incautos, es horrible. (*Aplausos*).

Otro punto sobre el que creo deber llamar vuestra atención, que es consecuencia del anterior, es la necesidad —para toda reforma social seria, progresiva, estudiada—, de un Gobierno fuerte; contra mí se ha vociferado mucho porque siempre he hablado de la fuerza, y se ha querido hacer creer que proclamaba como solución a los conflictos el Mauser; bien saben que yo, a estos principios del siglo xx, no soy tan ciego y tan insensato que crea que por la fuerza se resuelven la cuestión social y los problemas que suscita el advenimiento de las clases obreras a la vida pública; muy lejos de eso, yo creo que la fuerza aplaza, pero no suprime, las cuestiones; por lo que es necesario la fuerza y la persistencia en el Estado es porque, sólo ante un Estado fuerte, inmovible en sus cimientos, es como ricos y pobres, capitalistas y trabajadores, sienten claramente la conciencia de sus derechos y de sus deberes; la noción de lo justo se nubla en el hombre cuando se siente tirano o en potencia próxima de serlo, llámese Rey, o secta, o turba y tumulto.

Así se han hecho en Inglaterra las leyes más graves en orden a la reglamentación de la propiedad y del trabajo, porque se ha estudiado la necesidad; se ha buscado el medio de atenderlas en su justa medida; sabiendo los que la piden y los que la otorgan, que ninguna de ellas tiene fuerza para trastornar el Estado, ni para hacer de ningún programa desatinado o revolucionario banderas que sirvan en

poco ni en mucho para alcanzar el Poder ni para derribar lo existente. Cuando un país vive entre miedos de impopularidad o aprensiones de trastornos, o no hará nada, o hará disparates improvisados para conquistar aplausos de los que ni saben lo que aplauden: en ese sentido, y no en otro, es como yo he sostenido y sostengo que la fuerza del Estado es la primera condición para el progreso positivo y eficaz en la cuestión social, y que cuanto se haga por fortificarle y sostenerle en sólidos cimientos se hace por el bien del pueblo y de las clases trabajadoras. (*Grandes aplausos*).

Esa fuerza del Estado, una de las primeras cosas que debe garantizar es la organización de los trabajadores, y este es otro punto sobre el cual llamo vuestra atención, porque la opinión no está bien formada acerca de él. Temen los propietarios y los patronos, y no pocos conservadores ven con temor, la formación de Sindicatos obreros, y dentro de un Estado fuerte, eso, lejos de ser temible, debe desearse y favorecerse, dándoles verdaderas condiciones jurídicas y de responsabilidad legal, proporcionada a su libertad de acción; todo lo que es orgánico es base de vida, de fuerza, de progreso; el trabajo, organizándose, facilita sus relaciones con el capital y se pone más al abrigo de las explotaciones de la anarquía. La asociación secreta y misteriosa del obrero, que es ya inevitable, favorece la obra de los que explotan su credulidad y se hacen rentas con sus contribuciones semanales; la asociación jurídica del Sindicato permitirá que él conozca mejor a sus intereses, que tenga a su frente quien responda de las intransigencias y de los compromisos que se contraigan; que se pueda tratar

y discutir datos y demostrar lo que haya de posible o de imposible en las exigencias de una huelga. Son, en la edad moderna, dos fuerzas con conciencia de sus derechos, el capital y el trabajo; son clases que han nacido a la vida de derecho y a la dirección de las sociedades, las obreras; estos son hechos de naturaleza social evidente, incontrastable; lo prudente, lo necesario, es que en ambos lados se creen organismos; los Sindicatos de obreros, cuanto mejor y más pública y más fuerte sea su organización y más jurídica su manera de ser, más facilitarán la obra de armonía entre el capital y el trabajo, siempre que se sepa que no pueden ser instrumento, en manos de perturbadores, para producir desórdenes que pongan en el menor riesgo la seguridad del Estado y la tranquilidad pública.

Y para concluir, sobre las disposiciones coercitivas de las leyes, ¿cómo es posible que haya alguien tan ciego que, pensando en las grandes dificultades de la cuestión social, no sólo no busque, sino que rechace con saña y como enemigas las ideas de paz moral, de religión, de amor, que la idea cristiana contiene como ninguna otra y derramó por el mundo, suavizando las relaciones del capital y del trabajo en aquel conflicto tremendo que representaba para el mundo antiguo la supresión del esclavo? (*Aplausos*)

Así se explica que los fisiócratas y economistas materialistas, que creían al principio y a los medios del siglo xix resolverlo todo por la libertad y por la concurrencia, no necesitaran para su sistema del amor de Dios ni del prójimo; pero cuando esa ilusión se desvaneció y cuando se reconoce, no ya por el cristiano, sino por el hombre de Estado, que el trabajador es un alma que sufre, al que hay que res-

petar en su personalidad, su vida, su instrucción, su retiro en la vejez; cuando no ignora que después de reconocerle esos derechos, el hacerlos efectivos es obra tan difícil, tan lenta, tan deficiente, que pide tantas esperas y luchará con tantas amarguras y tantas decepciones, que se toman por burlas y que engendran la desesperación en espíritus que, imperfectamente iluminados, ni tienen la seguridad que da la plena luz, ni la atonía y la quietud que daban las antiguas tinieblas, ¿es posible que se reniegue del soberano auxilio que dan la fe y la caridad y todo lo que representa una religión de amor, de sacrificio, de esperanza en otra vida, donde algo se recogerá de lo que aquí se padece?

Ella sola se bastaría para resolver la cuestión social si imperara en todos los corazones; porque no impera, acudimos a las leyes, y a la vigilancia, y a las inspecciones del Estado; pero no creo que haya en la Historia una contradicción de principios más enorme que la de aquellos que, preocupándose de las dificultades y de los remedios de la cuestión social y de mejorar la vida de las clases obreras, quieren arrojar de la conciencia de todos a Dios, fuente de amor, de caridad, de resignación y de ideal, que son elementos los más útiles para favorecer la armonía que se persigue en las sociedades humanas por el concierto de los derechos y la transacción equitativa de los intereses. (*Grandes aplausos.*)

II

Silvela, retirado (1903-1905)

CONTIENE:

- 1.º *Nota preliminar.*
- 2.º *Testamento político de Silvela.*
- 3.º *Por qué no firmó el Tratado de 1902.*
- 4.º *La enseñanza obrera.*
- 5.º *El último discurso: Homenaje a Echegaray.*
- 6.º *Las corridas de toros en domingo.*

(Para la paginación, véase el índice general.)

Nota preliminar

De la dimisión de Julio a la retirada de Septiembre media, aparentemente, un par de meses; pero, en la realidad, ambas resoluciones fueron simultáneas dentro del espíritu de Silvela. Casi pudiéramos decir, aunque suene a despropósito, que antes vino para él Septiembre que Julio.

La decisión de abandonar la vida pública, desengañado a un tiempo mismo de que surgiera en el país, como por autogénesis, un consciente y perseverante patriotismo, o de que a falta del fenómeno interno produjera análogo efecto la acción de un fuerte y sano instrumento político, capaz de inyectar en el empobrecido organismo energías, ilusiones, conciencia colectiva del interés nacional, venía laborando en su pensamiento —públicamente lo declaró más tarde en las Cortes— desde mucho antes de la mayoría del Rey. Complejos requerimientos del deber, llamaradas fugaces de esperanza, hiciéronle dilatar la realización del propósito de confesar ante la nación su absoluta renuncia a seguir participando en nada que significara curaduría de los negocios públicos, y aun a veces tentaron levemente de disuadirle de su intención. Pero la voluntad de hacerlo —voluntad en la que se habían consolidado y enquistado progresivamente añejas aprensiones de la ineficacia de su esfuerzo e intermitentes nostalgias de quietud y reposo— persistía siempre en alerta de la ocasión suspirada. Y cuando la crisis de Julio, mejor dicho, todo lo ocurrido en la crisis, antes de la crisis y después de la crisis, le confirmó en la exactitud de sus aprensiones y le persuadió de su desmayo para sobreponerse al

último fracaso de sus ensueños, concentró todos los esfuerzos de aquella su fatigada pero aún potente voluntad en la inquebrantable, incommovible, férrea determinación de cortar para siempre todo contacto con una posible veleidad de querer volver a gobernar a España. Y se dispuso a dar el muy pensado paso, cuando creyera que podía darlo.

No hizo, pues, ostentoso alarde de su decisión. Vedábaselo, sobre todo, su temperamento, poco dado a aposturas heroicas y ademanes trágicos. Pero, además, múltiples consideraciones gravitaban sobre su deber aconsejándole no precipitar una revelación cuya urgencia a nada ni a nadie aprovechaba. Seguía él reputando conveniente al interés nacional la permanencia en el Gobierno del partido conservador, y ya sufría éste bastante con su salida de la Presidencia del Consejo; no tenía Silvela deseo ninguno de acentuar ese quebranto con la agravante de la dejación de su jefatura. Por otra parte, el necio rumor de que la crisis se había tramitado a gusto e impulsos del Monarca, rumor que, como sabemos, hasta la puso el calificativo de *oriental* y que incluso en periódicos dinásticos emparejó el suceso con el recuerdo de otros inexplicados cambios de Gobierno en reinados antiguos (*), aconsejaba a su lealtad no dar aire con una inmediata retirada a la maligna invención, que interpretaría el paso como despechada respuesta a una repulsa que no existió (**). Y fué, sin duda, también parte en el aplazamiento de

(*) *El Correo* dijo: "Recuerda esta crisis algunas semejantes de los días de la Reina Isabel". Y *Heraldo de Madrid* habló de que parecía que "había el propósito de demostrar que en España no existía más poder que el de la voluntad regia" y de que los cambios de Gobierno obedecían a "los vientos que corren en esferas que no son las estrictamente constitucionales y responsables".

(**) La patraña corrió tan acreditada que, todavía medio año después, en 14 de Noviembre, tuvo Silvela que acudir a desmentir un artículo de Mellado, en el que se recogía la especie de que la verdadera causa de la retirada fué que el Soberano fijó a Silvela el mes de Octubre como límite de su Gobierno. Y lo hizo en estos términos:

la exteriorización de su íntimo acuerdo la contemplación del conjunto de la política española. Mientras los liberales, decapitados por la muerte de Sagasta, parecían prontos a desmenuzarse en tantas mesnadas como *ricos hombres* había (Montero Ríos, Moret, Vega Armijo, López Domínguez...), los conservadores, bajo la dirección presidencial de Villaverde, creyeránla o no adventicia, tendían aparentemente a la cohesión, pues aunque los amigos de Maura hacían frecuente demostración de su independiente criterio, el jefe imponía correctísima actitud en la conducta; y al propio tiempo, los tetuanistas, dando un Ministro a Pozo Rubio (*), Romero Robledo en vías de ser candidato para sustituirle en la presidencia del Congreso, aun los elementos más típicamente políticos de la ya solamente insepulta Unión Nacional haciéndose representar por Alba en la Subsecretaría del jefe

"Pero ¿quién le cuenta a usted (si de usted es el artículo) —preguntaba— tales patrañas sin verdad, sin verosimilitud y sin gracia? Si no fuera de usted no le habría hecho caso alguno al asunto, como no lo he hecho a tantos otros, pero no me resigno a que usted crea y propale cosa tan injusta y que puede torcer el juicio de muchos acerca del Rey con tanta sinrazón. Lo que dije del Rey es la pura verdad; hizo cuanto humanamente se podía hacer para que no me fuera, me ofreció la libertad más absoluta para formar un Ministerio; hasta sometió su autoridad a mortificación grave llamándome tres veces para convencerme; y después de eso, me duele que persona como usted se deje arrastrar a juicios tan injustos y los extienda."

"Yo me he ido —continuaba— porque no tengo estómago ni paciencia suficientes para gobernar con españoles. Lo he dicho claro varias veces y parece imposible que cosa tan clara no se crea bastante razón por hombres de algún paladar moral y un tanto conocedores de nuestro estado de decadencia irremediable en el orden político. Me explico que quien halle bastante-satisfacción en ser jefe de partido, y Presidente, y en el saludo de los alabarderos, y aun en las sonrisas de las damas de guardia, quiera seguir siéndolo aunque se le desbarate entre las manos una concentración y ciento. Pero el que no se contenta con esas cosas y ve claramente que está condenado a impotencia irremediable para todo lo que sea fuerza y Gobierno formal y duradero ¿no es natural que los envíe a todos a paseo y se deje ir a sus gustos, a sus intereses y a sus aficiones?"

(*) D. Francisco Santos Guzmán.

del Gobierno, venían a robustecer en cierto modo —por lo menos, cuantitativamente— la única organización que estaba en condiciones de ser útil al país desde los consejos de la Corona. Cualquier impaciencia de Silvela en satisfacer su deseo personal, sobre estar en pugna con el que siempre mostró en pro de que las fuerzas socialmente conservadoras constituyeran un potente resorte político para regir la gobernación del Estado, hubiérase puesto a cargo de su exclusivista egoísmo, de su legendaria frialdad, cuando no de su redomada intención.

Se limitó, pues, en Julio a dimitir el puesto de primer Ministro, recatando el designio de no volver a serlo. Mas no podría la reserva durar mucho. Conocían su desaliento, y aun su aspiración, allegados y confidentes; la menos exquisita sensibilidad percibía en menudos detalles otras tantas ocasiones de disparidad disimulada entre el íntimo sentir del jefe titular del partido y el criterio en acción de muchos de sus adeptos; precedentes de larga fecha abonaban, para base más sólida de la sospecha, su propensión a abdicar; y desde el mismo día de la crisis perdigueros y lebreles de la noticia venteaban, con su indisputable bien desarrollado instinto, pieza próxima. Además, las Cortes habrían de reunirse pronto para preparar el presupuesto de 1904 y examinar el célebre proyecto encaminado a sanear *la peseta enferma*; y a nada conduciría que en los escaños se sentase la figura de D. Francisco Silvela ocupando el puesto de *leader* de la mayoría si ya no había en su ánimo la volición dinámica inseparable del ejercicio eficaz del mando. Era, por tanto, obra de semanas no más lo que había de transcurrir hasta el instante de dar publicidad al tan acariciado conato. Y, en efecto, aún no había regresado a Madrid de un viaje que, durante Agosto y Septiembre, hizo por el Rhin —con cura de aguas en Carlsbad y breve estancia en París—, cuando ya EL CORREO, EL IMPARCIAL (*) y otros periódicos, reflejando impresiones transmitidas

(*) *El Correo*, con referencia a persona que parecía conocer el pensamiento del Sr. Silvela, había anunciado que éste al volver a Madrid

desde el famoso hervidero bohemio a los hervideros madrileños, anticiparon como un rumor la inmediación del suceso. Este no se hizo esperar; Morote había salido al paso de Silvela; entre Burdeos y la frontera le sometió a un interrogatorio; y el 19 de Septiembre, veinticuatro horas después de regresar el interrogado, HERALDO DE MADRID publicaba, bajo un epígrafe de enormes mayúsculas, el *Testamento político de Silvela*, que insertamos en cabeza de esta Sección tal como apareció, pues aunque evidentemente la redacción del mismo fué del improvisado *notario*, el *testador* no sólo no rectificó ninguna cláusula sino que se refirió frecuentemente a esta entrevista como a fiel reproducción de sus últimas voluntades.

Excusado es decir que, aun no siendo la estación propicia, la dispersión propia de “las imperiosas vacaciones del estío” no fué bastante disolvente para diluir en indiferencia el notición. Como tema de conversación, era bastante socorrido. Durante días y aun quincenas no se habló de otra cosa entre políti-

abrirla su bufete y, como esto era señal de que había cesado la que él consideraba incompatibilidad moral entre el ejercicio de la profesión y la jefatura del partido, la consecuencia era lógica: Silvela se retiraba. ¿Por qué? “La verdadera causa de su actitud —decía el incógnito comunicante— la ha ocultado a todos. Correctísimo siempre, achaca exclusivamente a sí propio sus dos fracasos. Según me ha referido persona merecedora de crédito, a un amigo que le hablaba de su pronta vuelta al Poder, le contestó: —Me encuentro en el caso de aquel estudiante andaluz que, examinándose de Matemáticas, sacó dos bolas sin contestar una sola palabra; y habiéndole invitado uno de los jueces a que sacase la tercera, dijo: De Matemáticas, tengo ya bastante. Ahora, si quieren ustedes algo para Utre-
ra, les serviré con mucho gusto.”

El Imparcial, ante los anuncios de retirada, quiso contrastarlos con Villaverde. El Presidente del Consejo manifestó que no los creía. “El señor Silvela es —añadió— el indiscutible jefe del partido conservador, y sólo por circunstancias muy accidentales, no lo es del Gobierno... Me consta que Su Majestad insistió mucho cerca de dicho señor, y fueron precisas las rotundas negativas del Sr. Silvela para que yo aceptase misión tan penosa y de tanta responsabilidad; pero esto no quería decir en modo alguno que yo dejase de reconocer como jefe del partido a D. Francisco Silvela.”

cos y *politicoides*; pero... nada más; fuera del chismorreco colectivo y del interesado análisis de las consecuencias del acontecimiento, el mundo político se limitó a fingir que reprimía algún que otro sollozo y a esbozar tal cual aislado *puchero* al acordar dar de baja en sus libros a Silvela. Así, pues, cuando al mes siguiente una augusta personalidad se lamentaba de su retirada y afablemente le inculpaba por ella, pudo Silvela tranquilizarla mostrando, entre melancólico y plácidamente satisfecho, una diminuta estadística demostrativa de que su eliminación no representaba perturbación alguna. ¡Sólo había recibido 128 cartas condoliéndose de su desaparición de la escena política! De ellas, 43 las suscribían amigos particulares; los Senadores y Diputados que le escribieron no pasaron de 26; y entre todos sus correligionarios de España no hubo más que 59 que considerasen del caso enviarle dos letras. Mas ello, que hacía sonreír a Silvela, le corroboraba en lo acertado de su decisión, con lo cual pareciale haberse quitado un gran peso de encima. Interpretara y calificara cada cual como quisiere el acto suyo. Pero él sabía que había cumplido con un deber elemental no reteniendo una jefatura para la cual se sentía sin condiciones, sin estímulo y sin ambiente. Y así, cuando arrojado el lastre abrumador, pudo desdoblar su espíritu y contemplar en él los efectos de su resolución, escribió como síntesis de su autoinspección, en sus anotaciones diarias, la siguiente frase: "Mi propia impresión es de una satisfacción y un alivio extraordinarios".

Todavía, sin embargo, le faltaba formalizar ante la representación nacional su renuncia. Era evidente que, al reanudarse las sesiones, habría en las Cortes el rutinario debate sobre la crisis; y en él no podía faltar su testimonio, que sería a la vez su despedida de la vida pública. Cual puede suponerse, al empezar la memorable tarde del 24 de Octubre de 1903, en que había de hablar para alusiones, la Cámara popular estaba de bote en bote: era *día de moda*, y abonados y abonadas hicieron *cola* para ocupar sus sitios. Silencio profundo se produjo al levantarse el orador, en cuya voz un tenue y desacostumbrado dejo de emoción

velaba suavemente los agudos característicos de su locución. No habló mucho, pero habló clarísimo. Volvió a recabar para sí la absoluta responsabilidad de su salida del Gobierno, defendiendo cálidamente al Monarca contra las acusaciones de Azcárate, y reconoció que su dimisión no la quería el partido, no la quería el Parlamento, no la quería el Rey, no la querían los adversarios, pero la quiso él desde el momento en que se convenció de que ya no podía representar a la conjunción que había formado para realizar un programa. Dimitió, pues, dijo, no por un acto de modestia, sino por todo lo contrario. "Es que a mí no me satisface ser Presidente del Consejo de Ministros; no lo estimo como finalidad suficiente para compensar los sacrificios que esto para mí representa. Para mí, eso es un medio de realizar cosas más grandes, más elevadas, de satisfacer mayores ambiciones (*Grandes aplausos en la mayoría.*), y cuando me convenzo de que no las puedo realizar, de que yo no puedo dejar con mi acción una honda huella en lo que yo creo progreso y adelanto de mi país, me retiro."

Quedábale luego la explicación de su repudio de la cosa pública. Para ello, remontóse a los luctuosos días en que escribió su artículo *Sin pulso*, esbozó las esperanzas que le alentaron de que aquel decaimiento se remediaría en reacción contra el desastre, evocó la labor restauradora de su primer Gobierno; su desencanto, al advertir que no lograba a pesar de ello, para su patria, aquellos grandes beneficios que se obtienen de la gobernación enérgica y de los grandes caracteres; su frustrada resolución de abandonar la política tan luego como Don Alfonso hubiera jurado; por qué creyó que debía recobrar el Poder ("si yo me hubiera retirado entonces, nadie hubiera dudado de que había sido la musa inspiradora de esa que parecía mi abnegación, una malísima pasión de despecho, de decepción, algo que yo aparté de mi mente como un mal pensamiento"); y cómo, en fin, se sumó a los elementos de Maura "sanos en su constitución, generosos en sus aspiraciones, probados en el sacrificio". Si subió al Gobierno de nuevo fué —insistió— porque confiaba en plantear

una transcendental reforma de la Administración local, en realizar obra útil en Hacienda, en Defensa nacional, resistiendo vigorosamente los inconvenientes y saltando por encima de las minucias". "En una palabra —resumió—, esperando hacer cosas grandes, porque las cosas grandes no se hacen sino cuando se pueden menospreciar las pequeñas" (*).

La atención creciente de la mayoría rompió, al llegar a este párrafo, en repetidas salvas de aplausos. Mas a partir de aquí, todas las negruras del desconsuelo patriótico afluyeron a los labios del orador, vertiendo sobre la abrumada Cámara y sobre el país entero torrentes de implícitas censuras y profecías de duelo que, entonces, se juzgaron *retórica triste* (**) y despiadada diatriba, pero que ahora relee con sonrojo de remordimiento nuestra posterior malaventura. "Hoy por hoy —exclamaba— el país no quiere escuadra, no quiere Ejército, no quiere instrucción pública... El país no se interesa sino por las reformas materiales, no se apasiona sino por los adelantos de la agricultura, de la industria, del comercio y de las obras públicas. Esta es la realidad, y quizá tenga razón; pero yo, por mi parte, para hallarme al frente de los negocios públicos, necesitaba que el país quisiera Ejército, quisiera Armada, quisiera política exterior como debe quererse; es decir, sin asustarse de los riesgos que esa política puede llevar consigo, y no creyendo que es política exterior estar igualmente bien con todo el mundo, que es lo único que desea el país para permanecer él tranquilo". La catilinaria severa, franca,

(*) La víspera de este discurso escribía al Sr. Milá y Pi, en carta no destinada a la publicidad, conceptos análogos: "Me he rendido en la lucha; la convicción de que los sacrificios que representaba para mí el mantener mi situación no podían ser compensados con la esperanza de hacer nada grande ni duradero; el verme irremisiblemente condenado, después del fracaso de la unión con Maura y Villaverde, a una brega de personalidades y de pequeñas ambiciones, evidentemente estéril, creando situaciones efímeras, sin tiempo para nada que valga la pena, me ha desalentado en términos de no poder dar un paso más".

(**) Título de un *fondo* de *El Imparcial*.

caía en la Cámara y en las tribunas como lluvia de hirviente plomo; dentro del salón, y fuera de él, eran muy pocos los que no se sentían, como en el verso de Campoamor,

dentro de su pecho, ahorcados,

y un silencio, como el del reo ante el fiscal, sucedía a los clamorosos aplausos de antes. Mas ya el orador, cumplido cívicamente su deber, no tenía que hacer sino despedirse. Y lo hizo en una última apelación, la postrera que había de formular ante el Parlamento, teatro de sus triunfos durante tantos años: "Señores Diputados, tenéis delante de vosotros a un hombre que ha perdido la fe, que ha perdido la esperanza... Lo único que yo he de pedir es que quede en vosotros algo de la otra virtud, la caridad... Perdonadme la única culpa de la que me considero un tanto pecador; la de haber tardado demasiado tiempo en hacer estas declaraciones ante mi país y en amoldar mi conducta a esta resolución dedicando mis esfuerzos en lo futuro a tareas menos empeñadas y menos difíciles para mí que la de gobernar a España". Los taquígrafos consignan a continuación que el Congreso dió su adiós al orador con *prolongados y grandes aplausos*. Pero la Cámara continuó su labor, es decir, continuó discutiendo si debía o no caer el Gobierno: esto era lo que verdaderamente interesaba. Del discurso de Silvela sólo se utilizó lo que pudiera dar pie a los enredos políticos del momento. Lo demás ¡qué importaba! Para unos, había hablado un iluso; para otros, todavía, un despechado; para sus desconocedores, un egoísta; para muchos, un señor cuya eliminación permitía "correr las escalas"; para muy pocos, un viejo y perspicaz piloto a quien podrían habersele *quebrado las fuerzas* para seguir empuñando el gobernalle, pero en cuya voz, ciencia y experiencia de consuno ponían consejo para sacar a flote la embarrancada nave, previsiones para evitar el naufragio, rumbos de ideal hacia un luminoso derrotero en demanda de gloria.

Y ese fué el norte de la última labor social de su vida; exal-

tar el ideal, proclamar la necesidad de un nexo espiritual para toda colectividad humana; persuadir a oyentes y lectores de que ni pueblos ni individuos cumplen su misión providencial reduciendo su horizonte a los míseros contornos de la necesidad cotidiana y del bien individual. El hombre frío, el tachado de escéptico, el de la mordacidad ática, el de la aleve daga, el de la sonrisa volteriana, si alguna vez existió, ya no existía. En su lugar, cual si adivinase que ese era su postrer deber junto a una tumba que, desde que cumplió los fatídicos sesenta años, veía siempre abierta a sus pies, surgía ante los admiradores que le escuchaban, ante los fieles que le seguían, el predicador —más o menos ardiente, porque acaso su idiosincrasia no se acomodaba en un todo con sus convicciones, pero positivamente sincero— del *quid divinum* que ha de ser motor de toda noble acción humana, de la espiritualidad que forja las potentes entrañas de una raza, del castigo de disolución y podredumbre reservado a cuantos seres y colectividades se aislan de la cálida luz del más allá. Léanse, en comprobación de este aserto, cuantos trabajos, los únicos del crepúsculo de su vida, cierran el presente tomo.

Si en el *Testamento político* exhala doloridos lamentos ante la indiferencia con que el pueblo español acoge los planes de reconstrucción naval “exigencia de vida o muerte pára la patria” y que, a su juicio, debieran formularse en la conciencia social española con el imperativo categórico de un problema nacional, en su carta a Almodóvar le oiremos suspirar porque se despierten en España “anhelos de expansión, espíritu de sacrificio, ansias por una patria más grande”. Ante los obreros del Fomento, propugnará la educación del sentimiento como base de toda enseñanza obrera y predicará el afecto, el cariño recíproco de capitalistas y trabajadores, “sin el cual haréis de la existencia social un infierno abreviado”. Le veremos sumarse al homenaje a Echegaray, en un himno de amor a las bellezas de sus obras y de admiración al genio, compenetrándose con el sentido esotérico de la festividad, en la que él percibía ante todo “una exaltación de la pasión y de la vida”. Sobrepo-

niéndose a la sequedad propia del lenguaje burocrático, le escucharemos anatematizar en el Consejo de Estado, al votar contra el restablecimiento de las corridas de toros en domingo, la inconsciencia de un Gobierno que “alterando una ley, promulgada con intenciones educadoras y determinados ideales de cultura” se lanza alegremente a favorecer un espectáculo “el más regresivo y el menos educador de cuantos hoy se ofrecen”. Y, por último, a través de todo su estudio de las ideas éticas, relucirá como hilván de oro el propósito inicial, enunciado en la primera conferencia, de hacer patentes “la realidad de las fuerzas espirituales y del verdadero positivismo del alma”, así como “la necesidad, para no desnaturalizar al hombre, de ponerle en contacto con lo sobrenatural”.

Claro está que, si este era el Silvela que él quería ser, no era así el Silvela que las gentes querían que fuese. Tradición y realidades lo impedían. De buena fe, creía él haber abandonado la política, pero la política, y principalmente la conservadora, no se decidía a abandonarlo por completo; y esto no porque se regocijara con la perspectiva de reconquistarle, sino porque precisamente su abstención era garantía de la imparcialidad o desinterés de su consejo, y la autoridad de su dictamen reforzaba la de aquel que lo obtenía con muchísima mayor eficiencia que cuando era jefe efectivo de la mayoría que políticamente le sobrevivió. Consejero áulico, árbitro, mediador, según los casos, a él acudían con pleitos o querellas, desde los primates, Villaverde, Maura, Dato, Pidal, Romero Robledo (el cual en los últimos tiempos estrechó con Silvela, retirado, los lazos de la antigua amistad personal que las diferencias políticas entibiaron con Silvela, activo), hasta los pretendientes de cargos que allá iban en alzada de desaires o en pedimento de mercedes. Humorísticamente, se llamó al despacho de la calle de Lista *el Tribunal Supremo*. Mas no era esto sólo; era también que, persiguiéndole su sino, hasta en ocasiones en que ni por asomos pensaba en travesuras de tal género, habrían de atribuirse a lo que él denominó “sus cuartas o quintas intenciones” las más remotas y maquia-

vélicas perfidias. Rara vez hablaba en público sin que los comentaristas, pasándose de listos, dejaran de percibir en sus acentos el retintín de la alusión que zahiere y la ironía que mortifica. Y así, cuando Maura ingresó en la Academia Española (*), y al contestarle D. Francisco habló de que los gobernantes contemporáneos parecen “gestores oficiosos de un negocio abandonado por su legítimo dueño” y añadió, generalizando, que a pesar suyo causan por eso siempre “una impresión de interinidad y endeblez que hiere mortalmente sus energías y las reduce a vivir al día”, los concurrentes dábanse unos a otros con el codo, diciéndose maliciosamente: —Eso va por Villaverde—; y, en cambio, cuando, un año más tarde, leía él su discurso de recepción en la Academia de Bellas Artes (**), bastó que se doliera de “la ausencia de interés por la sombra de los árboles” y de “la facilidad para trocar sin duelo los jardines en calles y plazuelas”, para que guiñaran el izquierdo no pocos de los pícaros del auditorio, segurísimos de que tales censuras eran un botonazo a Maura y una crítica a la desaparición, en su tiempo, de los Jardines del Buen Retiro; y del propio modo cuando, tras ponderar las bellezas del arte oratorio, opinó como de pasada que la impresión de superioridad que un gran orador causa suele ser “ajena a todo análisis de razón y a todo peso y medida de la verdad práctica”, frotáronse las manos regocijados algunos especta-

(*) 29 de Noviembre de 1903.

(**) Fué el 20 de Noviembre de 1904. El discurso, contestado por don Amós Salvador, versó sobre la “Influencia del arte en los movimientos sociales”. Con ocasión de él escribió Gómez Baquero en una “Crónica literaria” que *España Moderna* publicó en su número de Enero de 1905, lo siguiente: “Uno de los poquísimos gestos bellos, una de las raras actitudes artísticas que se han visto en nuestra política de los días actuales, que por lo general se hace la ropa en la calle de Toledo, o por los alrededores, fué el de D. Francisco Silvela al renunciar jefaturas presentes y presidencias futuras... Aunque no hubiera hecho otra cosa de gusto en su vida, creo yo que bastaría ésta para justificar la entrada del Sr. Silvela en la Academia de Bellas Artes”.

dores antimaauristas, diciéndose sentenciosamente al oído: —Eso va con D. Antonio.

Dejaba Silvela libre el comentario y no rectificaba jamás. Su resolución de olvidarse de los bastidores del escenario político (a la contemplación, análisis y aun indirecta colaboración en los grandes temas nacionales no renunció nunca) (*) era inmutable. Por ello, cuando al terminar el año 1903 los socios del Círculo Conservador, presididos por D. José de Cárdenas, fueron a sa-

(*) Una de las grandes preocupaciones, primero, y de las satisfacciones que tuvo luego en su retiro fué el éxito del primer viaje del Rey a Barcelona. Días antes de emprenderlo en compañía de Maura, escribía Silvela a Milá y Pi: "La recepción del Rey confío ha de ser un éxito y, aun cuando hubiera alguna nota discordante, seguramente sería ahogada por la impresión general. El Rey tiene simpatía comunicativa, excelentes inclinaciones que se revelan en su rostro, tiene de su parte (como dice usted muy bien) el elemento femenino, de gran importancia en los movimientos de las turbas, y sólo naturalezas muy agriadas o fanáticas, que siempre están en minoría, pueden dejar de seguir los naturales impulsos de la cortesía y la hospitalidad para un joven que va ahí a cumplir un deber elemental de Soberano de un país libre moderno; Maura lleva, además, legítimos prestigios; ha realizado una campaña admirable, en fuerza de talento, de elocuencia y de intención honrada y desinteresada por el bien; ha debido su elevación a los procedimientos más nobles y leales, no sólo para conmigo, sino para todos; y después de haber llegado sin intrigas y sin impacencias ni deseos, ha justificado su fortuna luchando con una fortuna y una abnegación de sus intereses personales, evidentes y notorias para todos". Y tan pronto tuvo noticia de la brillante recepción, le telegrafió: "Felicitación cumplidísima a Barcelona y a toda España por el entusiasta recibimiento tributado a S. M. Es un honor para todos haber borrado duda tan amarga".

Al propio Maura escribió, con tal motivo, una carta, de la que son los párrafos siguientes: "Desde aquí parece que todo ha salido maravillosamente, pero la suma de ratos de inquietud amarga que sobre usted se han acumulado sólo lo podemos apreciar quienes en circunstancias menos arriesgadas hemos piloteado viajes semejantes. Usted ha salido de esta difícil prueba agigantado, y el Rey y la corte no creo desconozcan lo que le deben; y, lo que aún importa más, se ha roto la barrera de zarzas y espinos que nos separaba de Cataluña, y el país lo siente a despecho de todas las miserias de la política menuda".

ludarle y lamentarse de su abdicación, pudo, sin inconsecuencia con la actitud adoptada, ensalzar las virtudes colectivas del partido, exhortarle a la unión, proclamar que la existencia del mismo era indispensable a la Monarquía, decir de ésta que es una “institución salvadora de nuestra nacionalidad, gloria de nuestra historia y garantía de nuestro porvenir”, pero adelantándose a un ruego que sentía latir en el saludo de sus correligionarios, añadió sonriente que, por lo demás, no cabía engañarse: “esto es un duelo —dijo— que en vez de despedirse en el cementerio, se despide en la biblioteca”. Y en ella, deleitosamente, se refugió a leer, a trabajar, paladeando como golosina el dulzor de su recuperada independencia. Alternaban en su labor, con la del nuevamente abierto bufete, los trabajos literarios e históricos. Varios de ellos componen esta Sección. Infelizmente, otros como, por ejemplo, una conferencia que dió en los Luises acerca de *La Latina* (*), no han podido reproducirse por haberse

(*) Cuando el compilador, para que le sirvieran de base en otro trabajo suyo, deseó hacerse con los datos que de esta conferencia pudieran hallarse, no logró la familia dar con ellos. Algún tiempo después parecieron trasapeladas unas papeletas, cuyo contenido indica que sirvieron de guía al conferenciante los artículos publicados en la *Semana Católica* por el Sr. Fernández Montaña acerca de la ilustre consejera de la Reina Católica, y unas incompletas cuartillas del preámbulo o exordio.

Por ellas se deduce que, antes de entrar a tratar concretamente de D.^a Beatriz Galindo, trazó a grandes rasgos el cuadro de grandeza de la corte de Isabel I, y sin duda justificó el glorioso recuerdo en este párrafo, único que aparece íntegro en sus apuntes: “Nunca he acertado a explicarme de modo satisfactorio cómo un psicólogo tan profundo del dolor, un alma tan enamorada de las sublimes emociones del puro espíritu, cual fué el Dante, pudo escribir el famoso pensamiento: *ningún mayor dolor que recordarse del tiempo feliz en la miseria*. Sin duda es gran dolor el recuerdo de días felices cuando uno mismo ha roto su felicidad y no puede resucitarla, cuando hemos quebrantado por una mala pasión un alma amante, o cuando hemos dejado perder una felicidad duradera y cierta por la fiebre de un momento o la ilusión de una desatinada y loca aventura. Mas si la miseria en que caímos es debida a culpa ajena o a

extraviado apuntes y cuartillas. Pero, realizando lo que anunció desde el primer día, la más intensa y consecuente de sus lecturas fué la que consagró a preparar la *Historia de las ideas éticas en España*. Constituía ello solaz de su espíritu; adquirió, para estar al tanto del movimiento filosófico-histórico, profusión de libros contemporáneos; exhumó las viejas obras de los místicos que de antaño se empolvaban en sus estantes, relejó sus clásicos favoritos y, una vez bien pertrechado de antecedentes, se consagró con ardor juvenil al desarrollo de su plan.

Cuando ni mediado estaba éste, se truncó, con su vida, súbitamente. Un día, vencida más de la mitad de Mayo de 1905,

decreto de la Providencia, volver la vista a los días felices es un consuelo dulcísimo; y en el abandono, la imagen del amor perdido que nos arrebató la muerte o la de la patria lejana, de la que nos arrancó una injusta proscripción, son una felicidad tibia, pálida, que ilumina el alma como la luz de la luna, luz que no nos acalora ni nos fortifica, pero que baña el espíritu en una melancolía suavísima, dejándonos gozar de un horizonte en el que los detalles de los objetos se pierden, pero sus líneas parecen más puras, más espirituales y más grandes. Así, en estos días que atraviesa España, de tristezas y quebrantos, es consuelo y alivio a los males presentes, la dulce y grata visión de aquellos otros”.

Después del exordio, y de ese preliminar cuadro de conjunto, en el cual, a juzgar por las sumarísimas indicaciones conservadas, debieron destacarse, en torno a los Reyes, las figuras de Cisneros, de Colón, los Pinzones, Hernando de Pulgar, el Marqués de Cádiz, el Gran Capitán, Medinasidonia, Tendilla, Pedro Mártir, Marineo Sículo, etc., entró sin duda a tratar de *La Latina*, a quien llamó Ministro de Instrucción pública de la Reina Isabel y cuya vida refirió relatando los muy concisos pormenores que, en realidad, sabíanse de ella. Pero ni en los papeles hallados ni en las reseñas de los periódicos (*El Universo* fué el que mayor atención la consagró) hay datos bastantes para hacer un resumen suficiente de la conferencia. Esta la dió el 6 de Marzo de 1904 en el Salón de fiestas del Círculo-Patronato de San Luis Gonzaga, ocupando con él los sillones del estrado el Nuncio de S. S., el Arzobispo Nozaleda, el Obispo de Guadix, D. Alejandro Pidal, los Duques de Sotomayor y de Bailén, los Marqueses de Pidal y de Ibarra y los Generales Arteche y Cerero. Las butacas en su totalidad estaban ocupadas por las señoras más distinguidas e ilustradas de la sociedad madrileña.

empezó a cundir por Madrid el rumor de que D. Francisco Silvela había caído enfermo. Nadie, sin embargo, consideró al principio de transcendencia la enfermedad; por desgracia, el doliente desde muy antiguo no gozaba de salud completa, y creyóse en la repetición, más o menos acentuada, de sus conocidos achaques. Aun así, la noticia produjo dolorosa expectación, traducida en copiosa afluencia de visitantes, que acudían a casa del enfermo interesándose por su mejoría; entre ellos, huelga decir que estaban la plana mayor de todos los partidos, señaladamente del conservador, y las principalías de los altos círculos sociales e intelectuales. Tranquilizábanse unos a otros con las apariencias favorables de los primeros días. Pero, de pronto, la agravación anunció lúgubrementemente el peligro, y un estremecimiento de dolor recorrió los círculos madrileños. La Ciencia (Cortezo, Grinda, Madinaveitia, últimamente Decref) (*) empezó a dudar de sus recursos y, presurosa, acudió a la cabecera del lecho, con sus consuelos soberanos, la Religión. Para acompañarla en las augustas ceremonias de la administración de los Santos Sacramentos surgió, no se sabe de dónde, sin preparativo ni aviso alguno, una nutridísima y contristada concurrencia; alumbrando al Viático, o en torno del paciente, o en los despachos y salones de la casa, aparecieron Villaverde, Azcárraga, Dato, el Marqués de Pidal, Sánchez Bustillo, Romero Robledo, Canalejas, Polavieja, Nocedal, Aguilera, Liniers, Rambla, Bergamín, Echegaray, Sellés, Mochales, Herrera Moll, Sepúlveda, Moral de Calatrava, Eugenio Silvela... cien personas más. To-

(*) El enfermo —que conservó, hasta muy avanzados los progresos del mal, gran lucidez mental y merced a ello pudo confesarse con el padre Coloma y expresar vivamente su alegría al abrazar a su hijo Tomás, que llegó precipitadamente de Inglaterra— mostró por última vez su festivo ingenio con motivo de unas corrientes eléctricas que le aplicó el Dr. Decref. Se había él enterado minuciosamente del funcionamiento y también del efecto que deberían producir, y al ver que no se producía exclamó: “Ya me temía yo que al inventor del aparato no se le iba a presentar ocasión de lucirse conmigo”.

avía, por unas horas, casi un día entero, la mariposa blanca de la esperanza revoloteó alrededor de aquella luz que definitivamente se apagaba. Pero al atardecer del 29, no cupo ya duda de que Dios había decretado para el rendido luchador la hora del reposo eterno. Trájole entonces el Nuncio de S. S. la bendición apostólica. Quedaron solos en la alcoba la atribulada familia, Maura, Dato, Liniers, Sepúlveda, los médicos, algún íntimo más. Ya cerca de las siete entraron apresurados en ella el padre Nozaleda, los Obispos de Sión y de Madrid-Alcalá. Oyéronse, desde fuera, rezos y sollozos. Y a las siete y cinco minutos un desesperado susurro que partió de la cámara mortuoria y que de labio a labio se fué, a media voz, transmitiendo por gabinetes, escaleras y vestíbulos, hizo caer instintivamente de rodillas a cuantos invadían el consternado hogar. D. Francisco Silvela había descansado en el Señor...

No bastarían las páginas de otro tomo para recopilar, siquiera fuera sucintamente, las reseñas, crónicas y biografías necrológicas que se inspiraron en la muerte del preclaro patriótico. Sirvan, no obstante, para enaltecer esta *Nota*, cerrándola con la imparcial versión de un voto de calidad, algunos párrafos de un editorial que, a la mañana siguiente, aparecía en EL SIGLO FUTURO. No llevaba firma ni hacía falta; los habituales devotos del irreducible periódico sabían que su autor era un escritor de nota, un amigo del difunto desde la mocedad, un su adversario de siempre: Ramón Nokedal. Leal éste en su irconciliable enemiga con cuanto el muerto significara en vida, tenaz en su convicción, claro es que aun esa póstuma ocasión aprovechó para flamear su intransigente bandera ante el cadáver. Mas, omitidos (porque ahora fuera impertinente entrar en polémica) los conceptos políticos del artículo, queda de él, y a continuación va, cuanto tuvo de crónica instantánea, ya que ninguna otra reflejó con tan fotográfica sinceridad de testigo presencial y con visión de artista lo que fué el homenaje que la patria rindió a uno de sus más egregios servidores. Bajo el epígrafe *Muerte triunfal*, así decía:

“A los ojos de los hombres, singularmente de los que viven cerca de la que fué su casa (*), la muerte de Silvela ha sido un triunfo... Grandes y señalados fueron sus triunfos en vida; el de su muerte ha sido el mayor de todos.

”Yo no lo vi; pero ayer, en su biblioteca, tapizada de suntuosos paños negros galoneados de oro y convertida en espléndida capilla ardiente, delante del altar cubierto de riquísimos terciopelos y finísimos encajes, tendido en magnífico ataúd y envuelto en blanquísimo sudario como en una nube, mientras por su alma se ofrecían misas sin cesar, el cadáver de Silvela recibió el homenaje de todos los partidos políticos, de todas las altas clases, de cuanto hay de notable en el foro, en la Administración, en el Ejército, en la banca, en la nobleza, en la Iglesia, y hasta de la Real Familia, representada por grandes señores y elevados dignatarios.

”El entierro, que acabo de ver formar y desfilar desde una azotea, visto desde la altura en que yo me había colocado causaba grandísimo efecto y profundísima y duradera impresión...

”Las fuerzas de la guarnición, tendidas a ambos lados de la carrera y precediendo al cadáver y cerrando el fúnebre cortejo, a los acordes de la Marcha Real y otras marchas funerales; y delante de la escolta el Cuerpo de Alabarderos encargado de la guarda de los Reyes; todas las parroquias de Madrid, por decreto real y orden del Gobierno, y la de la Concepción en sitio preferente, por ser la suya; el Ayuntamiento, la Diputación, los Tribunales; el Cuerpo diplomático, o sea la representación de todas las naciones, presidido por el Nuncio; el Senado, el Congreso, el Gobierno, y, delante de ellos, los Grandes, los hombres ilustres en las ciencias, las artes, los magnates de la política, los príncipes de la milicia, los príncipes de la Iglesia, cuanto de grande y notable hay en la capital de España rindieron el último tributo, sin distinción de escuelas ni partidos, al auxiliar

(*) Nocedal acababa de construir la suya a pocos metros de distancia.

y sucesor de Cánovas, al jefe del partido conservador aun desde su retiro y apartamiento... Gran lección. Así se camina de triunfo en triunfo hasta ese triunfo final, hasta la puerta del sepulcro."

Cayó la losa sobre el féretro. Cayeron luego los años sobre la memoria de Silvela, desgastándola, depurándola, *estilizándola*, si así cabe decir. Pero el juicio definitivo de su vida pública está, en lo humano, sin concretar aún. A quienes hicimos esta compilación con la voluntad adscrita al propósito de acumular elementos para tal fallo nos alienta la esperanza —que es consuelo de nuestros yerros, al despedirnos de las bondades del lector— de que a pesar de sus deficiencias resaltan en estas páginas con tan acentuado relieve las virtudes cívicas del patriota y los talentos del estadista, que ellas bastarían para indultarle de sus posibles culpas y de sus naturales imperfecciones; sin contar con tantas y tantas palpables muestras que pregonan la razón que el tiempo ha dado al porqué de sus honestas repugnancias, a la exquisita sensibilidad de su espíritu recto y al clarividente acierto de sus desconsoladores vaticinios.

De Burdeos a San Sebastián

Testamento político de Silvela

Entrevista publicada en HERALDO DE MADRID
el 19 de Septiembre de 1903

Mi emoción era vivísima —lo confieso— cuando a las siete y doce hizo su entrada majestuosa en la estación el sudexpreso. Venía atestado de viajeros; era un tren largo, que no se acababa nunca. Recorrí con ansia los coches, especie de Pullmans-cars, de cabeza a cola. Nada, Silvela no estaba... Por fin, en el último vagón, descubrí a D. Francisco, acompañado de su distinguida esposa, de Jorge Loring y su lindísima hija.

—¡Buenas noches!...

Silvela se quedó mirándome como una aparición. Me preguntó de dónde salía. Y explicado todo, pasado el primer momento de sorpresa, no sé si agradable o desagradable, pues en su exquisita cortesía me acogió afablemente, comenzó nuestra conversación. Digo mal, la *interview* no empezó hasta después. La interrumpieron, al primer minuto de entablada su interesante confidencia, los llamamientos de los mozos del restaurant. Buscamos en vano una mesa para cinco personas. No pudo ser, dada la excepcional

aglomeración, y me resigné a aguardar. Jorge Loring me refería en tanto lo bien que le habían sentado a su cuñado las aguas de Carlsbad, su estancia en París, el deseo del ex Presidente de que le dejaran tranquilo...

A la media hora sentábame yo a una mesa con Silvela, y hablaba éste mientras yo hacía por la vida. Llevó su bondad hasta ese extremo, adivinando mi anhelo de no perder un minuto, de confesarle por completo. Así, cuando el tren se detuvo en Biarritz, y entraron el hijo mayor de Silvela, que veranea allí, y el Barón del Castillo de Chirel y Saturnino Esteban Collantes y otros amigos, la operación de apoderarme de los secretos que él quiere revelar estaba consumada. Había hablado largo y tendido, no sólo el ex Presidente, sino el «ex político» D. Francisco Silvela, como luego verá el lector, si sigue el hilo de su discurso.

* * *

—Mucho se ha fantaseado —empezó por decir Silvela— acerca del origen y causas de la crisis de Julio, que motivó la salida de Maura y mía del Gobierno. Leí las declaraciones del Sr. Urzáiz, y en verdad que me sorprendieron por lo que en ellas se desnaturaliza un hecho bien explicable y explicado. No; no existe falta de Julio ni escarmiento de Noviembre (*), ni el resultado de la jornada del 26 de

(*) D. Angel Urzáiz había dicho poco antes al mismo Morote, que toda la política se hallaba cogida entre un suceso pasado y uno venidero, que ataban al Gobierno y anulaban la marcha natural de las cosas públicas. «Estamos entre *una falta*, la crisis, y su *castigo o escarmiento*, que se ejecutará al abrirse las Cortes o al hacerse las elecciones municipales del 15 de Noviembre.»

Abril (*) determinó un cambio de política que estaba mucho antes resuelto en mi conciencia y voluntad.

La crisis data, no del 20 de Julio, sino del 25 de Marzo. Entonces estalló un disentimiento doctrinal, de hondo fundamento, entre los que componíamos el Gobierno. No necesito recordar cómo se formó la situación al caer los liberales y entrar los conservadores en el Poder en Diciembre último. Se constituyó una fuerte, fortísima coalición gobernante, compuesta de los Sres. Maura, Villaverde y el jefe en aquella época del partido, es decir, yo. Nos dispusimos los tres, asistidos del consejo de nuestros compañeros de Gabinete, de la voluntad de todo el partido y de la confianza regia —esto no necesita expresarse por cuanto nos confió el mando— para realizar una obra importante y en mi entender, fecunda: la de emprender la reconstitución militar, naval del país con que hacer frente a las contingencias de lo futuro, a imperiosas necesidades de la posición de nuestra patria en el mundo. En esta segunda etapa del partido conservador después del desastre, se nos presentaba como una obligación inexcusable la de proveer a la defensa nacional. Así el Sr. Maura como yo lo afirmamos públicamente y en los Consejos de Ministros, por creer que realizada ya la liquidación de nuestras guerras coloniales y exterior, era la hora de restaurar nuestras decaídas fuerzas.

La garantía de éxito de la nueva y transcendentalísima tarea estaba en la presencia del Sr. Villaverde en el Gobierno. Nadie le podía aventajar en nombre, en fama, en crédito ante el extranjero. Su gestión afortunadísima en la Ha-

(*) Las elecciones generales.

cienda pública, sus triunfos felices, prestábanos a todos una singular autoridad. Puesto que él, con nosotros, atreviase a acometer los gastos de la escuadra, de nuestra regeneración militar, no quedaba reparo ninguno en los que desde fuera nos observan, y ya no dudan de la solvencia de España, de sus recursos

Pero llegó un día, el 25 de Marzo, cuando era la ocasión de preparar definitivamente los nuevos Presupuestos y organizarlos de suerte que fuese una realidad el empeño de la defensa nacional, de la Marina de guerra, y surgió el dissentimiento formal de criterio. El Sr. Villaverde creyó, por razones que yo respeto, pero de las cuales no participo, que aún no había sonado la hora de empezar esa obra, que aún era necesario atender a una obra, que, claro es, no rechaza.

Discutimos todos, como hombres de buena fe, sin ningún propósito personal, poniendo cada uno por delante los intereses impersonales de la patria, y fué imposible persuadir al Sr. Villaverde de la bondad de las ideas que defendíamos Maura y yo, y claro es que, con nosotros, los Ministros del ramo, los que tenían a su cargo las fuerzas de mar y tierra. Todos quedamos, eso no es preciso declararlo, tan unidos como estábamos, formando una sola y única comunión política. El Sr. Villaverde salió del Ministerio de Hacienda en absoluta armonía con nosotros en cuanto al resto de los problemas planteados.

Salió el Sr. Villaverde, y el Gobierno que yo presidía continuó; pero desde aquel mismo instante me consideré totalmente vencido en mis aspiraciones. La dimisión de la Presidencia del Consejo la tuve desde el 25 de Marzo,

no sólo formulada ante mi conciencia, sino extendida ante la Corona. De ello notifiqué al Sr. Villaverde, para que se preparara a ser Gobierno muy luego. No me fuí en seguida, no abandoné en el acto el Poder, porque hubiera constituido una deserción de mis deberes políticos hacerlo en presencia de unas elecciones generales. Urgía constituir unas Cortes, poner en función el instrumento de Gobierno que permitiera, no a nosotros, sino a nuestro sucesor, el señor Villaverde, el desarrollo de sus planes.

A eso queda reducida la fantástica e inexistente conjura. No hubo jamás conspiración en la mayoría, y mucho menos la hubo por parte del actual jefe del Gobierno, de cuya lealtad y apoyo nadie dudaba un momento. El Sr. Villaverde era Presidente del Consejo a partir del 25 de Marzo. ¿Dónde están, pues, las cábalas antiparlamentarias, los supuestos oscuros orígenes de la injustamente llamada «crisis oriental»? ¿A qué sacar las cosas de quicio, imaginando lo que no es ni tiene vida más que en la fantasía de los que lo inventaron? Y el voto de las Cortes, la aprobación del Mensaje, no implica una contradicción con la crisis de Julio. La mayoría afirmaba con tal voto lo que afirmará también ahora: la unidad del partido, la confianza absoluta en sus jefes, cualesquiera que estos sean.

Las elecciones del 26 de Abril tampoco ejercieron ninguna clase de influencia, ni de cerca ni de lejos, ni directa ni indirectamente, en la solución de la crisis. El que los republicanos hubieran triunfado en Madrid y en unas cuantas importantes capitales de España, no podía implicar cambio alguno de política ni de Gobierno.

Esas crisis se producen cuando el que ejerce el Poder

ministerial carece de mayoría en las Cortes y le es imposible sacar adelante sus proyectos de ley. Esas crisis estallar por una derrota en los comicios, y nadie puede sensatamente interpretar que treinta o más Diputados representen el país y no lo representan doscientos Diputados. La proporción de los republicanos a los monárquicos conservadores era esa: de un poco más de treinta a un poco menos de doscientos. ¿Cuándo Gobierno inglés, francés, belga, alemán se retiró con una mayoría semejante? ¿Pues qué, Combes, o Balfour, o Zanardelli, no gobiernan con insignificantes mayorías? Además, esas son consecuencias inevitables del sufragio universal, y ni el Sr Maura, ni yo, habíamos venido al Gobierno a suprimir la voluntad de una parte de los electores del país. Puesto que existe una opinión, mucho menos considerable de lo que se cree, pero al fin viva, es justo y legítimo que goce de representación en las Cortes de su patria. Ese es el régimen representativo y no hay forma, siendo hombre parlamentario, constitucional, guardador de las leyes, de entenderlo de otro modo.

Los movimientos de opinión se crean y se deshacen por sí mismos, en virtud de leyes naturales políticas que sería prolijo enumerar. Los efectos del 26 de Abril quedarán en Noviembre (*) rectificadas por los propios republicanos, sin que el Gobierno tenga necesidad de intervenir para nada, como no sea con el ejercicio legítimo de sus derechos, que consisten en avivar la fe y la conciencia monárquicas. No vivirá mucho quien no vea desatarse lo que se ató y desaparecer, o por lo menos debilitarse en su fuerza, la Unión

(*) Fecha de las próximas elecciones municipales.

republicana. El ejemplo de las luchas entre federales y unitarios habla por mí. Igualmente es demostrativa la ambición de ocupar los cargos concejiles, ambición fustigada por un escritor republicano de incontestable autoridad en su partido. Es decir, que en definitiva todo hace esperar que la jornada de Noviembre sea mejor que la de Abril, y, cuando menos, queden mediados en su triunfo los ediles republicanos y monárquicos.

No; ni conjura fantástica e inexistente, ni efecto de las elecciones de Abril; nada de eso produjo una crisis que estalló por un desacuerdo ideal, doctrinal, de hondo fundamento en el Gobierno, el 25 de Marzo último. Y la prueba está en que, abiertas las Cortes, el Ministro de la Gobernación que presidió las elecciones, obtuvo triunfos parlamentarios como tal vez nunca consiguió gobernante alguno. Y la prueba está en que hasta las oposiciones más extremas nos hicieron justicia, afirmando por labios elocuentes que el 26 de Abril significa en nuestra historia electoral «un progreso evidente».

* * *

¿Por qué no podíamos seguir, no obstante tener mayoría en las Cortes y apoyo en la opinión del partido y la total, absoluta confianza regia? ¿Por qué abandonar el Poder a la hora misma de un voto parlamentario favorable, que afirmaba la unidad, no interrumpida ahora, del partido? La razón es obvia, y me extraña mucho que se oculte, por grandes que sean las pasiones políticas, a los hombres imparciales que juzguen de los hechos con sereno juicio.

Nosotros no ocupábamos el Poder a título simple de ha-

cer unas elecciones obteniendo mayoría parlamentaria. El Gobierno de Diciembre, con la triple representación a que antes he aludido, se formó teniendo como programa reconstituir las fuerzas militares del país, sus fuerzas navales singularmente. Pero, para tal fin, tan grande, tan hondo, tan transcendental, necesitábamos el consentimiento de todos, la unanimidad perfecta de criterio. Al faltarnos, no diré el apoyo, porque ese siempre lo prestó el Sr. Villaverde, pero sí la fuerza espontánea de sus convicciones, era imposible de todo punto seguir adelante en la empresa común.

¿Cómo? ¿Ibamos a hacer escuadra, íbamos a acometer tan importantes gastos cual la escuadra significa, teniendo que luchar, no con la oposición, pero sí con el desacuerdo y el alejamiento del Sr. Villaverde de esa obra? El era la firma, la prenda y garantía ante el extranjero, y, quisiéralo o no, aun cuando se sacrificara en aras del partido, sólo con no coadyuvar con nosotros desde el Gobierno, la opinión nacional y extranjera deduciría fatalmente que emprendíamos aventura peligrosa e insensata, para la que no contábamos con medios.

Pero, además, y no se olvide esto nunca, en el régimen parlamentario en que vivimos «se gobierna con la opinión y no contra la opinión». El país resueltamente se pronunciaba contra nosotros; no quería escuadra, o por lo menos no imponía su construcción a costa de todo, por encima de todo, con grandes sacrificios. Su error, lo que yo estimo error de mi país en los actuales momentos, nace, sin duda, o de una profunda desconfianza en los políticos o de la desviación de su voluntad a causa de los últimos desastres. Sea lo que quiera, lo que resulta evidente es que, la necesidad

absoluta y perentoria de restaurar el poder naval, no se formula en la conciencia del pueblo español con el imperativo categórico de un problema nacional, de una exigencia de vida o muerte para la patria.

Todavía hubiéramos podido intentar la realización de nuestro propósito, arrojando las resistencias del país y el gravísimo inconveniente de la falta del Sr. Villaverde si detrás de nosotros, empujándonos a tal intento, sirviéndonos de acicate y espuela, hubiera existido un partido, el liberal, que formulase nuestro mismo programa, imprimiéndole el carácter de obra común del régimen gobernante. Si los liberales dicen con entera formalidad: «lo que vosotros no hacéis, lo haremos nosotros al ser Poder», hubiéramos acometido la empresa, pese a todos los obstáculos. El partido liberal afirmaba, sí, la aspiración genérica de construir barcos; pero sin concretar su pensamiento, y aun presenciando indiferente nuestro desacuerdo, salvo para aprovecharse políticamente de él.

Ni país, ni partidos, ni la opinión unánime del Gobierno de Diciembre, roto en su contextura y en su unidad de alma el 25 de Marzo. Entonces, ¿qué hacer? ¿Desarrollar nuestro pensamiento internacional sin escuadra? ¿Ir a la inteligencia con Francia, al requerimiento que se nos haría forzosamente en el porvenir, de una ayuda de intervención en Maruecos, con el singular poder naval del *Carlos V*...?

Nótese bien. En Europa se está operando un cambio importantísimo en la política internacional. Ya no son la duple contra la triple, o la triple contra la duple, las alianzas que actúan, aunque se conserven externamente los pactos y uniones entre Estados. Lo que nace, es algo más trans-

cendente. Inglaterra sale de su espléndido aislamiento y brinda con la paz a todos los pueblos. Italia se acerca a Francia, el 14 de Octubre lo dirá, rectificando una política de treinta años, adversa a la República, de espaldas a la raza. El Zar, aliado de Francia, conferencia con el Emperador de Alemania, el enemigo de aquélla. El Pontífice se alza como un poder moral entre los Príncipes cristianos, aun de los disidentes de la fe católica. Y los Soberanos de la comunidad internacional entera afirman el *statu quo*, renuncian a toda rectificación de fronteras europeas. Un nuevo derecho de gentes antes no sospechado se va insensiblemente forjando por los hechos en el mundo. Sólo en España, mal enterada por lo común de estos problemas, se puede acoger la insensata fantasía del Imperio ibérico, que algún periodista desocupado echó a volar. Eso significaría el intento de borrar la labor de la Historia, las respectivas independencias de España y Portugal, cosa que, ni en hipótesis, admite ningún estadista o Soberano de Europa. En el supuesto imposible de que lo pensase Inglaterra, Francia no lo consentiría.

Pero al propio tiempo, y por lo mismo que las corrientes universales son de paz, se opera también un acuerdo, a fin de resolver los problemas puestos sobre el tapete de los pueblos por civilizar. Uno de ellos es, indudablemente, Marruecos, cuyo estado de permanente, de increíble y escandalosa anarquía a las puertas de Europa, es insostenible por más tiempo. La hora de una solución sonará. La solución sólo se podría encontrar con la inteligencia de Francia y España y el consentimiento de Europa, y especialmente de Inglaterra. ¿Debemos renunciar a la ayuda mutua que se nos

preste y se nos pida? Sin escuadra y sin Ejército, ¿habrá quien piense en el santo de nuestro nombre? Ese es el problema en toda su desnuda realidad.

Y es una equivocación tremenda, producto de la mala fe o de la ignorancia, suponer que la alianza con Francia se pactaría teniendo por único móvil intereses dinásticos. No; ni para tales fines hace falta la inteligencia, ni Francia — y lo mismo cabe decir de Europa entera — tendría nunca ningún género de motivos para perturbarnos. Ni hoy, ni ayer existe en la comunión internacional Estado alguno que imponga sus propias instituciones fundamentales. Todo lo contrario; el respeto al régimen peculiar de cada país, es la base de la paz de Europa. ¿Se propuso Francia llevar la República a Rusia al unirse a ella? (*)

(*) Está por analizar, y no nos consideramos en franquía para analizarla con plena libertad de movimientos, aun supuesto el caso de que tuviéramos documentación completa, la labor diplomática que desarrolló Silvela desde la Presidencia del Consejo, y principalmente mientras desempeñó la cartera de Estado, que fué quizás el cargo público que más a su gusto sirviera. A través de los trabajos insertos y de sus discursos parlamentarios ha podido el lector traslucir algunas de sus líneas características, así como sus aciertos en unas negociaciones y la orientación de otras; pero aprovechamos este momento de lo que pudiera llamarse su nostálgico adiós a las ilusiones que un día acariciara de ver recobrar a España su tradicional influencia en la política internacional, para deplorar que no se haya hecho justicia — ni fácilmente podría hacerse completa, dado el hermetismo de las negociaciones diplomáticas — al conjunto de una dirección en las relaciones exteriores de España, cuyo cabal conocimiento constituiría nuevo motivo para la gratitud de la patria al estadista que con tanto esmero la sirvió.

Halló Silvela al país en el momento gravísimo del hundimiento de su poderío colonial y de la palmaria revelación de su impotencia militar y naval. Huyendo al propio tiempo de todo apocamiento suicida y de toda jactancia risible, la suave pero persistente política de Silvela, tanto en las postrimerías de la Regencia como en el primer Gobierno del joven

Pero, en fin, y vuelvo al comienzo de mis reflexiones. Vencido, vencimiento que no supone especie alguna de contrariedad personal, en lo que era programa de Gobierno, a mí y a los que conmigo pensaban no nos quedaba otro recurso que resignarnos, saliendo del Gobierno después de las elecciones.

Y ahora nuestro deber está bien marcado; no es discutible siquiera. Nuestro deber es apoyar resueltamente al Gobierno del Sr. Villaverde. No nos separamos el 25 de Marzo por ningún desacuerdo entre los hombres, sino por

Rey, se enderezó a lograr que España siguiera estimándose como valor cotizante en el juego internacional, procurando el respeto universal para nuestra desgracia e intentando a la vez, con medidas interiores y tratos en el exterior, fundar sobre ese respeto esperanzas para el porvenir. La delicadísima gestión para el rescate de los prisioneros de Filipinas, el restablecimiento de las relaciones con nuestros vencedores, la instauración de las diplomáticas y consulares con Cuba libre, la compatibilidad de nuestra buena amistad con la entonces poderosa e influyente Austria y de nuestros lazos de raza y vecindad con su enemiga Francia, las negociaciones con el Vaticano para amansar las encrespadas aguas en torno a esa periódica *serpiente de mar* que por entonces se llamó «el excesivo desarrollo de las órdenes religiosas», la preparación de los viajes regios al extranjero, su entereza ante algún vidrioso incidente originado en la visita de la escuadra francesa a Cartagena, que no trascendió al público, fueron otros tantos títulos que hubiera podido presentar Silvela al aprecio de sus conciudadanos, si, más que los miramientos cancillerescos, su correcta discreción le hubiera permitido hacer alarde de ello.

Culminaba entre sus preocupaciones, como indica en el *Testamento*, el problema de Marruecos, para el cual reputó siempre indispensable la inteligencia con Francia. Sin embargo, él mismo hizo público que, cuando al volver al Poder, después de la etapa liberal, halló sin firmar el Tratado concertado por el Duque de Almodóvar, tomó sobre sí la responsabilidad de no suscribirlo. Y hay huellas en su documentación privada que atestiguan su convencimiento del riesgo que suponía la firma. Francia, agitada interiormente por hondas desavenencias, exteriorizadas con

un disentimiento en las ideas. Las suyas y no las nuestras prevalecieron. Es una obligación moral sostener lo que triunfó, ¿por qué no decirlo?, en la conciencia del país, en la voluntad de España, que no quiere nuevos gastos, que no quiere escuadra, en estos momentos al menos.

Apoyar al Gobierno del Sr. Villaverde, y no para que apruebe los Presupuestos únicamente, no como un Gabinete de carácter provisional, sino definitivo, por mucho tiempo. Yo jamás he considerado la situación creada en Julio como algo transitorio y contingente. Deseo y aspiro, haré cuanto esté de mi parte, a fin de que dure meses y años.

Con tales propósitos, firmes, resueltos y decididos, obra de mi convicción más honda, iré a las Cortes dispuesto a luchar, venciendo cualquier dificultad, tanto para proveer la presidencia del Congreso como para empeños más gra-

ocasión de las derivaciones de los procesos Dreyfus, atravesaba una situación «desgraciadamente inquietante». Por otra parte, estaba reciente el ruidoso encuentro de Kitchener y Marchand en Africa y estimaba el cauto estadista español que si, repitiéndose caso análogo, tuviéramos que «pararnos en firme como el paisano detenido a la voz del centinela», pudiera ser ello más perjudicial al interés nuestro que la misma continuación del *statu quo*. «No quiero exponernos —decía en carta reservada— a los riesgos y retrocesos de un Fashoda, que serían más duros y dolorosos para nosotros que para Francia.» De buen grado, pues (su consecuente inclinación al país vecino lo haría presumir en todo caso), hubiera llevado adelante los tratos con la República, a poder contar con la aquiescencia de Inglaterra. Pero ante todo se hizo cargo de que no cabía embarcar a España, aislada y débil, en esa aventura, y era desdichadamente una realidad, por entonces, que no cabía contar con Inglaterra para auxiliarnos en ningún empeño internacional nuestro; permanecía ella en su espléndido aislamiento, vivía Lord Salisbury, y Eduardo VII no había logrado imponer aún la orientación que al fin cristalizó en la *Entente cordiale*.

ves. En la presidencia del Congreso se sentará, por voluntad de todos, el Sr. Romero Robledo, y en todo lo demás ayudaremos al Gobierno.

Es necesario que éste resuelva el problema de los cambios y todas las demás cuestiones relativas al fomento de los intereses morales y materiales que figuran en su programa. Es necesario que subsista al frente de los intereses públicos, puesto que nuestro intento de reconstitución militar, de defensa nacional, fracasó. Lo exigen así la paz pública, el bien de la patria, la duración de las Cortes.

Todos los demás problemas, o están resueltos, o en caminos de solución. No alienta ya, por fortuna, la cuestión clerical. Nosotros trabajamos por conseguir, y conseguimos, la paz de los espíritus. De acuerdo con Roma llegamos a lo único a que tiene derecho y obligación a un mismo tiempo de llegar el Poder civil.

La muerte del Papa (*) interrumpió nuestra obra; pero es seguro que se reanudará, ultimándola, pues sólo falta ultimarla. La base del concierto con el Santo Padre ya es conocida: ninguna congregación religiosa se establecerá en lo sucesivo en España sin llevar a la GACETA el decreto autorizándola. Eso tenía dos ventajas: primera, la de que su nacimiento fuera legal, público y conocido de todos; segunda, la de que el Estado se reservase el derecho de conceder o no la autorización, potestad de que no puede desposeerse. ¡Y luego se combate el decreto concordado! ¿Pero es que hay en España, se sabe que exista en España parti-

(*) S. S. León XIII, que falleció precisamente en los mismos días de la crisis de Julio.

do gubernamental capaz de decir «yo expulsaré a los frailes»? Si existe, que se me declare. Hoy por hoy yo no lo conozco, ni siquiera entre los republicanos de gobierno.

No hay que añadir que el problema social u obrero puede resolverlo, del mismo modo y con igual criterio que nosotros, el actual Gabinete. Las reformas iniciadas o preparadas por el Sr. Dato son programa común de todo el partido. Nuestro apoyo resuelto lo tendrá el Sr. Villaverde para cuantos proyectos de ley presente a las Cortes en tal sentido.

¿Qué queda de la imaginaria conjura, de nuestros soñados disentimientos, de los comentarios de la crisis de Julio o de los rumores de nuevas crisis, absolutamente infundados? Queda mi irrevocable resolución de abandonar la jefatura del partido conservador y de abandonar la vida pública, luego que se haya consolidado esta situación y realice su programa el Sr. Villaverde. Pero esto necesita mayores esclarecimientos, y es, por decirlo así, mi «declaración fundamental».

* * *

Se me pregunta qué sucederá si, lo que no deseo ni espero, sucumbe el actual Gobierno, y mi respuesta es categórica. Ocurrirá (con la voluntad de la Corona, es claro) que se forme un nuevo Gabinete conservador, con la presidencia del Sr. Maura, o del general Azcárraga, o de cualquier otro hombre político que cuente con la confianza regia y de la mayoría. Lo que no ha de volver a ocurrir jamás es que se constituya un Gobierno bajo la presidencia mía. Eso, nunca; eso, juro no hacerlo más.

Las razones de mi resolución inquebrantable son múltiples. Es la primera porque, hecho examen de conciencia, confieso ante la faz de mi país que no me encuentro con fuerzas bastantes, con las supremas energías que hacen falta para contrariar su voluntad, resueltamente hostil a todo lo que forma la sustancia de mi programa de defensa y de política internacional. El empeño es de aquellos que es imposible acometer sin una fe honda en sí mismo. Esa fe no la tengo

Es la segunda razón, y también de grave importancia, que nadie, al verme aparecer de nuevo al frente de un Gobierno, podría estar seguro de que continuase en él y no se reprodujera la anterior historia. Por dos veces abandoné el Poder sin que mi partido lo abandonara, porque no era sazón de caer. Por dos veces dejé la presidencia, y la tercera es como ensayo superior a mis energías, propósitos, formal resolución. Aquel a quien le ocurre ese fenómeno de repetida renuncia, debe darse por notificado. Son anuncios providenciales de que Dios no le llama por tales caminos. Y aunque la pasión política me niegue todos los demás sentidos, no podrá negarme, en la cosa pública se entiende, el sexto sentido de hacerse cargo. Soy resuelta y definitiva e irrevocablemente hombre que ha terminado su destino en España, si alguno me otorgaron las circunstancias, que no mis méritos.

Mi más viva aspiración es que triunfe en su programa y actos el Sr. Villaverde. De no poderse lograr, y haré cuanto esté en mi poder para lograrlo con absoluta lealtad, deseo que continúe el partido conservador en el Gobierno y subsistan las actuales Cortes. De fracasar todo, de ser in-

evitable el llamamiento de los liberales, anhelo que se reconstituyan, que formen un partido fuerte, con un jefe respetado. No tengo preferencia por ninguno. Sea quienquiera, el más apto, el más inteligente, el que sume mayor número de voluntades, el que tenga historia más indiscutible, el que sepa infundir en las dispersas huestes más temperamentos de Gobierno, el que responda más a su misión, merecerá mis aplausos en nombre de la patria y de la Monarquía.

Pero eso visto, contemplado con impersonal criterio desde mi retiro y voluntario ostracismo. Mi jefatura ha acabado y mi vida pública también. Y no quiero pronosticar si seré o no Diputado en el porvenir, para que, recordando hechos pasados, no se despierte una desconfianza que ahora no tiene fundamento. Ni siquiera hay amargura o escepticismo en mis palabras. Habla un hombre que tranquilamente se va y no echa de menos lo que deja, que se ha confesado por dentro y hace completo propósito de enmienda y declara sus culpas.

Fuera del Gobierno, fuera de la jefatura de mi partido, fuera de la vida pública, ayudando, si alguna vez es menester, las soluciones políticas que imponga el patriotismo, me dedicaré a mis estudios, a mis vocaciones queridas, a escribir un libro, ya pensado y planeado en mi mente. El libro se titulará *Historia de la ética en España*, es decir, influencia de los principios morales al través de todos los tiempos y de todos los regímenes en las leyes y en las costumbres. El último tomo —porque se compondrá de varios, que sucesivamente irán publicándose— ha de referirse a las postrimerías del siglo XVIII y a todo el siglo XIX. Y ese tomo,

remate de la obra que tan de cerca toca a mi vida, ese no verá la luz pública hasta después de mi muerte... En eso se va a emplear el que algunos imaginan presa de hondo pesar o maquinando oscuros desquites. El político ha concluido, y ya sólo ocupará el resto de mi existencia la *Historia de la ética en España*.

* * *

El tren se detuvo, y en cada estación subían unos cuantos fieles amigos a saludarle. En Irún le esperaban Dato, Villamayor, Villaamil, etc. Y Silvela, sonriéndose, se alegraba mucho de que fuesen tan pocos, de no tener que «scportar» la pesada carga del Poder con su acompañamiento de Comisiones, vítores, aplausos y petición obligada de mercedes. En tanto que le oía, pensaba yo que el Sr. Silvela no se olvidará en uno de los capítulos de su *Historia de la ética en España*, de escribir su autobiografía. Será interesante, porque es uno de los políticos más esclarecidos, de la rica variedad que en un siglo ofrece nuestra patria...

LUIS MOROTE (*)

(*) No hay que decir que, al día siguiente de divulgada esta conversación, apenas hubo periodista de cierto relieve en Madrid que no desfilara por el hotel de la calle de Lista en busca de ampliaciones, rectificaciones o confirmación de lo escrito por Morote. Ni tampoco que no dieron abasto en recoger, tanto en la Corte como en provincias, declaraciones de Villaverde, Dato, Maura, Romero Robledo, etc., en relación con la estrepitosa novedad. El Director de EL IMPARCIAL, López Ballesteros, hizo a Silvela una larga visita, en la que el último ratificó su resolución, que el primero no creía, por múltiples consideraciones, que pudiera ser definitiva. A juicio de éste, el partido conservador, reconstituido bajo la jefatura de Silvela, con la colaboración de Romero Roble-

Por qué no firmó el Tratado de 1902

(Carta al Duque de Almodóvar del Río
en 10 de Junio de 1904) (*)

Mi distinguido amigo:

Apartado de las contiendas políticas, no por ello puedo ni quiero rehuir las responsabilidades de mis actos y conducta en el ejercicio del Gobierno, y puesto en disputa asunto tan considerable como la cuestión de Marruecos, son precisas algunas declaraciones mías reducidas a los estrictos límites de mi participación en las negociaciones.

do, de los antiguos disidentes, de la extrema derecha liberal, tenía por eje el pensamiento y la personalidad de su jefe y no era posible que éste renunciara a las obligaciones que todo eso significaba. «En esta gran contienda por los intereses de la paz nacional —escribía—, el jefe de los conservadores tiene contraídos compromisos de tal género que «la piel y la sangre» no serán homenaje bastante a satisfacerlos». Y terminaba deseando que se modificase el estado de ánimo del renunciante y la nostalgia de las glorias parlamentarias le impulsase a recobrar las abandonadas riendas. Entrevistas y comentarios por el estilo aparecieron en la Prensa de todos los colores, señalándose entre ellos un diálogo, mitad realidad, mitad ficción, que Baldomero Argente publicó en DIARIO UNIVERSAL —donde a la sazón aparecieron otros suyos, de igual índole, con Valera, Echegaray, Figuerola, Villaverde, etc.—, y del cual, aunque muy ajustado a la realidad, no hacemos sino esta mención, porque el mismo autor lo remató diciendo que las palabras acerbas que ponía en labios de Silvela «dudo a veces si las he oído o las he llegado a soñar.»

(*) Con motivo de una pregunta del Diputado carlista Sr. Gil Ro-

No creo necesario acudir para ello al Congreso, pues basta, para esclarecer los antecedentes, que yo confirme en todo lo sustancial cuanto usted ha dicho y cuanto ha expresado ayer en tan elocuentes y precisos términos el Presidente del Consejo de Ministros; y, sin duda alguna, mi intervención en un debate, por mucho que procurara limitarla, sería juzgada por el común de las gentes en sentido poco favorable a la formalidad de mi apartamiento. Por eso acudo a usted con esta carta, que me permitirá publicar en la Prensa, pues mi silencio tras sus afirmaciones parecería, no sin razón, negativa nada cortés a sus justificados requerimientos.

En Agosto de 1901 escribí, en efecto, un artículo sobre la cuestión de Marruecos, encaminado a despertar un tanto la opinión del país acerca de negocio tan grave y que a más andar se nos venía encima, y usted ha resumido con exactitud sus principales conclusiones.

Yo he pasado lo mejor y una parte de lo peor de mi vida

bles, acerca del reciente Tratado anglo-francés relativo a Marruecos, habíase promovido en la Cámara amplio debate, durante el cual el Duque de Almodóvar del Río, ex Ministro de Estado liberal, interrogó sobre las causas de que, al entrar el partido conservador en el Gobierno en Diciembre de 1902, se interrumpiera la negociación con Francia para la firma de un Tratado que él había dejado concertado. El Presidente del Consejo (Maura), después de afirmar que él no hubiera conciliado el sueño si tal Tratado se hubiera firmado, declaró que Silvela, que fué quien rompió la negociación, no estaba arrepentido de ello y le había autorizado para consignarlo así. Al otro día, el aludido escribía al Duque la carta que se inserta, publicada a la mañana siguiente por EL IMPARCIAL. Aunque está reproducida, con su contestación, en varias obras, las del Sr. Ortega y Rubio y del Sr. Soldevilla entre otras, no hemos creído que podía faltar en esta colección. Véase también la nota puesta al pie del párrafo correspondiente del *Testamento político*.

oyendo a mis jefes, a mis amigos y a mis adversarios que todo lo que no sea conservar el *statu quo* en Marruecos es una locura; y, sin duda, tienen razón, por hallarnos en malas condiciones para evitar que un cambio en la manera de ser de aquel nominal Imperio se haga en nuestro daño; pero indicaba yo y entiendo que el tal *statu quo* es prudentísimo y digno del mayor encomio, mas tiene un inconveniente que anula todas sus ventajas, y es el de ser *imposible*; y ante la eventualidad, que veía próxima, de extrañas ingerencias, aconsejaba la unión cordial con Francia, cuyos intereses se pueden armonizar con los nuestros sin lastimar los de otras potencias amigas.

El artículo movió algún ruido en aquella estación, propicia a la literatura política por la huelga que la clausura del Parlamento y el esparcimiento de los balnearios imponen a las combinaciones de grupos y crisis ministeriales, y produjo hasta alguna media docena de sueltos de fondo e *interviews* en los que se me tachaba de imprudente y desatinado, y aún me parece recordar que algún órgano liberal quiso poner espanto y arrepentimiento en mi corazón, advirtiéndome que aquellas temeridades me habían cerrado las puertas del Poder; pero en verdad que si me atreviera a asegurar que dos docenas de españoles lo habían leído desde su principio hasta su fin, entonces sí que incidiría en temeridad manifiesta.

En Agosto del siguiente año de 1902 recibí su afectuosa invitación para conferenciar (*), y el 6 de Septiembre

(*) El Duque era Ministro de Estado desde que entró la situación liberal en Marzo de 1901.

me honró usted con la confianza excepcional de que ha dado noticia al Parlamento en su discurso del pasado miércoles; y me pareció, y sigue pareciéndome, cuanto había concertado aquel Gobierno con el de Francia, excelente, y le felicité por ello, dando por supuesto que se trataba de una obra de paz, de concordia, y asegurada contra toda suspicacia o molestia de Potencias amigas; pues la más completa lealtad con los vecinos y los interesados en los negocios internacionales debe ser regla inflexible de la diplomacia, y singularmente de la diplomacia de los débiles.

Y así era, en efecto, pues el gobierno de S. M., si bien quería proceder en íntima relación con Francia en los asuntos de Marruecos, de ninguna suerte temía que ello pudiera despertar recelos u ocasionar enfriamiento de relaciones con Inglaterra, cuyos intereses en Tánger eran notorios y bien conocidos por nuestros hombres de Estado desde 1859.

Transcurrieron tres meses, durante los cuales nadie me volvió a hablar del proyectado convenio, y al ser llamado a los Consejos de la Corona lo hallé sin firmar y lo leí en su texto definitivo; y la responsabilidad de no haberse firmado es en absoluto mía, pues si bien el acuerdo del Consejo de Ministros fué unánime, materia tan grave y por tantos motivos de mi particular incumbencia, me correspondía a mí proponerla y decidirla como Presidente del Gabinete (*).

(*) Los asuntos marroquíes tuvieron que ser una de las primeras preocupaciones del Gabinete Silvela de 1902, por haber estallado la sublevación contra el Sultán a los pocos días de constituirse el Gobierno. El Consejo en la Presidencia el 30 de Diciembre y el celebrado

En posesión de los medios de conocimiento que proporciona el ejercicio del Gobierno pude apreciar entonces cuánto importaba asegurar nuestra acción en Marruecos contra dificultades posibles de terceros interesados; eran a la sazón muy considerables los asuntos pendientes de solución entre Francia e Inglaterra; un Ministro de la República acababa de decir en Bizerta que «el dominio y libre comunicación del Mediterráneo estaba asegurado a la Francia a despecho de Malta y Gibraltar, y que no deseaba un conflicto con Inglaterra, pero era su deber prepararse para la guerra santa contra los enemigos de la patria, cualesquiera que ellos fuesen».

Dudé si el retraso de los tres meses en firmar un convenio que en Septiembre estaba concertado obedecía a aquellos atisbos de singular prudencia en el ejercicio de las dilaciones, característicos en el Sr. Sagasta; la parte de influencia que se trazaba para España era, en verdad, satisfactoria y llenaba sin duda nuestras legítimas aspiraciones, y haberlo logrado es gloria que no cabe regatear a los negociadores; mas para allanar cualquier dificultad, desvío, compensación o garantía dolorosa con que tropezáramos o

con S. M. el 31 se dedicaron principalmente al examen del problema. Y LA EPOCA publicó una nota oficiosa del último, redactada por el jefe del Gobierno, en la que se afirmaban «los intereses que en el presente y en el porvenir tiene en el Norte de Africa la nación española, constantemente reconocidos por todas las Potencias europeas; la conformidad que se advierte en todas ellas de mantener la integridad y la independencia del Imperio; y el resuelto propósito (que todas han manifestado y España de acuerdo con ellas) de no tomar pretexto ni ocasión de lamentables disturbios interiores para convertir esa cuestión local en cuestión europea». Silvela había conferenciado previamente con los Embajadores de Inglaterra y Francia.

que se nos exigiera a cambio o con pretexto de nuestras expansiones de influencia en la costa de Francia, la Francia nos ofrecía *son appui diplomatique*, y este no era bastante a tranquilizarme en aquellas circunstancias.

Creí entonces ineludible deber de Gobierno suspender la firma hasta despejar por mi parte toda duda, y no concertar cosa alguna sobre territorios o esferas de influencia en el litoral africano sin el completo conocimiento del caso por las potencias amigas con títulos y elementos para hacerse oír en el concurso.

En resumen, el convenio celebrado por los señores Duque de Almodóvar y Marqués del Muni me pareció y sigue pareciendo en sí mismo excelente y una gloria indisputable para ellos.

La dilación de tres meses en firmarlo para dar tiempo a que los conservadores recogiéramos esa gloria, ya se me ofreció algo extraña.

L'appui diplomatique de la Francia como garantía única para ultimar convenios sobre costas del Estrecho, sin conocimiento de una potencia amiga e interesada en el asunto, lo estimé en aquellas circunstancias insuficiente (*).

(*) ¿Pensó Silvela, ante tal situación, deseoso siempre de una inteligencia con Francia en los asuntos marroquíes, pero queriendo al propio tiempo que esa inteligencia tuviera para España alguna mayor garantía que la oferta vaga del *appui diplomatique* francés en cualquier posible ingrata contingencia, tantear si otra potencia se prestaría a ser aval de la eficacia de ese apoyo? No podemos afirmarlo, pero quedaron indicios entre sus papeles de que, apreciando que también al Imperio ruso interesaba la neutralidad del Estrecho y la libertad efectiva del Mediterráneo, debió de hacer alguna exploración confidencial en el sentido de averiguar si Rusia, la mejor amiga de Francia en la política europea, estaría propicia a suscribir con ella y con España una declaración con-

Preferí entonces, preferiría ahora y procuraría siempre en los negocios de mi patria, menor beneficio con titulación libre de riesgos y litigios, a ganancias gruesas con aventuras que correr entre contiendas de poderosos.

Nuestras negociaciones con Francia e Inglaterra, encaminadas, no a cambiar las bases del Convenio ni su orientación, sino a sanear sus cimientos, en los que aparecían vías de agua, aplazó su conclusión y probablemente producirá alguna alteración en sus términos, pero hoy se le podrá dar la solidez necesaria a sus fines y a las necesidades de España.

Poco importan ya en el orden político mis opiniones, pero no tengo por qué ocultar que sigo creyendo en la lealtad y buena disposición de Francia para con nosotros y en el gran interés que media en proceder unidos en cuantos asuntos internacionales se relacionen con Africa y con el Mediterráneo.

El tratado anglo-francés es, en mi sentir, un inmenso bien para la paz y el progreso en Europa y en Africa, pero muy singularmente para España, destinada a sufrir más que ninguna otra potencia de la discordia entre aquellos dos grandes pueblos (*).

junta. Se adivina la patriótica intención de un propósito que en todo caso no debió de pasar de un tanteo. Meses después, la situación del mundo cambiaba. Rusia recibía en el costado la lanzada de Port Arthur. Inglaterra, guiada por su Rey, mezclábase de nuevo en la política continental, tendía la mano a Francia y marcaba simpatías por España. Y Silvela, que ya no era Poder, ni siquiera político en actividad, pero que continuaba siendo un gran español, pudo congratularse en la carta a Almodóvar (que luego insertamos) de haberse adelantado a Francia en darse cuenta de que no podía hacerse nada en Marruecos por la mera voluntad de ésta.

(*) Durante la primavera de 1904, Francia e Inglaterra suscri-

Francia ha comprendido que no podía ni debía concertar cosa alguna en paz en el continente africano y en su región Norte sin el acuerdo inglés, y no puede tomar a mala parte hayamos pensado nosotros algo parecido.

Los que dicen que mis escrúpulos y vacilaciones han sido causa de que Francia, no cerrando sus compromisos con nosotros, los haya ultimado con Inglaterra, no se dan cuenta de toda la gracia e infinito donaire que tal afirmación envuelve; mas si, por vía de pasatiempo, la estimáramos con formalidad, habría prestado yo, sin sospecharlo, gran servicio a mi patria, pues esa buena inteligencia, si lealmente se mantiene, aclarará muchos de nuestros problemas de política exterior y aun quizás alguno de política interior.

He ahí la sencilla explicación de lo ocurrido, y de por qué no quise ultimar un Tratado excelente en sí, pero rodeado de peligros en el momento y en las condiciones en que se presentaba la ocasión de firmarlo.

No busque usted, mi querido amigo, como lo hace en su discurso del miércoles, razones recónditas de mi apartamiento del Gobierno; bien claramente las he expresado, sin ocultar que se relacionaban algunas de ellas con la política exterior; mas no por dificultades de partido, ni disidencias de colegas, sino por la dolorosa depresión que creo advertir en el espíritu público y convencimiento de que yo no re-

bieron una serie de convenios transigiendo sus aspiraciones e intereses coloniales en Terranova, el Níger, Siam, Madagascar, Nuevas Hébridas, Egipto y Marruecos. Y así como Francia se desinteresaba de Egipto, Inglaterra se desinteresó de Marruecos, pero dejando a salvo los derechos de España.

uno las condiciones necesarias para curar ese mal, y debo, por tanto, dedicarme a empeños más modestos y, como tales, más proporcionados a mis fuerzas.

El convenio que usted prepara, el que ahora se haga, no serían obra fecunda, sólo servirían de ocasión para graves daños, si no logran ustedes despertar en el país anhelos de expansión, espíritu de sacrificio para el engrandecimiento, ansias por una patria más grande.

Quizás todo eso bulle y se encierra en las entrañas del pueblo, y la culpa es de los Gobiernos, que no aciertan a herir la fibra que haga vibrar esos sentimientos; pero ello es que hoy no se advierten tales apetitos, y, sin embargo, son precisos para que zonas de influencia, penetraciones pacíficas, tutelas y protectorados tengan algún sentido y se puedan sobrellevar sus expensas considerables sin grave alteración de los ánimos.

De usted siempre muy afecto amigo y seguro servidor,
q. b. s. m.,

F: SILVELA (*)

(*) El Duque de Almodóvar replicó a esta carta con otra que publicó HERALDO DE MADRID, según la cual el retraso de los liberales en firmar el convenio debióse únicamente a la necesidad de ultimar detalles y a la dificultad de «dotar de celeridad el despacho de asuntos de linaje diplomático». Insistía en que Silvela prestó su conformidad a lo pactado y aun en la carta preinserta lo juzgaba con extremos de benevolencia, contrapuesta a las hiperbólicas severidades de juicio fulminadas teatralmente por el Sr. Maura en el Congreso. Y lamentaba que, por todo lo ocurrido, España no hubiera llegado simultáneamente con Francia, y de acuerdo con ella, a tratar con la Gran Bretaña, «participando así en uno de los hechos históricos de mayor transcendencia en los modernos tiempos y de más sosegados horizontes para España».

La enseñanza obrera

(Conferencia pronunciada en el Fomento de las Artes
el 14 de Mayo de 1904) (*)

Señores:

Debo, ante todo, expresar mi gratitud a la Sociedad y a su Junta directiva porque me han honrado con su invitación para inaugurar estas conferencias. De antiguo conocéis mi simpatía por estos centros de cultura, y el haberme asociado a ellos de una manera activa es un recuerdo que será siempre grato para mi corazón.

Venimos al mundo a combatir, la vida es un combate, y no se puede escapar de esta condición de combatiente sino por la puerta de la muerte o de la locura. En todas las esferas de la vida hay lucha; pero a los combatientes puede clasificárseles en dos categorías diferentes: el combatiente

(*) Invitado Silvela a esta conferencia por la Junta directiva del Fomento, cuyo Presidente era Dato, se vieron privados de asistir a ella sus habituales oyentes, por no ser pública. Los socios llenaron el salón. En la mesa, con el conferenciante, tomaron asiento el Presidente de la Asociación, sus Vicepresidentes, Marqués de Valdeiglesias y Sr. Liquiñaño; el Director de estudios, Sr. Mingo, y el entonces Delegado regio de Instrucción pública Ruiz Jiménez. LA EPOCA publicó al día siguiente en un suplemento el discurso que, con pequeñas variantes, re-
producimos.

soldado y el combatiente obrero. Comprendo en la clasificación de soldado no sólo al que maneja el fusil y dispara el cañón: creo que deben calificarse o clasificarse en la categoría de combatientes soldados a todos los que luchan por reprimir el crimen, por defender a la sociedad de los ataques de que son objeto, como son el juez, el administrador y el abogado, que la defienden del dolo. Pero todos éstos luchan para librar a la sociedad del daño, y el combatiente obrero lucha con la Naturaleza para arrancarle sus secretos, para obtener sus beneficios, para aumentar el bienestar de sus semejantes, y en esta clasificación coloco desde el sabio hasta el modesto obrero agrícola, que ayuda con el sudor de su frente y con la labor de sus manos al sustento de sus semejantes. Esta segunda categoría de combatientes tiene tanta virtud y mérito como la primera, y ambas encierran en sus anales históricos héroes de grandísimo valor.

Sin duda alguna que la segunda categoría, la de combatientes obreros, debe despertar en todos una simpatía más viva, pues que la fórmula del progreso consiste en que el combatiente obrero vaya sustituyendo lentamente al combatiente soldado, porque todo progreso representa un aumento de dominio del combatiente obrero sobre el combatiente soldado, y sobre ambos, y contribuyendo y preparando la labor de los dos, tenemos el combatiente maestro, que es el que enseña y prepara los instrumentos humanos para la lucha en todas sus manifestaciones y en todas sus clasificaciones.

El maestro ha sido siempre venerado y singularmente respetado por todas las generaciones; pero la obra del Ma-

gisterio sufre en nuestro tiempo, especialmente en lo que se refiere a la enseñanza obrera y popular, una modificación evidente y profunda, y de esto es de lo que me voy a ocupar en esta conferencia, examinando las modificaciones y el estado actual del problema de la instrucción popular y obrera, bajo los tres conceptos capitales que a mi juicio la integran, y que son: el concepto político, el concepto administrativo y el concepto pedagógico. Trataré de ellos brevemente por su orden.

Es, sin duda, el más importante y capital, porque determina en gran parte la resolución de los otros dos problemas, el concepto político de la enseñanza obrera y popular. Son pocos los que se atreven a declarar francamente que el progreso de la instrucción popular les alarma; pero, creedme, son muchos, muchísimos los que, sin atreverse a decirlo, lo sienten en el fondo de su alma; temen, llevados, sin duda, de buenas intenciones que la enseñanza incompleta del obrero y del pueblo les prepare mayores daños que beneficios, despierten en ellos aspiraciones que no puedan satisfacerse, y con lo incompleto de su enseñanza amarguen su propia vida y sean un elemento de perturbación en el orden social. Tienen un concepto de la sociedad que puede semejarse al de la existencia de una gran masa sumisa, trabajadora, bienhallada con sus escasos medios, y procuran no despertar en ella grandes necesidades ni nuevos horizontes y creen que debe ser dirigida por una minoría que sea la más inteligente, la más sana y la más moral posible, la cual ejerza una tutela paternal sobre el conjunto de aquella gran colectividad de trabajadores pacíficos y tranquilos. Esta es su idea, y sin entrar yo ahora en lo que haya de

erróneo en esta idea, ni el peligro evidente y constantemente demostrado por la Historia de que esa minoría, que a veces empieza como inteligente y moral, con el largo ejercicio del Poder pierda aquellas condiciones y se convierta en inmoral; prescindiendo de entrar en el fondo de este problema, paréceme a mí que hay que plantear el de la enseñanza popular y obrera en los términos de la gravedad que el momento histórico presenta a nuestra consideración, y éste es el del valiente advenimiento de grandes masas populares, con acción sobre los Gobiernos y sobre el desenvolvimiento de la historia de todos los pueblos.

Sin duda alguna que el elemento popular ha sido factor de la Historia en todos los tiempos; pero sobre la ruina de tantas instituciones, sobre el quebrantamiento de tantas ideas, de tantas creencias, de tantas tradiciones, muy ciego será quien no vea que avanza por todas partes la influencia de las masas populares, determinando una acción directa sobre los Gobiernos e imponiendo indeleblemente la orientación y el criterio a todos los políticos. Y este movimiento determina, a mi juicio impone, como condición característica de existencia y como regla de prudencia y previsión elementalísima, una modificación en la instrucción popular de esas masas, que cada día influyen más en la acción y en la vida de los Gobiernos y en los principios cardinales de su política. Evidente es que se impone el que cambie los estudios y adelantos, a medida que es mayor su influencia y su acción sobre la vida de los pueblos.

Todavía pudo discutirse en otros tiempos si esa instrucción popular facilitaba el advenimiento prematuro de las grandes democracias a las esferas del Gobierno; pero la

acción es evidente, el hecho no se puede ocultar a los ojos de nadie. ¿Fuerzas para detenerle? No sé si hay algún loco que crea que pueda tenerla bastante y proporcionada a ese fenómeno histórico, tal como aparece; y una vez que aparece en esas condiciones, lo que no puede ni debe negar nadie es que la instrucción popular y obrera es un elemento de vida, de esperanza y de orden para el porvenir, conveniente evidentemente para todos. (*¡Muy bien!*)

Ahora bien; son muchos los que dicen que la instrucción popular y la enseñanza obrera no pueden ser muy extensas y que lealmente (al menos en el fondo de su alma, aunque repito lo que os decía al principio, no muchos se atreven a decirlo en alta voz), creen que eso de aprender a leer y a escribir y suprimir los analfabetos en la vida de los pueblos, es una cosa pequeña y sin efectividad beneficiosa, a causa de que esa aptitud no les servirá sino para recoger malas doctrinas, si no es para apoderarse imperfectamente de ideas que no pueden digerir ni comprender y que son un motivo de perturbación para sus conciencias y de daño para la sociedad en que viven.

¡Error profundísimo! Porque eso que a veces parece pequeña enseñanza, extendiéndose a todas las moléculas del cuerpo social, viene a ser algo parecido al inerte trozo de madera muerta que alguna vez veréis introducir en la grieta de un enorme peñasco que no sería capaz de romper el atleta más formidable; trozo de madera muerta sobre el que caen unas cuantas gotas de agua, bien débiles y bien endeblables por sí, pero que, introduciéndose en sus átomos y en sus moléculas, imprimen a cada uno de ellos una fuerza y un movimiento misterioso, pequeñísimo a cada uno, pero

que juntándose en un común esfuerzo, a los pocos momentos de aquella ligera acción de la gota de agua sobre la madera muerta, determina la rotura y la explosión del peñasco, que cae desgajado al esfuerzo de aquel conjunto de las moléculas, impulsadas, movidas por la gota de agua.

(¡Muy bien!, ¡muy bien!)

Pues esto es lo que sucede y sucederá en los pueblos con la instrucción popular; que, dando vida y acción a cada una de estas moléculas, que parecen madera muerta, por el conjunto misterioso de su acción y de sus átomos desarrollará una fuerza nacional y un sentimiento de valor en el pueblo, que no tenía antes y que por esa pequeña acción se irá produciendo. Y si ella se extiende a todos los átomos de la sociedad, su conjunto será incomparablemente mayor que cada una de las fuerzas aisladas, las cuales, al parecer, sólo obraban sobre un punto medio y pequeño, sobre una minoría insignificante de aquellas moléculas y de aquellos átomos. *(¡Muy bien!)* Pero si la instrucción lleva vida a los pueblos, no hay que olvidar una cosa, y es que, dondequiera que se lleva la vida, es preciso que vaya con ella el amor.

Pueden los intereses crear obras materiales; puede el odio reunido y concentrado producir destrucciones, muertes, asolamientos, toda clase de males; pero allí donde se quiera fundar una asociación, una corporación o una institución que represente vida permanente y continua, allí es preciso que vaya el sentimiento del amor, del afecto, del cariño.

Locura es la de querer formar la familia simplemente fundándola en intereses materiales y sin llevar a ella el

sentimiento de amor; locura es fundar una asociación cualquiera sin que el conjunto de los sentimientos de los que la compongan se enlacen en una comunidad de sentimientos también; y tan cierto es esto, que los grandes psicólogos del amor y del dolor en el mundo, cuales fueron Dante y Santa Teresa, el uno resumió todos los tormentos del infierno en la inscripción que puso a la puerta de él: «Perded toda esperanza los que aquí entréis»; y la otra expresaba su conmiseración para con el Angel caído, no pensando en los tormentos físicos a que pueda estar sujeto, sino pensando que está condenado perpetuamente a no poder amar; y, en el mundo, si borráis el amor y cariño, haréis de cualquiera existencia y vida social un infierno abreviado (*Aplausos.*); para los ricos, sería el hastío, la repugnancia y el cansancio de la vida, el suicidio quizá; para el pobre, la desesperación, el odio y la venganza. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

Es, pues, indispensable que allí donde se lleve la vida (y donde se lleva la instrucción se lleva la vida) se lleve el amor, el cariño, el afecto a todos los elementos sociales. Es preciso que nos preocupemos de ello, hoy más que nunca, porque al compás de esa transformación de la vida ha ido la transformación de la industria; porque en aquellos tiempos en que el taller era una sala reducida y el telar se componía del concurso de unos cuantos obreros que hacían entre sí vida de familia y tenían cerca sus habitaciones, su hogar, y recreaban su espíritu y satisfacían su sentimiento en el afecto del patrono, del gremio, y, con la afección de la cofradía y de la hermandad, había en la vida obrera aquel sentimiento moral indispensable para sobrellevar el trabajo diario.

Pero hoy la industria se ha transformado; las grandes fábricas semejan inmensos cuarteles, en los que apenas se conocen los que en ellas trabajan; las ciudades abren grandes vías y caminos de hierro subterráneos, para que los obreros puedan ir alejándose a extremos extraordinarios, en los cuales desconocen la vida de los compañeros; su propio hogar es más frío que lo que antes era, porque la mujer suele trabajar también en la fábrica; el hijo puede tener también ocupación en otro género de trabajo desligado de los padres. Se enfría, pues, todo lo que es sentimiento en la vida del obrero, y esto no puede compensarse en esta transformación del trabajo, sino por medio de otra fuente de afectos semejante, por la asociación de los obreros mismos, por sociedades que, como ésta, fomentan su cultura, animan su espíritu y, en una palabra, despiertan en ellos sentimientos de confraternidad, de unión entre unos y otros, indispensables para compensar y hacer sobrellevar las amarguras de la vida. (*¡Muy bien!*)

Todo esto debe ser muy atendido por todas las clases sociales, porque la necesidad de esta compensación del sentimiento, al lado de todo lo que supone nuevo desarrollo de la vida, es una condición indispensable para que ese desarrollo sea positivo, sea fuerte y sea sano.

Esto es lo que, a mi juicio, determina las líneas generales del concepto político de la educación popular y obrera; instrucción y educación hasta los más extremos límites; convicción de todas las clases sociales de que esta es una necesidad que la Historia impone; convicción de que esa es una obra buena y santa para unos y para otros. Yo, por mi parte, nunca la tuve miedo ni se lo tendré. Yo no me asusto

como los que al ver venir estas clases populares, todavía incompletamente educadas por la acción eficaz de la Historia y de la vida de los Gobiernos y de los pueblos, tiemblan como si nos amenazara una nueva invasión de barbarie.

No. Paréceme oír una voz que les dice lo mismo que dijo Jesús a los Apóstoles, asustados por una tempestad que les sorprendió cruzando en débil barquilla el lago de Tiberiades: «No temáis, hombres de poca fe»; no temáis, porque no hay que temer ningún gran movimiento de esos que la Historia engendra y que son evolución de todos los pueblos; hay que temer, sí, a la acción de los tiranos y de los déspotas y de las minorías que se imponen a las mayorías por un acto de audacia o de violencia; pero los grandes movimientos de la Historia, las grandes evoluciones de los pueblos, que se extienden a todos los continentes y que por igual se sienten en todas las naciones, esos son movimientos que la providencia dirige, aunque sea el hombre el que se agite, y con ellas va la voz de Dios. (*Aplausos.*)

Y vamos al concepto administrativo de la educación popular y obrera. Me refiero a la acción que el Estado debe ejercer y puede ejercer en el desenvolvimiento de esa educación. ¿Cuáles deben ser sus líneas? Las necesidades de una nación son evidentemente un instrumento de progreso, un elemento de intervención para el desenvolvimiento y la satisfacción de las necesidades nacionales, y siendo esto debe ejercerse su acción en todo aquello a que la acción meramente social no llega o no sea eficaz. El Estado deseca pantanos para modificar las condiciones de terrenos insalubres; el Estado construye caminos y puertos donde la Naturaleza no los facilita o donde el interés mercantil no los

traza, pero el Estado no hace nada de esto allí donde la acción social crea todos esos elementos. ¿A quién se le ocurre, pues, que, en las inmediaciones de la ría de Bilbao, el Estado construya camino ninguno, cuando por sus dos orillas hay ferrocarriles y tranvías y por su centro vías de navegación que por completo satisfacen todas sus necesidades? En cambio, donde la actividad social no es tan grande, el Estado acude bien directamente, bien en forma de auxilios. Pues este mismo criterio es el que, en la esfera administrativa, debe aplicarse a la instrucción pública. Es ella una función social, la más importante de todas, la que engendra los progresos y desenvolvimiento de un pueblo, y todo lo que en eso se invierta no es una aminoración, es un aumento; porque, como decía algo groseramente, pero de manera muy expresiva, un gran médico y filósofo español, el famoso Huarte, no menos que en el siglo xvi, la inteligencia humana es una potencia generativa que, en comercio con las demás, concibe y pare, esto es, que se reproduce por el choque continuo de unas con otras. Es, pues, la obra del Estado en la instrucción obra eminentemente reproductiva, y su acción no ha de tener más límite que el de sus mismas necesidades.

Claro es que, cuando los elementos sociales se ponen en acción —como en ese ejemplo de la ría de Bilbao—, ninguna mejor acción social que esa, y de ello en este mismo local tenéis un ejemplo. Aquí encontraréis, de fijo, el calor de una acción más fraternal que la que podríais hallar en Universidades o Institutos, mezcladas unas de vuestras clases con otras, aprendiendo y enseñándoos recíprocamente, en una labor más útil, más integrante, más práctica, y sobre

todo, más educadora. Pero cuando esa acción falta o es endeble, el Estado ha de atender a tal necesidad social, ya que no cabe discutir que la enseñanza y la instrucción, la obrera principalmente, es la que crea los elementos del progreso industrial y de las artes aplicadas a la industria. Ninguna misión más propia para el Estado que esa, siempre que, como yo, se entienda que el Estado es un instrumento del progreso y no un mero actor para la realización del mismo, como creía el individualismo a fines y a mediados del siglo xix. La función, pues, administrativa está determinada por el simple concepto de la defensa o sustitución de la acción social hasta donde sea necesario.

Enlázase con éste un problema que se agita mucho en estos tiempos: el de la libertad de enseñanza, problema más de palabra que de realidad, porque parte de un principio que la Historia ha desmentido constantemente. Dijo una vez Leibnitz: «Dadme la enseñanza en un país, y yo le transformaré por completo». Y tenía razón. Pero la dificultad para Leibnitz —como para Arquímedes cuando pedía un punto de apoyo para una palanca que le permitiera mover el mundo— está en que ese punto de apoyo en el espacio y esa donación total de la enseñanza no los puede dar nadie. Nadie puede acaparar la instrucción en un Estado. Lo que puede y debe hacer el Estado es dar a cada obrero, a cada trabajador, a cada niño, los elementos necesarios para que la cultura no pase sobre ellos como sobre cuerpos impermeables, sino que estén abiertos sus ojos y preparados sus oídos para todas las enseñanzas que surgen de la Prensa diaria, de las conferencias públicas, de la comunicación con sus semejantes; en la época moderna, con la Prensa libre, con la

facilidad de las comunicaciones, con el telégrafo y el teléfono, con las diarias conversaciones de círculos y reuniones de toda especie ¿quién puede pensar en dominar la instrucción y la educación de un país, por muy poderoso que sea?

Hay, pues, mucho de imaginativo en el planteamiento del problema. Y así, cuando un obispo francés, en la Asamblea de 1870, acusó a las Universidades francesas de haber tenido el monopolio de la enseñanza y haber creado una generación socialista, le contestó un republicano eminente que fueron los jesuitas y los clericales los educadores de la generación de 1793, autora de la Revolución francesa. Los dos tenían razón, y ello demuestra que, aun en aquellos tiempos, el dominio de la instrucción pública escapa a la acción del Estado. ¿Y qué hemos de decir en vista de que aquellos Poderes monárquicos no pudieron impedir continuara el espíritu de la Revolución francesa, ni el desenvolvimiento del espíritu humano, creado por todo el movimiento de los siglos xvii y xviii? ¿Qué hemos de decir cuando oímos en nuestro Parlamento discutir con apasionamiento si el catedrático titular ha de intervenir o no en los exámenes y si poco menos que el principal sostén de la sociedad y del orden público estriba en que intervenga o no en ellos el profesor del colegio privado? Oyendo estas discusiones, y advirtiendo que quienes las mantienen no son Monarcas absolutos, ni un Luis XIV, ni aquellos grandes hombres que eran árbitros de los Parlamentos, sino Ministros que duran tres o cuatro meses y que saben que serán reemplazados por otros que derogarán sus programas ¿no es cosa de tomar a broma ese decantado problema de la libertad de enseñanza y de la dirección de los espíritus para

educar la juventud, cuando ésta se educa por el ambiente libre de la sociedad en que vive hoy, a despecho de los Poderes públicos y de todo género de programas y prejuicios de Ministros y de catedráticos? (*¡Muy bien!*) No; lo que hay que buscar, lo que hay que procurar es que el Estado ponga a todos sus ciudadanos en aptitud de aprender aquellos conocimientos que a todos ellos, y singularmente al pueblo, al obrero, se le deben.

Y vamos al tercer punto: el pedagógico. Sobre él puede decirse que la opinión está hecha. La enseñanza primaria y aun la secundaria ha sufrido en los últimos tiempos una transformación, que debe asimismo aplicarse a la enseñanza obrera, y que obedece capitalmente a dos principios. Es uno de ellos el que la enseñanza ha de ser serial, la repetición constante y reproducida de una misma asignatura, durante varios años; porque es axioma que lo que no se repite se olvida, y la repetición de unas mismas nociones durante una serie de años, con los consiguientes desenvolvimientos, produce efecto mucho más considerable que la concentración del mismo estudio en breve espacio; y es el otro, el procedimiento experimental de ir de los hechos a los principios, pues no todas las inteligencias comprenden los hechos y son ellos los primeros que hay que enseñar a observar y estudiar, sin que por eso se crea que los hechos basten para el obrero, ni para el pueblo, ni para la clase media, ni para nadie; sino que es preciso que ellos abran el camino para los principios y el conocimiento de las leyes que los rigen, pues el verdadero saber no consiste en distinguir los hechos, sino en elevarse de ellos a los conocimientos generales que abarcan y analizan las leyes a que obedecen. El

animal, el bruto, realiza actos que revelan conocimiento de los hechos; pero lo que distingue la acción meramente mecánica del bruto que ejecuta un trabajo por el conocimiento exclusivo del hecho y la del ser inteligente es que éste se da cuenta del porqué del hecho (del peso, de la resistencia, v. g.), pues el hombre, el obrero, el trabajador, al propio tiempo que conoce tal hecho, conoce su ley y determina en su ánimo una relación entre una y otro, merced a la cual sabe verdaderamente lo que está realizando.

Mas en toda enseñanza hay dos aspectos; uno, que es el que corresponde a la instrucción, y otro el que constituye la educación propiamente dicha. Y ambos elementos han de marchar en armonía para que la obra educadora sea eficaz y sana. Actúan sobre ellos dos características diversas: para la instrucción, hay que despertar la atención; para la educación, es indispensable provocar la atracción, el afecto, el cariño. Lógrase la atención, principalmente, por medio de los ejercicios prácticos, sin los cuales ninguna enseñanza, y menos la obrera, es completa; comprendiéndolo así, aun en las disciplinas superiores, no hay en ninguna Universidad de Europa ingeniero electricista que entre a estudiar las asignaturas teóricas sin sujetarle al mismo tiempo a la confección de una bobina, al limado de un tornillo, a la construcción de un eje o de un cojinete de una máquina. Mas, en cuanto a todo lo que se refiera a reglas de conducta en la vida de la industria, como en la vida de la familia, de la nación, y aun en la plaza pública, la enseñanza no se logra sino por la atracción. El maestro, las clases educadoras, cuantos quieran enseñar al pueblo o al obrero e inclinarse en el sentido de lo recto y lo justo han de empezar

inspirándole cariño, actuando sobre el discípulo por medio del agrado y de la amenidad en la instrucción, despertando su amor —que rara vez se logra sin reciprocidad— utilizando para infundirlo las impresiones agradables, los sentimientos dulces, que incluso hasta los mismos objetos materiales despiertan en el ánimo. Los sitios donde fuimos felices nos son caros; el simple y rudo bastón que nos sirvió en la ascensión peligrosa a la montaña y nos libró tal vez de caer en un precipicio o de tropezar en un peñasco, llega a ser como un compañero; al fin del viaje no nos resignamos a separarnos de él, generalmente lo llevamos con nosotros y queda en nuestro hogar como un antiguo amigo, debido sólo al recuerdo de los momentos agradables que hemos pasado a su lado. (*Aplausos.*)

Mucho de esto pueden y deben hacer los maestros y las clases educadoras en el corazón del obrero y de los pueblos. Porque permitidme que, para concluir esta conferencia, vuelva a mi tema de siempre, quizás a la que fué mi preocupación mayor en mi vida activa y será en mi vejez tesis de cuanto yo hable, piense o escriba sobre el particular: la necesidad de que a toda institución, a todo elemento de vida, a todo progreso, a todo desenvolvimiento popular vaya unido, necesaria, inevitablemente, el amor y el sentimiento. El sentimiento es y será la base de las ideas y de las voluntades en el mundo. En vano será que se diga que estamos en época de materialismo. El alma, en lo fundamental, ha sido siempre la misma. Lo que, con frase popular y expresiva, decía Gil Blas: aquello de que las manzanas del tiempo de Adán eran tan gordas como las de ahora, es una gran verdad, aplicada a todo lo que del alma huma-

na se desprende y nace; y ahora como antes, lo que el sentimiento no funda y anime, vivirá vida anémica y morirá en breve.

Todos los grandes transformadores de la humanidad han sembrado, como base fundamental de sus reformas, el sentimiento. Por eso, el Cristianismo (prescindiendo ahora de todo lo que sea acción sobrenatural), como fué el mayor sembrador de sentimientos que hubo en el mundo, fué la idea que ha recogido más energías, más voluntades y más fuerzas en la Historia. Jesucristo y San Pablo, el gran propagador de los ideales cristianos, el Apóstol de los gentiles, pusieron toda su ley en el amor. El precepto de *Amaos los unos a los otros*, que decían San Pablo y San Juan Crisóstomo a sus discípulos, encerraba él solo toda la Ley de Dios y de los Profetas, y con esa grande siembra de sentimientos dieron el imperio al amor e injertaron en las hordas bárbaras las nuevas ideas, las mismas que, a través del desenvolvimiento del Renacimiento, crearon el vigor de las Edades Modernas, dando nombre al esfuerzo casi universal e increíble que venció en las luchas con el mahometismo mientras legiones de mártires predicaban por doquier la buena nueva. Sí; donde los sentimientos no se han sembrado, el dominio de la fuerza desfallece y se pierde. Por eso yo no me asusto nunca de los que se presentan como destructores de la sociedad, predicando, con odio, destrucción y venganza, una especie de Evangelio nuevo. Ellos serán fatales, producirán daños sin cuento; pero los fundamentos de la sociedad no los destruirán nunca.

No temáis que de semejantes apóstoles salga semejante renovación. Dicen ellos, sí, que son los propagadores de

un nuevo Evangelio para el pueblo; pero bien los distinguiréis de aquellos evangelistas del primitivo Cristianismo. Bastará para ello que os fijéis en una cosa, y es: que han invertido completamente los términos y los procedimientos de aquéllos, porque los apóstoles de aquella buena nueva eran, como sabéis, humildes pescadores que se convertían en apóstoles para llegar a ser mártires, y estos propagandistas de las ideas y del Evangelio de ahora se erigen la mayor parte en apóstoles, pero es para convertirse muy luego en pescadores.

He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

El último discurso. Homenaje a Echegaray

(18 de Marzo de 1905) (*)

Señor:

Los buenos españoles que recogiendo un verdadero mandato de la pública opinión han organizado esta solemnidad para exteriorizar los sentimientos de entusiasmo y de admiración de la patria hacia la figura insigne y la gloria purísima que representa el nombre de Echegaray, me han dado el altísimo encargo de dirigir la palabra a V. M. y a cuantos le rodean y escuchan en este acto. Yo he de procurar, a mi vez, recoger también en breves conceptos del

(*) D. José Echegaray acababa de ser agraciado por la Academia de Suecia con el famoso premio Nobel. La intelectualidad de España entera, con excepciones singulares, se consideró halagada en la persona del sabio, eminente y aclamado dramaturgo, y organizó una serie de actos en su honor, a los cuales se sumaron presurosos y entusiastas desde el Rey hasta los más humildes admiradores del poeta. En el teatro Real se celebró la ceremonia de la entrega de la medalla, símbolo del premio. Presidió S. M., quien concedió la palabra a Silvela para que, en nombre de los organizadores, fuera como el mantenedor del homenaje. Silvela, entonces, después de hacer reverencia ante el Trono, ocupó la tribuna de secretarios y pronunció este discurso, que había de ser el último de su vida.

corazón y del sentimiento de la patria algunos acentos con que corresponder a esta honrosísima confianza.

Tienen, señor, las manifestaciones de la belleza artística una singular influencia sobre nuestro espíritu, produciendo en él placeres no comparables a otro alguno; porque es verdad que hay muchos que parecen más ardientes y más vivos, por herir más de cerca los sentidos, pero no hay ninguno que deje en el alma una huella tan perdurable y tan honda como estos placeres y estas impresiones de la belleza ideal, y una gratitud tan profunda hacia aquellos genios que aciertan a crear en nuestra imaginación seres y personajes, hijos directos de la belleza y del arte. Así se explica que las impresiones de esta belleza produzcan en la conciencia de los pueblos un sentimiento de su propio valer, de su independencia, de su autonomía perdurable para lo futuro, más grande, más considerable, más duradero que las mismas glorias de sus grandes capitanes y que los propios heroísmos y aun martirios de sus hijos...

Trabaja el sabio para inventar y para perfeccionar los inventos de los que le han precedido y el obrero y el industrial y el fabricante para crear y conservar la riqueza adquirida; el hombre de Estado, el jurisconsulto, el soldado, defienden los intereses de la patria, organizan la familia, mantienen la paz; y los ciudadanos todos ellos, en esta ruda y diaria labor, sienten algo como la esclavitud a la tierra y a la Naturaleza, y luchan oscuramente muchas veces contra las dificultades que éstas les crean y contra las debilidades y miserias fisiológicas propias y extrañas. Y cuando sobre esta labor, que constituye la admirable y misteriosa energía del progreso humano, se alza la voz de un gran artista y de

un gran literato, parece como que todas las frentes se levantan del suelo y escuchan aquella palabra que viene de lo alto, que no les trae ni riquezas, ni fuerzas, ni dominación, y que, sin embargo, es recibida con una gratitud y una admiración no comparables a otras algunas. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

Es, señor, que las manifestaciones de esta belleza artística son, sin duda alguna, reflejo de otra vida, de un mundo infinito y superior a nosotros; y acontece con nuestro espíritu, cuando las escuchamos, algo parecido a lo que sucede al desterrado por largo tiempo en muy remotas tierras, o al encerrado en oscura, apartada y silenciosa cárcel, cuando escucha el cántico de algo que le recuerda su juventud o su patria, y es, en efecto, que el alma, cuando recibe las impresiones de la belleza ideal, recuerda su verdadera patria, que es el infinito, y se siente desterrada en este mundo y cautivo su cuerpo. (*¡Bien!, ¡muy bien!*)

Esta solemnidad, rodeada V. M. de las representaciones más altas y más considerables del mundo intelectual español y de altas representaciones de pueblos extranjeros y amigos, no sería momento ciertamente oportuno para hacer crítica de la obra de Echegaray, aun cuando de ella se encargaran hombres que tuvieran todo el conjunto de condiciones que a mí me faltan para semejante empresa.

Pero no es hoy día de crítica; no hemos de examinar lo que la obra de Echegaray representa y significa en nuestra literatura; sólo he de decir algunas palabras sobre lo que esa obra de Echegaray ha labrado en nuestros corazones y sobre las horas en que ha levantado a nuestros espíritus y ha fortalecido con nuevas energías a nuestras almas. Aparece

Echegaray en un momento de nuestra historia que favorece indudablemente sus condiciones y avalora su precio, de la misma manera que el marco y la acertada distribución de la luz favorecen el mérito de las obras de los grandes pintores.

Eran los últimos días de la Revolución de Septiembre cuando Echegaray desenvolvía, aun en medio del régimen que sucedió a aquélla, la mayor parte de sus fundamentales principios. Aquella Revolución, señor, había sido ante todo una revolución política, no había traído nuevas clases ni nuevos elementos a la vida de España como otras revoluciones lo han hecho, porque si bien por la gran amplitud del sufragio habrían sido muchos más que en las antiguas leyes los llamados, la verdad es que han continuado siendo siempre los mismos los elegidos. (*Grandes risas.*)

En la juventud representaba un vago panteísmo que la inclinaba hacia la incredulidad y hacia la indiferencia. No había llegado ni siquiera el desastre a aquella medida de lo trágico que ha distinguido y conmovido a otras revoluciones. La Prensa, ensordecida por el ruido de los combates personales, había perdido aquella elevación propia de las artes literarias; el teatro tenía como nota predominante y principal el género bufo, que era la representación y la glorificación de lo ridículo acompañado del ruido de las ligeras músicas que la amenizaban. Se sentía por todas partes algo que debilitaba las energías del espíritu; las mismas clases aristocráticas habían limitado su oposición a los tonos tenues de la propaganda social, fiadas, y con razón, en la virtualidad de los principios que defendían y en los errores y las faltas de los adversarios; y en esta atmósfera de debilidad

general, aparece el genio de Echegaray intentando y planeando una gran revolución en la literatura.

Una de sus notas originales es la de que el genio no ha arrojado de su cerebro el talento, como hermano inferior y despectivo, sino que los ha juntado amigablemente.

Después de haber sentido las grandes emociones de la belleza matemática, para la cual la mayor parte de nuestras inteligencias no están lo suficientemente preparadas, pero que encierra grandes e indisputables bellezas; después de haber sentido latir bajo su pensamiento y su palabra las pasiones de las asambleas, las dificultades de los gobiernos, las luchas de las reuniones populares, se sintió con fuerzas para dominar también las pasiones que se agitan en la literatura, y por hábil y mesurada tentativa toma conocimiento y certidumbre plena de sus facultades para recorrer también aquel terreno, y lo recorrió, en efecto, de uno a otro lado, utilizando todos los medios, presentándose una vez como poeta realista, otra como adorador de lo romántico, otra, y esta es su nota más original, reuniendo el romanticismo con el realismo.

El dominio de la escena lo desenvolvió con el juego de las grandes pasiones, no sin dejar entrever con claridad su naturaleza predominante, matemática: no en cuanto a que esta naturaleza amenguara lo más mínimo el valor inmenso y casi infinito de su inspiración, sino que no se descubre en su obra dramática nada que se parezca a una tesis o a una orientación marcada, ni en el conjunto de sus dramas, ni siquiera en ninguno de ellos. Para él todos los problemas literarios están formulados con caracteres y con pasiones que él imagina y desenvuelve sobre el plano de la concien-

cia humana, como sobre un encerado, haciéndolos marchar magistralmente en sus luchas y sus violencias, y llegando a someter, las más de las veces, la misión de despejar la incógnita a la muerte.

De este modo no puede fijarse ninguna orientación determinada, en la que pudiéramos llamar la ética de su dramática; es un juego de pasiones en el que se descubren tres caracteres principales: la pasión y la vida; la conciencia en su imperativo categórico como plano en que se desenvuelven aquellas cantidades casi algebraicas, y la solución de la inmortalidad y la fe, en que la pasión que no halla solución en el mundo material, en la tierra, y que se halla cohibida en la estrechez de las condiciones de nuestra naturaleza humana, sigue en su desenvolvimiento a un mundo de más allá y encuentra su situación definitiva en el infinito.

Exaltación, por tanto, o resumen de estos caracteres principales: el sentimiento de la inmortalidad, de algo que compadece al hombre y la misión que él se impone a sí mismo en este desenvolvimiento; la de fortificar como una gran corriente eléctrica de miles de voltios las fibras del alma y del corazón humanos, dándoles con estas corrientes energías y vigor para sentir y soñar acerca de los mayores ideales y de las mayores empresas. (*¡Bien!*)

Este es el conjunto general de la obra de Echegaray. Desenvolviéndolo por diversos caminos, llega, a mi entender, a su mayor madurez en la reunión del realismo con el romanticismo, en la obra insigne acertadamente elegida para coronar su homenaje: *El Gran Galeoto*.

Allí, las grandes luchas que aquel intento de revolución

dramática había despertado encontraron su definitivo combate coronado por gran victoria, porque cuando el sencillo y modesto burgués ve desde su butaca reunidos en una sola obra los grandes esfuerzos y las magníficas emociones de la belleza y el vigor de la tragedia griega con las escenas diarias de su vida y con los conflictos de conciencia que él ha sufrido y por los que ha pasado, la obra dramática, unida más estrechamente con la realidad, se apodera más en la conciencia del espectador y arrastra y llega más seguramente el aplauso.

Y esto sucede con *El Gran Galeoto*, ante el cual tuvieron que doblar la cerviz los que se resistían al reconocimiento de aquel genio; ante el cual tuvieron que confesar todos que había acertado de una manera extraordinaria con la pasión universal, con los problemas concretos de la vida. En aquel momento, representaciones tan distintas como las de los tres periódicos LA EPOCA, EL IMPARCIAL y EL LIBERAL vinieron a sancionar entonces el triunfo, en el que todas las clases de la sociedad española se veían retratadas unas y remedadas otras. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

Claro es, señor, que la síntesis de la poesía está en germen en la oda y en el poema, pero el drama las resume y abraza todas, y es manifestación literaria más propia del siglo pasado, en el cual la vida ha sido verdaderamente dramática. Porque en él se han combatido todas las instituciones, se han discutido todos los dogmas, se han penetrado todos los problemas, se ha llamado a todas las puertas, se ha convocado a todas las fuerzas del espíritu y de la materia, y como en esta gran obra dramática del siglo XIX iban resumidas al par las obras líricas, y también en ellas se en-

cierra algo singular, siempre resultará que dicho siglo ha sido tan grande por su dramática como por su lírica.

Echegaray ha reunido todo esto en sus obras. Claro es que en ellas se han notado rivalidades y violencias que lastiman el espíritu, como las hallamos también muy a menudo en las sublimidades de Homero, de Shakespeare, Calderón y Lope, porque la realidad, señor, es un conjunto de lo sublime y de lo grotesco, en la poesía como en la creación y en el mundo, y los límites de esta realidad no son los límites de lo verdadero, ni siquiera de lo verosímil; no tiene más límite que el de lo posible, comprendiendo en esto, no los tipos ordinarios de la vida común y los conflictos frecuentes de la existencia humana, sino lo que abraza la totalidad de lo universal.

No pocos han notado en el dramaturgo flaqueza en la versificación, oscuridad en el desenvolvimiento de la acción, contradicción y nebulosidad en los caracteres. ¡Ah, señor! Son, efectivamente, muchos de sus dramas y aun de sus poemas que han tomado forma dramática, verdaderos ensueños sangrientos y pesadillas dramáticas: pero es, señor, que si se observan bien todas las grandes obras literarias, en ellas se encontrará que las constituye un principio, un pensamiento; el desenvolvimiento, el fin de un sueño.

Háblase de la rudeza de su versificación, de los defectos de sus caracteres y a veces hasta de las contradicciones de sus recursos; es verdad: todo, todo, todo se ha dicho. También se ha dicho de Shakespeare, de Calderón y de Lope: todo ello se podrá decir siempre de los grandes dramáticos.

La encina y el roble de la sierra tienen un tronco torcido, unas ramas atormentadas y broncas, una corteza áspe-

ra, un follaje oscuro y confundido, pero al fin son la encina y roble de la sierra, y el que no comprenda su grandeza y sienta la hermosura que en ellas se encierra, busque en buen hora la belleza simétrica de la dalia, la igualdad lisa del sauce o la tenue, pálida y descolorida de la crisantema, pero respete y sienta la grandeza y la sublimidad de los inmensos vegetales de la sierra. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

No puede ser el drama, cuando llega a estas condiciones, un sencillo espejo plano en que se reflejen con sus exactas medidas las imágenes, porque este reflejo es siempre pálido, es siempre falto de vida; ha menester del espejo del gran dramático, que es un espejo de concentración, como aquellos espejos históricos atribuidos a Arquímedes, en donde se concentraban los rayos y producían la luz, el calor y el incendio. (*¡Muy bien!*)

Señor España entera agradecerá a V. M. la adhesión que ha prestado a esta gran solemnidad como representación la más augusta y permanente del pueblo español; se lo agradecerán también los espíritus que en tierras extrañas se sentirán unidos a nosotros por esa fraternidad singular que produce la común admiración hacia el genio. Vuestra Majestad, honrando a un talento insigne español, que cualesquiera que sean los juicios que sobre él formule la Crítica o la Historia, no se podrá negar que representa uno de los más grandes varones intelectuales de nuestro tiempo, ha contribuido a exaltar los sentimientos generales de la patria, en ocasión bien elegida, cuando han sido reconocidos y proclamados por un tribunal ilustré, el primero que ha acertado a representar mejor y más afortunadamente la conciencia de la Humanidad para el juicio de sus grandes hombres.

Ha sido fortuna que este premio y esta solemnidad vengan a recaer sobre un genio del arte, porque el arte es el que no nos divide, es el que con más facilidad junta a las gentes y concilia las opiniones contrarias, los criterios diversos, las escuelas enemigas, como efluvio que es de un Ser Supremo que irradia la belleza sobre la tierra, produciendo en ella, hasta donde es posible, la reproducción en los espíritus de un paraíso terrenal, en el que todo es ventura, en el cual no hay ni siquiera un árbol prohibido para el genio, aun cuando no falte quizá alguna que otra serpiente. (*Risas.*)

Ha sido fortuna también que este genio literario haya dedicado su alma y su genialidad a la exaltación de la pasión y de la vida, de lo que más ha menester España; de aquello que debemos procurar cultivar y encauzar por la acción verdaderamente contagiosa del ejemplo y por la vibración frecuente de esas almas y de esos corazones que, vibrando, acrecientan indudablemente su energía.

Esta España, la mayor madre de pueblos y nacionalidades diversas conocidas en la Historia, no puede menos de recobrar esperanzas al sentir resurgir su corazón hacia lo alto, aun en aquellas almas más heridas por el desencanto y por la tristeza, al contemplar cómo nos reúne y nos convoca a todos con un entusiasmo desinteresado y sincero la contemplación de una gloria nacional, que es una exaltación de la pasión y de la vida; pasión y vida que no puede analizarse ni siquiera con aquella fecunda crítica de las grandezas y de las bellezas, y no de los defectos y de las imperfecciones, pues la crítica de esas grandes obras ha de inspirarse principalmente en el amor, porque el amor es lo único que hace comprender la belleza.

Fijaos en el efecto que os produce la mirada de un indiferente. Apenas distinguís en ella el color de sus ojos si son negros, azules o pardos; pero en la mirada de un ser a quien se ama, en esa se ve hasta el fondo del alma, con toda la diversidad de pasiones y de pensamientos. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

Esto mismo sucede con las obras literarias, y sucede hoy en España con las obras de Echegaray. Se miran con amor, descubrís en ellas lo que no descubriría una naturaleza indiferente, porque el amor se despierta en el alma, se cultiva y se aumenta, pero no se impone, ni se manda, ni sobre él se legisla allí donde Dios no lo ha puesto. Esto ve España en esas obras; ve, ante todo y sobre todo, la exaltación de la pasión y de la vida, e instintivamente se enamora más particularmente de ellas, e instintivamente siente que están por encima, en ese sentido y para esos fines nacionales, de toda crítica, porque la pasión y la vida no se pesan, ni se analizan, ni se miden, sino que se sienten. Se ama y se admira.

He dicho. (*Grandes aplausos*) (*).

(*) Terminado el discurso, el Ministro de Suecia, como portador de la medalla, pronunció otro muy elocuente. Villaverde, en su calidad de jefe del Gobierno, se asoció al acto. Y Don Alfonso XIII, vitoreado al acoger con muy sentidas frases las insignias para imponerlas al agraciado, hizo entrega de ellas a Echegaray, en tanto que la banda de Alabarderos tocaba el Himno sueco y la Marcha Real. Concluyó la ceremonia con un cálido y conmovido tributo de gracias rendido a todos por el verbo nervioso y sugestivo del egregio español.

Las corridas de toros en domingo

Voto particular al dictamen del Consejo de Estado (*)

(23 de Marzo de 1905)

Con verdadero sentimiento y recelo fundado de haber caído en error sobre lo que más interesa al bien público, se aparta, el que suscribe, del anterior dictamen en el extremo relativo a la prohibición de las funciones de toros en domingo establecida en el Reglamento provisional, hoy vigente. Ha pesado mucho en mi ánimo la observación atenta del asentimiento alcanzado en pro de esa novedad, y estimo peligrosa la impresión de inconsistencia y desconcierto que

(*) La ley de Descanso dominical, promulgada por el Gabinete Maura en 3 de Marzo de 1904, pero cuyo proyecto había estado trece años en el Parlamento sin que casi nadie se preocupase de examinarlo (tal vez con la reserva mental de no acatarlo si a ley llegaba), originó al implantarse numerosas protestas, para cuya a veces tumultuaria exteriorización juntáronse en abigarrada mescolanza los más varios intereses. En cumplimiento de lo ordenado en la ley, se dictó, dentro del plazo concedido por ella, su Reglamento provisional, fecha 19 de Agosto del mismo año. Por él se incluyeron, entre los espectáculos prohibidos en domingo, las corridas de toros. Y fué verdaderamente extraño y plausible que el país del clásico *pan y toros*, debido en parte a una sana orientación entonces de las propagandas socialistas, no mostrase, en ningún clamoroso alboroto, vivo dolor por esa limitación del llamado espectáculo nacional.

causaría en el juicio de las gentes ver los débiles motivos y el corto espacio bastante a alterar una ley promulgada con intenciones educadoras, y contemplar con cuánta facilidad el Estado exalta un día determinados ideales de cultura, para abandonarlos al siguiente, devolviendo a las opiniones e intereses ayer vencidos todo su perdido imperio.

No acierto, por otra parte, con razón suficiente a justificar esa penosa mudanza, ni ante consideraciones de un derecho cuyo restablecimiento explique arrostrar tan mala nota en nuestra manera de gobernar, ni en motivos de prudencia política, adelantamiento en comunes ventajas o atenciones debidas a la general opinión. La ley sobre el descanso dominical de 1904 tiene una estructura harto menos rígida que la usada en los documentos legislativos redactados bajo la influencia del respeto, no ya religioso, sino supersticioso y ciego, profesado a la estricta división de los poderes durante el pasado siglo; y la materia en ella contenida ha menester de esa mayor elasticidad, pues así como los antiguos derechos público y privado elaboraron sus más acer-

Pero los intereses de criadores, empresarios y profesionales advirtieron que era trocha más breve, para llegar al fin de no perjudicarse en su negocio respectivo, sumarse a la callada al movimiento que otros perjudicados en el suyo habían emprendido para obtener en el Reglamento definitivo la derogación de varias prohibiciones. Y en efecto, al redactarse el de 19 de Abril de 1905, hoy sustancialmente vigente, volvieron a autorizarse las corridas dominicales. El Gobierno envió el Reglamento nuevo a informe del Consejo de Estado, este alto Cuerpo emitió dictamen de acuerdo con el proyecto, y Silvela, que era Consejero en aquel bienio, formuló el voto particular que ahora insertamos. Como el Ministro resolvió de conformidad con el dictamen, *así de refilón* y en obra de cinco minutos, como observó un periódico liberal, quedó echada alegremente por tierra una reforma que pudo transformar considerablemente la vida nacional.

tados monumentos incorporando la vida a la legislación por medio de la costumbre, así es menester, en lo que a las reformas llamadas sociales atañe, olvidar aquellas simetrías y ordenamientos lógicos que hicieron la gloria de las codificaciones napoleónicas, y resignarse al casuismo en la reglamentación, y a ver confundidas a menudo las facultades del legislador y el administrador, unas veces en los Parlamentos, otras en los Gobiernos, quedando, como garantía suficiente para los derechos de todos, la publicidad y sus libertades auxiliares, donde celosamente se practiquen.

El artículo 1.º de la ley atribuye al Reglamento y sus ulteriores modificaciones una autoridad que lo coloca a la altura de la ley misma, puesto que al igual de ésta y aun derogándola y modificándola, pueden alterarse, por resoluciones puramente reglamentarias, las excepciones al descanso que constituye la esencia de lo legislado. Así es que el Gobierno, al consignar en el Reglamento provisional la prohibición de funciones de toros en domingo, ejerció una facultad de la que estaba implícitamente investido; no infringió precepto alguno legislativo, usó un poder amplísimo, que deliberadamente le habían otorgado las Cortes con el Rey; se dictó, pues, la prohibición, con tanto derecho como si la propia ley la hubiera establecido. Si hoy se derogase ese artículo no sería para restablecer un derecho ilegítimamente herido o restituir un poder del Estado a su jurisdicción: sería para derogar una medida legal, sustituyéndola con otra, no menos legal seguramente, por entender que el nuevo artículo respondía mejor o a las condiciones de arte que deben presidir a los reglamentos administrativos y a las leyes, o a conveniencias y mejoramientos para el pueblo.

Sin duda que el arte y la acertada clasificación de materias en las leyes y reglamentos es cosa excelente, pero no en tanta medida que a ella se deban sacrificar ventajas ya logradas, asentimientos del espíritu público adquiridos, esperanzas ciertas de mejoramiento en las costumbres, continuidad en la vida legal y reposo en las reformas; y aún sorprendería más se sacrificaran esos beneficios a aquella arte y se excluya de este Reglamento la discutida prohibición por el solo motivo de no ser materia pertinente en una ley de descanso, sino en otra de policía de espectáculos, cuando venimos viviendo tranquilamente y sin grave daño, en medio de diarias anomalías e irregularidades artístico-legislativas de mucha mayor desproporción y heterogeneidad. Nadie ignora que leyes de empleados y derechos pasivos de funcionarios y ascensos y creaciones de cuerpos especiales, se entrelazan a menudo con leyes de presupuestos; que los derechos de tanteo para todos los proyectos de obras públicas se derogaron al votarse una línea particular de ferrocarril, y que son infinitos los reglamentos y leyes de los Ministerios de Hacienda y Gobernación que suspenden y modifican artículos del Código civil.

Menos aún acierto a explicarme este escrúpulo, tratándose de una ley cuya finalidad y esfera propia en el ánimo de los que la prepararon y votaron, es notoriamente la higiene popular física y moral. Se persigue con esa ley una redención para cierto número de trabajadores, no sólo de la posible codicia patronal, sino de su propia inclinación a obtener mayor ganancia, quebrantando leyes generales del esfuerzo humano. La ley logrará esto de un modo muy imperfecto e incompleto, sobre todo en sus principios, pero es

su aspiración que ese descanso sea ocasión para proporcionar a las clases trabajadoras reposo y distracciones favorables a su mayor cultura y a la tranquilidad de sus sentimientos; y aunque esto sólo en corta medida pueda alcanzarse, el favorecerlo por todos los medios razonables, es un bien, y facilitar las provocaciones a la disipación del jornal en espectáculo el más costoso, el más regresivo y el menos educador de cuantos hoy se les ofrecen, es sin duda un mal y una contradicción notoria contra las finalidades que persigue la ley.

No es, por otra parte, dudoso que la crianza de reses bravas sea uno de los peores ordenamientos de las industrias agrícolas para el bien común y los rendimientos totales de la producción de la tierra en un país. Jovellanos afirma que nuestra agricultura sufre mucho por lo que él llama «manía de las fiestas de toros, y que cuesta más criar uno bueno para la plaza, que cincuenta reses útiles para el arado» (1), y es indudable que importa a la economía nacional reducir esa granjería más que favorecer sus aumentos, y la prohibición de las funciones de toros en domingo es medida, aunque indirecta, eficaz para coadyuvar a tal fin.

Importa en mi sentir considerar, con algún despacio, que el artículo relativo a los espectáculos públicos del Reglamento provisional representa a los ojos del mayor número un paso hacia adelante en la educación popular, en el que han tomado iniciativa mesurada, insistente y rodeada de indudable prestigio, los elementos más disciplinados de las clases obreras; y si por livianos motivos de artificio más or-

(1) Carta de Jovellanos a D. José Vargas Ponce.

denado y simetría más cumplida en el modo de legislar, el bien tan fácilmente alcanzado se malogra y se deroga lo ya establecido, todo ello conducirá a mover ruido y aun escándalo por la solemne retractación de aquellos honrados propósitos, prestando motivos de acusación contra la aparente inferioridad de las clases directoras por su indiferencia hacia un progreso en la cultura general, pedido y obtenido por las representaciones populares en forma y medida nada atentatorias ni alarmantes para los principios fundamentales de la sociedad.

Y si esa alteración se hiciera proclamando principios radicales de individualismo, convicciones profundas, respeto al derecho de la personalidad humana para buscar libremente su perfección y progreso, en la confianza de que una armonía preestablecida asegura el logro del bien por el encañamiento natural de pasiones e intereses, sin necesidad de que el legislador se preocupe de costumbres ni de enseñanzas, hallaría explicación cumplida borrar la inconsecuencia de que el Estado procurase apartar al pueblo de éstos o los otros espectáculos mediante prohibiciones de policía; pero si en el mismo Reglamento se aconseja cerrar las tabernas los domingos, cuando se dejan abiertas las cervecerías y los cafés, sin que ello tenga absolutamente nada que ver con el descanso semanal de los trabajadores, ni de las tabernas se diga una palabra en la ley, es difícil sostener que no tiene derecho el Gobierno a incluir en el Reglamento la prohibición de las funciones de toros y que ésta es materia ajena a una ley de Descanso dominical, y que por cuestión de congruencia legislativa vuelvan a autorizarse ahora, esperando que se prohíban de nuevo en otra

ley. La inmediata aplicación del Reglamento provisional tuvo, como justificado fundamento, el beneficio de recoger en el ensayo advertimientos de la experiencia.

Es por ello obligada condición al aconsejar modificaciones, o al menos muy principal motivo para proponerlas, notar si los preceptos puestos en uso han herido graves intereses o suscitado movimientos considerables de opinión en su contra; y es a todos notorio que la supresión de las funciones de toros en domingo no ha ofrecido en la práctica daño de importancia, no ha hallado contradicción, sino, antes bien, aplauso en el común sentir, y hoy puede afirmarse que el resultado más positivo, hasta el día, de la ley de Descanso es el de haber apartado al obrero de la plaza de toros y privado a este espectáculo de su clientela popular, al menos con aquella regularidad y frecuencia, que eran las causas de mayor perjuicio. La reducción de esas fiestas es paulatina, y lo que en ellas hay de arte singular y atractivo, subsistirá por largo tiempo aún: quedan muchos días de solemnidades religiosas y profanas, recreos veraniegos, ferias y acontecimientos faustos utilizables para celebrar corridas, y sin duda se mantendrán mercados abundantes para los productores y los profesionales que han consagrado capital y esfuerzo a este arte. Lentamente, los ganaderos y lidiadores de menos reputación y facultades, irán convirtiendo su capital los unos, y los otros sus actividades, a explotaciones y ejercicios de mayor beneficio común.

En cuanto a movimiento de opinión, sin duda reconocerán todos los espíritus desapasionados que fué recibido el acuerdo de la prohibición con general aplauso, no obstante presentar algunos caracteres de atrevimiento por el

lugar y ocasión en que se dictaba, y bien a las claras se ha revelado el apoyo resuelto que en la conciencia pública tiene la medida por la ineficacia de los pocos y desmedrados esfuerzos que se intentaron para mover protestas contra ella, y esto ha evidenciado que atacaba el nuevo precepto a aficiones ya muy atenuadas en su antiguo vigor y popular arraigo y convictas de su condición anacrónica.

En resumen; la cuestión debe plantearse, en mi sentir, en estos términos: aquellos que, por varias y considerables razones fundadas en la psicología de la muchedumbre y alegadas por críticos de nota en este añejo litigio, entiendan que importa al nervio y originalidad nacionales mantener y aun fomentar en el pueblo español la afición a las corridas de reses bravas, sin duda deben aconsejar se derogue la prohibición de esas funciones en domingo, y cuantos estimen que convendría dirigir por otros cauces las aficiones populares, deben sostener lo ya establecido; y por tanto, el Consejero que suscribe formula este voto particular en el sentido de que se mantenga en el Reglamento definitivo de la ley de 4 de Marzo de 1904 el párrafo XI del artículo 6.º, relativo a los espectáculos públicos, tal como está redactado en el Reglamento provisional de 19 de Agosto del mismo año.

Madrid, 23 de Marzo de 1905.

FRANCISCO SILVELA

Ensayo

de una

Historia de las ideas éticas en España

(Conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid)

(Años 1904 - 1905)

Advertencia del compilador.

La moral dogmática y la moral crítica.

Afirmación de los fundamentos y del progreso de la idea moral.

El sentimiento de lo absoluto y lo eterno, derivados de la moral individual y la moral social.

Las grandes escuelas éticas y el concepto religioso.

La actualidad ética: Kant, Hegel, Comte, Littré, Spencer.

Nietzsche, como última manifestación del evolucionismo ético. Síntesis del momento actual.

Preliminares de la historia de la ética en España. Las ideas éticas de los moralistas greco-romanos de la decadencia.

(Para la paginación, véase el índice general.)

Advertencia del compilador

El intento malogrado, que Silvela tuvo, de hacer con la materia enunciada en el epígrafe una obra definitiva; el enlace que guardan entre sí las únicas siete conferencias que pudo consagrar al tema (interponiéndose entre unas y otras algunos de los trabajos ya insertos); y aun la índole del asunto, notoriamente diverso de los que fueron objeto de los demás escritos y discursos, aconsejaron formar con el inacabado ensayo una Sección aparte, al final de esta colección, a la que servirá como de epílogo. Y hecho así, inexcusable era que la precedieran, por parte del compilador, a guisa de postdata, los siguientes esclarecimientos históricos.

Desde que, en su transcendental conversación con Morote, Silvela anunció, al publicar su decisión de retirarse a la vida privada, que pensaba consagrarse a un libro sobre la *Historia de la ética en España*, la malicia de las gentes, propensa siempre a ver con lentes de aumento la del desengañado de la política, frotábase las manos de gusto y relamíase golosa imaginando que las páginas de libro tal, más que a pluma, estarían escritas a punta de daga florentina. Meses después empezó a circular la noticia de que, allá para el otoño venidero (el de 1904), la obra tendría una especie de aperitivo o exposición previa en una serie de con-

ferencias que el autor daría en el Ateneo. Aumentaba con esto la expectación, cuando en un tan bien presentado cuanto pronto fallecido periódico que dirigía Troyano, y que se titulaba ESPAÑA, apareció el 26 de Junio un artículo de *Azorín*, que llevaba al frente un I romano, y en el cual el ya muy prestigioso escritor —quizá con el picarón propósito de *tirarle de la lengua*—, simulaba, bajo el título *Silvela trabaja*, una entrevista en la que le atribuía puntos de vista y planes para su estudio, en los que jamás pensara. Horas después, el supuesto interlocutor del publicista escribía al director del diario dicho la siguiente carta:

“Sr. D. Manuel Troyano.

Mi distinguido amigo: La ESPAÑA de hoy, en un artículo titulado *Silvela trabaja*, encabezado con un amenazador número romano, y firmado *Azorín*, refiere una larga y sustanciosa arenga que yo he pronunciado, anticipando el plan y aun numerosos episodios de una obra sobre la historia de las ideas éticas, que parece traigo entre manos.

El escrito del señor *Azorín* es, sin duda, excelente, nutrido de observaciones agudas y noticias curiosas; pero yo creo, señor director, que el famoso *quidlibet audendi* de los pintores y los poetas lo traspasa el señor *Azorín* de un modo ilícito, pues yo no he tenido el gusto de verle jamás, ni con nadie he hablado de semejante plan ni de tal libro, y ni aun sonámbulo pudiera haber entregado tales confidencias a su ilustre colaborador o redactor, porque muchas de ellas contradicen mis juicios, y otras, relacionadas con textos y citas, me eran desconocidas.

Bien comprendo que no hay agravio en que un discreto publicista haga con un simple ex Ministro lo que hicieron con héroes y magnates los historiadores antiguos, zurciéndoles discursos y arengas; pero debiera

contar con que la muerte justifica o disculpa muchas libertades, y que no es lo mismo suplantarle la firma a Cervantes para telegrafiar desde el otro mundo (*) que tomar el nombre de Vanderbilt para cobrar un cheque.

Dios sabe cuánto esfuerzo cuesta a mi voluntad rectificar cualesquiera cosas que equivocadamente se me atribuyen; pues siempre me parece voy a tropezar con la sonrisa del lector, que pensará cuán poco le importará al público la verdad o la inexactitud de la referencia; pero esto de exponer todo un programa ético-histórico por mi cuenta, sin haber hablado conmigo, pasa ya de broma literaria, aunque yo confío, desde luego, en que al terminar los números romanos de sucesivos artículos recorrerá el señor *Azorín* el velo y se declarará exclusivo autor de su trabajo.

Entre tanto, perdóneme usted que le moleste con esta aclaración. La literatura tiene su ética particular, y en esa propiedad que algunos han querido igualar a la de las coles y las zanahorias, lisonjea el robo al que parece ser su víctima, y por lo común contraría el donativo a quien se le adjudica lo que no dijo ni escribió, por bueno que sea.

Esto de los hijos literarios es también delicado, y bautizar los propios con el nombre y apellido de los amigos es cosa que hasta ahora sólo se hacía con los personajes difuntos y en algún modo canonizados.

Me he desahogado, sin duda, con más extensión de lo que pide el caso, porque recelo han de ser muchos los que al leer el trabajo del señor *Azorín*, sin dudar que es descuidada confidencia mía, dirán: "Bien podía el Sr. Silvela, puesto que va a dar unas conferencias en

(*) Alusión a los renombrados "Despachos del otro mundo", que por entonces publicaba *El Imparcial*, "trasmitidos por el cable de M. de C." (Mariano de Cavia.)

el Ateneo sobre ese tema, esperar a Noviembre para revelar todas esas cosas a sus oyentes”, y me tengan por tonto precito, no por el texto, sino por la necedad de imitar a las notabilidades acrobáticas, que en esquinas y aceras hacen preceder con las reproducciones de su nombre las esperanzas de sus proezas.

Mi gratitud, señor director, por la inserción de esta carta y porque evite con su autoridad se propague esta peligrosa literatura del reporterismo imaginario de los vivos.

Muy de usted afmo. amigo y s. s. q. b. s m.,

F. Silvela.”

Aquella misma noche ESPAÑA, después de insertar un segundo artículo de *Azorín*, que ya tenía compuesto, publicaba, a manera de estrambote, unos renglones de éste en que decía: “Acabo de leer la epístola del Sr. Silvela, en que resalta su habitual y amena eutrapelia. El Sr. Silvela siente un ligero espanto ante el amenazador número romano que encabeza mi crónica anterior sobre su libro no nacido. El ilustre orador puede respirar amplia y satisfactoriamente: mis artículos acaban con el que aparece en esta página”. Y, dejando *descorrido el velo*, como quería Silvela, reconocía que quien había imaginado el plan de la obra inédita era “un modesto e ignorado cronista que ha supuesto, en un momento de alucinación, que todas esas ideas, y toda esa erudición, y todos esos puntos de vista —con los cuales el Sr. Silvela no está conforme— pudieron tener su génesis en el espíritu cultísimo, ponderado y ático del ilustre orador”.

Acrecentóse, en vez de disminuir, con el transcurso del tiempo, el deseo de escuchar las conferencias, primero, y, luego, el de leer el libro, antes comentados que nacidos. Y cuando el 7 de Noviembre subió al estradillo del Ateneo el orador, escaños, tribunas, puertas, pasillos, rebosaban multitud. Los políticos de primera fila, Moret, Canalejas, Dato; la más selecta *intelectualidad*,

Echegaray, Simarro, Picón, Salillas; las plumas más leídas, Morote, Baquero, Bueno, Gasset, Valdeiglesias; escritoras famosas, la ilustre Pardo Bazán, la entonces muy festejada Marquesa de Ayerbe; la flor de la aristocracia femenina; la espuma del foro, de la Universidad, de las Academias, había acudido desde muy temprano al salón de la calle del Prado. El conciso y preciso estilo del propio *Azorín* describió en otra de sus crónicas el momento inicial de las conferencias por modo insuperable: "El rumor de las conversaciones ha cesado de pronto; en la puertecilla del fondo acaba de aparecer un señor delgado, esbelto, con una barba amplia, con una corta y aliñada melena. Es el Sr. Silvela. El señor Silvela avanza sonriente, dúctil, hasta la mesa; su cuerpo está enfundado en una levita impecable, y ante sus ojos lucen los cristales de sus lentes de oro. El Sr. Silvela se sienta en el sillón: luego arquea los brazos con ademán sosegado y rítmico; después, se pasa por los labios el fino lienzo de un pañuelo. Y al fin, en medio del profundo silencio, dice: Señoras y señores..." Relata a seguida el narrador su impresión de aquella primera conferencia, impresión a través de la cual rezuma algo de desilusión; es natural que quien las imaginó meses atrás de una manera, se desencantare un tanto al verlas empezar con proa a puerto muy distinto (*). Tal vez, también, quienes esperasen ver asomar desde la primera palabra alusiones mortificantes a sucesos contemporáneos, o brillar la punta del alfiler enderezada hacia las carnes de tal cual sujeto conocido, sintieran algo de decepción. Pero no por eso disminuyó el interés con que se acogió el principio del curso, ni bajó la marea de la ávida concurrencia que, al anuncio de cada lección, inundaba la sala. Lo que acaso la esperada ironía no hubiera lo-

(*) En la, de todos modos, ingeniosa invención del colaborador de *España*, se había partido del supuesto de que, como fondo del cuadro de las ideas morales en España, Silvela se complacería en detallar, por ser época muy de su predilección, la inmoralidad en la familia española del siglo XVII, completando la descripción con la de los excesos en el Gobierno, la Iglesia, etc., del mismo período. Y, barajando luego, con comentarios de Montaigne y de D. Fernando de Castro, textos de Gra-

grado, fatigando a la larga, lo conseguía la atracción de aquel verbo insinuante, persuasivo, ungido por muchos desengaños y arrebolado ya por vislumbres de la Eternidad que, tarde tras tarde, convocaba a sus admiradores para proclamar la espiritualidad del hombre, la fuerza creadora del amor social, la imprescindible necesidad del ideal como norma y guía de la Humanidad y el imperio bienhechor de la moral cristiana.

A cada noche siguiente, las conferencias aparecían, tomadas taquigráficamente, en LA EPOCA. El orador ni veía las cuartillas, ni corregía las galeras, ni tampoco salvaba, en los recortes que del periódico guardara, errata alguna de traducción ni de imprenta o confusiones de dicción. Sin duda, como pensaba siempre en ordenar y refundir su estudio en un libro, para entonces aplazaba la sazón de enmendar. El compilador, por su parte, no se ha creído autorizado más que para levisimas correcciones, allí donde el error era notorio y llana la subsanación; los lectores, por su parte, completarán con su ilustración la empresa y podrán apropiarse y representarse el juicio ajeno a través de una imperfecta versión. Ni hubiera sido posible valerse, para más sustancial perfeccionamiento, a querer intentarlo, de apuntes o borradores del autor. De lo publicado, sólo el muy cuidadoso secretario de LA EPOCA, Sr. Mateos, guarda como oro en paño —aunque a nuestra disposición los puso su proverbial bondad— unos guiones o índices de materias, manuscritos por el propio Silvela, que escasa luz aumentan sobre la que los extractos taquigráficos arrojan. Y en cuanto al plan ulterior, una sola cuartilla hallada por azar entre los papeles del autor hace presumir que, en la lección inmediata, se proponía ocuparse de la

cián y de Fray Luis de Granada, inducía *Azorín* que Silvela demostraría que la ética de España hasta muy recientes días había estado regida e inspirada por “los casuístas y comentadores morales de la Compañía de Jesús”, merced a los cuales el ideal ético de nuestro pueblo, a su juicio, “había llegado a ser, por vías sinuosas y escondidas, una exaltación y una apología de la fuerza”. Como se verá, no se acomodó a tales pronósticos el plan de las conferencias.

filosofía cristiana, de la escuela alejandrina, de San Agustín (*) y del arrianismo; y en las dos subsiguientes intentaba tratar de San Leandro y San Isidoro; el Fuero Juzgo; los Concilios de Toledo; el Clero y la Nobleza en la época visigoda; costumbres, artes, espectáculos y supersticiones hasta el siglo VII; y el judaísmo. Esto es cuanto se sabe de lo que hacer pensaba. Probablemente, creía tener con ello tarea bastante para acabar el primer curso, y reservaba el resto para el segundo. Pero no todo el resto; de él habría de quedar excluída gran parte, al menos, de la materia que, relativa a los siglos XVIII y XIX, proyectaba estudiar en aquel tomo de su obra que, según dijo al exponer su *Testamento político*, no querría que apareciese hasta después de su muerte.

Ni antes ni después nos permitió Dios tal regalo: la obra imaginada, que ni aun título definitivo tenía —pues en algún otro de sus apuntes el autor tachó el que puso a sus conferencias y lo substituyó por el de *Ensayo de un estudio ético en la Historia de España*, que acaso le pareció de menos vuelos que la denominación primitiva—, quedó por escribir. Y el propósito conciliador del método experimental con las deducciones del espiritualismo, de desembocar por la moral crítica en los serenos mares de la moral dogmática —propósito análogo al abordado por otros escritores en esferas varias de la Religión y de la Filosofía, pero no ceñido a la exclusivamente propia de la Ética— espera aún quien le dé remate. Sanz y Escartín, quizá quien mayor atención consagró al examen de las conferencias, dijo así en la *Necrología* ante la Academia de Ciencias Morales: “¡Ojalá las estrechas condiciones de nuestra vida nacional permitan que alguien recoja el propósito de nuestro compañero y pueda un día ser obra acabada lo que hoy es sólo un generoso y malogrado intento”. Y, en efecto, como tal no más ha de juzgarse la siguiente serie de discursos

(*) Confirma este plan el anuncio que a persona muy creyente y muy de su intimidad hizo pocos días antes de morir. “No dejes de ir a mi primera conferencia —le dijo—, porque voy a hablar de San Agustín.”

que, a pesar de ser obra incompletísima y sin repasar siquiera, no nos hemos creído con derecho a sustraer de estas páginas, destinadas a aportar materiales para el juicio cíclico de la personalidad de Silvela. Sin ellos, faltaría en estos apuntes de su vida un interesantísimo perfil, pues, como observó Mellado en su discurso ante la Española, aquel postrer empeño de analizar la historia de la Ética en nuestro país era consecuencia de su retirada al hogar, "el espíritu desgarrado por impresiones acerbadas". "La ética en la conducta, la ética en la Administración, la ética en el Gobierno —puntualizaba con toda precisión el biógrafo—, habían sido la preocupación principal de aquel grande hombre. La selección, el sentido jurídico, mil frases que de él se recuerdan, preñadas de pensamientos, tienen ese noble y elevado origen. Para él no fueron las cuestiones de gobierno más que cuestiones de moralidad. Natural era que cuando apagó en la política la linterna con que inútilmente buscara aquella virtud en toda su integridad, la encendiese de nuevo sobre una cátedra donde lo diáfano del ambiente permitiera, por lo menos en la magia de las evoluciones históricas, la radiante aparición de aquella deidad."

¿Acertó o erró el conferenciante al enfocar las excelsas soluciones de la moral dogmática con la débil luz de la razón? No es lugar éste para contender en el arduo problema con quienes consideren baldío el ensayo. Mas nadie negará a Silvela la altísima intención de su deseo. Menos aún, en tal terreno, se le regateará el mérito del buen ejemplo. Porque, como dijo Maura Gamazo, "el culto de Silvela a la verdad, a la belleza y al bien han hecho más prosélitos que los que lograra su empeño imposible de forjar una moral crítica; y la sumisión de su privilegiada inteligencia al dogma católico, a las enseñanzas y prácticas de la Iglesia, contrasta saludablemente con el engreimiento de tantas medianías que declaran caducas y próximas a fenecer las religiones todas" (*). Y fué un hecho, corroborado por las mismas acota-

(*) "D. Francisco Silvela y su influencia sobre los contemporáneos". *La Lectura*, Septiembre de 1905.

ciones de las conferencias, que los oyentes de Silvela, aquellos que eran como sus creyentes y sus discípulos, le escuchaban atentos y respetuosos, pero en silencio, cuando exponía las teorías positivistas; se deleitaban sin interrumpirle al acompañarle en sus excursiones a lo largo de la Historia, pero cuando se dejaban arrastrar a manifestaciones clamorosas de entusiasmo, y se sentían compenetrados con él, era cuando, a través de las galas de la exposición, se transparentaba lo que él llamó su “espiritualismo impenitente”, la sanidad de su fe en el más allá, y el convincente hechizo de su palabra entreabría para ellos los nebulosos espacios de la duda proclamando como verdades inconcusas “la idea del infinito y el sentimiento de la inmortalidad”.

PRIMERA CONFERENCIA

(7 Noviembre 1904)

La moral dogmática y la moral crítica^(*)

Señores:

Era una regla, que pudiéramos decir de moral retórica, en los antiguos discursos, especialmente cuando se dirigían a auditorios de notoria cultura y superioridad científica, empezar demandando la indulgencia para el orador, y se extremaban los recursos del ingenio más exquisito para ponderar la humildad del que hablaba y para reclamar la benevolencia, proporcionada siempre al verdadero mérito de los que estaban destinados a escuchar; pero el abuso de este tópico y la inclinación del gusto moderno —muy acertado, en mi sentir— contra todo lo que sea artificioso o innecesario, hizo caer esta costumbre en un constante y ya definitivo olvido. Yo, sin embargo, necesito renovarla hoy ante vosotros, no precisamente para ponderar mi humildad ni para exaltar vuestra benevolencia, sino para algo más importante: para reclamar vuestro perdón; porque yo entiendo que, sin culpa alguna de mi parte, ello es que os he in-

(*) Se han puesto epígrafes, que ellas no tenían, a cada conferencia para dar alguna idea de su respectivo contenido.

ducido a error a la mayor parte de los que venís aquí, que entiendo yo vais a sufrir alguna decepción, no encontrando en estas conferencias lo que muchos esperan encontrar en ellas.

Han concurrido con el anuncio de estas lecciones circunstancias muy singulares, y es bastante general la opinión de que yo vengo a desahogar aquí los pesimismos y las decepciones que amargan mi espíritu; y como siempre que se habla de moral parece que se evoca la imagen del látigo destinado a flagelar las miserias humanas, o de la mano audaz que haya de descorrer y descubrir las desnudeces de la Naturaleza, y a todo esto se une la leyenda que, indudablemente, ha de acompañarme hasta el sepulcro, de ser yo hombre no ya sólo de *segundas*, sino de *terceras* y no sé si de *cuartas* o *quintas* intenciones, está, indudablemente, muy generalizada la opinión de que van a salir de aquí una serie de alusiones, de retratos y de lamentaciones sobre mis desgracias o mis desilusiones o mis desencantos; algo, en fin, de esa sabrosa actualidad satírica, que tanto atrae nuestro espíritu en estos tiempos modernos; y nada, sin embargo, más lejos de mi ánimo que todo esto, para lo cual, si yo tuviera la tentación mala de intentarlo, no habría de elegir, seguramente, la cátedra del Ateneo como teatro.

Otros, más benévolos conmigo, aguardan, quizás, un discurso profundo y metódico, de investigaciones filosóficas acabadas y quizá de observaciones inéditas y recónditas sobre el problema moral; y si lo primero no ha estado nunca en mi voluntad, lo segundo no está ciertamente en mi preparación ni en mis medios y tampoco he de intentar hacerlo entre vosotros. Yo os expondré en el día de hoy, lisa y

llanamente, lo que es el modesto fin y objetivo de estas conferencias, en las cuales me propongo satisfacer una necesidad y, al propio tiempo, una convicción de mi espíritu.

Yo soy, en efecto, un vencido de la política; vencido, no por mis adversarios, ni siquiera por mis amigos, que suelen ser los más temibles y de cuidado (*Risas.*) en esta lucha de la vida pública. Soy un vencido por mi propia convicción, acerca de mi impotencia para realizar planes, pensamientos, si queréis ilusiones, que me habían animado en el curso de esa misma vida pública; pero vencido en la vida política no soy, ni me he considerado, ni me consideraré nunca como un desertor de la vida espiritual de mi patria. Y como aquellos maestros de campo de nuestros tercios, que cuando perdían una batalla se consideraban obligados a seguir sirviendo al Rey con una pica, yo entiendo que pesan sobre mí algunos deberes, a los cuales trato de satisfacer tomando parte en la vida y en el desenvolvimiento intelectual de mi país, por lo cual he aceptado muy gustoso la oferta honrosísima de tomar parte en estas conferencias, recordando y teniendo presente que este Ateneo de Madrid ha sido, es y seguirá siendo un Centro intelectual, donde las ideas se contrastan y se disciplinan; que tiene entre sus gloriosos antecedentes el haber sido el precursor y el promovedor de todos los grandes movimientos intelectuales de nuestro país.

Aquí se elaboraron aquellos principios, aquellas doctrinas y aquellas enseñanzas que justificaron por tan largo espacio de tiempo la preponderancia de las ideas doctrinarias entre nosotros; aquí asistí yo a la elaboración de aquellas ideas económicas y políticas inspiradas en Bastiat, Ahrens,

Kant y Krause, que prepararon las ideas democráticas inspiradoras de la Revolución de Septiembre; y aquí se ha preparado, y se ha de preparar cada día más ahora, la elaboración de las ideas morales que han de ser la dirección del desenvolvimiento social del siglo xx; porque entiendo, y creo que entenderéis vosotros conmigo, que lo que hay de verdaderamente esencial en el problema social es un problema eminentemente ético, eminentemente moral. (*¡Muy bien!*) Y animado de este espíritu, y con fe en las reacciones espiritualistas que por todas partes se descubren, lo mismo en las Artes que en las Ciencias, que en la Filosofía y en la Moral, vengo a ocupar un puesto, más bien que de enseñanza, de combate en pro de esas ideas, que son mi convicción y que son mi esperanza para el porvenir intelectual de mi patria

Entra en mi propósito que abrace este curso dos años, y han de constituir en el primero de él, las primeras lecciones, una exposición teórica de aquellos principios relacionados con las ideas éticas, que sin constituir una historia de esta parte tan importante de la Filosofía, se enlazan y se relacionan más directamente con los problemas de actualidad, deduciendo de ella, obteniendo como consecuencia de esta introducción, la demostración, que a mi juicio ha de ser indudable, de la realidad de las fuerzas espirituales y del verdadero positivismo del alma, al lado y frente a frente del positivismo de la Naturaleza y la de la necesidad para no desnaturalizar al hombre, de mantenerlo en constante relación con lo sobrenatural, reconociendo la verdad, ya proclamada por Platón, de que es el hombre una planta, cuyas raíces se extienden al infinito, y que todo cuanto sea

cortar la comunicación de sus frondosidades con aquellas raíces es un crimen de lesa humanidad y una disminución de las fuerzas del hombre sobre la Naturaleza y sobre el Mundo.

Y a esta demostración teórica, y a esta exposición de principios generales de las cuestiones éticas de actualidad, seguirá una exposición histórica en la que, partiendo de las ideas de los moralistas romanos, o, por mejor decir, greco-romanos, que modificaron e influyeron en la antigua moral griega y le prestaron el sentido jurídico y práctico de aquel admirable pueblo (ideas que vinieron enlazándose con la filosofía de Alejandría y con los principios de la filosofía cristiana que informa la base de nuestra civilización gótica); estudiando, al través de los tiempos de nuestra Historia, en estudios esencialmente comparativos, el desenvolvimiento de las ideas morales en todos los órdenes de la vida social; estudiando la condición del esclavo, del siervo, del trabajador y del obrero; buscando en el teatro, en la literatura, en la sátira, los elementos de la idea moral en cada tiempo; comparando la inconsciencia de las clases humildes y de las clases superiores, frente a este problema, con el despertar de esa misma consciencia en las edades sucesivas; buscando en el Derecho, en el Derecho penal, en la condición de los enfermos, del loco, del necesitado, del humilde, del poderoso, todo lo que representa la comparación del caudal moral de cada tiempo, llegará a deducirse la demostración y la prueba de que, no obstante hallarse en la Edad Moderna debilitado entre nosotros el sentimiento religioso que ha servido de base a los principios morales durante tan largo período de la Historia; no obstante la lucha y el comba-

te contra gran número de ideas y de disciplinas morales que parecían absolutamente insustituibles e intangibles, el causal moral, la conquista sobre el dolor y sobre la miseria, son cada día mayores y más considerados, y representa una esperanza de continuidad en el progreso que desafía las amenazas y las predicciones más siniestras del filósofo, del político y del literato. (*Muy bien!*)

Este programa necesita, sin embargo, que desde su principio se determine el criterio y la orientación con que ha de ser dirigido.

Vamos a ocuparnos de problemas morales, de problemas éticos, y hay, indudablemente, una división fundamental de todos los tiempos, pero que, con más claridad, con más brillantez, digámoslo así, se presenta en las edades modernas, entre los dos criterios que para juzgar la moral existen en el hombre y en la ciencia, entre la moral dogmática y la moral crítica. Y estos estudios se han de hacer a la luz, y bajo los principios de una o de otra, y yo quiero en esta primera lección dejar establecidos ambos términos.

La moral dogmática tiene fórmulas muy sencillas y muy claras, así en la Historia como en la Filosofía. Se lee en el Evangelio de San Lucas, enlazando las predicaciones de San Juan con las predicciones y profecías de Isaías, que un Hombre venía por las orillas del Jordán, predicando en el desierto un bautismo de penitencia, con el cual se allanarían los montes, se llenarían los valles y se enderezarían los caminos torcidos de la Humanidad. Y, siglos después, el Kempis, con su precisión admirable, nos dice que el que sienta dentro de su alma la voz de Dios, tendrá iluminados todos los caminos de la tierra y del cielo. Aquella voz, cla-

mando en el desierto, de San Juan Bautista, era la nueva moral popular, que venía a destruir el imperio pagano, realizando la revolución tremenda y extraordinaria del Cristianismo; y esta conclusión del Kempis encierra en sus breves palabras toda la noción y toda la filosofía de la moral dogmática, que, efectivamente, allana los montes, llena los valles y endereza por sí solo los caminos; que ahorra la discusión, el análisis y el juicio, dando fórmulas seguras y admirables para todos los problemas. Pero esa moral dogmática, ese criterio de la moral dogmática, es el criterio de la fe, es el criterio de la creencia, es el criterio de la salud más vigorosa del espíritu; es esa fe que se envidia cuando no se posee, que se llora cuando se pierde, que se admira cuando se contempla en los demás, que tiene soluciones para todos los conflictos, lo mismo individuales que colectivos, fórmulas para todas las dificultades de la propiedad y del trabajo, consuelo y alivio para todos los dolores y rendición hasta para la muerte. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Pero esta es la moral, este es el criterio moral de los espíritus sanos, este es el criterio moral de las almas poseídas e inundadas por la fe. Mas hay en el mundo muy numerosos enfermos, son muchos los ciegos, son considerables los que no quieren abrir su luz a esos resplandores magníficos e irreemplazables. No; nosotros no podemos negar la realidad de una crisis de la fe, por la que estamos atravesando, que alcanza número muy considerable de las clases populares, que se extiende por las clases medias y que avanza por las clases directoras de la sociedad. Y todos esos no deben ser fuerza perdida para luchar contra el enemigo común en pro del espiritualismo, en pro de la libertad del

alma, en pro de la existencia del espíritu. Todos esos necesitan un criterio moral independiente de la moral dogmática; y los que teniendo fe en la moral dogmática, y con fe completa en su unidad y en su verdad, creemos y entendemos que se puede ir por otros caminos a la propia demostración; los que no nos sentimos, al propio tiempo, con las condiciones ni aun con los deberes de los que, por su misión y por su vocación, han de consagrarse a la defensa y a la propagación del criterio de la moral dogmática, creo que podemos y que debemos, con el criterio de la moral crítica, llegar a la propia demostración, conseguir los mismos resultados, y procurar, frente a frente de los espíritus apartados o cegados a la fe, el concurso de la convicción, tan necesaria a quien, repito, es el enemigo común de unos y otros. Y voy con este criterio al examen de los problemas morales que han de ser objeto de esta conferencia, apartándome de la moral dogmática, buscando en la moral crítica el fundamento de mis afirmaciones y de mis creencias.

No hay contradicciones entre estas dos morales, aun cuando sus caminos sean diversos; y el hecho de venir a parar a un punto común, es como la comprobación de la exactitud de la demostración. Los más apartados de la moral dogmática (la misma dirección kantiana y la dirección evolucionista que personificara ya Spencer, por ser el más popular de los que han desenvuelto en diferentes problemas este fundamental principio) reconocen la existencia, Kant, de un imperativo categórico, ley de la conciencia, de la moral; Spencer, de un imperativo metafísico superior al mundo físico y al mundo psíquico, cuya evidencia se revela en todas sus demostraciones, hasta el punto de que

apartándose uno y otro de los procedimientos y de los métodos de la moral dogmática, vienen a concluir, sin embargo, al propio resultado de la existencia de este elemento superior y exterior del hombre, lo cual viene a ser, en último término, un acto de fe, hasta el punto de que los moralistas franceses de la escuela contemporánea, que quieren extremar la separación de la moral crítica y de la moral dogmática, ya no admiten a Kant como representante de la moral crítica, ya no les parece suficiente el apartamiento del autor de la razón crítica, de todo cuanto sea intervención de lo sobrenatural, y le llama Fouillé no menos que el último y el más sublime de los padres de la Iglesia, y otro tanto vienen a decir en último término, de Spencer, cuyas afirmaciones respecto de la entidad metafísica independiente de la naturaleza humana y superior al mundo físico y mundo psíquico, vienen a ser, como os decía antes, un acto de fe. Y esto mismo, que quiere extremar la diferencia entre las dos morales, esencial y fundamental, viene a reconocer, a concluir, vuelvo a repetir, en un acto de fe, aunque resulte velado por la ingeniosa fórmula de la inviolabilidad del átomo y de la eternidad de la célula.

Pero sean o no convergentes en una finalidad común ambas morales, el método y sus procedimientos son distintos; y repito lo que os decía antes: el método y procedimiento de mi criterio en estos estudios, han de ser pura y exclusivamente los de la moral crítica, buscando por esos caminos el concurso de las fuerzas morales, separadas de la revelación y de la fe, para combatir en pro del renacimiento espiritual de las sociedades modernas; frente a frente de la temible moral que para las evoluciones de lo por-

venir se elabora; con exclusión completa de los imperativos categóricos y de las necesidades íntimas de la conciencia humana; moral que vienen también predicando por las orillas de otros Jordanes modernos, no bautismos de penitencia, como San Juan, sino, por el contrario, bautismos de concupiscencias, de sensualidades y de apetitos, que también se dice que han de allanar los montes, llenar los valles y enderezar los torcidos caminos, y que cuando llegara a constituirse —si a ello llegara— la moral de las clases populares, realizaría indudablemente una revolución contra las sociedades modernas, semejante o parecida, en cuanto a su extensión, si bien no lo sería en cuanto a sus resultados, a los realizados por el Cristianismo contra la sociedad moderna.

Expuesto este criterio, empezaré en esta lección por indicar la posición, por decirlo así, de los problemas que ha de abrazar.

La cuestión política o el problema político en España, entiendo yo se halla casi completamente agotado al concluir el siglo xix; no porque hubiéramos llegado en él a la perfección deseada, sino porque, disfrutando para todas las ideas de una libertad práctica suficiente a las exigencias del espíritu moderno, se ha verificado, por causas de las que no es menester hablar aquí, una completa separación y un total apartamiento del espíritu nacional con el espíritu político.

Sabe el país que eminencias considerables y hombres de valer extraordinario luchan y se agitan por la disputa de los Gobiernos, de las jefaturas y de los imperios; pero, a decir verdad, todos observaréis que ni se preocupan mucho

cuando callan, ni se inquietan demasiado cuando alborotan (*Risas.*), y, en cambio, oriéntase y dirígese la opinión y el sentido general de unos y de otros hacia los problemas sociales, que avanzan en el horizonte con todas aquellas condiciones de vaguedad, de indeterminación en sus fórmulas, de indeterminación también en sus reclamaciones que caracterizan a las revoluciones verdaderas; y una voz, que tiene todas las vibraciones tremendas que alcanza la voz del pueblo cuando merece el nombre de voz de Dios, reclama de los Gobiernos todos una intervención en la lucha de los intereses, harto más complicada y más difícil de lo que fué nunca la intervención del mismo Estado en la lucha de los derechos y de las voluntades. Se le pide acción para la disminución del dolor y de las miserias; intervención en la distribución del trabajo y de la riqueza; fórmulas todas, repito, harto más difíciles que las del antiguo ejercicio de la justicia y del derecho, que era el ideal del Estado en los principios o mediados del siglo xix. Y esta intervención y estas fórmulas de conciliación del Estado sobre los intereses exigen evidentemente y reclaman con imperio fórmulas sólidas para los principios morales en que han de inspirarse.

Las clases que en turbulencia y rápidamente son llamadas a la reclamación de esos derechos y a formular esas exigencias, sienten una inclinación evidente a romper los moldes de la antigua moral, en la que habían vivido. Y si los individuos pueden vivir sin ley moral más o menos tiempo, las colectividades no pueden existir sin una ley moral más o menos acertada o errónea, pero que responda al imperativo categórico de su conciencia.

Hay, pues, que examinar lo que esta ley moral puede ser, y las dificultades que para su desenvolvimiento ofrece el actual momento histórico, analizando ligeramente para ello lo que es el sentimiento moral en la naturaleza humana. La Naturaleza en general es bella, no se la puede negar las condiciones de arte; es la maestra suprema de todos los artistas. La Naturaleza, puede decirse también que es sabia; tiene leyes, aprende en el ejercicio de esas mismas leyes, se modifica por el hábito, se perfecciona por la educación. Podemos decir que la Naturaleza es sabia. Pero la Naturaleza no es moral, la Naturaleza es eminentemente inmoral; esto es, eminentemente extraña a toda idea de moralidad. Y así como la naturaleza física, como la materia, tiene sus tres dimensiones de longitud, latitud y profundidad, entiendo yo que el espíritu humano tiene otras tres dimensiones parecidas, que son: lo bueno, lo verdadero y lo bello. Ahora bien, en la Naturaleza encontráis las dimensiones de lo verdadero y de lo bello; pero en la Naturaleza pura no encontráis la dimensión de lo bueno. Jamás las fuerzas naturales se han puesto del lado del débil contra el fuerte; jamás las fuerzas naturales se han dejado mover por ningún sentimiento de los que constituyen la moralidad en el alma humana. Como sería tan hermoso que la Naturaleza fuera buena, como es bella y sabia, todas las religiones, todas las mitologías, todas las literaturas han procurado hacerla intervenir en pro del bien, del derecho y de la bondad; pero esas son las formas del milagro. El rayo cae a veces interrumpiendo la acción del criminal, castigando al blasfemo o al ingrato; pero es el rayo milagroso, es la intervención de la personalidad divina sobre las fuerzas de la Naturaleza.

Las fuerzas naturales permanecen ellas completamente indiferentes al bien y al mal en el mundo y traducen su acción de una manera poco ruidosa.

Nuestro «Fénix de los Ingenios», cuando dice —atribuyendo a Dios lo que debiera atribuir a las fuerzas naturales— aquellos conocidos versos de que «Dios protege a los malos cuando son más que los buenos» (*Risas.*), demuestra que la Naturaleza es ajena a todo bien moral. Podrán realizarse delante de ella los actos más tremendos de iniquidad y acumularse, bajo el azul del cielo, los horrores más espantosos de la tiranía, de la sangre y de la miseria; pero seguramente que no tendrá un suspiro más la brisa, ni caerá una hoja más de los árboles, ni se enturbiará el cielo con una sola nube. (*¡Muy bien, muy bien! Ruidosos y prolongados aplausos.*)

La moralidad aparece en la Naturaleza cuando aparece el hombre, señal evidente de que en el hombre hay algo más que no viene de la tierra, que no viene de la Naturaleza, que viene de otra parte; y ese algo en nada se personifica, ni se demuestra, ni se aquilata con más evidencia y con más claridad que en el imperativo categórico del sentimiento moral.

Observad, ya estudiando al hombre mismo, cuán diferentes acciones ejercen sobre él las dimensiones de que os hablaba antes; de lo verdadero, de lo bello, y la otra dimensión de lo bueno o de lo moral; observad con qué facilidad el hombre convierte en belleza todo lo que ama, y en verdad a todo lo que cree.

Lo que más trabajo le cuesta al hombre es convertir en bien todo lo que desea. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Hay, pues, en el imperativo categórico de toda moral una persistencia propia, una fuerza admirable, venida, indudablemente, de un mundo superior, que impone su ley con más fuerza, con más vigor, con más resistencia que el sentimiento de la verdad y que el sentimiento de la belleza. Sin embargo, fuera error entregarse a un optimismo tan exagerado que niegue que ese imperativo categórico resiste a la acción del hombre mismo cuando logra sobreponerse a su energía natural y vencerla; y, cuando eso sucede, el hombre, indudablemente, se desborda hacia el mal.

A mí me ha asombrado siempre que profundos filósofos, hombres tan eminentes como Hobbes y Schopenhauer, por no citar más que a los conocidos, hayan creído y sostenido que el hombre tiene una inclinación irremediable al mal, y que es en él el bien una excepción y una violencia. Me parece a mí que basta abrir los ojos a lo que pasa a nuestro lado, para convencernos de que, por el contrario, la regla general y universal es el bien, y sin éste la sociedad sería imposible. Pero el hombre realiza el bien sobreponiéndose a la Naturaleza, venciéndola, y, en nombre del imperativo categórico, someténdola a su ley, sujetándola a su imperio; y siempre que el hombre vuelve hacia la Naturaleza, disminuye su valor moral, disminuye la eficacia de la fuerza de su imperativo categórico; ved cómo a veces, desgraciadamente, sucumbe, y ved cómo entonces la Naturaleza propia, esto es, la Naturaleza aislada, se desborda constantemente hacia la inmoralidad, hacia el mal. Observad lo que pasa en una epidemia; por ejemplo, cuando estaban en boga las teorías de los cordones sanitarios y los aislamientos materiales, y el pueblo se llegaba a convencer de que era una

virtud patriótica el miedo, desaparecían todos los sentimientos de la Naturaleza, de la familia, de la ciudadanía y de la nación y se desbordaban todas las malas pasiones en contra de los intereses más sagrados, más sublimes, más verdaderamente humanos. Si esto se llegara a lograr, como muchos pretenden, en todos los órdenes de la propiedad, de la personalidad y de la familia, el desbordamiento sería completo y el vencimiento del imperativo categórico sería la vuelta a la Naturaleza puramente física, que es el triunfo positivo y real de los principios del anarquismo. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Pero, como os decía antes, esta fe y esta convicción en un imperativo categórico de la moral que nos está revelando la experiencia diaria y la observación vulgar, no puede conducirnos a un optimismo tal que neguemos la posibilidad de que esos imperativos sean quebrantados por una predicción constante, por un ejemplo obstinado que venga a sustituir a este imperativo categórico con algo que lo debilite o quebrante; y la verdad es que el momento en que nos encontramos es de verdadera crisis moral, y sería cerrar los ojos a la evidencia no reconocerlo, y, por tanto, no aprestarse a la defensa y a la lucha.

Nunca en la Historia, jamás en el análisis que pueda hacerse del estado del espíritu en todo aquello adonde alcance nuestra investigación se han encontrado los problemas morales en mayor y en más extensa disputa.

Verdaderamente, aun a los que más fe tenemos en ese imperativo categórico de la conciencia humana, a que tantas veces he hecho alusión, no podemos menos de sobre-cogernos y de temblar por el porvenir, cuando vemos po-

ner en disputa diariamente no ya sólo la existencia de la propiedad, ni la distribución de sus rentas y de sus productos, sino la misma santidad del trabajo, que antes pasaba por cosa sagrada y que ahora se pone ya en disputa; cuando no se ejercita ese trabajo en pro de una idea de solidaridad, independiente de las necesidades y de los deberes individuales: cuando vemos que igualmente se ponen en tela de juicio los sentimientos más sagrados del pudor y de la familia, y se avanza hasta disputar y negar los deberes del ciudadano para con su patria, en nombre de deberes más amplios e indeterminados, y se oye sostener como conveniente y aun necesario que se borren de la enseñanza de la infancia todos aquellos ejemplos de heroísmos, de sacrificio de la vida por la existencia nacional, de abnegación de todo lo que es propio y personal y de todo lo que es colectivo y que formaba las glorias indiscutibles, hasta ahora, de la historia de los pueblos ¿cómo no escuchar con grande extrañeza que algunos que se llaman directores de la conciencia de la juventud estimen que debe borrarse hasta la memoria de semejantes hechos de los libros de texto?

Espanta oír cómo en naciones organizadas adquiere las proporciones, poco menos que de himno nacional, uno entre cuyas estrofas hay versos que encarecen a los soldados que ocupen y destinen sus primeras balas para sus generales; y oímos defender sin grande escándalo que, aun dentro del honor militar, es obligación debida la delación y aun la indicación calumniosa que pueda conducir a apartar de ciertos y determinados institutos a los que no estén dispuestos a realizar todos los fines de una secta, de un par-

tido o de una idea política o de una idea social. (*Aplausos.*) (*)

¡Y qué más! La libertad misma, que todos habíamos oído proclamar desde nuestra infancia como la fórmula de la pacificación definitiva y de la concordia de las ideas, aparece ya como cosa retrógrada y anticuada, que debe sacrificarse a la consecución de un ideal determinado y preconcebido, con la misma forma categórica de imposición con que aparecían los ideales religiosos en siglos que se llamaban y que teníamos todos por de reacción y obscurantismo; esto es, que la idea de propiedad, que la idea de derecho, que la idea de trabajo, que la idea de patria y que la idea de libertad, están puestas todas ellas en disputa, son combatidas en términos que, lo que verdaderamente asombra, es que el camino que tales predicaciones hagan no sea más rápido; no lo es, porque el alma humana está más inclinada a dejarse guiar, afortunadamente, por el amor, que por el odio, y las nuevas predicaciones de la nueva moral se inspiran más en el odio que en el amor, y por eso su camino es más lento, porque es el odio algo así como el barro espeso, que va haciendo su camino, pero lo hace despacio y lentamente, y es el amor como el agua límpida y cristalina, que cuando se suelta a raudales corre rápida y se extiende. (*¡Muy bien, muy bien! Grandes y ruidosos aplausos.*)

Así veis, que, independientemente de todo sentimiento religioso y de toda intervención divina, el budismo en las

(*) Alusión al sistema de fichas que algún tiempo se observó en el ejército francés para perseguir a los oficiales tildados de reaccionarios.

edades antiguas se llevaba el espíritu de simpatía y amor hasta de los seres animados fuera de la naturaleza humana; adquirió y conquistó más millones de seres que ninguna otra religión; y el Cristianismo realiza la evolución más grande que han visto las edades, porque fué el mayor sembrador de los sentimientos de amor, entre los hombres, que había existido hasta entonces.

Estas ideas, estas contradicciones, estas negaciones de la moral, efectivamente no avanzan tanto como pudiera creerse al contemplar tan sólo la parte seductora, embriagadora, por decirlo así, de todo sensualismo que consigo lleva; pero repito lo que os decía antes: no puede este optimismo hacernos cerrar los ojos y los oídos a lo que evidentemente avanza entre nosotros, a esa predicación, y a la que evidentemente prepara para una revolución del porvenir, una moral del porvenir enteramente contraria a todas las morales hasta ahora existentes. ¿No es verdad que todos vosotros pensaréis que si nos tocara presenciar alguna revolución triunfante en las calles, no aparecería ya coronando las crestas de las barricadas aquel letrero clásico antes en las revoluciones del siglo xix, de «Pena de muerte al ladrón?» ¿No es verdad que el sentimiento de la propiedad le encontraréis en toda revolución triunfante, ya muy quebrantado y amenazado? ¿No es verdad que con las convulsiones y las agitaciones del año 48, uno de nuestros grandes poetas decía aquellos versos tan conocidos de

«No es menester que el Septentrión los lance:
los bárbaros están dentro de Roma»? (*).

(*) Aunque, en efecto, durante las que luego llamaría Galdós *las tormentas del 48*, se puso en boga, con aplicación a ellas, la cita de

¿No es verdad que esta barbarie, en el sentido del quebrantamiento de todas las ideas morales existentes hasta hoy, sería mucho más amenazadora en una revolución triunfante en el día de hoy? Pues a esta lucha, al desarme de esas ideas que pueden constituir para las evoluciones o las revoluciones del porvenir peligros tales, es a lo que hay que acudir con la discusión y la elevación de la moral de los problemas sociales que los Gobiernos modernos contemporáneos con urgencia reclaman de nosotros. A nutrir a esos problemas del criterio moral que los informa y que los determina, es a lo que entiendo yo que las inteligencias y actividades de la edad presente deben más particularmente consagrarse, buscando no sólo en las predicaciones de la moral dogmática, sino en las demostraciones positivas y reales de la moral crítica, los medios de defender y sostener esos principios categóricos, que son la base de la civilización y la base de la existencia humana.

Frente a frente de la moral del odio, será siempre un poderoso elemento para todo lo que constituye la lucha contra esas evoluciones y contra esas revoluciones, la moral del amor, la moral de la verdad y la moral de la ciencia, sintetizadas principalmente en la moral del amor, en la moral del altruísmo, y hay para ello preparación admirable en todas nuestras clases directoras. La verdad de este sentimiento está impuesta en sus conciencias antes de que la

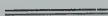
estos endecasílabos, hacía ya tiempo que los había compuesto su autor. Son de García Tassara en una *Oda a Napoleón* con ocasión del traslado de su cadáver desde Santa Elena a Francia en 1840, y se publicaron en el HERALDO de 4 de Julio de 1841 y después en sus *Obras completas*.

demostración venga a corroborar esos primeros movimientos del corazón y del alma. Es, sin duda alguna, una de las demostraciones más evidentes y más consoladoras del progreso ético a través de las edades y algo que debe inspirarnos una completa fe en la redención y en la victoria contra esos intentos de revolución anarquista, el desatinado espíritu que por todas partes surge, de simpatía y de afección de los poderosos a los humildes. Es la nota característica de las edades presentes el haber desaparecido de las clases poseedoras de la fortuna aquella inconsciencia en la posesión del bien, que constituía en las edades históricas la nota característica de todos los felices de la tierra.

Hoy, sin necesidad de reclamaciones violentas, se anticipa ese sentimiento a la preparación de los problemas que con él se relacionan; hoy se presentan esos espíritus como tierra abonada para todo linaje de sacrificios en este sentido, y los sacrificios y las anticipaciones a los problemas, cuya exigencia ha de venir en forma de evolución o de revolución, no tiene por oficio, no tiene por fin, no pretenden desarmar aquello que venga a reclamar su cumplimiento con violencia o con fuerza, pero sí deben tender y tienden a despertar en esas conciencias ese propio sentimiento que a todos los inclina hacia el bien y hacia la benevolencia, y que en esas conciencias, aunque parezcan oscurecidas o por predicaciones de filósofos, o por concupiscencias que ante ellos presentan los tribunos, son lo mismo: el categórico de la conciencia de los poderosos, algo que contiene todas las pasiones, algo que contiene todos los impulsos, y que determinará en último término el equilibrio de todas las voluntades y de todos los intereses. (*¡Muy bien, muy bien!*)

No, ciertamente, porque haya la esperanza de que el dolor llegue a borrarse nunca en el mundo; no, ciertamente, porque haya la esperanza de que la desigualdad deje de reinar como forma de la existencia de la propiedad y del trabajo, sino porque las relaciones entre unos y otros están inspiradas e impregnadas en un sentimiento de relación y de simpatía, y porque despertándose entre unos y otros, aunque no sea más que una chispa levísima, un rayo muy tenue de la noción del amor, él bastará para iluminar todo lo que haya de triste en la conciencia, y para llevar el consuelo a todos los dolores del corazón.

He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)



SEGUNDA CONFERENCIA

(13 Diciembre 1904)

Afirmación de los fundamentos y del progreso de la idea moral

Señores:

En la primera conferencia, que con harto sentimiento de mi corazón se ha distanciado tanto de esta segunda, hice una exposición general de las líneas que había de abrazar este curso, y fijé principalmente vuestra atención en el criterio que había de servirme para todos los análisis que este curso contuviera, haciendo una distinción fundamental entre la moral dogmática y la moral crítica; reconociendo la superioridad indiscutible de la primera y la mayor sencillez de sus fórmulas para la resolución de todos los problemas.

Recordaba, y decía, que aquel a quien el Verbo habla puede despreciar las disquisiciones de los filósofos sobre los géneros y las especies, porque tiene hechas sus fórmulas para la mayor parte de sus problemas; pero reconocía también que son muchos aquellos a quienes el Verbo no habla, o quienes no le escuchan; que hay fuerzas considerables, elementos sociales de gran importancia, apartados de esta moral dogmática; y que, sin embargo, importa luchar y contender contra ellos en defensa de los principios

de la espiritualidad para nuestra vida social, del idealismo para las artes, del derecho para todas las fórmulas del Estado, de la propiedad y de la familia; y que era preciso acudir a la arena del combate con las armas mismas que ellos esgrimían, para combatirlos, y a mi entender, para vencerlos. Y hoy necesito recordar esta diferencia de criterio, porque me he de ocupar del progreso y desenvolvimiento de la idea ética y de los fundamentos y principios de la moral, y no serán pocos los que extrañen que en problemas de esta índole me atenga exclusivamente al criterio de la moral propiamente llamada crítica, y deje a un lado los caminos más fáciles, más sencillos, más concluyentes de la moral dogmática. Y os recuerdo por eso, que no significa un apartamiento por mi parte de aquellas verdades, sino un camino y un método distinto, que en la fe profunda que yo tengo sobre la unidad de la verdad, nos ha de conducir, en mi sentir, al propio resultado.

Es menester, en efecto, para fundamentar la historia de las ideas éticas, tener un principio, una norma, un elemento de comparación a que acudir, para determinar el progreso y comprobar las observaciones históricas; en una palabra, para determinar las fórmulas que haya de aplicarse en cada caso, en cada edad, en cada tiempo, en cada institución, en cada procedimiento, y que señale qué es lo que significa progreso, qué es lo que significa retroceso o decadencia.

Y para determinar este principio capital, al que se ha de concretar la conferencia de hoy, empezaré por reconocer que, cuando el hombre, ante la contemplación de este problema, se encuentra privado —siquiera sea momentánea-

mente, y por un efecto de su razón— de la asistencia y de la presencia, por decirlo así, del absoluto teológico, esto es, de un Dios personal legislador, autor de todos los principios morales y sancionador de todas sus infracciones, experimenta, indudablemente, un sentimiento de soledad y de aislamiento, que empieza por hacer nacer en él la duda de la realidad de los principios morales, al menos en cuanto se refiere a su propia y exclusiva personalidad y no se relaciona con la existencia de la sociedad ni de las colectividades, y le lleva a la idea, que ha popularizado Spencer, de considerarse el individuo como célula del organismo social; error, a mi entender, fundamental, porque el hombre sólo puede estimarse como tal célula en aquellas organizaciones sociales que, fundadas en el principio de castas, consideraban a los guerreros, los agricultores, los sacerdotes formando verdaderas entidades, independientes entre sí, pero constantemente iguales a sí mismas.

De suerte que ellas se reproducían para producir células exactamente iguales a la que había constituido aquella nueva entidad; y sobre todo este aparato de células, idénticas a sí mismas, la personalidad superior del Estado, del Inca, del soberano, venía a constituir la totalidad de la organización social.

Pero eso no son nuestras sociedades europeas, ni aun en los principios de su historia; y para fundamentar verdaderamente su ética, es preciso reconocer en ellas el carácter de organismos independientes, relacionados entre sí para constituir el organismo social, pero con su autonomía estética, con su autonomía intelectual, con su autonomía ética; lo cual da origen y fundamento a estas tres fórmulas de pro-

greso humano: el progreso intelectual, el progreso estético o artístico y el progreso ético.

Son bastante fáciles de percibir las dos primeras manifestaciones del progreso humano: nadie puede negar el progreso intelectual, perfectamente definido por Spinoza, *adequatio rei et mentis*, como la relación de la realidad con la mente: nadie puede negar el progreso estético, ni la cultura progresiva en el individuo, que aumenta sus facultades para percibir, apreciar y gozar de todos los ritmos múltiples del Universo. Pero es más difícil la demostración del progreso ético, y podemos, para llegar a ella, buscar en la Historia, en la demografía, aun en la estadística, la demostración de su verdad, de su realidad y de su existencia, y a esto en alguna medida llegaremos en su día.

Hoy he de ocuparme exclusivamente en la demostración de su progreso y de las condiciones progresivas que en el sentido ético se encuentran, examinadas y analizadas pura y exclusivamente bajo el criterio de la Filosofía.

Aparece el sentido ético en todas las sociedades presentado y acompañado por el sentimiento religioso; pero sin duda alguna que en un análisis crítico pueden separarse perfectamente esas dos ideas; porque el sentimiento de la abnegación, de la piedad, del sacrificio, son propios de todas las religiones; pero son sentimientos también que pueden concebirse en completa separación del problema teológico.

Lo que indudablemente encontramos en estos fenómenos es una separación compleja de las demás formas y evoluciones de la Naturaleza; esto es, que el principio fundamental del sentido ético consiste y se manifiesta en la

represión, en la dominación, en la destrucción de los sentimientos naturales, que son impulsivos y destructivos del individuo, y no pocas veces de la especie, razón por la cual yo os decía en el día pasado —enumerando algunos de los puntos que han de ser objeto de manifestaciones más extensas en lo sucesivo—, os decía que era la Naturaleza no solo amoral, sino inmoral: amoral en todo lo que se refiere a sus leyes propias y peculiares, a lo que rige el mundo vegetal, a lo que rige al mundo de los minerales y al de las aguas, y aun a lo que rige el mundo zoológico; porque si bien es verdad que los poetas han buscado siempre —como ya os indicaba el día pasado— fórmulas para dar más hermosura a las manifestaciones todas de la Naturaleza, haciendo sensibles a las aguas, y protectores a los ríos y a las selvas de la virtud de las ninfas y de la persecución de las bestias feroces contra los débiles y los inocentes, y si bien los literatos han llegado también a dotar de virtudes extraordinarias al mundo animal, nada de esto responde a la verdadera noción del sentido ético.

Todos hemos oído con encanto aquellas *Empresas* de nuestro Saavedra Fajardo: «No ataca el águila al águila, ni el áspid a otro áspid. Tan sólo el hombre maquina contra los de su propia especie»; siendo así que todos sabemos que, cuando el más pequeño rozamiento de instintos brutales o de apetitos se mezclan en las relaciones de los animales, destrúyense unos a otros con no menos ferocidad que el hombre en la mayor exaltación de las propias pasiones.

Pero aun examinando la Naturaleza fuera de estas manifestaciones propias y peculiares de los mundos inferiores al hombre; cuando la Naturaleza penetra en el hombre

mismo, penetra con instintos, con impulsos que el sentido ético reprime y domina; y en esa represión y en esa dominación, y en esa contradicción, y a veces en esa destrucción, se funda el principio capital de la idea moral, representada dentro de las soluciones teológicas por la fórmula del «quebrantamiento de la cabeza de la serpiente, sobre la cual se funda la ley de la redención y de la gracia, que no es otra cosa que el quebrantamiento de la ley de la Naturaleza por el principio moral, que hace de ella algo armónico y algo bello y algo útil para el desenvolvimiento del individuo y de la sociedad.

Esta fuerza del sentido ético reprimiendo las fuerzas impulsivas y bestiales de la Naturaleza introducidas en el hombre, son las que verdaderamente hacen fructífera la obra de la Naturaleza misma, reprimiéndolas, dominándolas y canalizándolas, y las que hacen amable y agradable la vida. Esos principios son los que quebrantan la violencia y la grosería de la voluptuosidad en todas las penumbras y claroscuros del pudor; ellos son los que compensan lo que tiene de violenta y aun de antipática la adquisitividad, con la belleza de la esplendidez y de la largueza; ellos son los que truecan lo que tiene de agresivo el exceso y la manifestación de la fuerza, cuando la convierten en la protección del débil, del endeble, de la mujer, del niño; ellos son, en una palabra, los que embellecen todas esas fuerzas naturales reprimiéndolas y canalizándolas. Y a eso respondía la idea de Platón cuando decía «que la virtud era una armonía», y el desenvolvimiento que a esta idea daban los estoicos diciendo «que el hombre virtuoso era un hombre que labraba su propia estatua», considerando en la estatua la

armonía de todas las líneas, y las manifestaciones, al mismo tiempo que del bien, de lo bello. (*¡Muy bien!*)

Pero este movimiento de represión, de disciplina, de contradicción, de disminución aparente de fuerzas, no aparece por ningún lado como creado por la Naturaleza misma. Y esta es una demostración, a mi entender, del error de las teorías transformista y evolucionista absolutas, puesto que podrá la anatomía descubrir en nosotros todos los antecedentes, todas las demostraciones y todas las pruebas de que nuestro cuerpo ha podido corresponder a distintas evoluciones de los seres, y pasar por la transformación del pez, del insecto o del gusano; pero lo que no encontraréis, nacido de ninguna evolución de la Naturaleza, es este sentimiento ético del sacrificio y de la represión de la propia fuerza natural; este es un bautismo del alma, de un agua que viene evidentemente del cielo; esta es una luz que viene evidentemente de otros mundos, y esta es una demostración de que el hombre recibe de otra parte, de otras esferas, que no son las esferas naturales, lo más esencial y característico de su ser: el sentido ético. (*¡Muy bien!*)

Y a esto responden también, con datos históricos, todas las teogonías, puesto que, al fin y al cabo, con formas más o menos elegantes y poéticas, en todas partes se encuentra el mito o la revelación de los Titanes; fuerzas naturales, representación de las fuerzas de la Naturaleza que elaboran el mundo, que crean la tierra, que la sostienen, que fundamentan todas las leyes naturales de la gravitación y la personifican; pero que al dotar al hombre que han formado y a la estatua que han construído a semejanza suya; al querer dotarle de alma y sentido moral, tienen necesidad de acudir

a robarla al cielo, porque las fuerzas de la Naturaleza no se la han proporcionado ni se la proporcionarían jamás. (*¡Muy bien!*)

Ahora bien, si el sentido ético es una aparición en la mente del hombre, unida al progreso del sentido intelectual y del sentido artístico, fuerza es reconocer, sin embargo, que los progresos de este sentido ético aparecen más oscurecidos que los del sentido intelectual y que los del sentido artístico.

Se ha sostenido por muchos que este sentido ético no es susceptible de progreso en la Humanidad. Ya dice la Biblia, el Antiguo Testamento, «nunca digáis que los tiempos pasados fueron mejor que los presentes, porque nunca hablaréis de esto con sabiduría». Y autores como Burke y filósofos y moralistas como Pascal y Montaigne, han venido sosteniendo el principio de que los progresos económicos y los progresos científicos son una realidad en la Historia; pero que el sentido ético, el sentido moral no es sino una entidad variable, aunque nunca diferente en su cantidad; no susceptible, en una palabra, de progreso. Confunden, a mi entender, los que esto sostienen, dos cosas esencialmente distintas, y desconocen la verdadera índole, a mi juicio, del sentido ético y el fundamento y la fórmula de su progreso. No varía, en efecto, esencialmente; no progresa, ni creo que progresará nunca de una manera muy considerable, la idea, los fundamentos, los principios de la moral; pero sí se manifiesta su progreso en la penetración de esos principios en la vida, en las colectividades.

Fijémonos, como un ejemplo, en la grande revolución del Cristianismo. Los principios morales no se diferencian

de una manera muy esencial de los principios estoicos. Cuando se leen las máximas de Marco Aurelio, parece leerse un libro de moral cristiana. Recuerdo en una de ellas que dice, con gran sencillez y elocuencia, que la fórmula suprema de la virtud es estar siempre preparado para la muerte; y comparaba yo esta afirmación con un conocido dicho de San Luis Gonzaga, a quien se le preguntaba cómo preferiría la muerte, y contestaba ingenuamente: «Preparado estoy siempre para ella; me es igual que me sorprenda jugando a la pelota». Es el pensamiento, es la preparación del individuo al tránsito a otra vida, por una constante aplicación y cumplimiento de la ley moral. Pero el Cristianismo realizó la inmensa revolución de introducir por la puerta del sentimiento estas verdades, estas afirmaciones morales, filosóficas, y en ese sentido científicas, en la conciencia del pueblo, en el corazón de los humildes, haciéndolas compenetrar en la vida entera social.

Cuando San Juan Bautista, desde su prisión, enviaba al Mesías dos de sus discípulos a preguntarle si El era el verdadero enviado de Dios, o si debían esperar otro, les contestaba Jesús: «Yo soy la ley de Redención. Decid a vuestro Maestro que los ciegos ven y que el Evangelio se predica a los pobres.» No hablaba Jesucristo de dominaciones del porvenir, ni de la destrucción del Imperio romano, ni de contradicción de lo existente, no. El decía que la ley de la Redención consistía en aliviar los dolores del hombre y en predicar el Evangelio a los pobres. (*¡Muy bien!*)

Esa ley, que realizó la gran revolución por medio del sentimiento, está, a mi juicio, explicada y definida en esas sencillas palabras. Ese era su sentido, esa era su orienta-

ción. Hoy algo debemos recoger también de esa enseñanza.

Y en esfera harto más limitada y modesta, frente a frente de las evoluciones del espíritu, que evidentemente se avecinan y que amenazadoras se presentan también, es preciso recordar que la ley de Redención ha de ser una predicación del Evangelio a los humildes; no ya el Evangelio de la igualdad de los derechos, puesto que esto está en gran medida logrado; no ya la igualdad en el reconocimiento de la personalidad humana, puesto que ésta está escrita en las leyes y practicada en gran medida en las costumbres; pero sí la igualdad en la noción científica acerca de la organización de la sociedad; sí en la extensión del conocimiento a todas las clases y de la predicación a los humildes, de todos los principios que constituyen nuestro modo de ser sociológico, político y orgánico. Mucha de esa obra hacéis aquí. Todo lo que sea perseverar y continuar en ella, será obra de revolución pacífica para el porvenir, será una imitación grande y sagrada de la revolución cristiana, realizada y contenida en las palabras que os he recordado de nuestro Redentor. (*¡Muy bien!*)

Sin embargo, este análisis filosófico del sentido ético, en el cual va envuelta la demostración de su condición progresiva, no basta, ciertamente, para darle fundamentos sólidos y la determinación crítica que ha menester para que nos sirva de base, de fundamento y de comparación en todos los estudios históricos que han de suceder a esta introducción filosófica. Podiéramos decir y sostener que, así como la Aritmética y las Matemáticas parten para las demostraciones de todos sus problemas, de la existencia y de la afirmación de la cantidad y del número, la ciencia de las

costumbres debe y puede partir de la afirmación de una ley moral, reconocida por todas las generaciones, de un bien y de un mal acerca del cual el sentido común del mundo viene a ser, en todo lo fundamental, unánime, y sobre el que puede establecerse, como se establece sobre la cantidad y el número, una ciencia moral.

Pero no basta esto, a mi entender, a las exigencias del espíritu moderno; hay que penetrar más hondo, hay que llegar a fundamentos más positivos, más prácticos, más reales, más incontestables del principio moral. Y a mi juicio esto no es difícil, llegando a una síntesis de los principios metafísicos, intuitivos y empíricos; síntesis que se pueden resumir en estas sencillas afirmaciones: los actos del hombre son actos todos que conducen a la creación, a la conservación y al mantenimiento de la vida, tanto de la vida individual como de la vida colectiva, la vida de la sociedad y la vida de la familia. Y siendo esto así, los actos son y serán morales y acomodados a las reglas de la moral, siempre que representen un aumento, una conservación y una armonía eficaz para la vida individual y colectiva. Y serán regresivos y contrarios al progreso, y serán regresivos y contrarios a la moral siempre que representen una disminución de esas fuerzas de vida; de donde se desprende que la moral no puede realizar por sí sola la demostración de la verdad de sus principios, sino que ha de buscar en todas las ciencias biológicas, sociológicas, políticas y económicas la demostración y la prueba de sus principios. Porque estas ciencias, en las cuales la moral ha de encontrar su comprobación, su afirmación, por decirlo así, sus títulos, son las que demuestran que sus principios y sus fórmulas

responden, efectivamente, a un aumento de vida, a una conservación más eficaz de esa misma vida, a un desenvolvimiento y a una creación de elementos nuevos, ya en el individuo, ya en la familia, ya en la sociedad.

De esta suerte hallará la propiedad su legitimación en la demostración de que su carácter individual aumenta sus rendimientos, asegura su mejor distribución y su participación más considerable, más asegurada y más firme. La familia, en la biología y en la sociología, hallará sus fórmulas acomodadas a los principios externos de su propia moral: el Estado, las condiciones de su existencia, de su progreso y de su vida; en una palabra: todas las manifestaciones de la vida individual y eclesiástica hallarán en la demostración de esas ciencias auxiliares todos los elementos, todos los fundamentos y todos los medios para acreditar su legitimidad y su fuerza.

Un problema hay que parece contradecir estas afirmaciones, nacido de la manera de concebir la moral algunos filósofos que, en una o en otra forma y en su manifestación más popular, se refieran a la escuela de Bentham. Me refiero al sentimiento de la felicidad, que determinan y fijan como el fundamental y característico de la vida humana, afirmando que el hombre dirige todas sus acciones por el sentimiento y el deseo de una felicidad en el presente o en el porvenir.

No hay contradicción ninguna en este principio, y la contradicción aparente se desvanece sin más que determinar qué es lo que constituye, qué es lo que verdaderamente debe definirse como sentimiento de la felicidad en el hombre; y analizado éste filosóficamente, no se podrá ne-

gar que la expresión de la felicidad en el hombre, y aun en todos los seres, es la realización de aquellas energías que más especialmente les caracteriza.

Lo que más especialmente caracteriza y especifica al hombre es, indudablemente, el sentimiento intelectual, el sentido estético y el sentido ético. El hombre, en cuanto piensa en la felicidad, suele muy a menudo calumniarse, suele a menudo dejarse guiar por algo que no constituye su verdadera felicidad, una vez realizada por la atracción de sus sentidos, y por eso está tan sencilla y elocuentemente expresado, lo que esto tiene de erróneo y de fugitivo, en aquellos versos de Jorge Manrique, tan sabidos, que dicen:

«¡Cuán presto se va el placer!
¡Cómo después de acordado
da dolor!»

Pero ni los placeres intelectuales, ni los placeres éticos están sujetos a esta dolorosa ley. ¿Por qué? Porque estos placeres son la expresión y la manifestación de la energía que más especifican al hombre.

El *Felix qui potest rerum cognoscere causas* es una de las expresiones más felices, más exactas y más incontrastables de la felicidad humana, y adviértese ésta hasta en los pueblos menos cultivados. Todos habréis visto cómo en las poblaciones rurales, aun en los pueblos salvajes, escuchan al que refiere leyendas fantásticas y explicaciones misteriosas de fenómenos históricos o naturales; cómo atrae sobre sí una atención asidua, constante; y cómo refléjanse en la cara de los que le oyen unas expresiones de alegría completa y absoluta, como no la produce ninguna manifestación

natural, satisfacción de ningún otro sentido. (*¡Muy bien!*)

El conocimiento de las causas de las cosas es cosa que no cansa nunca; el averiguarlas y el investigarlas representa una labor; pero el decirlo, el explicarlo, el demostrarlo ante los que lo escuchan, produce siempre una satisfacción y un placer puro, constante, nunca olvidado; y aun en este terreno yo entiendo que es demostración de la superioridad del sentido ético, el análisis de lo que es el placer ético en sí mismo.

Os invito, por un momento, a un examen de conciencia, no ciertamente de vuestros pecados, pero sí de vuestras sensaciones en la vida, y, sobre todo, los que habéis llegado a la edad madura, o a los últimos períodos de la existencia; yo estoy cierto que si recorréis con vuestra imaginación toda vuestra vida pasada, analizando los momentos de mayor embriaguez sensual para vuestros apetitos y mayor satisfacción para vuestras adquisiciones materiales, de contemplación más absoluta, de manifestaciones puramente estéticas y aun de placeres intelectuales, encontraréis que, sobre todo esto, lo que más ha constituido un estado de verdadera felicidad en vuestro ánimo y en vuestro espíritu, es aquel período de vuestra existencia, es aquel momento de vuestra vida en el que hayáis amado a alguien o algo más que a vosotros mismos. (*¡Muy bien!*)

Llámesese esto éxtasis místico, llámesese amor a la mujer, sentimiento de paternidad, algo, en fin, de lo que constituye todos los sentimientos afectivos del hombre, lo cierto y lo positivo es que el estado constante del espíritu en una atracción hacia un objeto, que constituye una prolongación de su vida, superior a esa vida misma, es lo que da y lo que

constituye mayor elemento de felicidad para la existencia; y, en cambio, en los placeres en los que no hay algo de impersonal, no hay nada de real.

Claro es que tiene sus decepciones, sus contradicciones, sus luchas, sus adversidades; pero esas luchas, esas contradicciones, esas adversidades, son olas que alteran la base fundamental de ese estado de felicidad, no obstante lo cual el estado de felicidad queda siempre, y por eso se ha dicho con tanta razón, hablando del sentimiento en el que esta extensión de nuestro yo más habitualmente se produce, hablando del amor, que todos los demás placeres no se pueden comparar con sus penas y con sus desgracias, y por eso es también no sólo altamente poética, sino profundamente filosófica, aquella máxima o aquella afirmación de Santa Teresa, cuando dice «que lo que más debe compadecer el corazón hacia los sufrimientos del diablo, es que está condenado a no poder amar» (*¡Muy bien!*); y por eso también profundamente filosófico y verdadero el dicho de San Agustín, cuando afirma y dice, como consejo supremo de conducta moral: «Amad y después haced lo que queráis; que todo lo que hagáis amando, será bueno.» (*Aplausos.*)

Dedúcese de aquí que hay dos conceptos, bajo los cuales pueden examinarse los principios: un concepto de objetividad, en cuanto los principios morales son la expresión de aquellas reglas que representan en la vida individual, familiar, social, colectiva una mayor producción de fuerzas y una mejor distribución de esas fuerzas mismas, y que hay, además, otro concepto subjetivo, nacido de existir en nuestra mente un instinto maravilloso de adivinación o de revelación, mediante el cual, sin necesidad de investigaciones

científicas ni de comprobaciones empíricas o filosóficas, sentimos en el fondo de nuestra alma la verdad de esas reglas, y, aun sin conocerlas, apreciamos cuáles son las morales y las buenas, que conducen a una mayor extensión de la vida, y cuáles son las inmorales o las malas, que representan una disminución o una mala distribución de esa existencia misma.

Estos dos conceptos se completan, y hay que acudir a la demostración posible, tan sólo por la negación que muchas escuelas han hecho y hacen al presente, de la eficacia de la moral subjetiva y de la realidad del imperativo categórico en que esta moral subjetiva se funda; pero lo cierto es que, aun aquellos que han prescindido más por completo de toda noción teológica para el fundamento y la determinación de la moral, han venido a reconocer esta realidad de la moral subjetiva, que, al fin y al cabo, no es sino la expresión del imperativo categórico de la moral de Kant, el cual se preguntaba —después de hacer el análisis, de todos conocido, de la razón crítica—, se preguntaba si eran verdaderamente útiles por lo menos las disquisiciones de los filósofos sobre la moral, y si no convenía y bastaba dejar al impulso de la conciencia humana todo lo que sean sus reglas; y el mismo Schopenhauer, el filósofo del pesimismo, el que ha representado la negación de los principios morales en sus puntos más fundamentales, el mismo Schopenhauer viene a reconocer que es mucho más fácil predicar la moral que buscar sus fundamentos, y que, al fin y al cabo, todas las conclusiones de la moral práctica son próximamente iguales, aunque las conclusiones de la moral teórica sean muy divergentes y muy diversas. (*Aprobación.*)

Pero ello es que, a pesar de todas estas demostraciones, la conciencia y la convicción de los progresos de la moral en la Historia no aparecen claras, y que, así como en los progresos intelectuales, económicos y aun artísticos, coinciden las apreciaciones de los moralistas, de los satíricos y de los poetas, al menos en las grandes líneas, se advierte en todo lo que se refiere a la historia de los progresos morales un escepticismo, una negación muchas veces de los mismos que debieran, por el conocimiento de las sociedades a que pertenecen, afirmar y demostrar su verdadero estado moral.

Es verdaderamente curioso, y podría sobre esto prolongarse muchísimo la conferencia, enumerar de qué suerte los principales moralistas han negado el progreso moral en sus propias edades. Ovidio ya escribía que el ingenio era en otros tiempos considerado como más precioso que el oro; pero que, en su tiempo, la mayor barbarie era no tener dinero. Séneca decía que se había perdido la noción de la moral y de la vergüenza, la cual, una vez perdida, ignora los caminos para volver a su casa. (*Risas.*) Y en medio de nuestros esplendores del siglo xvi, el obispo de Guevara, en el libro de *Menosprecio de la Corte*, decía que cómo se podía hablar en España de progreso de las ciencias cuando las ciencias y los hombres de ciencia no servían sino para engañar; ni de progreso de la justicia, cuando ésta no representa sino los efectos de la fuerza; ni de la pureza de las costumbres, cuando no había vicio más barato que el adulterio (*Risas.*); y que no se podía, de siglo tan turbio, de agua tan emponzoñada, de fruto tan gusaniento, esperar, sino desesperar, y que a tal grado de corrupción habían lle-

gado los hombres y las costumbres, que aún se les podía perdonar lo malos que eran, si no fuesen tan desvergonzados. (*Risas.*)

Y siglos después, si leéis las lamentaciones de Felipe IV acerca de la inmoralidad de los diputados y de la inclinación que tenían a venderse al acabar cada una de las Cortes, veréis que viene a deducir que era absolutamente imposible todo buen Gobierno en España. Y no prolongaré a tiempos más próximos estas citas, porque lamentaciones como las de Felipe IV nos las encontraríamos a la vuelta de cada esquina. (*Risas.*) Nace esto de que la noción del progreso ético se refiere, como os decía antes, no a fórmulas nuevas, no a cantidades que se pueden sumar, sino a penetración de las ideas en las costumbres.

Y la demostración de esta existencia del progreso moral ha menester por eso el examen de cada institución, la comparación de cada cuerpo legal, el análisis de las opiniones, de los juicios y de las manifestaciones de poetas, moralistas y literatos en cada tiempo, pudiendo, a mi entender, demostrarse que si el progreso no es constante, es, sin embargo, real y positivo en muchas edades de la Historia, y que para determinarlo, o, por mejor decir, lo que más claramente lo determina, es la expansión del yo individual en un yo de mayor elevación y de mayor intensidad de sentimiento, y en una extensión de todos los sentimientos y de todos los afectos altruístas, que son, con los que constituyen el sentimiento egoísta, las dos manifestaciones de la vida; manifestaciones que no se contradicen; que, aunque esto pudiera parecer paradójico, se completan, puesto que en las dos hay aumento y prolongación de vida; pero re-

presentando el progreso ético la preponderancia de la manifestación y de la efectividad altruísta sobre la manifestación y la efectividad egoísta, sin que se pueda prescindir de ninguna de las dos; pues lo mismo con la exclusiva manifestación egoísta, que con la exclusiva manifestación altruísta, la sociedad es completamente imposible.

Pero en este progreso, en esta mayor efectividad de las acciones altruístas, nace históricamente la demostración, a mi entender incontrastable, de que todo lo que representa mayor intensidad del sentido y del sentimiento espiritualista, es una mayor elevación del yo personal e individual al yo altruísta y a la intensidad de ese sentimiento en ese sentido; y que para ello, para que la Humanidad, elevándose sobre sí misma y sobre sus sentimientos egoístas a las manifestaciones y afectividades altruístas, vaya progresando en ese camino, las dos alas del espiritualismo y del Cristianismo, en sus formas griega, católica o protestante, son dos alas irreemplazables, hasta ahora, en la Historia; y siempre que se las ha visto quebrantarse, se ha quebrantado el principio de la moralidad individual y colectiva en todas las sociedades. Así aconteció en el Renacimiento, en Italia; así aconteció en la Restauración, en Inglaterra; así aconteció en el Directorio, en Francia. El hombre, privado de las dos alas del espiritualismo y del Cristianismo, vuelve, necesariamente, a los sentimientos duros del paganismo, regresa a la Naturaleza, y pierde, por lo tanto, el sentido ético de un modo incuestionable y claro.

Para combatir esa regresión, el fundamento de los sentimientos morales debemos desearle apoyado en esas dos alas del Cristianismo y del espiritualismo; pero teniendo fe,

como la tengo yo, en la unidad de la verdad, no debemos desconfiar tampoco de acudir a las demostraciones crítica y meramente científica de que os hablaba antes; no debemos temer que nos dé otro resultado distinto de moral ninguna de las investigaciones biológicas, sociológicas o económicas que han de ser el fundamento de los principios morales para todas las polémicas del porvenir. (*¡Muy bien!*)

Porque toda institución, todo principio, toda ley económica, política, moral, que no adquiera dentro de las ciencias auxiliares, a que antes he hecho referencia, la demostración de que es una ley, de que es una institución, de que es un principio que conduce a mayor producción y efectividad de vida, toda institución que no esté dispuesta a resistir esa prueba, es una institución, en las edades modernas, condenada irremisiblemente a la muerte. (*Aplausos.*)

Acudamos, pues, con fe a esa demostración; acudamos con fe a esos fundamentos científicos, positivos y hasta puedo decir que empíricos, en unión y en concordia con los principios intuitivos y metafísicos; acudamos con fe a la demostración de los fundamentos de la moral, por medio de todas esas ciencias auxiliares, que habrán de servir como de defensa y de base; acudamos con fe, repito, los que tengamos fe en la unidad de la verdad. Y esa es preciso tenerla, porque cada una de esas demostraciones de las ciencias auxiliares vendrá a poner en evidencia la realidad y la verdad de los principios eternos de moral, establecidos lo mismo por la doctrina puramente metafísica que por la doctrina teológica; porque es un hecho, para mí evidente,

es un hecho que se repetirá en cuantos análisis se intenten, es una observación, a mi entender, que no resiste ninguna comprobación que la contradiga, la de que el análisis de la más pequeña parte de la realidad nos lleva inevitablemente, y como por la mano, a la contemplación de lo infinito.

He dicho. (*Grandes aplausos.*)

TERCERA CONFERENCIA

(17 Enero 1905)

El sentimiento de lo absoluto y lo eterno, derivados de la moral individual y la moral social

Señores:

El considerable espacio que ha separado esta conferencia de las anteriores, me aconseja hacer, en brevísimas palabras, un recuerdo o resumen de lo que son, y han de ser en lo sucesivo, las líneas generales de este pequeño trabajo.

Empecé haciendo constar que apartaba de mis investigaciones todo lo que pudiera referirse al principio de la moral dogmática, y que había de limitarme exclusivamente al método, a las investigaciones de la moral crítica, no queriendo decir con esto que hubiera de ignorar todo lo que se refiere a la moral cristiana. ¡Cómo era posible! ¿Cómo cabe hablar de moral filosófica, ni históricamente considerada, sin tropezar a cada paso, a cada momento, con esa revolución inmensa realizada por el Cristianismo, no comparable en el mundo moral a ninguna otra? Pero lo que yo afirmaba, y en lo que me mantengo, es en la exclusión de todo precepto dogmático para la resolución de ninguno de los problemas de la moral, fiando completamente en que la armonía profunda de la verdad permite llegar a las propias conclusiones por muy diversos y diferentes caminos.

Expuse después el fundamento filosófico y metafísico del progreso ético; esto es, la demostración por la Metafísica y por la Filosofía de la realidad de ese progreso, base necesaria, o por lo menos muy conveniente, para llegar después a la demostración histórica del propio postulado.

En el día de hoy me propongo ocuparme de dos conceptos: de la moral individual y social y de la moral biológica y sociológica; y de los conflictos y luchas que de estas nociones se desprenden en las necesidades del espíritu y en las luchas de la vida y de las creencias, dando por terminada la primera parte de esta introducción filosófica, y proponiéndome consagrar algunas de las lecciones siguientes a la exposición y crítica de los principales sistemas de moral contemporáneos más extendidos, para deducir de ellos el criterio y la base con que se han de hacer los estudios propiamente históricos que han de completar este trabajo.

La moral individual y la moral social tienen por base el análisis del alma individual y lo que pudiera llamar el alma colectiva, nacida de la compenetración de las ideas de todas las sociedades y de todos los organismos. Pero esta división que admiten y desenvuelven todos los filósofos que se ocupan de la Etica, desde Aristóteles a Schopenhauer, es una distinción meramente teórica, es una abstracción del espíritu; porque el alma individual no se encuentra por ninguna parte. Sólo podemos concebirla los que tenemos fe en los libros sagrados, en el primer hombre, cuando Dios lo formó del barro e imprimió en su semblante el soplo de su espíritu, y, levantándose para la contemplación del Universo, acertó a dar su nombre propio a todas las aves del cielo, a todos los peces del mar y a todas las bestias de la tierra.

Pero sobre nuestro padre Adán no podemos hacer estudio psicológico de ninguna clase, y la culpa borró todo lo que había de aquella magnífica página de la Humanidad.

Y lo cierto es que todas las almas que nacen a la vida, como todos los pueblos que nacen a la Historia, nacen en un estado de absoluta estupidez moral, y no podemos hacer un estudio del alma individual sino en aquellos períodos de adelantamiento y de progreso, en los cuales cada una de las almas es como un conglomerado y un compuesto de una gran serie de edades anteriores, algo así semejante a los cortes geológicos en la corteza sólida de la tierra, que permite estudiar los diferentes períodos, contemplando los fósiles de los grandes helechos, los vestigios de las edades glaciarias, los pequeños moluscos e infusorios y los grandes paquidermos, hasta los períodos de aluvión y aquellos en que se presentan vestigios de la raza humana en sus diferentes edades y en sus diferentes progresos.

Analicemos, por ejemplo, el alma, el espíritu y la conciencia de un caballero del siglo xvii, tal como nos la retratan y nos la representan nuestros grandes autores dramáticos, que han sido los grandes retratistas del alma española, resumiendo en sus dramas toda la labor que otras literaturas se reparten entre el poema, la novela y el drama mismo. Pues en él, en ese hombre del xvii, fácilmente descubriremos vestigios de la idea pagana de los romanos; restos abundantes del aluvión germánico y visigodo, vestigios, también claramente perceptibles, de la convivencia árabe, y labor profunda de las ideas cristianas; y todos estos conglomerados no llegan a formar una unidad completa, una verdadera fusión, sino que conserva cada uno de ellos su carácter especial,

que claramente les distingue, y que produce en el alma y en la conciencia acciones y reacciones propias, y en muchas ocasiones perfecta y absolutamente contradictorias.

Tiene, por ejemplo, este caballero, debido a la labor cristiana, una fe profunda en cuanto manda creer y confesar nuestra Santa Madre Iglesia; venera la Cruz, practica el Sacramento, santifica las fiestas; es elevado espiritualista, reconoce que la hacienda y la vida se deben al Rey, pero que el alma sólo es de Dios, y hace patrimonio principal del alma el honor. Pero aquí concluye lo que pudiera llamar la estratificación cristiana, y aparece el elemento germánico en completa contradicción con ella. El honor no se satisface sino con la sangre. La admirable explicación de Cervantes sobre la diferencia entre la agresión, la ofensa y el deshonor, la acepta, todavía con más relieve presentada, Calderón en su personaje D. Ursino, en el que, por ejemplo, nos presenta todas las obligaciones del duelo respecto a la singular costumbre del «segundo», que acudía al terreno en mera consideración al amigo, y que sin agravio propio iba allí sin voluntad propia también, olvidando todo vínculo con el resto de la Humanidad, al extremo que, presentándose a D. Ursino su propio hijo, y no creyendo éste deber reñir con él, le contesta con aquel famoso verso en el que, refiriéndose al que le había traído como «segundo», dice:

«Si él riñere, reñiré;
si hace paces, haré paces;
que yo con quien vengo, vengo,
y aquí no conozco a nadie» (*).

(*) Como se recordará, la cita de estos mismos versos de la comedia *Con quien vengo, vengo*, proporcionó a Silvela su primer éxito parlamentario. Véase el tomo 1.º, pág. 150.

Y desnudando los cuatro los aceros, están prontos a cometer el más bárbaro e injustificado de los parricidios, cuando la oportuna intervención de las damas causantes del conflicto pone fin a aquel drama con el inevitable matrimonio, que es el común desenlace de casi todas las comedias de nuestro antiguo teatro.

Pues en el problema eterno y todavía más social de la fidelidad conyugal, aún aparece más cruel la contradicción. Jesucristo había quebrantado la ferocidad de la ley antigua, escribiendo aquella memorable página del Evangelio de San Juan, de la mujer adúltera, cuando, arrasados los ojos en lágrimas y estremecida todavía por el suplicio tremendo que la esperaba, se dirigió a Cristo, pidiéndole una solución para su conflicto, y él la dice: «Los que te condenaban no están aquí. Yo tampoco te condeno; vete, y no peques más.» Y esta solución de paz y de dulzura, ¿cómo la lleva a cabo y le sale del alma a nuestro caballero cristiano? Pues son las soluciones: *El médico de su honra* y *A secreto agravio, secreta venganza*. Son la muerte por medio de cauteloso asesinato, de los dos amantes, y la curación de la honra con la sangre de los culpables. Y no siendo estos actos el producto y el resultado de un impulso pasional e irresistible, como los naturales de una feroz idea de destrucción, que nace violentamente en el alma cuando en ella se derrumban de pronto todas las ilusiones del cariño y del delirio del amor, llega la solución sangrienta; no llega como una tesis ética, perfectamente estudiada en sus antecedentes; como una base de constitución de la familia, hecha con total y absoluto olvido de la idea cristiana; porque en *El médico de su honra*, cuando D. Gutierre acaba de degollar

a su esposa y de plantar en la puerta de su casa su mano ensangrentada, como señal de que limpiaba con ella su honor, no halla inconveniente en aceptar la mano de D.^a Leonor, que le ofrece el Rey Don Pedro, sin más que añadir a la Epístola de San Pablo un singular apéndice, en el cual notifica a su esposa que él cura las heridas de su honra de aquella suerte; lo que ella acepta gustosa, diciendo: «Cuando mi vida enferme, por ese procedimiento puede curar y a todo, anticipadamente, suscribo.»

Véase una idea de la constitución de la familia, que recibe su origen del sentimiento pagano, del romano, que crea en el padre de familias al Supremo juez y el Supremo ejecutor de sus justicias; sentimiento ajeno a la concepción y noción cristiana de la familia misma. Demuestra esto que el análisis del alma, en cualquiera situación de la Historia, pide y demanda el análisis de muchas generaciones, el estudio de muchos antecedentes, y que la conclusión histórica de cualquier progreso ético pide una elaboración histórica también de anteriores civilizaciones, previamente estudiadas. Pero si del estudio de la moral o de la ética biológica pasamos, como es necesario pasar, al estudio de la ética sociológica, que es la que, evitando toda abstracción filosófica, constituye el verdadero estudio éticohistórico, habremos de establecer, como base de él, que en toda filosofía, en todas las religiones y en todas las historias, se advierte la lucha constante de dos principios opuestos: el bien y el mal, la creación y la destrucción, Dios y el demonio, luchando en el individuo los impulsos del instinto y del apetito con los sentimientos elevados del alma, que trata de emanciparse de aquellas fuerzas que la empequeñecen y

la agobian; y en el orden social, con todos los elementos que los males y la Naturaleza aumentan y acrecen luchando con los elementos de la inteligencia y del sentimiento que los combaten, y al fin y al cabo los dominan, y relativamente los vencen, constituyendo este vencimiento el sucesivo progreso de la Humanidad. Cuenta para esta lucha el individuo con dos sentimientos que no son peculiares suyos, sino que trascienden también a la evolución social; que son el egoísmo y el altruísmo, sentimientos ambos absolutamente indispensables para el desenvolvimiento humano. Aun cuando sea tomado a mala parte el nombre del primero, no es menos necesario ni indispensable que el segundo; porque el uno, el primero, el egoísmo, representa la protección y la defensa del individuo, y el altruísmo representa la protección y la vida de la especie en todas sus manifestaciones corporativas: la familia, la sociedad y la Humanidad; pero ni de uno ni de otro puede prescindirse en la vida; ambos se completan.

Fuerza será, sin embargo, reconocer que predominaría y vencería el egoísmo al altruísmo, porque las nociones que la inteligencia percibe sobre la ley moral son percepciones incompletas, no abarcan todas las evoluciones progresivas de los propios actos y déjanse influir, por regla general, por la impresión del momento, o sea la impresión egoísta. Serían, por lo tanto, estos elementos los predominantes, con muerte del principio altruísta, y aun cuando a la larga la aspiración del elemento social, o su mengua, vendrían a redundar en bien del propio individuo, el altruísmo bien entendido, no es otra cosa, en su última finalidad, que una completa percepción del egoísmo. Esto no obstante, en el

momento, en el acto, no se percibe esta ulterior finalidad, y el triunfo del egoísmo concluiría con la especie humana si no hubiera puesto Dios en nuestro ánimo y en nuestro corazón un tercer sentimiento, un poderoso resorte que favorece, sostiene y acrecienta las fuerzas del altruismo por extraordinaria manera; me refiero al sentimiento humano de la aprobación de los propios actos por los demás, y la reprobación o censura por nuestros semejantes, que ejercen una influencia singularísima en el alma de los hombres, y que los inclinan a desenvolver los actos del altruismo, no por propio impulso, sino por la esperanza de la recompensa de sus semejantes, que constituye uno de los resortes más poderosos para los desenvolvimientos de la Humanidad en la vida. La aprobación ajena está inspirada en aquellos principios de la mayor severidad, porque como no lucha en el individuo, para apreciar actos ajenos, con los dictados categóricos de la conciencia, ningún impulso de los sentidos y del propio interés que tan a menudo oscurece y anula el juicio, cuando lo pronuncia sobre los demás, tiene siempre un sentido altruista, que a todos demanda abnegación y sacrificio; y si ellos por sí, o por impulso propio, no lo prestan con el fin y propósito de alcanzar el aplauso general, muchas veces generosa y extraordinariamente lo prodigan, y esto mantiene la necesaria armonía entre estos dos órdenes de sentimientos, en cuanto se refiere a la moral biológica. El pecado de las murmuraciones, del que el Padre Nieremberg dice ser peor que el hurto, porque éste amengua la hacienda y aquel la honra, es freno poderoso para la propagación y ostentación del mal, porque implica la censura del mundo.

Los desenvolvimientos de la moral sociológica concurren a mantener el propio equilibrio entre los elementos de destrucción y los elementos de creación con mayor fuerza y preponderancia, determinando el progreso humano dos elementos, que son la inteligencia y la fe, la razón y la creencia, lo que verdaderamente constituye la intelectualidad humana y el sentimiento.

Estas dos formas de la concepción moral, en todo lo que se refiere a ética sociológica, determinan en el progreso humano dos fuerzas distintas. La que crea las ideas, los sistemas, las teorías sobre las cuales se basan las leyes, y se escriben los Códigos, y se desenvuelven los principios formando base de las sectas, de las escuelas y de las opiniones, y lo que constituye el sentimiento que llega a penetrar en el corazón del pueblo y que toma las formas de la fe, bien sea fe religiosa, bien sea fe política, bien sea fe sectaria, bien sea, en una palabra, cualquiera de las manifestaciones del sentimiento y del corazón, que se distingue por ser adhesión de razón, y aquello a que el sentimiento no llega con su conocimiento propio, es lo que constituye la fe religiosa, y estas dos fuerzas producen muy diferente efecto en el progreso social.

La intelectualidad, la razón crea —como antes he dicho— la fe, los principios, las teorías, los dogmas; pero los crea, por decirlo así, en lo que pudiéramos llamar estática social, y el sentimiento es lo que constituye la dinámica social, es lo que pone en movimiento, en acción, estas ideas, esos principios, esas fórmulas de las sectas, de las religiones y de las filosofías. Mientras el sentimiento no llega a penetrar y a unir la acción de la fe con la filosofía de la razón,

la razón permanece estática y como impotente; apenas si alcanza a ejercer su acción en un círculo muy reducido de la vida social; pero la acción dinámica del pueblo no se produce sino por efecto de la creencia y de la fe, y hasta tanto que las ideas han llegado a convertirse en sentimientos o a tener virtud para despertar la fe y la creencia en las muchedumbres, la idea no se mueve, el pensamiento no adelanta, la estática no se convierte en dinámica.

Tres siglos antes de la Era Cristiana escriben los estoicos sobre la condición de dignidad de la naturaleza humana y la igualdad de todos los hombres en la ciudad de Júpiter, exactamente lo mismo que se ha explicado después y con la propia claridad con que lo han desenvuelto todas las demás escuelas. Séneca, en el siglo primero de la Era Cristiana, explica la dignidad del esclavo igual a la del hombre libre, en los propios términos en que lo pudiera hacer, y en que lo ha hecho, cualquier filósofo del siglo XVIII, y, sin embargo, como el sentimiento no se había incorporado en la conciencia pública para condenar la esclavitud, hasta que la evolución del Cristianismo, y de alguna idea que con él viniera a influir, no llegó a conmover el corazón contra la esclavitud, continuó durante la Edad Antigua, y algún espacio de tiempo más, sin producir ningún quebranto positivo en sus procedimientos y en sus bases, y algo de eso presenciemos nosotros hoy con las ideas sociales.

Constituyeron ellas extraordinaria base de discusión, principalmente al comenzar el siglo XIX, en las grandes polémicas de los que prepararon la obra de Proudhon sobre el origen de la renta, del interés y de la forma de la propiedad. Y mientras las ideas socialistas o sociales permanecieron en

todas las clases directoras de la sociedad en el terreno de la discusión científica y teórica, no fué grande el avance de estas ideas; produjeron pasajeros fenómenos, más que sociales y de orden público, teóricos; pero, ¡qué diferencia después, mediante la acción del sufragio universal que ha compenetrado, que ha mezclado en todas partes unas clases con otras, y mediante los nuevos métodos de investigación práctica de todas las ciencias sociales, que hacen de la información positiva e inmediata de los hechos la base de todos los conocimientos y de todas las explicaciones, y que separa y aparta al filósofo y al hombre social, al político y aun al hombre de administración, de la región puramente ideal, teórica, en que antes se movía, trayéndole a la región de la vida práctica, de la información popular y positiva! ¡Qué diferencia entre lo que eran esas ideas entonces y lo que han llegado a ser hoy, penetrando en todas las ciencias, de suerte que aun aquellos mismos que no participan de sus convicciones y que las creen vitandas y peligrosas, obsérvese que no se atreven a levantar la voz contra sus legítimos progresos, y no se atreven a negar que la propiedad sea una institución de carácter social, y la repartición de la riqueza algo que no puede estar en todos los casos completamente ajena a la intervención del Estado! ¿Por qué es esto? Porque un sentimiento, que no obedece tanto a convicción, en el espíritu, de la verdad y el error, sino a algo como soplo de fe religiosa establecida en todas las conciencias, ha hecho imposible que manifestaciones, a veces crueles, de la libertad de contratación, que antes se producían en el trabajo de las mujeres y de los niños durante diez y ocho horas en las fábricas de Inglaterra, lleguen

a constituir un atentado que en la conciencia pública significa un atentado moral, y contra ello no se atreven a levantar la voz los espíritus convencidos y subyugados.

Es necesario, en efecto, para que exista toda sociedad, bien sea sociedad universal o sociedades particulares concretas, que haya una especie de «consensus», un asentimiento común y general sobre ciertos principios, que todos estiman son dignos de veneración, y ciertos actos, que todos estiman que son dignos de reprobación y de censura; y dondequiera que no exista este consentimiento común y general sobre un determinado número de principios, dignos de alabanza los unos y dignos de vituperio los otros, no ha existido nunca, ni podrá existir jamás, la sociedad. La sociedad, pues, necesita por esto, sea grande o pequeña, sea universal o particular, una moral, una ética; sin ella no puede existir. Es tanto más estrecha, es tanto más severa la sociedad en la apreciación de este principio, cuanto más reducidos, más concretos y más firmes son los vínculos de esa sociedad misma.

Así, por ejemplo, en la Historia observáis que en el pueblo hebreo, que era una sociedad comprimida dentro de sí misma, por toda la acción de los pueblos de Oriente, de los cuales aparecía como un pueblo elegido, pero constantemente combatido por todos, oprimido por la oposición de sus creencias y conducta; en el pueblo hebreo, repito, aparece ese «consensus» patrimonio de sus ideas éticas, de una manera tan firme, que constituye la solidaridad llevada hasta sus extremos límites, hasta lo que son ya verdaderas aberraciones, puesto que allí estaba perfectamente admitido, por el consentimiento universal, que la culpa de uno

reclamaba la sufriese todo el pueblo o la parte más considerable de él.

Todavía este sentimiento de solidaridad y este consentimiento universal en la idea moral, permanece más fuerte en las sociedades griegas, de las cuales dice Hégel que conocían la Grecia, pero no conocían la unidad; y, verdaderamente, tomando otras formas y dilatándose algún tanto, en las sociedades modernas se tocan ya casi los límites del humanitarismo en general. Pero, de todas suertes, ampliándose, extendiéndose o no a más o menos extensión los límites de ese sentimiento de solidaridad, el asentimiento necesario a alguna idea moral es indispensable, y se muestra ello de una manera más clara y evidente por medio de reacciones más inesperadas y más firmes, cuando alguien desconoce su imperativo categórico. Ello produce, entre nosotros, en la Edad Moderna, el espíritu de cuerpo, que, bien entendido y aplicado, es uno de los grandes resortes morales que todavía tiene a su disposición la unidad del espíritu, y de tal manera se ha impuesto por su sentido moral a la convicción corriente en otro orden de ideas jurídicas, que ha producido en nosotros esta institución singular de los Tribunales de honor, por ejemplo, en una época y en un momento en que todas las garantías parecen pocas para la libertad de defensa; al extremo que alguna escuela, muy en boga, hasta aspiraba a que las sentencias de los Tribunales se discutieran en público y se votaran ante el pueblo. Y todo esto revestido de formas y procedimientos los más contrarios a todas estas ideas, simplemente por el principio de salvar el honor de la corporación por cima y sobre todas las convicciones que en otro orden de ideas

jurídicas tengan sus individuos. Y ahora mismo, en un país vecino, se ha podido luchar con los sentimientos y con los principios arraigados en la nación; se han podido romper vínculos tradicionales con la Iglesia; se ha podido pensar y llegar a discutir ataques que parecían antes insoportables al capital, por medio del impuesto de la renta; pero cuando se ha cometido la imprudencia de atentar al sentimiento moral del honor e introducir la delación en el Ejército, se ha sublevado contra esa acción el sentimiento moral intangible y produce, ese solo ataque a un sentimiento del honor, más resistencia y más fuerza que todas las extralimitaciones políticas y económicas que antes se habían intentado o consumado. (*¡Muy bien, muy bien!*) (*)

Dedúcense de aquí en la moral sociológica, estos dos elementos: la intelectualidad y el sentimiento son indispensables para el progreso, creando uno las fórmulas de adelantamiento, estableciendo la una, por decirlo así, los planos sobre los que se ha de edificar la construcción futura, y prestando el otro la fuerza, la acción dinámica que realiza ese progreso mismo. Y ello se traduce y se regula por lo que ya en una lección anterior os indiqué que constituía la regla fundamental de la ética sociológica y aun de la ética, pero más claramente perceptible en la primera que en la segunda.

Creado el hombre y la sociedad para su crecimiento y multiplicación, la ley de su moral es la ley de su vida; la moral es todo aquello que contribuye al normal, verdadero y positivo desarrollo del individuo, de la sociedad y de la

(*) Es una nueva alusión a la agitación que hubo en Francia, con motivo de la depuración que los radicales quisieron hacer en el Ejército.

especie; y cuando las demás ciencias auxiliares demuestran y acreditan que favorecen ese desenvolvimiento, y cuando el espíritu y la conciencia, una vez reconocido y comprobado acaban de concebirlo como ley moral, lo aceptan como principio de dinámica para el desenvolvimiento de esa misma ley moral. (*¡Muy bien!*) No obstante, la claridad, a mi entender, de este criterio, basta para comprender lo que es la ley moral, desde el punto de vista meramente crítico, con el cual coinciden, a mi juicio, todos los categóricos religiosos. Este principio nos da reglas de moral, pero, hay que reconocerlo, este principio no contiene por sí solo toda la explicación de la ley moral, y es que la explicación de la ley moral ha menester de una afirmación puramente metafísica, relacionada indispensablemente con la noción de lo absoluto, a lo cual la mera crítica de la razón humana no ha llegado, ni podrá llegar jamás. Es en vano que se quiera dar con nombres, que verdaderamente expresan mucho, y en su sustancia significan poco, solución a este eterno problema de lo absoluto.

Los actos del hombre, examinados desde el punto de vista de su moral, traspasan las condiciones ordinarias de los fenómenos concretos, y tocan y llegan de cerca a lo que es su término, su fin último, y a lo que es su origen y fundamento del Universo; no son palabras mías, sino del propio Schopenhauer en sus principios morales. Y el insigne representante de la escuela experimental, Wundt, viene a reconocer también, en sus principios éticos, que todas las conclusiones de la moral han menester de una concesión metafísica que explique la totalidad de los actos humanos por medio de la intervención en ellos de lo absoluto, de lo infinito y de lo

eterno. Nada nos dice para resolver este problema la esencia universal de Spinoza, en su panteísmo ético, que al fin y al cabo no es otra cosa que la envoltura de un aparente sentido de lo concreto, de lo absoluto, mezclando uno y otro sin distinción. Y es que la inteligencia humana creada para lo concreto y lo contingente, no puede penetrar, ni penetrará jamás, en lo absoluto y en lo eterno; y ante esta imposibilidad hay que rendirse modestamente y reconocer que en los actos morales humanos hay una parte experimental, contingente, empírica, sujeta a nuestra experimentación y a nuestro juicio, y hay otra parte misteriosa, oculta, en la que no penetrará nunca nuestra conciencia, porque se relaciona con lo absoluto, y porque representa en nuestra alma una aspiración indeterminada, pero constante e irreductible, hacia el absoluto que desconoce y del cual no le puede dar noticia su inteligencia, pero de la cual le tiene dada noticia su conciencia y singularmente se la da de un modo constante su corazón. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Nace de aquí la aspiración y la lucha constante del hombre hacia la creencia, y lo vano de los esfuerzos que, para apartarle de ese camino, se han intentando.

Doscientos años, quizás más, luchan los mayores intelectuales de la Francia por arrancar de su entendimiento y de su corazón la fe de lo incognoscible, la creencia en cualquiera de sus formas, y su labor es semejante a la de los que tratan de robar terreno al mar: que dondequiera que logran construir una playa o un dique, ven desde allí mismo que el mar ha avanzado sobre otras playas y ha recobrado toda la tierra que aquellos le habían robado a él; y es que cuando se pierde la fe religiosa, o católica, se

acrecienta la superstición en las ideas, en las nociones más o menos completas o incompletas, y toda idea posterior o ulterior a la vida mantiene y conserva la lucha religiosa con una fuerza, un vigor y una acritud que parecían borrados para siempre de la Historia.

Todos recordaréis que bastó un proceso, formado pocos años ha (*), para que una verdadera lucha civil, sustancialmente religiosa, haya dividido ese país y haya desarrollado todas las dificultades con que actualmente combate su religión y su política, y para que se cometieran en nombre de unas y otras opiniones crímenes y horrores, que, aunque menos sangrientos, recuerdan todas las violencias, todas las persecuciones y todos los atropellos de las luchas religiosas de los siglos xvi y xvii. (*¡Muy bien!*) Y es, señores, que de esta aspiración a la creencia; que de esta inclinación a lo infinito, a lo incognoscible, no hay Filosofía, ni razón, ni política, ni sistema que pueda curar a la Humanidad, porque es absolutamente inherente a ella; porque ella siente, estima y estudia lo relativo en cada problema, que no alcanza a darles su solución total, y que tras aquello relativo hay un absoluto en que quisiera penetrar, y a lo cual su inteligencia no le basta, y para ir adonde le lleva su curiosidad y anhelo no encuentra recursos ni medios en su razón, y los ha buscado y los buscará siempre en la superstición, en la fe, en la creencia, en algo que sea la adhesión de la razón humana a aquello para lo cual no tiene dentro de sí elementos de conocer. Y esto lo encontramos y lo vemos a cada paso en los accidentes de la vida.

Saliendo ya de estas nebulosidades y dificultades de ex-

(*) El proceso Dreyfus.

plicación del problema filosófico (abstruso siempre, aun cuando yo trate de darle las mayores condiciones y elementos de vulgarización que estén a mi alcance), una observación sencilla de la vida diaria os demostrará la eterna realidad que, para el hombre, tiene el problema de lo incognoscible, el sentimiento de la eternidad, el último y ulterior destino de toda su alma. Nos rodean constantemente cosas contingentes, perecederas y transitorias; todo lo que pasa a nuestra vista; todo lo que constituye nuestra existencia es deleznable y caduco: el sentimiento, el objeto, la materia y aun el espíritu lo están revelando a cada paso, y, sin embargo, observad que en la vida de cada uno de vosotros lo único que puede romper ese sentimiento de frivolidad son la relación eterna, que creáis en vuestra existencia, y donde no se presenta una relación eterna en la vida, nuestro propio espíritu considera pequeña y despreciable la relación creada. El amor del hombre y la mujer, cuando no está fundado en el juramento de la perpetuidad, en la condición mutua de una eternidad para aquel amor, o al menos en la ilusión de que esa eternidad ha de existir completamente, es un asco. (*Risas.*)

El sentimiento de la maternidad, tan puro, tan sublime, si no se traduce en el perpetuo amor de la madre, si no se ve, al lado del cariño de la infancia, el respeto, el amor filial para la vejez y esta perpetuidad de aquel propio sentimiento en el cuidado y en la oración de la tumba, ese amor, el más puro y el más sublime de los amores, si es pasajero, si es transitorio y si es corto, si no va acompañado de todas las ideas de perpetuidad que antes os he dibujado, es un sentimiento instintivo y casi despreciable, como el de la

leona, el de la gallina o el de la perra. Y el sentimiento de la patria, el sacrificio por la bandera, que parece ser lo más grande en el espíritu del hombre como ese sacrificio y ese derramamiento de sangre y ese heroísmo en los campos de batalla no se realice por un sentimiento perpetuo y una el espíritu con el sentimiento eterno en la patria, que se extiende desde las generaciones antiguas hasta los tiempos más remotos y del porvenir, si es un sentimiento, si es un sacrificio pasajero, que hoy se pone al servicio de una bandera y mañana a la de otra, pierde en un momento todo su encanto y grandeza y se convierte en el vil y mercenario del *condottiero*.

Y lo propio sucede en el arte del dibujo: el diseño, la estatua y el edificio, si lo veis construido, aunque sea con elegantes líneas, en deleznable nieve o débil barro, o de frágil madera y cemento armado, no os produce el mismo efecto artístico que cuando el genio de la escultura o arquitectura le veis traducido en mármoles y granitos. Y esta idea de la perpetuidad, de la eternidad, acompaña a todos los sentimientos del hombre, en la moral, en la familia, en la patria, en el arte, en cuanto sale y brota de sus manos. Esta es, señores, la demostración cumplida (y vengo a la conclusión de mi espiritualismo impenitente), la demostración cumplida de que el hombre es un desterrado, de que en el hombre hay un espíritu que procede de otra parte: es un emigrado del cielo, es simplemente un prisionero de su cuerpo y de su carne, que a través de las rejas de su prisión contempla constantemente un cielo azul y un sol espléndido, que son el sol y el cielo de su propia y verdadera patria: la eternidad. He dicho. (*Grandes aplausos.*)

CUARTA CONFERENCIA

(8 Febrero 1905)

Las grandes escuelas éticas y el concepto religioso

Señores:

Esta conferencia se ha de dirigir a exponer algunas líneas generales del método, y algunas consideraciones también sobre la clasificación fundamental de las escuelas éticas, que han de servir de orientación, por decirlo así, y de fundamento, a los estudios históricos que han de venir después de este prólogo.

Concretándose la materia, teniendo que apartarnos de algunas consideraciones generales, fuerza es que aumente la aridez y la ingratitud de estas conferencias, y yo os lo prevengo para preparar vuestro espíritu, si bien procuraré con la sencillez de la exposición, y aun quizás con alguna mayor brevedad de las mismas conferencias, compensar lo que éstas hayan de tener necesariamente de áridas y de ingratas.

El individuo, considerado como ente aislado, es una pura abstracción del espíritu; y si en la Naturaleza, en las selvas se hallara alguno en tales condiciones, no merecería propiamente el nombre de hombre: sería un ente zoológico.

gico, porque lo que en el hombre hay de verdaderamente humano, es lo que recibe de sus semejantes, es lo que él elabora en combinación con ellos y en la constitución de los diferentes organismos familiares, sociales, nacionales o humanos, que son obra del concurso y de la organización de su inteligencia colectiva. Claro es que el espíritu ha de ser considerado como base de todas las demás creaciones del hombre; su organización individual le hace base de su filosofía y de su ética; y el orden individual es el primero de todos; mas el espíritu humano, que no se sacia ni se contenta con ninguna de las averiguaciones de la verdad, y que tras de cada una de ellas busca otras más olvidadas, como en las ascensiones de las montañas, después de haber dominado una cima, se quiere dominar la que le sigue, tras del orden intelectual analiza, examina y fija los límites del orden social, pasa de éste necesariamente al orden humano, y del orden humano pasa, en la consideración de su espíritu, al orden universal. Al llegar al orden universal divídense las escuelas filosóficas en escuelas propiamente agnósticas, que no admiten nada superior a los hechos concretos y relativos y detienen la investigación negando que se pueda ir más adelante, y escuelas dogmáticas, que son base de la formación de los diferentes sistemas religiosos. Pero el sentimiento y el sentido lógico no pueden menos de afirmar, al llegar a este límite del orden universal, la existencia del obrero universal como su Creador y como el que rige y determina su existencia y su vida; de donde se deduce que la existencia del absoluto, del espíritu que lo rige y que lo domina; en una palabra, del Ser Supremo o de Dios, nos está revelado, no por las manifestaciones

de textos, ni de Evangelios, ni de profetas solamente, sino por el simple orden lógico del encadenamiento de nuestra propia observación.

No ha menester, sin embargo, en el método que yo me he propuesto, seguir adelante por ese camino, pues basta que, al pasar al propio de nuestro terreno, no deje de consignar que, al llegar nuestro ánimo a esa consideración del orden universal, cuando traspasa sus límites, guiado, o por la imposición dogmática del orden lógicoético, tal como le dejo definido, o por la imposición dogmática de cualquiera de las formas religiosas, siente indudablemente descanso y reposo, y el alma se recrea y se detiene en la contemplación.

De esa manera se comprende, se entiende y se explica el orden universal, hartos más suave, hartos más acomodado a su índole que la frialdad de las reglas y de las leyes físicas, y que la severidad verdaderamente agria y amarga de la nada, que se presenta tras de aquel primer paso hacia lo absoluto, y de la admisión por el espíritu, de la explicación del orden universal por un Dios personal, del que emana con infinita sabiduría y bondad el sentimiento de justicia, el sentimiento de derecho y el sentimiento de amor, que es, sin duda alguna, como meseta en la que descansa, complacida, el alma humana.

Pero vengamos a lo que importa de una manera más concreta para nuestros estudios históricos, y regresando a la consideración del orden individual, descubriremos fácilmente que su explicación está al alcance de todas las causas concretas que nos revelan el estudio del espíritu individual; el propio conocimiento de nosotros mismos.

Tanto la vida individual como la vida de familia, se explican fácilmente por las fórmulas del placer y del dolor en el individuo, del egoísmo y del altruísmo en la familia, de los sentimientos nacidos de las diferentes necesidades del cuerpo y del espíritu.

Cuando pasamos al orden social, bien sea en la organización de la ciudad, bien sea en la organización de la nacionalidad, empieza a aparecer ya algo como misterioso y sublime en la formación de esas colectividades; no parece sino que aquellas palabras de Jesucristo que, dirigiéndose a sus discípulos, les decía: «Dondequiera que estéis congregados alguno de vosotros, allí estaré yo», han sido palabras pronunciadas para todas las colectividades y para todas las muchedumbres; porque, dondequiera que éstas se reúnen, flota sobre ellas como un espíritu superior al de todos los individuos que la constituyen, que hace su juicio crítico más acertado y más seguro, que hace su voluntad más inclinada hacia lo sublime y a lo grande, más desprendida de los apetitos mezquinos, de las necesidades y de la codicia; que flota, en una palabra, algo como un espíritu superior al propio espíritu humano.

Todos recordaréis las admirables descripciones que hace Bastiat de la maravilla que representa la vida de la ciudad y de la nación, aun en el mero orden de los intereses económicos, y por qué maravilloso mecanismo se concierta la producción con el consumo y se atiende a las necesidades diarias de cada individuo, sin ponerse en relación directa con los productores, y en una proporción verdaderamente sorprendente, que sería superior a todo cuanto pudieran imaginar las ordenanzas de abastos mejor estudiadas y los

Códigos y las leyes hijos de la más exquisita sabiduría. Y el mismo Bastiat, hombre nada inclinado a la superstición de ciertos órdenes religiosos, concluye con sus demostraciones diciendo: *Digitus Deus est hic*. El dedo de Dios está en esta combinación.

Pues si, pasando de la organización económica de la ciudad, nos elevamos a la consideración de la vida de los pueblos y de las nacionalidades, al lado de las luchas y variadas causas que pueden estudiar nuestras observaciones por la filosofía de la Historia y por la erudición y conocimiento de los antecedentes de hechos y precedentes que han constituido el origen de las razas y la formación de las civilizaciones, sobre todo esto hallamos algo también misterioso y oculto, que guía y desenvuelve inesperadamente la actividad.

¿Quién de vosotros, de los que os halláis en la edad madura, no ha recordado, o no recuerda, aquellos estudios que hacía en su juventud de las obras de Tocqueville sobre democracia en América, de las biografías de Wáshington, del austero Jéfferson; de los estudios humorísticos, llenos de ingeniosa observación, de Laboulaye, en su *París en América*? ¿Quién hubiera creído entonces que aquel pueblo, que parecía creado exclusivamente para la vida económica, para el desenvolvimiento de su riqueza interior y para el respeto del derecho de nacionalidad ajena y para la consagración de los principios puramente democráticos, que una democracia austera y popular había de desenvolver el extraordinario espíritu de imperialismo que hoy le anima, formado, sin saber cómo, por la agregación, o, por mejor decir, por la conglomeración de las razas más diversas; por los intere-

ses de la sangre, al parecer más contrarios; y habría de moverse a impulsos de ese sentimiento misterioso que determina la vida de las grandes nacionalidades y se agita en un sentido eminentemente altruísta, como es el sentido de la guerra, de la expansión colonial y de la influencia económica llamada moral; algo, en fin, de lo que representaban en las antiguas nacionalidades las grandes tradiciones históricas y las grandes supersticiones de las instituciones monárquicas y de las ideas religiosas? (*¡Muy bien, muy bien! Aplausos.*)

En cambio, pueblos que por su naturaleza exterior y antecedentes, y por los principios que informan su fundamental literatura, parecían llamados a sentir esos impulsos colectivos, se encuentran, sin embargo, en un estado de atonía y de decaimiento tan triste, que apenas si se les puede hablar de otros intereses que no sea el pan nuestro de cada día y de la realización diaria de la vida del momento, y desechan como sugerencias de loco, o como impertinencias de ambicioso importuno, todo lo que pueda referirse a su expansión en el territorio vecino y a su influencia legítima sobre razas y nacionalidades que parecían estaban consagradas por la Historia para su natural influencia. (*¡Muy bien, muy bien! Aplausos.*) (*)

Pues si del orden nacional os eleváis al orden humano, parece, señores, como si un crepúsculo de luz fuera agrandándose, y, a medida que en nuestra observación avanza-

(*) Amargamente, el conferenciante, despedido ya de la política, volvía a recoger el tema patriótico que un día inspiró su artículo *Sin pulso*.

mos, nos vaya revelando un foco de algo extraordinario en esa misma luz que pertenece a otros mundos y que va siguiendo nuestros ojos y confundiendo las líneas de los objetos y materias de nuestra observación, como se confunden las líneas de los astros y de las estrellas cuando parece el luminar del día sobre ellos. (*Aplausos.*)

No son menester grandes erudiciones para recordar, en líneas generales, cómo en la vida de la Humanidad aparecen, bajando del centro de las montañas del Asia, aquellas tribus, desarmadas y medio desnudas, que vienen a chocar con naciones procedentes de la Arabia y del África, y que constituyen aquellos primeros Imperios asiáticos, tan pronto constituídos como destruidos, y que fundiéndose después en una gran unidad, vienen a sucumbir al empuje de la civilización superior de las naciones griegas, las cuales, en el apogeo de su civilización, del desenvolvimiento de su arte, de su filosofía y de su política, caen, a su vez, por el inesperado e incomprensible crecimiento de aquel pueblo, formado de un nido de bandidos en el centro de la Italia, que se llamó el pueblo romano, elaborador del Derecho para el resto de las generaciones que hubieran de sucederle, y que constituye el más poderoso y célebre Imperio sobre toda la tierra conocida, atándola y sujetándola con sus caminos y sus armas, de manera que parecía sumisa y rendida esclava. Ellos vencen a la raza griega y la absorben como las demás, y son ellos vencidos a su vez por una raza que se despierta en el Norte y Occidente de Europa, la cual, derramándose sobre el Imperio romano, deshace de un soplo su historia y forma después, acabando con luchas y contiendas interiores, la Europa del Renacimiento y las

edades modernas, constituídas con los fragmentos del mundo antiguo, y alcanzando lo que a todos parece ser el último límite de la civilización y poderío por el sinnúmero de prodigiosos inventos que han acrecentado el poder de esta cultura; por la extensión de sus investigaciones, de sus conocimientos y de sus armas, y hasta por el de sus cables, que, rodeando toda la superficie del orbe, parece también como que le han maniatado para tenerle entregado al poder de la culta Europa. Y, sin embargo, en medio de este apogeo de las razas asoman por el Oriente principios de nuevas y desconocidas fuerzas, que ya aparecían totalmente olvidadas, que van disciplinándose bajo una dirección inteligente, activa y poderosa y que pueden amenazar, como en otros tiempos amenazaron los bárbaros, con una invasión de razas, verdaderamente irresistibles, a la que se creía soberana absoluta del mundo, a la Europa moderna, que consideraba su hegemonía como eterna e insustituible. (*).

He aquí, pues, cómo nos tropezamos con todas las consideraciones y con todos los principios filosóficos que se elevan del individuo al orden social y al orden humano, con la intervención de lo absoluto y de lo sobrenatural sobreponiéndose al simple examen y al reducido análisis de lo relativo y lo concreto. No debe esto, sin embargo, desanimarnos en nuestras investigaciones sobre todos esos órdenes; de la misma manera que no se desanima ya el meteorólogo por que las leyes que estudia, en una serie de consideraciones

(*) Cuando Silvela explicaba esta conferencia Europa se hallaba bajo la impresión de la rendición de Port-Arthur a los japoneses, acaecida el 2 de Enero.

y de hechos registrados, sean a lo mejor contrariadas y deshechas por la tempestad y por las alteraciones atmosféricas, que él no ha podido nunca prever. Estudiemos, pues, los hechos, pero veamos qué método hemos de emplear en su estudio. Porque los hechos por sí mismos, la mera erudición y referencia de ellos, no nos dan la sustancia del criterio ético, ni nos permiten hacer unos estudios comprensivos de la historia de la Humanidad, ni de la historia de ningún pueblo; hay que huir, a mi entender, cuidadosamente de dar un sentido demográfico y ético; hay que mantenerlo en su sentido psicológico. Lo explicaré más claramente.

No pueden constituir los estudios éticos meras referencias, comparaciones y estadísticas de infracciones morales, en este ni en el otro tiempo, ni mero peso y medida del número de ellas, que constituyan un estado más favorable o desfavorable en ese sentido; y ante ese criterio, lo que importa examinar y determinar es el concepto moral que esas infracciones tienen en cada una de las épocas históricas que se comparen. Lo aclararé con dos ejemplos: con uno que se refiere a lo que pudiéramos llamar moral sexual, y otro que se refiere a la moral crematística; esto es, la moral relativa a la adquisición de la riqueza y a la protección de los bienes terrenales.

Todos conocéis bien detalladamente a Ovidio, ese poeta dulcísimo, de vida tranquila y suave, de sentimientos admirables, que, al través de diez y ocho siglos, hizo derramar a Catalina de Rusia una lágrima, cuando, recorriendo los confines de su Imperio, encontró perdida entre los matorrales la tumba de aquel gran poeta, desterrado de su

patria, tumba labrada por los que le acompañaron en su destierro, los cuales, llenos, en medio de su barbarie, de admiración por su genio, rindiéronle aquel tributo que se recogió, después de esa larga serie de centurias, en un latín bárbaro, ofrecido por ellos de sus labios. Pues Ovidio consagró dos de sus elegías (creo que son la XIII y la XIV del libro segundo de *Los amores*) a un crimen repugnante que todas las leyes han castigado, que la Naturaleza rechaza, que la moral de todas las edades reprueba con indignación y hasta con asco: el aborto. Se dirige Ovidio a una dama romana, y la suplica, en versos armoniosos, que renuncie a aquel intento de crimen, que ella no va a cometer por salvar su honor ni mantener la paz de una familia, sino por el temor que la ha asaltado de que pudieran alterarse en algo las líneas rigurosamente artísticas de su talle; y Ovidio emplea los más sentidos argumentos para hacerla desistir de su propósito; pero, temeroso de que la hermosa Corina no ceda a sus ruegos ante el temor de que se afee con una arruga el cutis tersísimo de su cuerpo, se dirige a la diosa Iris pidiéndola que en aquel trance proteja el sentimiento de su amada y la lleve a feliz término en la consumación de su tremendo crimen.

Esto lo leemos hoy sin tanta repugnancia, por el velo que arroja sobre los objetos más inmundos y más deformes la pátina asombrosa, para ese fin, de los tiempos; pero ciertamente que siendo ese delito hoy frecuente en nuestras grandes ciudades, como lo era en Roma; no pudiendo determinarse por la Estadística y la Demografía la mayor o menor cantidad de infracciones de ese orden que se cometen, lo que nos revelan las elegías de un modo elocuente

es que el sentimiento moral ha progresado inmensamente desde entonces y que no resistiría el gusto de nuestras sociedades, no por mera hipocresía, sino por sentimiento natural de repugnancia y asco, lo que era encanto de los poetas y de la sociedad en aquella edad; lo que para ellos constituía algo que no entraba dentro de las reglas de la moral, algo que no entraba sino dentro de las reglas de la prudencia y de la higiene. ¿Puede negarse la diferencia del concepto moral que este hecho determina? Pues analizar hechos tales será la base del método que nosotros hemos de emplear para recoger la enseñanza de los sucesos históricos que vayamos registrando.

Y vamos a otro hecho relacionado con la moral crematística. Si abris la biografía del Conde-Duque de Olivares, hecha, más que por un historiador, por un verdadero apologista, el entonces Conde de la Roca, os encontraréis, después de ponderar su sabiduría, su prudencia y su valor en la guerra y su discreción en la paz que, como supremo admirador de aquel primer Ministro, dice su biógrafo que era limpio en recibir dinero de los particulares; esto es, lo que no se atrevería a decir hoy de ninguno de los Ministros de los presentes tiempos el más encarnizado de sus enemigos, al menos en son de elogio y de aplauso (*Risas.*); y es que en la moral administrativa y política de aquella época todo lo que no fuera recibir dinero de los particulares, todo lo que fuera simple aprovechamiento de la fortuna pública, acumulación de pingües encomiendas, mercedes Reales y tributos arrancados a los vasallos, rentas eclesiásticas tomadas de las abadías y de los monasterios, era el natural y ordinario ejercicio y legítimo desenvolvimiento del Poder

público y del favor soberano. El progreso está indicado claramente por este concepto; los hechos de esta manera deben estudiarse, y los progresos y la decadencia de este modo, también, deben quedar registrados.

Y expuesta esta consideración general sobre el método, vamos a señalar ahora, en términos ligeros y rápidos, lo que constituye, a mi entender y por mi clasificación, las escuelas éticas, que importa tener en consideración como base de estos estudios. Son infinitas y numerosas en la antigüedad; más extendidas, variadas y multiplicadas todavía en la Edad Moderna, en la cual ha adquirido carta de naturaleza en todas las ciencias y en las artes, más de lo que lo tuviera en la antigüedad, el estímulo de la originalidad para la creación de sistemas nuevos, de suerte que el que logra, más apartado de la verdad y del común sentir, la creación de algo nuevo, de algo que le parezca verdaderamente ignorado, o sea siquiera forma nueva de sustancias antiguas, difícilmente resiste a la tentación y al placer de crear escuela, de constituir una novedad en el orden de los estudios a que más especialmente se dedique. Pero separando todo lo que hay de accidental en estas diversas escuelas éticas y filosóficas, y reuniendo lo que tienen de verdaderamente fundamental y sustancial cada una de ellas, yo entiendo que para el orden sucesivo de mis investigaciones he de admitir y consignar que son tres las grandes escuelas éticas de las que nosotros debemos ocuparnos y que en tres fórmulas se pueden y deben encerrar todos estos sistemas.

Es la primera de todas la escuela griega, que informa toda la filosofía antigua; que considera el fin, el fundamen-

to, la sustancia de la Etica, la determinación de las necesidades del hombre para realizar él propio su bien. Es la segunda, la que pudiéramos llamar escuela cristiana, que considera el fundamento y la sustancia de la Etica, determinada por un dogmatismo y una serie de preceptos que son los que determinan el bien y el mal: escuelas en las cuales comprendo a todos los espiritualistas del siglo XVIII, incluso a Kant, puesto que su imperativo categórico no es otra cosa que un dogmatismo del bien y del mal, exactamente igual en su sustancia que el dogmatismo cristiano o católico. Y es la tercera escuela (fundamentada en los principios positivos que hacen apoyo y base de la verdad ética, del bien y del mal, la determinación de las necesidades de la vida individual y social), la escuela que se apoya en los principios del positivismo, no interpretado a la manera de Littré, sino reducida a los términos a que debe reducirse el desenvolvimiento de una ciencia meramente antropológica. Consagraré algunas palabras a cada una de estas escuelas, para justificar más mi clasificación.

La escuela ética de Grecia y de Roma, que no es sino el desenvolvimiento de las escuelas griegas, tiene por fundamento el principio, como indiqué antes, la determinación de las necesidades de la vida individual y la satisfacción de ellas. ¿Qué es el bien para el hombre, y qué necesita el hombre para realizar ese bien? Esa es la fórmula, lo mismo entre los estoicos que entre los epicúreos (aunque el bien sea muy diferente para unos y otros), y por ella vienen a estar informados todos los principios determinados en la *Moral a Nicómaco*, de Aristóteles, y todo el desenvolvimiento de su grande obra moral, que, como sabéis, fija a la

Ética como forma de la vida individual; a la Economía, como forma de la vida de la familia; a la política, como forma de la vida de la sociedad o del Estado; pero siempre considerando la vida en un sentido absolutamente agnóstico, esto es, completamente separado de la idea de Dios. Y esto no porque en las sociedades antiguas la idea de Dios fuera desconocida o desdeñada. No; existía esta idea y se rendía culto a ella, como todos sabéis perfectamente, en el orden social; iban a buscar a ella su inspiración admirable los poetas, no sólo por la representación elegante que ella daba de toda la Naturaleza, reuniendo y formando con datos de cada una de sus fuerzas el ser generosamente hermoso, bello, verdaderamente poético y artístico; no sólo por eso, sino porque de un lado, los grandes afectos que en el alma inspiran los sentimientos religiosos han de ser siempre, en una u otra forma, la fundamental inspiración de la poesía; y de otro en la crueldad de la pena eterna sintieron la inspiración todos los poetas, lo mismo cuando cantaban a Prometeo y a las Danaides, que cuando recorrían con el Dante todos los círculos de su maravilloso *Infierno*.

Era, pues, entre los antiguos, la Religión principio social; era al propio tiempo principio político cultivado por los legisladores, respetado por los sabios y los filósofos cuando de política se trataba, y ella se dirigía entonces, como ahora, más especialmente al sentimiento tierno y delicado de la mujer. Así, en el libro de Marco Aurelio nos encontramos la declaración de «que él aprendió a amar y a respetar a los dioses de boca de su madre». El alma de la mujer inspira en él sentimientos por cima de toda otra for-

ma de razón o de conciencia, buscando siempre en lo absoluto un medio de saciar esa sed de sus sentimientos propios. Pero, en cambio, en la determinación filosófica de la Ética, la idea de la vida futura, la idea de la intervención de la divinidad en el mundo está (en la escuela de los griegos y de los romanos) casi proscrita, y no constituye ningún fundamento de su investigación. La vida tiene para aquellos filósofos su finalidad en la vida propia, y los sabios se hacen adeptos de los principios de la moral, porque los principios de la moral son los que producen la verdadera felicidad; porque entienden y definen la felicidad como el desenvolvimiento armónico de cada ser en aquel orden en que su especialidad está más determinada, y juzgando que lo que más especializa la naturaleza humana es la inteligencia, aconsejan los placeres intelectuales, como los medios de mantener y lograr la felicidad, considerando que esos placeres la constituyen.

Por el contrario, los que entienden que constituyen la felicidad la indiferencia y la insensibilidad, la buscan también, procurando influir y reaccionar sobre su propia alma, para desentenderse de todos los objetos exteriores que la puedan herir, y hasta los estoicos y los epicúreos, todos, absolutamente todos, van a buscar en el alma humana lo absoluto, todo su sentido moral, y en la finalidad de este mundo toda la realización de sus preceptos. Ellos se dirigen a iluminar al hombre sobre lo que constituye sus verdaderos deseos; a hacerle huir de todo aquello que pueda haber de ficticio y a hacerle comprender lo que son los verdaderos placeres del espíritu, una vez que se han cultivado y gustado; pero no entra para nada en sus conceptos,

ni en las bases de sus reglas absolutas, ningún principio que salga de la relatividad de la vida humana. Las escuelas cristianas conservan, con escasísimas diferencias, los mismos preceptos; pero alteran fundamentalmente, radicalmente, la finalidad de la moral y de su origen, pues hacen depender esas reglas, no del análisis de las necesidades y de la aptitud del individuo, no de la realización de su propio ser en aquello que más le especializa, sino del cumplimiento de principios dogmáticos que provienen de un ser superior.

Esto es lo que se refiere a las escuelas propiamente religiosas. Hacen del mundo un mero tránsito, y de la vida terrenal una prueba que ha de recibir su complemento y su finalidad más allá de esa misma vida. Convierten todo lo que es amor en el mundo en algo absoluto y extraordinario, porque no se ama en ella a la criatura limitada y finita: se ama a la inmensidad del Ser Creador, y de ahí que nazca y se mantenga, y se vivifique y se extienda el amor a lo miserable, a lo enfermo, en la contemplación verdaderamente deliciosa que se revela en el cuadro en que aparece el rostro de Santa Isabel de Hungría, en la contemplación de las llagas y miserias de la Humanidad, en sus manifestaciones más tristes, porque se ama con un sentimiento relacionado con lo infinito; se ama al Creador de todo, se ama a lo absoluto.

Y las escuelas que comprendo en esta clasificación, y que en los principios del siglo XVIII y durante el XIX atacaron y atacan muchas de ellas rudamente, desde la esfera y campo del espiritualismo, a los conceptos y creencias religiosas cabe, sin embargo, clasificarlas en este mismo sen-

tido, porque sustancialmente tienen los mismos principios; hacen fundamento de la moral, no los hechos de la vida individual, ni las necesidades del hombre ni la aptitud de su alma para satisfacerlas, sino un imperativo categórico de su conciencia que camina también a lo absoluto, que sale del mundo de lo relativo, de la observación y de los hechos, y que es, al fin y al cabo, dentro de *La razón práctica*, de Kant (que completa su obra *Crítica de la razón pura*, y a despecho de muchos que lo contradicen), algo que se destaca con el nombre de imperativo categórico, dando leyes a la conciencia, estableciendo principios y normas de conducta, que vienen de un incognoscible imposible de determinar, que representa para aquel filósofo algo insondable como la contemplación del firmamento estrellado, y que viene a definirse, repito, de una manera sumamente parecida y, en sustancia, análoga a la definición que nos da de Dios el propio catecismo de Ripalda.

Estas escuelas, pues, obedecen a un criterio determinado, que las separa de las anteriores, y que es también distinto del que, a mi entender, constituye la ética de las escuelas modernas, y ha de completarse, en mi sentir, con algo de las escuelas anteriores que responde a esa creciente necesidad del desenvolvimiento "sociológico, nota principal del progreso intelectual de nuestro siglo.

La moral, fundada en la escuela positiva y en los principios evolucionistas, es, como decía antes, una ciencia de naturaleza antropológica, que sin negar lo que puede ser imperativo categórico de la conciencia y reglas reveladas de la Religión, construye y crea y determina fundamentos para la moralidad, dentro de la relatividad de sus observa-

ciones puramente antropológicas; esto es, que funda la legitimidad de cada institución, que determina y falla sobre la moralidad intrínseca de cada ley y de cada organismo, interrogándoles sobre si efectivamente ellos, de una manera positiva y real, contribuyen y realizan en el mundo un aumento de vida y una mejor distribución de riqueza, puesto que tomando como base la vida humana y la vida social, que son dos realidades absolutas innegables, demandan sus títulos a las leyes, a las instituciones, a los organismos, y determinan su moralidad y su vida por la contestación con que satisfagan a esa tremenda y constante pregunta que a todas ellas, por el espíritu general del mundo, sin cesar se les dirige.

Parecerá a algunos que lo expuesto en estos conceptos, que, claro es, han de desarrollarse y concretarse más cuando vengamos a las conclusiones definitivas de cada sistema propio, parecerá a algunos que tal moral, fundada de esta suerte en principios positivos, relacionados de esta manera con las varias ciencias que contribuyen al desenvolvimiento sociológico, teniendo que buscar en cada una de ellas los verdaderos títulos de legitimidad, y desprendiéndose de los que les diera la Religión, la Tradición y la Historia, el mero sentimiento, parecerá a muchos, repito, que esto constituye una teoría demoledora y casi revolucionaria. Error profundo. No; esa teoría, que por sí sola poco significaría, sin la realidad de haber penetrado ese sentimiento en la conciencia de todos, en la conciencia universal, es lo que, a mi entender, ha sido causa; es lo que, a mi entender, dará lugar, cada día con más energía y con más firmeza, a que el período de las revoluciones se haya definitiva-

mente cerrado, y se haya abierto para todas las instituciones, para todos los órdenes, así políticos como sociales y económicos, la era fecunda de las evoluciones pacíficas. Porque cuando la conciencia universal se ha penetrado de que no la ligan dogmatismos de ningún género, verdaderamente irreductibles; cuando se ha penetrado de que las instituciones fundamentales del orden económico, del orden político y del orden social están sujetas a una evolución constante, y han de justificar ante todo los títulos de su legitimidad, fundados en los servicios que prestan, y han de contestar y han de responder de que ellas no consuman mayor cantidad de vida de la que producen, sino que, efectivamente, fundan su legitimidad en producir más vida de la que consumen, se bosqueja la necesidad de una repartición más conveniente, más sólida, más equitativa de los elementos de riqueza de que está saciado el mundo; y desde el momento en que esa convicción ha ido penetrando en todos los espíritus, ya no es posible la guerra, fundada en el sentimiento del odio; ya el combate, la lucha, se ha de fundar en la discusión, en el análisis, en el estudio científico, en la deliberación razonada, en recoger lo que la verdad de todas las ciencias reunidas arroja sobre cada una de las instituciones que se pongan en disputa, y a las que se les demandan esos títulos. (*Aplausos.*)

Por eso muchos de los que creen ver aparecer revoluciones por las meras apariencias de luchas armadas, de luchas en las calles, han de irse convenciendo de que la revolución es cada día más difícil en el mundo, al mismo paso de que la evolución se va abriendo camino en todos los órdenes, de una manera más fundamental, tranquila y sólida.

Os decía en mi primera conferencia, y creo que os lo he repetido en las demás, que mi propósito, mi resolución inquebrantable, era elaborar una ciencia antropológica, o un ensayo de ética verdaderamente antropológica y meramente humana, política y social, con entera separación de todo dogmatismo y de todo principio de imposición teológica y aun metafísica; pero he de reconocer, como sin duda lo habréis reconocido vosotros, hallando cierta contradicción entre mis declaraciones y mis actos, que no puedo andar por el mundo de las ideas morales sin tropezarme a cada instante con la idea de Dios y con una Providencia que rige y que maneja el mundo. Y en esta obra y en este concepto de la revolución y evolución, que yo en una forma tan sintética y tan reducida os he expuesto, y que pudiera ser, naturalmente, materia de elaboración mucho más extensa, si yo desatendiera lo que debe ser la índole de estas conferencias, al tropezarme con esta idea de revolución y evolución no puedo apartar mi espíritu, y con ello tendré que concluir, aunque a mi pesar, de esa aparente contradicción; así concluyo constantemente con este reconocimiento de la intervención divina en el desenvolvimiento de la vida humana, y singularmente de la vida social.

Yo dije una vez algo que fué objeto de muchas críticas y de grandes censuras, acerca de la intervención, que consideraba providencial, de la armonía, que encontraba verdaderamente admirable, entre los progresos materiales de la defensa del Estado y el desenvolvimiento de las ideas sociales, y por entonces se dijo de mí que ponía como único remedio de las revoluciones el Mauser. No, señores; nunca lo he creído así. Pero siempre he admirado de qué suerte

los progresos materiales, que arman al Estado moderno de un modo tan formidable y tan irresistible y que han reducido a la condición de meros objetos de arqueología militar las armas populares y las heroicas barricadas de otros tiempos, yendo a juntarse con las corazas y las lanzas de la Edad Media, que nos sirven de admiración en los museos y en los palacios de los próceres y de los reyes, van al compás de los progresos morales; y por ello, todo eso que sería verdaderamente terrible, lo es menos porque viene acompañado de progresos morales que lo armonizan de un modo admirable.

Los aludidos elementos de represión, por sí solos, constituirían un elemento de tiranía y opresión de los pueblos, verdaderamente irresistible. Pero ved la admirable combinación de la Providencia: fortifica al Estado, le da elementos de resistencia y de solidez, que le permiten luchar contra las minorías impacientes y desatentadas, y al mismo tiempo introduce lentamente en la conciencia, en el alma de las clases gobernantes y directoras, una cantidad de sentimiento de piedad y de justicia hacia el humilde, hacia el pobre y el necesitado, totalmente desconocido en las sociedades anteriores, y favorece, con la evolución de la moral, todo lo que sean concesiones a ese pueblo, que en otros tiempos las reclamaba en las barricadas y con su sangre; y del mismo modo, quitando a la propiedad el carácter dogmático e intangible que en otros tiempos tuviera, y reconociendo, que, como las demás instituciones de la vida social, tiene que amoldarse a las necesidades, acogiéndose a una mejor y más equitativa distribución de sus productos y limitando el principio absoluto, adorado en otros tiempos,

de la libertad individual intangible, que pone frente a frente clases contra clases, pobres contra ricos, propietarios contra desheredados, introduce en el sentimiento universal la idea de que esos principios absolutos deben modificarse y templarse allí donde su lucha y concurrencia despiadada y cruel pueda producir la muerte, la destrucción, la miseria de elementos de vida dignos de ser considerados y respetados por la sociedad, por el Estado y por el hombre.

Armonía admirable del espíritu, que hace que los adelantos de la fuerza sirvan de base incontrastable al desenvolvimiento normal, tranquilo y reposado de los principios morales; sentimiento que se introduce, sin saber cómo ni por dónde, en el alma de los gobernantes, que pudieran apoderarse y abusar de aquellos elementos de fuerza, y que los convierte en millares de elementos de defensa y de resistencia legítima. Y ante esta admirable combinación de la fuerza y de la idea, de la verdad y del sentimiento, del progreso social y del progreso material, del espíritu y de la materia, en una palabra, no puedo menos de concluir recordando la profunda frase de Bossuet: «Después de todo, el hombre se agita, y Dios es el que le conduce y le guía». *(Grandes y prolongados aplausos.)*

QUINTA CONFERENCIA

(2 Marzo 1905)

La actualidad ética. Kant, Hégel, Comte, Littré, Spencer

Señores:

Llegamos con la lección de hoy al término de la exposición preliminar, puramente teórica, que ha de preceder a los estudios más propiamente históricos de este curso, puesto que en la próxima, en que he de resumir la sexta y séptima del programa, trataré de las aspiraciones del porvenir, lo que pudieran llamarse nuevos ideales que se presentan para la base de la ética en lo futuro; será simplemente una mera exposición y crítica de esperanzas y de utopías; no una verdadera exposición de principios.

Concluyo, pues, con la lección del día de hoy esta exposición preliminar, y al llegar a la cúspide, todavía nos encontramos en un terreno más árido del que hemos recorrido hasta ahora. No me va a ser posible hallar en él ninguna pequeña florecilla con que entretener vuestro ánimo fatigado; he de ocuparme de la actualidad ética y de los conceptos que hoy la determinan, de la exposición de los sistemas principales que en ella influyen, y yo no hallo manera de quitar a esta exposición concreta y sucinta todo lo

que necesariamente tienen de áridos los estudios de mera exposición de sistemas, y lo que haré será reducirla en su extensión.

Se forma el sentido ético de la actualidad —lo que constituye la base de nuestro concepto en estas materias, indispensable para contrastar con él los resultados de los estudios históricos— como primer antecedente, con restos considerables no arrancados del alma de nuestro pueblo, de la gran mayoría de las clases directoras, y singularmente de la mujer, de todo lo que constituye el ideal cristiano.

En lo que tiene de fundamental para la base de la ética sociológica, no ha sido éste esencialmente contradicho por las ideas kantianas, puesto que Kant, en lo fundamental no se apartaba de la noción cristiana en cuanto consideraba la ciencia no como un elemento exclusivo de la ética sociológica, ni de la Sociología en general, sino como una función del espíritu, que no es la sola, ni siquiera la más importante; como un elemento que integraba a los demás, y así en la *Crítica de la razón pura*, como en la *Crítica de la razón práctica* hubo de reconocer y afirmar constantemente un incognoscible dogmático, en el que nuestras investigaciones deben inspirarse en actos de fe; esto es, la existencia de algo, a lo que no llegaban, ni habrán de llegar nunca, las explicaciones de la ciencia, que constituía un absoluto, que si para él no estaba poblado de las figuras personales de los dioses, contenía, sin embargo, categorías que determinaban el sentir de la conciencia humana, efluvios poderosos que animaban el espíritu y que sostenían en su vigor el alma humana, y que él viene a traducir en aquella tan conocida y profunda frase de que «después de todos sus estudios y

reflexiones, nada había llenado de tanta admiración su alma, como la ley moral escrita, en el fondo de la conciencia, y la contemplación del Universo, en el cielo de una noche serena de verano».

Pero sobre estas dos bases esencialmente espiritualistas, la base religiosa y la base kantiana, viene a representar un papel preponderante en el desenvolvimiento sociológico del siglo el sistema hegeliano, completado en los desenvolvimientos sociológicos por la filosofía positivista; y de esos dos elementos es de los que principalmente me he de ocupar en la conferencia de esta tarde.

Hégel, recogiendo las enseñanzas y los principios y bases científicos del sistema de Fichte, vino a condensar su sistema filosófico en la conocida fórmula de «que lo racional es real, y lo real es racional», y desarrollando este principio no sólo en la Filosofía, sino en la Sociología y en la política, vino a inspirar en un principio panteísta todas sus soluciones, subordinando el individuo al Estado, concibiendo al Estado como una gran entidad, que en la Historia representaba el espíritu universal, desarrollándose en el tiempo; y en la política representaba los elementos de fuerza, que influyendo sobre el individuo habían de desnaturalizarle, privándole de lo que en él hay de absoluto y reduciéndolo a una mera relatividad respecto del Estado mismo; de suerte que, en este gran todo, se confundieran no sólo sus intereses, sino hasta el sentimiento individual, y esta concepción, verdaderamente panteísta, de Hégel, es la que dió aliento y base principal al desenvolvimiento filosófico del socialismo en Alemania, y ella es la que inspiró los desenvolvimientos del internacionalismo de Carlos

Marx y las propagandas socialistas de Fernando Lasalle.

No se puede decir que recogieran cada uno de estos diferentes jefes del socialismo alemán, que tanta influencia han alcanzado sobre el socialismo de los demás pueblos, de una manera igual todos ellos, las enseñanzas de su gran maestro; porque siendo estas enseñanzas todas profundas, no pocas veces oscuras y complejas, bien sabéis de qué suerte han dado lugar a la formación en la filosofía hegeliana de lo que no ha sido frecuente en ninguna otra filosofía ni escuela, de lo que ha sido general patrimonio de los partidos políticos, y es que la división y diferencia entre la derecha, el centro, la izquierda y la extrema izquierda hegeliana, constituyen escuelas que han tenido amplitud y desenvolvimiento tan diversos, como los que median entre el panteísmo de la extrema izquierda y hasta el hegelianismo católico de algunos discípulos de la extrema derecha, de las cuales eminentes escritores hemos conocido entre nosotros. Pero la idea esencialmente panteísta de la filosofía de Hegel, influyó principalmente en la escuela internacionalista, más que socialista, que ha reconocido como principal jefe y pontífice a Carlos Marx, y fundieron ellas, a su vez, todos los intereses, todas las ideas políticas y sociales en el fenómeno económico; y siguiendo, si no la doctrina enteramente, el método del maestro, subordinaron al gran centro del fenómeno económico todos y cada uno de los demás fenómenos sociales, a los cuales calificaron de epifenómenos; esto es, fenómenos secundarios, lo cual vino a representar la reducción entera del hombre al problema económico de la naturaleza humana, según decía uno de sus contradictores, y toda ella al interés del estómago, lo cual no es pura-

mente sistema socialista, sino que es, bajo el nombre de socialismo, un individualismo grosero y materialista, que no tiene más objeto, más fin, ni más ideal que el goce personal; esto es, una determinación del progreso social por los instintos más bajos, menos humanos, más cercanos a la animalidad del género humano, completamente contraria al ideal que habían representado todos los filósofos espiritualistas, y llegando en su exageración a contradicciones de los principios propios y de su maestro, que, al fin y al cabo, establecía como ley de progreso el predominio de la idea sobre la realidad, considerando sólo como irracional todo lo que no representa adelantos del concepto subjetivo sobre el concepto objetivo de la Naturaleza.

Pero la filosofía hegeliana, inspirando de esta suerte el desenvolvimiento social en Alemania, hubo de preparar, hubo, por lo menos, de ayudar con sus mismas manifestaciones al desenvolvimiento y a la aceptación, por el espíritu general de la Humanidad, de las escuelas positivistas que han tenido diferentes manifestaciones, y cuya influencia en el estado actual de la idea ética ha sido la más considerable de todas. Puede decirse que su representación debe sintetizarse en tres nombres: Augusto Comte, que fundó y organizó la Sociología; Littré, que corrompió, en mi sentir, muchas de las enseñanzas del maestro, pero que con su espíritu literario y con la facilidad de propaganda que el espíritu literario lleva siempre consigo, contribuyó grandemente a su popularidad y a su expansión entre las gentes, y Spencer, que haciendo aplicación de principios análogos, más singularmente a las doctrinas políticas, ha venido a ser el inspirador de la mayor parte de nuestros elementos directo-

res en la generación presente, unos con completa conciencia del estudio de sus obras, de sus principios y enseñanzas; otros por respirarle en la atmósfera de la cual difícilmente nadie se libra, y que para muchos constituye casi la única enseñanza y doctrina para su espíritu.

Comte ha sido generalmente juzgado por la obra de su discípulo y propagador Littré y ha sufrido mucho, a mi entender, su fama y verdadero mérito por este juicio indirecto. Él tendrá siempre la gloria, que no se le podrá disputar jamás, de haber sido el verdadero organizador de la Sociología, el que le dió su nombre; nombre ciertamente muy discutido e impugnado por los literatos, a causa del origen híbrido que en su etimología encuentra; pero que, al fin y al cabo, responde al sentido de la ciencia que la organizó y la extendió. La Sociología, hasta Comte, había estado esencialmente confundida, singularmente en su método, con la Biología. Pascal, el canciller Bacon, los que principalmente habían sido precursores de la ciencia sociológica, habían examinado a la sociedad comparándola con el individuo, estudiando en ella, como en el individuo se estudian, los períodos de su infancia, de su juventud, de su madurez y de su decrepitud, y Comte fué el primero que halló en el organismo de los hechos sociales una virtualidad propia, independiente del valor individual y que de esta suerte permitía el establecimiento y desenvolvimiento vigoroso de la ética sociológica; y lo hizo uniendo, por afortunada manera, la noción puramente estática de la organización política, tal como la había definido y establecido Aristóteles y los que habían seguido sus huellas, principalmente desenvuelta y popularizada por el siglo xviii.

No hay, en efecto, en los filósofos antiguos una noción clara y determinada del progreso. No entra esta noción, en lo que pudiéramos llamar vida militante, hasta el siglo XVIII; y entra por un espíritu exageradamente individualista, por una oposición decidida, resuelta y ciega a todo lo que fueran instituciones del pasado; esto es, desconociendo en su dinámica las bases indispensables de la estática, que es lo necesario para que la dinámica sea fecunda, puesto que la estática en la vida y organización de los pueblos es el organismo, es la constitución, y la dinámica es la vida, es el progreso, es el movimiento.

La unión de estos elementos la realizó felicísimamente Comte, estableciendo muchas doctrinas que ahora son ya enteramente vulgares y muy generalmente admitidas, pero que dieron a la Sociología y a la ética sociológica un fundamento sólido que, a mi entender, no será quebrantado ni combatido de una manera esencial en lo porvenir. Comte reconoció que cada estado social es efecto de un estado social anterior, y no puede ni debe prescindir de sus orígenes naturales e históricos, y cada generación es causa del progreso de las generaciones venideras. Reconoció la existencia de un movimiento constante de progreso, apoyado en la base estática de las organizaciones anteriores, y así examinando la Historia y juzgando del principio generador que en ella encuentra para la constitución del poder en los pueblos, es el primero en advertir que esta soberanía popular no puede ser inmanente ni realizada en cada momento histórico por la sola acción de los que entonces ejercen voluntades vivas, sino que ha menester, para ser fecunda y para ser justa y para responder a las leyes de la naturaleza hu-

mana, de contar con la conciencia, con la voluntad de los que ya dejaron de ser, más numerosos y más fuertes que los mismos que viven. Noción profunda, que limita las exageraciones que sobre este principio había establecido el siglo XVIII, y había desenvuelto violentamente la Revolución francesa, y que es la base de todo progreso positivo y práctico, así en las instituciones políticas como en las instituciones sociales. Él rechaza todo lo que pueda combatir la herencia, reconociendo que ésta es la que impide que se interrumpa la continuidad de la Historia. Él, en una palabra, sienta las bases de la Sociología sobre principios sólidos, que evitan así los daños de la revolución como los daños y los males del estancamiento y de las perezas o abandono de los pueblos.

Se ha querido hacer de Comte un propagador del socialismo, porque en sus afinidades políticas, más que científicas, hubo de prestar apoyo a estas ideas; pero no se encontrará examinando sus obras nada que autorice semejante afirmación. Hay, por el contrario, que hallar y que reconocer en él el fundamento, en mi sentir perfecto, de lo que ha de ser el desenvolvimiento sociológico en el porvenir, tan contrario a las violencias del socialismo como a las exageraciones del individualismo, contra el que el mundo reaccionó, después de llevarlo a sus extremos en el siglo XVIII.

Él examina cada institución desde el punto de vista de lo que puede integrar y completar la naturaleza humana, y juzga la propiedad en sus dos aspectos, el individual y el social, no negando ninguno de ellos, sino afirmando los dos, como complemento que son de la acción eficaz de esa institución del orden, progreso y vida, y viene a determi-

nar las bases de la ética sociológica en lo que, desde un principio (cuando yo traté en estas conferencias del criterio que había de presidir para todas ellas) señalaba yo, a mi juicio, como criterio definitivo sobre el particular, demandando a cada institución sus títulos, para preguntarle si contribuía de un modo eficaz al aumento de la vida individual o colectiva, y hallando la moralidad sociológica de cada institución en la respuesta afirmativa y convincente que pueda dar a esa pregunta, la cual, contestada negativamente por cualquiera de las instituciones a que se dirija, lleva consigo su inevitable condenación y su irremediable muerte.

Litré desarrolla alguna de las ideas y principios de Comte, a mi entender, desnaturalizándolos. Era literato más que filósofo, y redujo las proporciones de los principios sociológicos y filosóficos de Comte a términos que contradecían en su esencia los de su maestro; que reducía su círculo, que estrechaba su acción y que desnaturalizaba, por consiguiente, sus mismos principios. Él materializó, con el propósito de completarlo, el sistema de Comte; se apartó de todo lo que en él había de esencialmente espiritualista, y buscó los fundamentos de todo el desenvolvimiento humano en los dos sentimientos, egoísta y altruísta, que considera producidos por la trama de la sustancia de la vida, buscando la base, la explicación del egoísmo en el instinto de la conservación, y del altruísmo en el instinto sexual, del cual hace depender todas las acciones altruístas de la Humanidad, que considera más o menos disfrazadas, pero impulsadas todas, absolutamente, por ese mismo instinto, manchando de esta suerte los sentimientos más puros

del alma y del espíritu, y llegando a conclusiones ante las que él mismo retrocede, teniendo, para algún sentimiento que ya no puede hallar explicación en la relación sexual, que inventar una especie de sentido suplementario, que es el que llama sentido indiferente o desinteresado, al cual relaciona el sentimiento de la belleza y de la justicia. No hay en su sistema político y social nada que altere lo que Comte había establecido sobre ese punto; pero reduce su fin, disminuye su eficacia espiritualista, y a mi entender quebranta los principios, que son, necesariamente, el origen y el fundamento del ideal moral que había establecido su maestro.

Spencer extiende todos los principios del positivismo a la idea política y a la idea social; reconoce, como punto de partida, la existencia de lo incognoscible y absoluto, y rinde con esto tributo al mismo principio a que habían rendido tributo también Kant y Augusto Comte. Para él, el desenvolvimiento humano es forma de la evolución y la evolución lleva por término el dominio del altruismo sobre el egoísmo, y el último y final reinado de la naturaleza integral, en el que el altruismo ha completamente sustituido al egoísmo y la Naturaleza se halla establecida en una completa compensación con el individuo; compensación en la cual encuentra que ha sonado la hora de la desaparición del Estado. Los que, desde Spencer acá, estudiamos y examinamos el desenvolvimiento histórico de las ideas contemporáneas, tanto sobre Sociología como sobre la Etica, no encontramos, ciertamente, confirmada esta observación de Spencer. No se simplifican las funciones sociales, sino que, por el contrario, se complican, y por medio de la in-

tervención del Estado en el ejercicio de esas funciones mismas y de los principios de la escuela positivista, se desprende que no cabe tener como ideal, ni como finalidad del desenvolvimiento social y político, esa simplificación del Estado; como no cabe tener ningún principio absoluto en ese terreno, esperando y debiendo esperar la Sociología el concurso y apoyo de las demás ciencias para la resolución de todos los problemas parciales que va planteando; solución que en unos casos debería ir acompañada de mayores intervenciones del Estado, y en otros de menores intervenciones del mismo, pero que no tendrá como fundamento de sus soluciones otro principio que el examen y el estudio positivo y práctico, por cada una de las ciencias auxiliares, de aquello que contribuya al mayor engrandecimiento de la vida de los individuos y del Estado mismo.

Esta exposición que, por lo árida, he querido reducir a sus términos más breves, temo yo que os parezca, a pesar de esta brevedad mía, demasiado teórica y filosófica para las exigencias de un estudio histórico. Yo lo siento así, yo lo comprendo, yo lo percibo; quizás cuando tenga vagar suficiente para traducir en un libro estas conferencias, tengan estos desenvolvimientos filosóficos mayor extensión de la que en una lección hablada puede y debe darse.

Pero como base, como prólogo, como preliminar de un estudio histórico, pareceme a mí que en el ánimo de todos vosotros está que son demasiado abstrusas y demasiado extensas. Yo os debo una explicación de esto, y aun en esta explicación quisiera yo que fuera envuelto algo semejante a excitación de todos vuestros espíritus, a súplica, si pudiera valer esta palabra, a todos vuestros corazones, para

que siguierais el impulso, el propósito, realizándolo harto mejor de lo que yo he podido hacerlo y que me ha animado a dar esta forma y este sentido a estas conferencias.

Yo encuentro en la situación de España un verdadero estado de insurrección, por decirlo así, de la ciencia contra el corazón, de la intelectualidad contra la patria, y esto me alarma para el porvenir de mi país. Nace de ahí, en mi sentir, una situación de verdadera anarquía moral, de decaimiento, que sólo se puede remediar, en mi sentir, por la excitación a todo lo que sea espiritual, porque esta excitación es lo único que puede conducir a la creación de ideales para nosotros y los ideales son los que determinan que se haga algo útil y fecundo en la vida, y los que no están dirigidos por un ideal, viven poco menos que con una vida puramente material y mecánica. Cuando han faltado o han quebrantado los sentimientos religiosos, que bastan por sí solos para constituir ideales y para surtir todos los efectos y realizar los oficios y menesteres de la Filosofía, quedan como esperanza la existencia de esos ideales que pueden fundarse en principios, en convicciones filosóficas doctrinales, y eso (no sé si aquella triste inclinación que ya señalaba Horacio: *Laudator temporis acti*, pesa demasiado sobre mí) paréceme que puede ser un daño para la generación presente, y a ello debéis acudir todos con vuestros espíritus y fuerzas para remediarlo.

El arte se hace cada vez más realista; la política abandona cada vez más el campo de las ideas por el de los asuntos, por el de los meros hechos, y si se debilita en los espíritus el que suple a todas las filosofías cuando es sincero y profundo, y no ayudamos a sostener un ideal con las

enseñanzas espirituales y las doctrinas filosóficas, nuestro destino paréceme que ha de ser muy triste. Yo quisiera que todos contribuyerais a levantarlo, tomando afición a estos conocimientos de la Filosofía, que tienen tan gran belleza, por lo mismo que hay siempre en ellos cierta oscuridad; porque, sin duda, observaréis, que las ciencias concretas y positivas, cuando aclaran completamente sus problemas, hacen algo del efecto de la luz del día, que, siendo espléndida, siendo magnífica en sus colores, limita, sin embargo, el horizonte de nuestras observaciones, reduce a la mera contemplación de lo terreno todo lo que observa nuestra vista, en tanto que la oscuridad de la noche abre para nosotros una comunicación grande con el Universo, nos pone en contacto con los mundos poblados de esas estrellas, que vienen a ser como las ideas de donde han de nacer los desenvolvimientos de mundos futuros, y, en una palabra, nos hace concebir la idea del infinito y el sentimiento de la inmortalidad. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

SEXTA CONFERENCIA

(20 Marzo 1905)

Nietzsche, como última manifestación del evolucionismo ético. Síntesis del momento actual

Señores:

No sin cierta satisfacción interior, y aun exterior, puedo deciros hoy que esta lección ha de ser la última del prólogo filosófico que he creído necesario poner a los estudios propiamente históricos sobre la Etica de España; estudios que, por esta su condición histórica, fácil y aun necesariamente enlazada con su condición literaria, logre quizás en ellos alguna menor esterilidad de satisfacciones imaginativas de las que puedo colocar en estas exposiciones meramente filosóficas.

Hoy me he de ocupar de las últimas manifestaciones del evolucionismo ético, principalmente condensadas en las conocidas y populares obras de Nietzsche sobre el inmoralismo, que son como la última palabra de la evolución ética contemporánea. En sus libros sobre el *Más allá del bien y del mal*; en su admirable concepción literaria de *Zaratustra*; en el *Crepúsculo de los Dioses*, y otros varios estudios y folletos que han popularizado sus doctrinas, principalmente

en Alemania, llega este moderno sociólogo y filósofo a conclusiones verdaderamente extraordinarias, que despiertan en el ánimo, cuando se recorren sus aforismos y se siguen con interés las declaraciones y programas de sus personajes literarios, y las afirmaciones duras y escuetas de todas sus conclusiones, libros y folletos, algo así como la impresión que pudiera producirnos la orgía de las ideas, los conceptos, las conclusiones, los silogismos, convertidos en especie de furiosas bacantes que, coronadas de pámpanos y moviéndose en descompuestas contorsiones, nos presentaran la imagen viva de una bacanal del pensamiento.

Ha logrado, esto no obstante, Nietzsche gran popularidad en Alemania, merced a la forma maravillosamente poética de sus conclusiones y de sus demostraciones todas, ayudadas por la inclinación de aquel pueblo a dar a todos sus grandes hombres el prestigio de la gloria y rodearlos de los elementos que puedan ensalzar su fama; se ha constituido acerca de su memoria unos archivos como los que existen para Kant, un museo semejante al constituido para Goethe, y una literatura entera se ha desenvuelto sobre los modelos de sus leyendas y de los que pudiéramos llamar poemas éticos filosóficos.

Analizaremos, en breves términos, los principales conceptos de esta singularísima filosofía y extraordinaria ética. Es toda ella un canto y una exaltación de la voluntad, y parte de su popularidad, sin duda, es debida a este objetivo suyo, que viene a contrastar con las debilidades espiritua- listas y aun literarias producidas por la literatura llamada decadente. Y en esta exaltación de la voluntad, en esta superioridad que constantemente establece del querer sobre

el pensar y sobre el sentir, llega a los extremos y a las exageraciones más extraordinarias, y a menudo nos obliga a recordar que este eminente literato, más que filósofo, concluyó, desgraciadamente, loco.

Es la exaltación de la voluntad en él, hasta tal punto dominadora de todos los demás sentimientos, que para elevarla se consagra a la exaltación de todas las pasiones, y presenta como virtudes cardinales para la Humanidad la voluptuosidad, el egoísmo y el orgullo por ser elementos, estos tres, productores de vida y creadores y vigorizadores de la voluntad y de la energía. El mal no es para él lo que es para todos los filósofos: algo que a veces es engendrador y productor del bien; porque el hombre, en la mayor parte de las ocasiones de su vida, no acierta a descubrir ni tener una idea completa de la finalidad y de los resultados de sus actos, y, por lo que se llama unas veces ironía de la suerte, otras leyes y destinos providenciales, es lo cierto, y es observación bien vulgar y repetida por todos cuantos se han ocupado de la filosofía de la Historia y aun de la moral particular, que el mal engendra muchas veces el bien, y produce, contra la intención misma de los que lo crean, beneficios considerables, a veces más considerables que los del bien mismo.

Pero para Nietzsche no es esto el mal. El mal tiene un valor propio y relativo, y se pregunta cuál sería el destino de la Humanidad, si, librándose de la presión que sobre ella ejercen el largo transcurso de errores continuados (la influencia, funesta para él, de la convicción religiosa), fuera el hombre malo el tipo que debieran favorecer las literaturas en su exaltación poética, las leyes en sus preceptos y la

opinión general del mundo en la esperanza del bien que de los males debe esperarse.

Presenta de esta suerte todas las pasiones humanas como vigorizadoras de la voluntad, que es la que él sobrepone a todo, y dice que la dureza y la crueldad, y la tiranía, son los elementos en los que se temple el carácter y se producen los grandes hombres bienhechores de la Humanidad; de la propia suerte que el diamante, piedra preciosa y utilísima, no es sino el mismo endeble pedazo de carbón que, merced a una energía eléctrica, cuyos elementos hoy no conocemos de un modo completo, ha adquirido aquella dureza, y con ella aquel inmenso valor; y que esto mismo debe hacer el fuego de las pasiones con los caracteres humanos, presentando como tipos verdaderamente ideales, que han sabido sobreponerse a la preocupación mezquina de la moral antigua y de la moral cristiana, a Borgia y a Napoleón, y exaltando la vida de las Repúblicas italianas del Renacimiento, donde él sólo descubre violencias, atropellos, pasiones extraordinarias, como un ideal muy superior a todos los que nos ofrece la Edad Moderna; y de esta suerte, librándose el hombre de eso que él llama *alcaloide* destructor de los glóbulos rojos de su sangre, que es el nombre que da a la moral (calificándolo despreciativamente con el nombre usado para los alcaloides, de *moralina*), liberado el hombre de ese alcaloide, abandonadas las ideas de caridad y de piedad, que sólo sirven para mantener seres inútiles, en vez de facilitar su eliminación con beneficio de la sociedad entera; de esa suerte, librándose sobre todo del yugo que para él representa la tradición cristiana (que ha sabido recoger todos los resultados de la moral antigua para infil-

trarlos en la masa general, no ya de la inteligencia, no sólo del sentimiento, sino del amor de la vida humana), cree él que vendrán a suceder a los hombres actuales hombres superiores, de la misma suerte que los hombres actuales han sucedido a seres inferiores de la escala zoológica, ofreciendo en ese horizonte el advenimiento del *superhombre*.

Ideas todas ellas que, examinadas en este análisis, parecen verdaderas locuras, anticipación de la triste suerte que le cupo a este filósofo en los últimos días de su existencia, pero que ejercieron, y aún ejercen, influencia considerable en Alemania, dando principios de Filosofía a los que se han considerado como doctores y propagadores más eminentes del anarquismo, inspirando la mayor parte de las obras de Reclus y Kropotkine, y ofreciendo a la literatura y a la juventud alemana horizontes donde extraviarse y singularizarse.

Explicación tiene esto, bastante cumplida, en la naturaleza literaria de esta obra de Nietzsche, de que antes os he hablado.

Es, efectivamente, vigoroso y bello su estilo, y comparables sus aforismos y sus producciones, en lo que tienen de sublimes y de verdaderamente literarias, a las producidas por los más extraordinarios y poéticos libros, que aparecen como origen de casi todas las religiones. Hay en su lenguaje un vigor y una fuerza que contrasta con las debilidades y flojedad de la literatura decadente, en medio de la cual apareció Nietzsche. Hay, además, en lo sibilítico de sus afirmaciones, en la misma irracionalidad de sus conceptos, algo que hiere a la imaginación, ofreciendo esa tentación a la que tantos espíritus son fácilmente inclinados y fácilmente

e seducidos también, confundiendo la originalidad con la paradoja; aparte de lo que tiene de simpático, especialmente en los tiempos modernos y en las edades que hemos alcanzado, el atacar a todo lo que sea grande, extraordinario y hasta aquéllos momentos indiscutible.

No todos pueden ser grandes ni en su estilo, ni en su crítica, ni en sus nuevas concepciones; pero siempre hay algo de grande en atacar, por pequeña que sea una persona, a cosas grandes; siempre la temeridad que existe en batallar contra lo que ha pasado hasta aquel día como inviolable y soberano, lleva consigo algún movimiento, por lo menos, de admiración y de simpatía; y como esta temeridad de la crítica a las cosas grandes, a las reputaciones indiscutidas y a los dogmas permanentes de la Humanidad, son principalmente en estos tiempos absolutamente incruentas y no proporcionan riesgo ni peligro alguno a los que los acometen, de ahí que se generalice y se extienda bastante, y entre nosotros no faltan ejemplos recientes de semejante enfermedad. (*¡Muy bien!*)

Es Nietzsche (continuando y desenvolviendo de una manera más literaria, y que él ha hecho más popular, las doctrinas de Stirner y el individualismo *a outrance* de este filósofo) la última evolución de la Ética en los momentos presentes, y con ello termino la exposición de estos antecedentes filosóficos, deduciendo ahora de todos ellos algunas conclusiones que servirán de epílogo a estas lecciones.

Hemos recorrido, siquiera muy ligeramente, todos los diferentes conceptos de la Ética y las principales escuelas que pueden tener influencia y relación con los problemas del presente, y al abordar la segunda parte de mis confe-

rencias importa hacer como una especie de liquidación o balance de las resultantes de estas fuerzas morales, que nos han de servir de comparación de criterio y de referencia en los estudios históricos posteriores; y en este balance, imparcialmente realizado en el momento actual, del estado de la Ética, reduciendo la cuestión, o las cuestiones, a lo que los matemáticos llaman sus ejes, yo encuentro dos deducciones, verdaderamente fundamentales y útiles, o convenientes para mi propósito, y estas son, a mi juicio, la definitiva derrota, la muerte positiva, en el terreno de la ciencia, del materialismo, y la muerte también, en el terreno de la Sociología y de la ética sociológica, del individualismo, apareciendo como esperanza y resultado de esas anteriores conclusiones, en lo que se refiere a la moral y a la Ética, un renacimiento idealista, cuya aurora me parece que presentamos en estos momentos.

La explicación mecánica del mundo, que ha sido el problema capital del materialismo, y singularmente del materialismo del siglo XVIII, está definitivamente vencida y derrotada no ya por las escuelas espiritualistas, sino más principalmente por los progresos considerables y evidentes de las ciencias positivas, y singularmente de las ciencias biológicas.

El materialismo y la explicación mecánica del mundo, desde las escuelas griegas hasta Stirner, último de los que han sostenido esta tesis de una manera absoluta y completa, viene a reducirse a la concentración de todas las ciencias en la mecánica y a la explicación de todos los fenómenos del mundo por el movimiento; reduciendo los movimientos más complejos a los más sencillos, la luz a la vi-

bración, la vibración a la gravedad, y viniendo a concluir en esta última, dejando, por tanto, sin explicación la persistencia de esas leyes (puesto que ni aun la misma ley de la gravedad, en el terreno filosófico, podemos admitir que sea una ley absolutamente incontrastable y eterna) (*) no cabe negar la hipótesis de su posible variación; y tanto los estudios positivos de las ciencias, que realmente llevan y que merecen este nombre, como singularmente los desenvolvimientos biológicos, han reducido la hipótesis materialista a la nada, demostrando su absurdo y evidenciando que los fenómenos psíquicos no pueden ser examinados ni explicados meramente por los movimientos de la materia, y que la relación de las inteligencias, la relación de las conciencias, unas sobre otras, escapa de tal manera a todas las evoluciones de los fenómenos biológicos, que la perfección de estas ciencias positivas pone de relieve y de manifiesto el error de la explicación y la insuficiencia de las demostraciones con que hasta entonces se habían contentado los materialistas.

Ha sido, pues, del lado de las ciencias positivas y biológicas de donde ha nacido la derrota, el vencimiento y muerte del materialismo. De la misma suerte que cuando los físicos no se contentaron con la antigua explicación del horror de la Naturaleza al vacío para explicar los efectos de la rarefacción del aire, se dedicaron a investigar y hallaron la verdadera causa de los mismos, del propio modo cuando

(*) Las teorías de Einstein sobre la gravitación universal han venido, posteriormente, a confirmar, en cierto modo, este aserto del conferenciante.

los fenómenos nerviosos y biológicos se han examinado debidamente y se han estudiado de una manera científica y positiva, se ha llegado a la demostración de que la conciencia y la inteligencia no pueden explicarse por fenómenos exteriores a la conciencia misma; que no cabía la explicación de inteligencia y materia, dejando la inteligencia misma de un lado, y que no había motivo ni razón para que considerásemos que formaban parte de las ciencias positivas los experimentos y estudios sobre ese extremo, y que negáramos la propia realidad a los fenómenos y manifestaciones del espíritu, viniendo a concluir en que existía una *fuerza incondicionada, que es el principio y fin de todas las cosas*.

«Fuerza incondicionada, que es el principio y fin de todas las cosas». Estas palabras no son mías; son la traducción literal, si la memoria no me es infiel, y no suele sermelo, de las palabras de Fouillée, que en su conocido libro sobre Nietzsche, examina este mismo problema y escribe de esta misma suerte: «Fuerza incondicionada, principio y fin de todas las cosas». Y permitidme que, volviendo a un tema que ya muchas veces he tratado aquí, señale de qué modo esta definición de Fouillée, filósofo que, como todos sabéis, ha popularizado todas las escuelas alemanas y francesas con un criterio contrario a toda religión positiva, venga a parar, tomando el punto de partida no menos que de Heráclito, y pasando por Ward, Spencer y Schopenhauer, y aun por el mismo Nietzsche, venga a dar una explicación, que tanto se parece a la definición, que todos escuchamos y aprendimos en las escuelas, de aquel Ser infinito, principio y fin de todas las cosas, que era la que el padre Ripalda

nos daba de la Divinidad. Coincidencia a que se llega cuando se busca desapasionadamente la verdad, al menos en el eje fundamental de las cuestiones, y este eje fundamental, de que en estos momentos me estoy ocupando, es la existencia de lo absoluto y de lo incognoscible, y la existencia del espíritu al lado de la materia, como fuerza y realidad absolutamente independiente.

Y cuando el espíritu y la materia, reconocidos como independientes y como igualmente reales, se abisman con el consentimiento y el reconocimiento de toda la filosofía contemporánea en lo absoluto e incognoscible, volvemos a la situación que ha de dar, a mi juicio, sólidas bases a la moral. Porque introducido el espiritualismo en la ciudadela misma de la ciencia positiva y en el corazón de la filosofía contemporánea, en términos y condiciones que no ha de ser de ella arrojado ya jamás, renace, a mi entender, la esperanza de ese resurgimiento del idealismo, que ha de ser nuevo elemento de vida para las artes, para las ciencias, para la vida social, para todo lo que constituye el bien y la bondad en el hombre y en la sociedad misma.

La conciencia es como el corazón: tiene siempre una aspiración al más allá, y la región natural del alma es lo sobrenatural; y desde el momento que se rompen las ligaduras que, durante todo el siglo XVIII y gran parte del siglo XIX, han tenido retenidas a muchas inteligencias, resistiéndose a reconocer la existencia, para la conciencia, de ese más allá, la existencia del espíritu como fuerza absolutamente independiente de la materia, y la realidad de lo incognoscible, aunque no se determinen filosóficamente sus condiciones, eso es como abrir las ventanas para que el alma y el cora-

zón y el espíritu se dilatan por regiones que antes estimaban inapreciables; esto es, al fin y al cabo; y aunque las consecuencias de esta evolución filosófica sean sumamente lentas, ellas conducen al triunfo del espiritualismo, a una resurrección de la fe.

Pero esta afirmación del espiritualismo de la conciencia lleva consigo la explicación de otros fenómenos y otras consecuencias que se divisan ya en los horizontes perceptibles de una aurora bien clara. La conciencia no tiene una posesión de sí misma sino cuando posee a las conciencias de los demás. La conciencia del hombre aislado, aun cuando en abstracto pueda concebirse como existente, sería siempre una conciencia imperfecta. Con razón decía Aristóteles que la absoluta soledad, el aislamiento completo no son posibles más que para los brutos y para Dios. El hombre ha menester, para reflejar su propia conciencia, de la conciencia ajena, y este carácter eminentemente social de la conciencia humana, llevado a las soluciones sociológicas a que las ciencias positivas han llevado a la Ética, ha producido, y producirá en el porvenir, consecuencias fecundísimas, dando una sólida base, un inquebrantable fundamento a la evolución de la Sociología y de la política en el sentido social y del apartamiento del sentido individual que le dominó durante todo el siglo XVIII, durante el cual el aspecto social del hombre y de las instituciones humanas fué completamente arrinconado, preponderando de una manera casi exclusiva el sentido individual en uno y en otras.

La noción del derecho, de Kant, se desentiende totalmente de este carácter social y de esta sociabilidad de la conciencia humana, y reduciendo sus fórmulas pura y sim-

plemente a la intervención o invasión de la libertad de uno sobre la libertad de los demás, da a todas las instituciones jurídicas un carácter eminentemente individual, y además reduce la esfera misma del Estado a la realización del derecho, siendo el derecho no más que una parte de las que lo constituyen y lo completan.

El carácter social de la conciencia humana, reconocido hoy por la Filosofía y la Sociología positivas, cambia por completo la manera de ser del derecho, y, por tanto, de la vida del Estado, reconociendo en todo acto humano estos tres inseparables y fundamentales caracteres: el carácter mecánico, el carácter intelectual y el carácter social. Todo acto, toda institución, tiene, efectivamente, esas tres condiciones: carácter mecánico, en cuanto hecho; carácter intelectual, en cuanto concepción, y carácter social, en cuanto a la relación que crea con los demás individuos y con las demás entidades, en las cuales ese hecho o esa institución se realiza. Y esos tres caracteres que integran los actos o instituciones humanas, exigen como desenvolvimiento indispensable la consideración del individuo, en cuanto son actos mecánicos y actos intelectuales elaborados por el individuo mismo, y la consideración social, en cuanto son actos sociales que influyen sobre los demás individuos y sobre la sociedad entera.

Viene de esta misma suerte y dentro de este mismo concepto, a ser el derecho una parte del problema social, pero no más que una parte. Viene a ser necesario examinar en cada institución, en cada acto, en cada ley, el elemento social al lado de los otros dos, sin que pueda haber ninguno, absolutamente ninguno, que se separe de esa tri-

nidad; y las consecuencias de esos tres caracteres se traducen naturalmente en una serie de orientaciones para la legislación, enteramente distintas de las que inspiraban a los legisladores del siglo XVIII, y aun de la primera mitad del siglo XIX. Será gloria, la mayor quizá de este último siglo, la de haber renovado ese aspecto social de todas las instituciones y actos humanos.

Con arreglo a ello, su desenvolvimiento, lo que yo entiendo que se puede llamar ética sociológica, y que resumiré en breves palabras, aparte de toda concepción ontológica y de todas las reglas religiosas para la vida, que son, siempre lo he dicho y no me cansaré de repetirlo, los primeros y los más deseables de todos los fundamentos de la vida social, pero no siempre los más positivos y los más reales; aparte de esas concepciones, de las que yo no me ocupo, la concepción fundamental de la ética sociológica, la que ha de servir de base sólida contra la que se han de estrellar todas las críticas de escuelas y revoluciones, es el progreso y el acrecentamiento de la vida; progreso y acrecentamiento de la vida determinado en cada problema particular por lo que las ciencias positivas, con él relacionado, demuestren y afirmen como resultado de sus observaciones. La Higiene, la Biología, la Política, la Economía; en una palabra, todas las ciencias que se refieren a cada uno de los problemas legislativos o de costumbres que se planteen como necesarios para la conservación e integración de la sociedad y para el acrecentamiento de su vida. Y aquello que esas ciencias auxiliares determinen y declaren como más propio al acrecentamiento de la vida social, cuando haya penetrado en la conciencia y haya formado la convic-

ción íntima de todos los corazones e inteligencias, aquello es lo que constituirá la moral social, práctica y positiva. Y aquellos problemas resueltos de esta manera (que por medio de la ley y del Estado pueden llevarse a la legislación y ser acompañados de sanción activa) y son los que constituirá el derecho, son lo que constituirá la verdad legal.

Y esas mismas ciencias positivas, y esa misma Sociología inspirada en ellas, a diario nos aconsejarán que desconfiemos de las conclusiones y afirmaciones de esas mismas ciencias auxiliares, para inspirar en ellas ligera e impremeditadamente la reforma, porque el estudio positivo del cuerpo social irá poniendo cada día más de relieve y haciendo penetrar más y más en la conciencia de los grandes y de los pequeños, de los sabios y de los ignorantes, que nada hay más difícil que la transformación rápida y violenta de ningún cuerpo social, y que la evolución es la única forma posible del progreso, la evolución lenta y sucesiva. La evolución determinada por un estudio seguro de que aquello que se va a transformar es indudablemente mejor y preferible que aquello que se destruye o se abandona. Y aquellas alegrías e imaginaciones, y fantasías de constituciones nuevas y maravillosas, que llenan las páginas de los libros de filósofos y políticos del siglo XVIII; aquellas constituciones que se pedían como de encargo a los más eminentes sabios europeos por los pueblos en revolución o anarquía, habrán pasado a ser como especie de juegos de imaginación o de entretenimiento de gabinetes de lectura; pero nada que se parezca a programas formales de partidos ni a soluciones positivas y prácticas que se ofrezcan a los males de ningún pueblo. Y de la misma suerte que esas ciencias positivas

estudian con mucho más detenimiento y mesura todas las soluciones que presenta la ciencia fundamental y orgánica de la gobernación del Estado y de la dirección de los principios éticos y sociológicos de la vida, la tal ciencia recibirá de todas ellas esas enseñanzas, aconsejada también ella misma por la gran prudencia que el respeto al cuerpo social, en el orden moral y material, he expuesto como resultado también del progreso mismo de esas ciencias positivas. (*¡Muy bien!*)

Pero cuando presenciamos la evolución fundamental del organismo social, que ha pasado a ser de organismo una verdadera y real sociedad, no podemos menos de establecer, como consecuencia de estas modificaciones, un cambio perfectamente justificado en la dirección sociológica del mundo entero; y por ser tan fundamental y justificado este cambio, por eso el movimiento es más universal. Explicaré estos conceptos, que, expuestos de esta manera tan concreta, resultan evidentemente oscuros.

Los organismos todos sabéis que son conjunto de células sometidas a una dirección y a un impulso superior; pero mientras estas células carecen de conciencia propia y tienen su finalidad entregada en absoluto a una dirección superior, o a otro espíritu o fuerza que las dirige, son verdaderamente organismos, conjunto de células sin conciencia propia y sometidas a una fuerza superior. Esto es un organismo, y una sociedad es algo parecido, pero diferenciándose esencialmente en esto; la sociedad es un conjunto de células que cada una tiene una conciencia perfecta de su *yo*, de su finalidad, de sus propósitos, de sus deseos y de los medios de realizarlos; y este conjunto de células, aun

cuando esté sometido a una dirección superior y creen todos ellos juntos una entidad nueva, una personalidad distinta que es la sociedad, no hay que olvidar que se diferencia esencialmente del organismo en que tiene cada una de ellas una conciencia, una voluntad, un propósito y una orientación propias, y que la conciencia de aquella sociedad se forma no por la conciencia de la fuerza superior que dirige al organismo, sino por el conjunto y compenetración de las conciencias individuales que constituyen la sociedad.

Pues ahora bien; yo no creo que la Humanidad haya pasado por los tres estados: teológico, histórico y sociológico, que la señala Comte, porque los estudios positivos de Historia demuestran la inexactitud de estos tres estados. Pero lo que es evidente es que la sociedad ha pasado y pasa por estos dos estados, o al menos por fases que se parecen mucho a estos estados: por la fase orgánica y por la fase que pudiéramos llamar verdaderamente social, y que ha habido grandes períodos históricos que han llegado hasta muy cerca de nosotros, en los cuales la célula de los ciudadanos ha sido un verdadero organismo, ha sido algo sometido a una fuerza o a una conciencia superior, llámese ésta caudillo, Monarquía, guerrero victorioso, clases superiores directoras, espíritu religioso, pero siempre conjunto de células sin conciencia propia, sometidas y dirigidas por una fuerza, un espíritu y una conciencia superior. Y esto es lo que se modifica profundamente en la Edad Moderna.

En efecto, la grande extensión de los conocimientos, la vulgarización de las nociones más o menos perfectas o imperfectas del fin social, la facilidad de las comunicaciones, de la instrucción y la publicidad de los periódicos de gran

circulación, el telégrafo, el teléfono, todos los elementos, en fin, de comunicación entre el espíritu, que constituyen la enumeración, vulgar siempre que se cantan las excelencias de la Edad Moderna, todo esto ha convertido apresuradamente la sociedad, de organismo en verdadera sociedad; de células sin conciencia propia, en reunión de personalidades con conciencia independiente, inteligente y activa en cada uno de sus individuos, en cada uno de sus elementos componentes. Cuando esto ha sucedido así a nuestros ojos, y esto se ha completado como consecuencia indispensable e inevitable con la entrega de una participación considerable del Poder público a cada una de esas células, ¿cómo es posible evitar que los problemas de la Sociología y de la política no tomen una extensión que antes era perfectamente innecesaria, o, por lo menos, podía resistirse con ventaja y aun sin inconvenientes de ninguna especie para los mismos que sufrían sus consecuencias?

Desde el momento en que esto ha tenido lugar, y que el Poder público ha venido a consagrarlo dando una participación a todos esos elementos en la vida del Estado, ya no es posible que los problemas de la política y de la Sociología se concreten al desenvolvimiento más o menos completo de la garantía del derecho de cada uno: es ya menester que los problemas todos que constituyen la integridad de la vida social sean preocupación del Estado; ya no se puede exigir que los Parlamentos y los Estados y los Códigos se ocupen sólo de la defensa y garantía del capital; es indispensable que piensen también en la vida, en la garantía y en las condiciones del trabajo; es menester que los problemas que interesan a todas esas células, convertidas

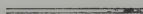
en elementos sociales, tengan su participación y manifestación en la vida legal de la sociedad. ¿Cómo? ¿En qué límite? ¿Hasta qué punto? Eso, el estudio positivo y práctico de cada estado social; las condiciones históricas de cada país, y los consejos, las advertencias y las enseñanzas de cada ciencia particular, de la Economía, de la Hacienda, de la ciencia de la educación, de la Biología, de todo lo que constituye los elementos auxiliares de la creación de la moral y del derecho, determinan en cada pueblo, en cada momento, la condición histórica de la sociedad, y eso es lo que determina la diferencia esencial que separa a lo que se ha llamado *intervencionismo* de lo que se llama y se conoce con el nombre de socialismo y de colectivismo en su última expresión. Intervencionismo es el que se limita a reconocer este hecho fundamental, a que antes hacía referencia, explicándolo por la diferenciación entre el organismo y la sociedad, y por la circunstancia de haber seguido a esta transformación del organismo en sociedad un reconocimiento y una entrega de la participación del Poder público a esas células, ya con conciencia propia, y no cabe duda de que es una necesidad, por tanto, como consecuencia ineludible de esos antecedentes históricos, el plantear en el terreno de la legislación y de la política todas las reformas que interesan a unas y otras representaciones. Lo antiguo, que conserva su fuerza, que conserva su vigor que tiene, como se suele decir, su voz en el capítulo, y que además es elemento poderoso para el desenvolvimiento de la vida de la colectividad, tiene que sostenerse con las demás células, pero con respeto y miramiento a esos nuevos elementos, a esos nuevos intereses, sobre los cuales hay

que deliberar y resolver, oyéndolos con completa imparcialidad, y, si es posible, con creciente e indudable amor.

Muchos, al oír que escuelas conservadoras, que reconocen como necesarios los elementos históricos y el desenvolvimiento lento de las sociedades, se preocupan de las aspiraciones nuevas; muchos, repito, cuando oyen estas o parecidas manifestaciones de escuela o de partido conservador, juzgan y entienden que son meras adulaciones a espíritus inquietos y movibles, de los cuales se espera algo, o a los cuales se pide alguna cosa. ¡Profundo error el de los que así piensan, y desconocimiento completo de la verdadera realidad y positivo estado de las ciencias sociales y políticas! Bastaría a demostrarles su equivocación lo universal del movimiento, lo absolutamente mundiales que son semejantes problemas, puesto que son conocidos en todos los países civilizados de la tierra. Pero aunque prescindieramos de ese argumento, que pudiera llamarse de autoridad, ¡profundo error en la apreciación de los móviles que pueden guiarnos en esa dirección! Muy lejos de esperar, los que esto decimos, nada que se parezca a asentimiento, a aplauso y apoyo de semejantes elementos sociales, todo lo que directamente buscamos es debilitar sus fuerzas, privándole de la razón para pedir y exigir, aprovechando para ello los momentos en que está todavía la fuerza y el prestigio de nuestro lado, para abordar con tiempo esos problemas y para quitar, a los que los han tomado como elemento de dominación y de guerra, la fuerza y los soldados que pueden servirles para su combate. Porque ya sabemos que los que se ponen al frente de uno de estos movimientos y significan una evolución, que tiene por término la conquista o

adquisición del Poder, esos no se convencen jamás; pero cuando se les puede quitar parte de la razón con que claman y con que demandan, entonces se hace una obra más funesta para ellos, pero más conveniente para la evolución y para el progreso general; porque si verdad hay sin excepción en el terreno de la ética sociológica y de la política práctica, y con esto concluyo, es, a mi juicio, aquella que dice que el orden no está completa y suavemente asegurado en ninguna parte, sino allí donde del lado de la razón está la moderación y la fuerza.

He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)



SÉPTIMA Y ÚLTIMA CONFERENCIA

(7 Abril 1905)

Preliminares de la historia de la Ética en España. Las ideas éticas de los moralistas grecorromanos de la decadencia.

Señores:

Al empezar la parte propiamente histórica de estas conferencias, me conviene recordar y dejar sentado que ha de ser esta una historia puramente de ideas, hasta el punto de que los hechos sólo han de ser traídos a colación y usados o analizados en cuanto representen una idea, o lleven en sí mismos, o tengan por consecuencia y desarrollo, modificaciones en las ideas del tiempo.

Esto explica y justifica que antes de ocuparme de las ideas éticas en España —comenzando por el período en que la nación toma carácter propio por el desenvolvimiento de la civilización visigoda, viniendo al examen del monumento fundamental de su espíritu jurídico, el Fuero Juzgo, al examen de sus instituciones fundamentales también, como los Concilios y el análisis, después, de la gran Enciclopedia de las Partidas y el de los Códigos que a ellas siguieron, para estudiar más tarde el desenvolvimiento en la Historia,

en la literatura y en la Filosofía de las propias ideas que los inspiraron— parézcame absolutamente indispensable y enteramente justificado tratar, en una de estas primeras conferencias, de las ideas y de los pensamientos de los moralistas grecorromanos de la decadencia, que fueron los inspiradores, los instructores, los verdaderos pedagogos de todo el elemento intelectual de nuestra época visigoda; unido, es verdad, este conocimiento con las ideas cristianas que lo completaban, y que llevaron su influencia a todos los Códigos, a todas las obras históricas, morales y literarias posteriores, hasta llegar a la época del Renacimiento, en que tuvieron su mayor influencia, extendiéndose después en manifestaciones y monumentos de nuestra literatura, de la que puede señalarse como uno de aquéllos, en que aparece mayor vestigio de esas enseñanzas, el teatro de nuestro gran Lope.

Fueron los moralistas grecorromanos de la decadencia los que resumieron y humanizaron, por decirlo así, las enseñanzas de la filosofía griega, aplicándola singularmente a la Ética, y Séneca, Epicteto, Plutarco, fueron considerados por los Padres de la Iglesia como los precursores de la idea cristiana, en el sentido científico y moral de esta palabra, llamando Lactancio a Séneca «nuestro Séneca», diciendo San Jerónimo que había hablado de la idea de Dios con tanta exactitud como un cristiano, y citándole el Concilio de Trento, y otros, como autoridad, en el orden moral, irrecusable.

No es fácil comprender hoy, tras diez y ocho siglos de una unión íntima, estrecha, absolutamente inseparable, de las ideas religiosas con las ideas morales, de qué suerte

estos dos conceptos estuvieron totalmente separados en el espíritu de los hombres durante todo el florecimiento y vigor de las ideas paganas.

El sacerdote pagano no era director de la conciencia, no era educador de los sentimientos morales del pueblo, ni en la infancia, ni en la edad madura, no tenía influencia alguna en el hogar por el intermedio de la mujer: era mero sacerdote del Dios misterioso e incomprensible, que vivía en relación con la Humanidad, al parecer, sin influencia alguna sobre sus ideas morales, y esto determinó que los progresos de la moral y de las ideas religiosas fueran totalmente diversos y siguieran por caminos de todo punto distintos; siendo la resultante de esto, a mi entender, que el paganismo murió, no tanto por la idea cristiana que lo negaba y que lo condenaba, cuanto por las propias ideas éticas que él había engendrado, y que le destruyeron y arruinaron.

Esta destrucción de las ideas paganas es lo que los Padres de la Iglesia han considerado como preparación providencial de la predicación cristiana, y es evidente que, si en vez de llegar San Pablo a Atenas y de predicar en el ágora, cuando predicó, hubiera llegado en los tiempos de Pericles, cuando se hallaba en completo vigor la idea pagana, cuando sentían todavía los espíritus aquel dominio verdaderamente extraordinario, producido por las bellezas maravillosas de su Biblia especial, de su Homero, la predicación de San Pablo hubiera resultado inútil y su martirio no hubiera sido más eficaz ni más fecundo que lo fué el de Sócrates. Pero el progreso de las ideas morales, consecuencia de las investigaciones de los filósofos griegos, humanizadas y aplicadas de una manera más concreta a las necesidades

de la vida social en la esfera del derecho, de la política y de la filosofía morales, fueron destruyendo, minando por su base las creencias religiosas, que hasta entonces habían estado separadas de los criterios y de los conocimientos morales, y se pudo llegar, y aun asombra que se tardara en llegar tanto tiempo en verdad, a aquellas interrogaciones satíricas que encontramos en los diálogos de Luciano, que, refiriéndose a las principales figuras del Olimpo, y recorriendo las historias de Júpiter, Vulcano, Venus, Marte y Mercurio, interrogaba al legislador de su tiempo, preguntando: «Pero ¿es que esta serie de adulterios, de violaciones, de estafas, de crímenes, de falsedades, son la verdad? Pues entonces nuestra legislación, que lo condena, nos engaña. ¿Dice ésta lo cierto? Pues aquellos dioses son la mentira.» Y, en efecto, el desenvolvimiento de las ideas morales, de las ideas propiamente éticas, que tienen su expresión más cumplida, aunque no fuera más nueva, en los moralistas de la decadencia, empezando por Séneca, siguiendo por Marco Aurelio y Epicteto y concluyendo en el último apóstol de las ideas paganas, en Plutarco, nos está revelando esa lucha, que había de concluir, necesariamente, con la destrucción, en el espíritu y en la conciencia humana, de las ideas paganas. Es verdaderamente admirable la armonía y la moral de ideas y pensamientos que existe entre la moral de Séneca cristiana, no ya sólo en aquello verdaderamente fundamental que constituye una verdad eterna relacionada con las cualidades fundamentales del alma humana, sino aun en lo que pudiéramos entender que se relaciona casi exclusivamente con la disciplina, con el culto, con las costumbres, con la manera de ser y de vivir.

Para Séneca, la Filosofía no es otra cosa que la ciencia de aprender a morir y a volver el alma al origen de donde nació: al seno de la Divinidad; debe para esto el alma abandonarse constantemente a la providencia de su Creador; no puede, sin el auxilio de él, mantenerse en el camino de la virtud y de la honradez. Algunas veces la Divinidad la abandona, y entonces el alma cae en el error y en el vicio: doctrina de todo punto semejante a la de la gracia. Debemos, dentro de su doctrina, mantenernos en íntima y continua comunicación con la Divinidad, por la oración, y con el pensamiento constante de que la Divinidad nos asiste dentro de nosotros mismos; y no debe hacerse esta oración simplemente con la actitud del cuerpo y la colocación de los brazos, y ni aun con la expresión externa de la palabra, sino con el espíritu y el corazón, elevándose al conocimiento y a la presencia de su Creador.

Admite el filósofo cordobés, como indispensable para la vida moral, la existencia de una dirección espiritual de todo punto análoga a la de nuestra confesión auricular, porque dice que los meros preceptos escritos en los libros y predicados por los filósofos no bastan para mantener al hombre en el camino de la virtud, y que es necesario que una dirección inteligente resuelva en cada momento sus casos de conciencia y le guíe con sus consejos por el camino del bien; y esto debe ser obra del filósofo, que asiste al alma en todas sus tribulaciones; y refiere las confesiones —que este nombre propiamente merecen— que recibía de sus devotos en Roma; pinta con admirables caracteres el *spleen* romano, tan semejante al de nuestros tiempos; describe aquellas almas de los patricios y jóvenes de la aristocracia

romana, deseos todos de goces infinitos y hastiados de ellos en el propio instante de tocarlos; esa tristeza que se apodera en medio de los placeres más buscados; esa facilidad con que se exponían a los mayores riesgos por la carrera violenta de los carros, y se resistían y repugnaban, en cambio, las menores molestias y los más pequeños peligros para la asistencia de los enfermos o para la realización de cualquier obra de piedad y de amor al prójimo, y procurando distraer su ociosidad y su hastío, viajaban a remotos países, sin conseguir otra cosa que pasear de playa en playa su hastío, su disgusto y su desdén, llegando algunos a considerar como un círculo insoportable este de la existencia, siempre con sensaciones idénticas y con gustos y satisfacciones iguales, que para ellos eran dolores o indiferencia perpetua, no dejando otro refugio u otra salida que el suicidio. Combate el sabio, sin embargo, esta debilidad con energía, y declara que ni aun el sufrimiento de la enfermedad debe autorizar ir a él; pues mientras la inteligencia se conserve íntegra, eso constituye una deserción, y ni aun en el caso —que él parecía prever para sí mismo— de que la tiranía del Poder enviara a los filósofos o los creyentes al verdugo, ni aun entonces entendía que es lícito el suicidio, afirmando que es más grande la virtud del que, tranquilo, confiadamente y seguro de su conciencia y de su virtud, deja paso al verdugo para no prestarle las manos con que haya de ejecutar su crimen.

Extendiéndose al orden éticosociológico, estima Séneca como indiscutible la igualdad de los hombres, y declara que la diferencia de caballeros, plebeyos y esclavos hija es *ex ambitione aut ex injuria nata*; esto es, producida por la

ambición y por la violación del derecho. Condena, antes que San Agustín, los combates de los gladiadores como elementos de educación funesta para el pueblo y de sus malos instintos, y reduce la vida entera a la contemplación de la virtud y a la preparación para la muerte, considerando que nuestra existencia en la tierra no es sino una preparación para la inmortalidad. (*¡Muy bien!, ¡muy bien!*)

Este conjunto de doctrinas, que podréis recorrer y habréis recorrido, sin duda, muchas veces la mayor parte, al menos, de vosotros, al examinar las cartas familiares y todas las obras de la numerosa biblioteca que constituye la vida moral y literaria de este eminente filósofo, donde están muy sucintamente extractadas, revelan, como os decía al principio, una semejanza extraordinaria con la moral y con la idea cristiana, hasta el punto de que ha sido opinión muy general, durante largo tiempo, que Séneca había tenido comunicación directa con San Pablo, y algunos llegaron a afirmar que había sido cristiano en lo íntimo de su corazón. Negado esto hoy por las investigaciones históricas; seguros ya de que Séneca no conoció, ni vió, ni habló nunca con San Pablo, podemos afirmar, de una manera negativa, pero a mi entender concluyente, que tanto por lo que se desprende de sus escritos, como por lo que se desprende también de todos los escritores de su tiempo, que ni Séneca, ni Epicteto, ni Plutarco, ni Dion Crisóstomo, ni ninguno de los que figuran en primera y segunda fila de los que constituyen la gran pléyade de los moralistas de la decadencia, conocieron el Cristianismo, ni tuvieron idea exacta de sus dogmas, ni la mayor anticipación intelectual de la inmensa revolución que representaba en el mundo moral

de las ideas; por el contrario, lo consideraron como una secta judaica, mezclada con aspiraciones anárquicas y desordenadas, e inspirada en sentimientos groseros y plebeyos, que no se elevaban a la concepción de la verdadera Filosofía.

No fué tan grande la influencia de Séneca en su tiempo, como lo ha sido en siglos posteriores. Por un singular fenómeno este filósofo tuvo mayor imperio en el campo de sus adversarios que en el propio, dificultándolo circunstancias que en Roma tenían grande importancia. Fué Séneca profundo moralista, y aun, si no profundo, al menos sintético filósofo; pero no fué hombre de letras propiamente dicho; su estilo áspero, pedantesco y desagradable, le hacía poco a propósito para penetrar en las inteligencias y para hablar a los corazones, y con su gracia habitual, Montaigne, después de ponderar su gran valor filosófico y moral, haciéndose cargo de esta dificultad de las arideces y aun amarguras de su estilo, por lo cual afirma *que era, por su pedantería, hombre poco a propósito para la propaganda y para la popularización de las ideas*, reconoce que sus escritos nos sirven hoy de mucho, porque sobre ellos había arrojado su pátina caritativa el tiempo, dulcificándolos, y concluye diciendo: *en cuanto a él, afortunadamente, se ha muerto. (Risas.)*

Otra dificultad se le ofreció a Séneca para ser hombre que popularizara sus ideas, verdaderamente revolucionarias dentro del organismo de la vida del Imperio romano, y es que no se ajustaban sus actos a su conducta y manera de ser: él había sido gran predicador de la pobreza; él es el que había, por primera vez, escrito esa frase, tan re-

petida después, de que *los bienes de este mundo debemos poseerlos, pero no ser poseídos por ellos, y que todos debemos colocarlos de una manera superficial sobre nuestra vida, de suerte que cuando el destino quiera llevárselos se los lleve, pero no nos los arranque*; y a pesar de esta ponderación de la pobreza, de sus beneficios y de sus bienandanzas, vivió constantemente en medio de la mayor ostentación, de la opulencia y del lujo, y aprovechando y utilizando todos los medios que aquella vida la proporcionaba; fué personaje influyente en la Corte de Nerón, aunque de cuando en cuando mezclara, con su aprovechamiento, sus consejos y sus enseñanzas; era algo así —y sin duda los romanos eran más susceptibles que nosotros en este punto— como algunos colectivistas, especialmente de la vecina República, que predicán furiosamente contra la propiedad individual y ponderan las excelencias y la justicia de la propiedad colectiva y del crédito gratuito y de la nacionalización de todas las industrias y de las tierras; pero que, entretanto que esto les proporciona algún acceso al Gobierno, cortan con perfecta regularidad su cupón, cazan faisanes en sus tierras, disponen discretamente los *menus* de sus comidas y de sus cenas, y suelen alternar con alguna asistencia a los congresos socialistas y *meetings* colectivistas, las agradables visitas de los salones de las actrices de la ópera. (*Risas y aplausos.*) (*).

(*) Por entonces presidía el Consejo Municipal de París Mr. Paul Brousse, antiguo comunista, jefe luego del colectivismo evolucionista, quien en los frecuentes agasajos que en aquellos tiempos cambiaban ingleses y franceses llevaba la representación de la capital de la burguesa República con adecuados y exquisitos refinamientos. A él, entre otros, debía de aludir Silvela.

Tipo y personaje muy diferente era Epicteto, nacido del pueblo, esclavo, del que recordaréis la leyenda de sus sufrimientos y de su estoicismo para soportarlos; el que, atormentado en el potro por orden de su señor, y estando éste delante, le decía: *Mira que la pierna se va a romper*; y cuando, en efecto, se rompió, no tuvo otras palabras que decirle: *¿No te lo había dicho?* Vivió este hombre constantemente en la mayor pobreza; predicó las propias ideas de Séneca, la escuela estoica, sin otras diferencias que aquellas que la exposición de todo programa y doctrina impone, por la índole especial del propagandista o del profesor que las predica; pero se dedicó especialmente a la propaganda y trazó en vigorosas líneas la figura del apóstol, como si hubiera tenido delante la propia representación de San Pablo. Debe ser —dice— el hombre inspirado por la idea constante de la Divinidad y asistido de ella, para lo cual debe ser su vida pura como el sol; debe amar aun a los que le injurian y ocuparse de los pobres y necesitados, extendiendo sobre ellos sus doctrinas; para ello ha de ser pobre y necesitado también y no ha de tener sobre sí otra cosa que su túnica y su manto, ni otras propiedades que el cielo y la tierra para socorrerle; predicó la necesidad de una especie de celibato eclesiástico, con los propios argumentos y con las propias palabras con que se ha predicado después por el Cristianismo y por la Iglesia católica; el hombre consagrado al bien de sus semejantes y a la dirección de sus conciencias —dice— no puede vivir la vida de familia y estar sujeto a las exigencias de los hijos ni a los caprichos de la mujer o de la suegra; el hombre dedicado a la dirección de la conciencia ajena ha de estar libre de todos

los cuidados de la humana vida, hasta donde esto es humanamente posible, y no me arguyáis —dice— con que de esta manera priva del concurso a la propagación de la especie humana; porque, ¿cómo podéis comparar traer al mundo dos o tres chiquillos héticos y feos por lo común (*Risas.*), con los beneficios de dirigir la conciencia ajena, de vigilar la conducta de los demás y de asistir en sus desfallecimientos morales a la Humanidad? Y desentendiéndose por completo de la idea pagana en sus escritos, habla siempre de la Providencia y de la Divinidad, sin hacer relación alguna a los dioses del Olimpo, que todavía constituían el fondo de la conciencia nacional en el tiempo en que él vivió.

Marco Aurelio, el Emperador, desenvuelve doctrinas de todo punto análogas; es un estoico que, por su carácter dulce, dulcifica también las asperezas de aquella ruda doctrina. Es lo contrario de Séneca, un hombre que se impone por el cariño, por la sencillez y la elocuencia natural. Está pintado, a mi entender, en una de las primeras frases con que encabeza una de sus memorias o cartas: «La falsa modestia es cien veces más insoportable que el mayor orgullo». Era un modesto sincero, era un hombre enamorado de la virtud, era un espíritu verdaderamente selecto, dominado por la idea estoica y por un amor (el mayor que, a mi entender, se descubre en todos los escritores de la antigüedad) hacia la Humanidad entera. Su noción del Poder público es perfecta; para él, el jefe del Estado, el Emperador, no es otra cosa que el primer representante de los intereses de su pueblo y de la Humanidad; debe estar en cada momento dispuesto a abandonar su puesto en este mundo al primer

toque de la trompeta que le llame a la guerra, a la muerte, y aun, si es necesario, a la derrota. Su misión en la paz debe ser mantener la igualdad entre los hombres, y su primero y supremo deber debe ser respetar la libertad de los ciudadanos.

Lleva su teoría del perdón de las injurias todavía más lejos que Séneca y que Epicteto. De él son aquellas afirmaciones, tan repetidas después, de que las injurias no sólo deben perdonarse, sino que deben ir seguidas del amor a los que nos las dirigen. Muchas veces, la mayor parte de ellas, son estas injurias producidas por falsas informaciones y prejuicios, que con nuestra bondad debemos deshacer. Si logramos convencer y desarmar a los que nos injurian, nuestra victoria es admirable; si no conseguimos este fin, ¿no es mucho más hermosa la benevolencia que la Divinidad ha puesto en nuestra alma, que no la venganza? Y concluye con estas palabras, que son reproducción exacta de las palabras cristianas: «Cuando os injurien, pensad que las más de las veces no saben, los que os injurian, lo que se hacen».

Desenvuelve las propias ideas de Séneca, con cuya repetición no quiero cansaros, acerca de la indiferencia hacia los bienes de este mundo, de las satisfacciones íntimas producidas por el ejercicio de la virtud y del sentimiento de igualdad entre los hombres. Y concluye la exposición de su sistema moral con esta singularísima interrogación: «¿No es verdaderamente extraño —dice, convencido como lo estaba por la idea puramente estoica y antiplatónica—, que la Humanidad no tenga vida ulterior y extraterrena? ¿No es verdad —añade— que es cosa extraordinaria, que habiendo

la Divinidad arreglado tan bien las cosas del alma en este mundo, siendo tan admirable la constitución y la creación de la virtud y del bien, no haya dispuesto nada para que los hombres honrados, después de este mundo no revivan en otro donde poder continuar el ejercicio de su virtud y de su bien?».

Desenvuélvense estas ideas éticas, tan extraordinariamente progresivas como de esta simple exposición se desprende, en un mundo a la sazón completamente descompuesto y corrompido. Ni antes ni después se ha presentado en la Historia espectáculo como el que ofrecía el mundo entonces, que pueda compararse a él; bien nos lo pinta Juvenal, el poeta, y los satíricos del tiempo.

Las ideas de Lucrecio, expuestas en el período y en el momento de mayor amplitud y de más vigor del Imperio romano, tenían el mérito de haber hecho gran número de prosélitos en las clases elevadas y en las clases medias; había acertado a cantar el materialismo con acentos poéticos, que pueden compararse con los de los mayores cantores del mundo. El espectáculo de la Naturaleza, de sus fuerzas y de sus luchas hallaron en él un pintor admirable. Pero su doctrina, puramente epicúrea, del bien, del goce, de la satisfacción material, era, sin duda, doctrina corruptora, destinada a aumentar considerablemente los otros elementos de destrucción que en el pueblo romano existían, y la pintura de su estado social, en el momento en que se desenvuelven estas ideas éticas entre los filósofos, es bien espantosa, aun rebajando lo que de todo pintor satírico hay que rebajar.

Juvenal nos traza el cuadro de su época con caracteres

que historiadores del tiempo afirman y aseguran: el César, como una fiera en su antro, devorando la sangre de los ciudadanos; las clases altas, el patriciado, las matronas, ejercitando la libertad, que la mujer había adquirido en las leyes, con un desenfreno de la sensualidad nunca igualado hasta entonces ni superado después; los hombres de las clases superiores, entregados al juego y a las orgías de la noche ante los retratos de sus antepasados y retirándose a descansar en sus lechos, cuando esos antepasados despertaban y llevaban las águilas a las victorias de Numancia y de Sagunto. Otras veces, disfrazados con los trajes de los esclavos, recorriendo las tabernas y mezclándose con los marineros, los gladiadores y los histriones en los más inmundos y repugnantes juegos. Y el mismo Marcial, menos satírico y más delicado que Juvenal, nos traza graciosamente, en uno de sus epigramas, la explicación de la famosa crisis, pudiéramos llamarla así, del triunvirato de Augusto, Antonio y Lépido, en términos que son verdaderamente reveladores de las ideas éticopolíticas del tiempo, especialmente encontrándolas consignadas no en el secreto de alguna memoria íntima o en la murmuración de algún periódico que pudiéramos llamar callejero y desacreditado, sino en toda la forma poética de los epigramas, en uno de los más bellos de este ilustre español. Parece, según él, que la mujer de Antonio, frenéticamente apasionada de Octavio, hallaba resistencia en la frialdad estoica y bien conocida de este grande ambicioso, que no se quería dejar dominar por ninguna otra pasión que la ambición misma. Excitada por aquella resistencia, llegó a amenazarle con provocar los horrores de la guerra civil; de hacer marchar inmediata-

mente sobre Roma, si no cedía a sus instancias, las cohortes de Antonio y de Lépido, de las que parece que también disponía, y a lo que contestó fría y severamente Octavio: «¿Me das a elegir entre tu amor y la guerra? Pues *signa ca-*
ment: ya puedes mandar tocar las trompetas». Esto es lo que lleva a la literatura la explicación, verdaderamente repugnante, de un hecho histórico que en otros tiempos y en otras ocasiones podrá haberse realizado en condiciones parecidas, pero seguramente nunca, antes ni después, ha podido hacerse materia de poesía, ni de literatura de ninguna clase.

Y sobre esta corrupción flotaba, sin embargo, un alien-to espiritual que iba conmoviendo aquel edificio, ya por todas partes cuarteado. Por Grecia, por Roma, y aun por el Oriente, gran número de oradores y de sofistas, como entonces se llamaban, recorrían las comarcas y obtenían las adhesiones del pueblo que, en gran número, acudía a oír aquellos discursos, ávido de ideas, ansioso de sentimientos, deseoso de algo que le libertara del peso de aquel materialismo brutal que en el orden social y en el político les abrumaba. Y no se comprende hoy cómo un orador a veces hacía tema de sus discursos los más sutiles, los más ingeniosos, los que hoy nos parecían más inverosímiles: Luciano, por ejemplo, que recorriendo la Grecia, atraía a sí gran número de trabajadores y obreros, que dejaban los talleres y los arsenales para escucharle un discurso sobre las excelencias de las moscas. (*Risas.*) Juzgad por esto de la existencia de un sentimiento espiritualista, necesitado de ideas, necesitado de palabras hermosas que tuvieran forma poética; de algo, en fin, que no fuera la corrupción que había por todas partes.

Otras veces, estas predicaciones tenían objetos morales, literarios o históricos, y algunas respondían a exigencias mismas de la muchedumbre, que planteaba al orador temas para que los desarrollara con su palabra, recogiendo estos sofistas y oradores el tributo aquel que, como complemento, recomendaba Moratín, o sea «la mitad en aplausos y la otra mitad en pesos duros», porque no sólo obtenían crédito y autoridad, sino también riquezas y ventajas materiales. Preparación ésta de las ideas morales, que, generalmente, predicaban inspirados en las doctrinas preponderantes del estoicismo, y que prepararon admirablemente la predicación cristiana; que fué como una especie de elemento de libertad de imprenta, que dió lugar a que los apóstoles, recorriendo el mismo camino que los sofistas, pudieran predicar con una libertad que parece verdaderamente incomprensible en los primeros momentos, y antes que la persecución se extremara, y que estaba explicada por esta costumbre de las predicaciones de los sofistas y filósofos en las plazas públicas, en los campos y en el pueblo. Y como acontece siempre que las religiones se descomponen y corrompen, se unía a la desaparición de los dogmas la aparición de las supersticiones de todo género.

Ya decía Juvenal que aquello de la laguna Estigia y del barquero Caronte, que cobraba unas monedas por el paso de esa laguna, y del cancerbero y de los jueces que se encontraban detrás, era cosa que ya no creían ni los niños; pero, en cambio, las matronas romanas y los patricios más ilustres llamaban a sacerdotes caldeos y a adivinos orientales, que realizaban milagros, que explicaban los sueños y misterios y que introducían nuevos y misteriosos dioses, al

lado de los antiguos de la Mitología, desarrollándose estas supersticiones como un alivio, como un alimento para las necesidades del orden espiritual y para el contacto constante de lo incognoscible y de lo infinito, que es condición esencial de la mente humana. (*¡Muy bien!*)

Y fijémonos, por un solo momento, en este singular fenómeno, que esta vez se presenta en la Historia con caracteres verdaderamente considerables: cuanto cabía hacer, por arte y por ingenio humano, para matar el alma y el espíritu, se había hecho en el mundo antiguo. La religión, separada como directora de la vida; el materialismo de los epicúreos dominando en las clases altas y medias durante largo tiempo, servido por una tan grande y maravillosa imaginación como la de Lucrecio y por autoridades tan grandes como las de los poetas, que se inspiraron en el despotismo más feroz, haciendo presa de esas doctrinas e imponiéndolas como soluciones concretas de la vida del Estado, de la provincia y del Municipio. Cuanto se pudo hacer, repito, por matar el alma, se hizo en la antigüedad, y el alma no murió. ¿Habría quien dude, examinando estos hechos meramente históricos, de la inmortalidad, y de la subsistencia, y del poder inmenso del espíritu? Porque el alma humana despertaba en medio de estos combates y corrupciones, y antes de que la idea cristiana la inspirase, sólo por su fuerza de espíritu el alma humana iba preparando la reacción que dió lugar después y abrió paso a la idea cristiana.

Estas doctrinas, representadas, como lo he hecho, en síntesis, ante vosotros, por un filósofo, por un hombre del pueblo, por un esclavo y por un Emperador, hallaron, pue-

de decirse que su síntesis, al menos su expresión y manifestación más general, en Plutarco, moralista el de mayor importancia en las edades sucesivas, y singularmente en el Renacimiento; hombre que, aun cuando no hubiera prestado otros servicios a la Humanidad que haber dado tema y enseñanza e inspirado a Shakespeare varios de sus dramas (*Marco Antonio y Cleopatra, Julio César, Coriolano*), habría hecho ya algo muy grande en la Historia.

De Plutarco os diré pocas palabras, a pesar de su importancia, porque es el último expositor de las doctrinas estoicas, con cierto eclecticismo que permite unirlas a las doctrinas de Platón, y que le coloca en una situación de vulgarizador, cosa que ha realizado mucho después de su siglo, con mayor fuerza que lo realizó entonces. Puede decirse que Plutarco fué el último de los paganos, al parecer, por su vida y por sus obras, sinceramente convencido de la idea religiosa, aunque modificada por las necesidades de su tiempo, con la intervención que la antigua Mitología no autorizaba, de los genios, especie de intermediarios entre el hombre y la Divinidad, que le servían para la explicación de determinados fenómenos, y poner en relación a la nueva ética con las ideas puramente religiosas de la Mitología de Homero. Él hizo un esfuerzo poderoso para contener la decadencia; pero todos los esfuerzos para contener la decadencia de los pueblos, aunque son, a veces, individualmente gloriosos, son constantemente, y sin excepción alguna, absolutamente estériles. Y lo fué el de Plutarco, que en sus libros resumió las doctrinas de todos los moralistas, sus antecesores, y aun acertó a colocar en alguno de ellos lo que se ha justificado después por escritores cristianos,

que fué el anuncio milagroso de la muerte del paganismo.

Sin duda habéis recorrido muchos de vosotros aquel pasaje en que, lleno de unción, convencido de la verdad de lo que refiere, cuenta poéticamente cómo un bajel que venía de Egipto, tripulado por la gente alegre y divertida, hallándose cerca de las islas de Paxos, hubieron de sentir todos una voz estentórea que llamaba al piloto egipcio nombrado Thamus. Ante la insistencia de aquella voz, acudió el piloto a la proa y oyó que le decía: «Cuando llegues cerca de Palodés, anuncia en alta voz que el gran Pan ha muerto». Todos quedaron estupefactos; pero de pronto se disipó el miedo y le preguntaron al piloto si iba a cumplir la orden de aquella especie de oráculo; a lo cual contestó que si cesaba el viento al pasar delante de Palodés, la cumpliría, y si no, seguiría adelante. El viento cesó, y entonces el piloto repitió las palabras del oráculo: «El gran Pan ha muerto». Pan, que era la antigua representación de la Mitología en sus relaciones con la Naturaleza. Cuenta que al proclamar la muerte de Pan, se oyeron misteriosos sollozos a todo lo largo del mar y de la costa, y que habiendo dado cuenta del hecho al llegar a Roma, el Emperador Tiberio mandó hacer lo que hoy se llamaría una minuciosa información para acreditarlo, y consultados los sabios, dijeron que este Pan no era el dios Pan, sino un hijo de Penélope y de Mercurio; pero todos los escritores cristianos entendieron que aquella predicción era la muerte de la antigua Mitología, que se había pronunciado en medio de los mares. (*Muy bien!*)

Estas ideas morales, de las que vengo haciendo sintética exposición, las encontraremos después, como ya os lo

indiqué al principio, en toda la intelectualidad de la vida visigótica, en las clases eclesiásticas, que entonces principalmente la representaban, en las obras enciclopédicas de Don Alfonso el Sabio, y en todas las obras de los poetas y moralistas del Renacimiento, unidas a la idea cristiana.

Pero en ellas, no obstante todas las semejanzas de que antes os hice ligera exposición, dos cosas faltan que la idea cristiana trajo y completó, y esas dos cosas son: el concepto espiritual del amor y la conmiseración y el derecho de los humildes y de los pobres; porque claro es que estas dos ideas existían en el paganismo, y otras palabras, enteramente análogas, las representaban en los escritos de los sabios y en las oraciones de los filósofos; pero su sentido íntimo ha sido esencialmente diverso desde el Cristianismo acá.

El amor tuvo sus dos principales cantores en Lucrecio y Ovidio. Los dos le describieron con una potencia de color, con una delicadeza en el dibujo, en cuanto a las imágenes y figuras, en cuanto al símbolo, a lo que nadie ha llegado, o, por lo menos, nadie ha podido superar después; pero no acertaron a comprender absolutamente nada de su espiritualidad. En uno y otro se encuentran descritos los efectos de la pasión, sus dolores, sus amarguras, las violencias y las inquietudes de los celos; todo, en fin, lo que constituye el amor, en su concepto de pasión puramente fisiológica, vital; pero el amor espiritual, el comercio y comunicación del alma, independientemente de la vida del cuerpo; el goce inefable y tan superior del que ama al que es amado; la posibilidad y la verdad de ese amor sin correspondencia posible, satisfecho con la mera comunicación del espíritu, y rindiendo culto a ese sentimiento como se rinde culto a

la Divinidad, sin esperar de ella más que el participar de su vida espiritual, eso fué completamente desconocido por unos y por otros.

Lucrecio, cuando más elocuentemente lo describe, sin dejo alguno satírico, sin la menor intención de burla ni de broma, recomienda para curar el mal del amor, que él considera como pasión funesta que compromete la vida y la tranquilidad del alma, un remedio muy usado, el de la inconstancia, y dice que cuando una pasión nos haga sufrir cruelmente, el medio de disminuir su daño es otra pasión semejante; anticipando, pero en tono perfectamente serio y filosófico, aquel tan conocido verso, de pura broma, de nuestro gran Ayala, cuando ponderando el estrago mortal que un amor puede causar en el hombre más grave, dice:

«Dos amores, no se sabe
que hayan matado a ninguno.»

Y Ovidio, poeta único y pintor sublime de los sentimientos más delicados de la Naturaleza, nos cuenta, y se complace y se recrea en delinear y colorear el cuadro, los bestiales amores de Pasiphae. Y esto, que no pasaría hoy de algún rincón de un Tratado de Fisiología, o de aberraciones sexuales, o de causas criminales horrendas, esto constituye uno de los pasajes más cuidados y mejor descritos de su famoso *Arte de amar*. Y este concepto, puramente sensual y fisiológico del amor, se traducía en el mundo antiguo en grandísimas consecuencias para toda la literatura, y aun para la vida social, que sería prolijo enumerar ahora.

Es el segundo punto, que esencialmente diferencia de la moral y de la ética antigua la ética cristiana, este que os

señalaba antes, de la conmiseración y del derecho de los humildes, que forma parte importantísima de las obras de los estoicos, pero en un concepto muy distinto del que ha tenido después que la idea cristiana se ha desenvuelto, considerado por los estoicos como un privilegio, como una excelencia del alma humana, que cultiva esa sublime virtud, pero no como un derecho, como una participación en la vida del pobre y de los humildes, que es lo que ha venido a ser después de la idea cristiana; representando, por tanto, este sentimiento, no ya el ejercicio de una virtud del alto hacia el bajo, sino una igualdad de derechos y una comunicación entre los hombres; lo cual, lentamente desarrollado, como se desarrollan estas ideas morales en la Historia, ha venido produciendo la abolición de la esclavitud, de la servidumbre de la gleba, del vasallaje, y hoy por hoy plantea, con interrogaciones verdaderamente alarmantes, los problemas del salario, del capital, del retiro para los inutilizados y para los ancianos, del impuesto sobre la herencia y de todas las demás cuestiones que significan el triunfo y la reivindicación de la consideración a los humildes y a los necesitados.

Desprendiéndose de aquí, una vez más, lo que yo creo que se desprende del análisis de todos los fenómenos históricos y de todo el desenvolvimiento de las ideas; es a saber: que la idea se sobrepone constantemente al hecho; que no hay nada más falso, en el curso y en la prolongación de la Historia, que aquella tan repetida frase de un hombre ilustre y práctico, según el cual, «la fuerza se sobrepone al derecho» (*). Reúnanse al lado de los intereses, que son los

(*) Era corriente, en los días del conferenciante, atribuir a Bis-

que parecen gobernar al mundo, las fuerzas más considerables, las organizaciones políticas más firmes e inquebrantables, como lo era la del Imperio romano, y les fortifican filosofías que favorecen su existencia, fuerzas militares considerables interesadas ellas también en su mantenimiento, y, sin embargo, basta que una idea moral, basta que una idea ética hiera cualquiera de esas fuerzas, para que al fin y al cabo mueran y sucumban al empuje de aquella idea moral, al lado de la cual no parece que hay ni intereses, ni fuerzas militares. Y es que, cuando una idea moral llega a penetrar en la conciencia del hombre, como en las instituciones y en las sociedades, sufren dentro de sí mismas aquella tremenda tragedia que concluye con su existencia y las derriba, y que consiste en menospreciarse a sí propias.

He dicho. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

marck el aforismo *la force prime le droit*, símbolo de su política al decir sobre todo de sus adversarios. Posteriormente, esta atribución ha sido discutida. Pero la argumentación de Silvela no pierde por eso eficacia, ya que no combate una frase, sino el conjunto de una ideología ética, cuyos más notorios portaestandartes fueron Nietzsche y Treitschke.

FIN DE LA COLECCION

APÉNDICES

I

Obras no publicadas en esta colección

LA FILOCALIA O ARTE DE DISTINGUIR A LOS CURSIS DE LOS QUE NO SON, seguida de *un Proyecto de bases para la formación de una hermandad o club con que se remedie dicha plaga*. (Escrita en colaboración con D. Santiago de Liniers. *La Filocalia* aparece firmada por el Sr. Liniers y el *Proyecto de bases* por el Sr. Silvela).—Madrid, imprenta de T. Fortanet, 1868.

PRÓLOGO A LOS "GRANDES CARACTERES POLÍTICOS CONTEMPORÁNEOS, obra del Sr. Conde de las Almenas.—Madrid, Hernández, 1883.

BOSQUEJO HISTÓRICO O PRÓLOGO a las CARTAS DE LA VENERABLE MADRE SOR MARÍA DE ÁGREDA Y DEL SEÑOR REY DON FELIPE IV. (Primeramente se publicó el bosquejo sin las cartas en la *Revista de España*, números de Diciembre de 1880 y Febrero de 1881).—Obra en dos tomos, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1885-86.

DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES en el año judicial 1884-1885, sobre las reformas necesarias en la Legislación mercantil, penal y civil.—Madrid, imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia, 1884.

JOVELLANOS.—LA PROPIEDAD TERRITORIAL Y EL CULTIVO EN 1800. EL PLAN DE LA LEY AGRARIA.—LA DESAMORTIZACIÓN.—EL POR-

VENIR Y LAS NECESIDADES DE LA AGRICULTURA ESPAÑOLA. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 30 de Marzo de 1886. Publicado en el tomo segundo de la serie titulada *La España del siglo XIX*. — Madrid, librería de San Martín, 1886.

LUGAR DE LA MUJER EN LA FAMILIA. Memoria, en colaboración con D. Eduardo Dato y D. José Díez Macuso, presentada al Congreso Jurídico Español, celebrado en la Real Academia de Jurisprudencia. — Madrid, G. Hernández, 1886.

ORÍGENES, HISTORIA Y CARACTERES DE LA PRENSA ESPAÑOLA: MEJÍA, FÍGARO, SARTORIUS, LORENZANA, CARLOS RUBIO. Conferencia pronunciada el 12 de Marzo de 1887. Serie *España del siglo XIX*. Tomo III. — Madrid, librería de San Martín, 1887.

PRINCIPIOS CAPITALES A QUE DEBE AJUSTARSE EN NUESTRA CODIFICACIÓN LA VIDA Y MODO DE SER DE LAS PERSONAS MORALES. Discurso leído para su recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 5 de Junio de 1887. — Madrid, G. Hernández, 1887.

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA ACCIÓN PÚBLICA EN EL ENJUICIAMIENTO CRIMINAL. Discurso leído ante la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación el día 31 de Octubre de 1888, en la sesión inaugural del curso de 1888-89. — Madrid, imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia, 1888.

PRÓLOGO al TRATADO DE EXPROPIACIÓN FORZOSA POR CAUSA DE UTILIDAD PÚBLICA, escrito por D. Bernardino de Melgar y Abreu. Madrid, Romero, 1889.

ALCANCE QUE NUESTRAS COSTUMBRES POLÍTICAS HAN DADO A LA INMUNIDAD PARLAMENTARIA. Discurso leído ante la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación en 31 de Octubre de 1889, en la sesión inaugural del curso de 1889-90. — Madrid, imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia, 1889.

ESTUDIO PRELIMINAR de las ORDENANZAS Y COSTUMBRES DE LA HUERTA

DE MURCIA, compiladas y comentadas por D. Pedro Díaz Cassou.—Madrid, Fortanet, 1889.

CONTESTACIÓN al DISCURSO LEÍDO POR DON GUMERSINDO DE AZCÁRATE PARA SU RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.—Tema: *La Sociología*.—Sesión de 7 de Mayo de 1891.—Madrid, Fortanet, 1891.

BASES PARA UNA LEGISLACIÓN INTERNACIONAL COMÚN A ESPAÑA, PORTUGAL Y REPÚBLICAS IBEROAMERICANAS SOBRE PROPIEDAD LITERARIA, ARTÍSTICA E INDUSTRIAL. Memoria presentada al Congreso Jurídico Iberoamericano.—Madrid, G. Hernández, 1893.

HISTORIA Y VICISITUDES DEL MAL GUSTO EN NUESTRA LITERATURA NACIONAL. Discurso leído para su recepción en la Real Academia Española. Sesión de 30 de Abril de 1893.—Madrid, Rivadeneyra, 1893.

DICTAMEN DE LOS LETRADOS DON FRANCISCO SILVELA, DON AURELIANO LINARES RIVAS Y DON MANUEL GARCÍA PRIETO, SOBRE CONSULTA DE LA COMPAÑÍA DE FERROCARRILES DE PUERTO RICO.—Madrid, Miñón e Hijos, 1893.

INFORME ORAL EN RECURSO DE CASACIÓN INTERPUESTO A NOMBRE DE LOS TENEDORES DE OBLIGACIONES DEL EMPRÉSTITO DE LA CASA DUCAL DE OSUNA EN EL PLEITO SEGUIDO CONTRA EL BANCO DE CASTILLA Y LA CASA DUCAL.—Madrid, Fortanet, 1893.

CONTESTACIÓN al DISCURSO SOBRE FLORECIMIENTO DEL ESTILO EPISTOLAR EN ESPAÑA, LEÍDO POR DON SANTIAGO DE LINIERS PARA SU RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Sesión de 2 de Febrero de 1894.—Madrid, Fortanet, 1894.

INFORME PRONUNCIADO EN EL TRIBUNAL SUPREMO POR EL LETRADO DON FRANCISCO SILVELA EL DÍA 9 DE DICIEMBRE DE 1896, A NOMBRE DE LOS TENEDORES DE OBLIGACIONES DEL EMPRÉSTITO DE LA CASA DUCAL DE OSUNA, EN EL RECURSO DE CASACIÓN SEGUIDO CON EL BANCO DE CASTILLA Y CONTRA SENTENCIA DE LA AUDIENCIA DE MADRID.—Madrid, Fortanet, 1896.

DISCURSO LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA EL DÍA 20 DE DICIEMBRE DE 1896, PARA LA REPARTICIÓN DE PREMIOS Y SOCORROS DE LA FUNDACIÓN DE SAN GASPAR.—Madrid, Fortanet, 1896.

CÁNOVAS DEL CASTILLO.—Prólogo a un libro inédito. Publicado en *La Epoca* el 20 de Diciembre de 1897, y después en la *Revista Política y Parlamentaria* el 30 de Enero de 1900.

LIMITES ENTRE LA COLOMBIE ET LE COSTA-RICA.—EXPOSÉ PRÉSENTÉ A SON EXCELLENCE M. LE PRESIDENT DE LA REPUBLIQUE FRANÇAISE, EN QUALITÉ D'ARBITRE, PAR D. FRANCISCO SILVELA, AVOCAT DE LA LEGATION DE COLOMBIE EN ESPAGNE.—Madrid, 8 Decembre 1898. — París, Librairies-imprimeries reunies. Rue Saint Benoît, 7, 1898.

CARTA-PRÓLOGO al libro sobre EL PODER NAVAL EN ESPAÑA, escrito por D. Joaquín Sánchez de Toca.—Madrid, 1898.

MATRIMONIOS DE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1615.—Discurso leído para su recepción en la Real Academia de la Historia el 1.º de Diciembre de 1901. — Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1901.

NECROLOGÍA DE D. MANUEL SILVELA Y DE LE-VIELLEUZE, escrita mediante encargo de la Real Academia Española. — Madrid, Hijos de M. G. Hernández, 1902.

CONTESTACIÓN al DISCURSO SOBRE LA ESCUELA DIDÁCTICA Y LA POESÍA POLÍTICA EN CASTILLA DURANTE EL SIGLO XV, LEÍDO POR D. RAIMUNDO FERNÁNDEZ VILLAVERDE PARA SU RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.—Sesión de 23 de Noviembre de 1902. Madrid, M. G. Hernández, 1902.

CONTESTACIÓN al DISCURSO SOBRE LA ORATORIA, LEÍDO POR D. ANTONIO MAURA Y MONTANER PARA SU RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.—Sesión de 29 de Noviembre de 1903.—Madrid, Fortanet, 1903.

CONTESTACIÓN al DISCURSO SOBRE LOS CRONISTAS DE ARAGÓN, LEÍDO POR EL SR. CONDE DE LA VIÑAZA PARA SU RECEPCIÓN EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.—Sesión de 13 de Marzo de 1904, presidida por S. M. el Rey.—Madrid, 1904.

LOS FUEROS DE LA ARBITRARIEDAD.—Artículo publicado en la *Revista Penitenciaria* (tomo I).—Madrid, 1904.

INFLUENCIA DEL SENTIMIENTO ESTÉTICO EN LOS PUEBLOS.—Discurso leído para su recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el 20 de Noviembre de 1904.—Madrid, Fortanet, 1904.

Además, sus *Discursos parlamentarios*, cuyo índice puede fácilmente consultarse en el *Diario de las Sesiones*, han sido publicados varias veces, en ediciones especiales, por correccionarios y admiradores.

Y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en sus *Memorias* anuales ha extractado frecuentemente discursos de D. Francisco Silvela, al reseñar discusiones habidas en la Corporación sobre diversos temas.

II

Biografías y Necrologías

(Mención de algunas de ellas)

ANGEL MARÍA SEGOVIA.—Nota biográfica en *Figuras y Figurones*.
Madrid, 1877.

CONRADO SOLSONA.—Semblanza en *Semblanzas de políticos*
(tomo I).—Madrid, Fe, 1887.

ANGEL SALCEDO Y RUIZ.—*Francisco Silvela*.—Galería de contemporáneos ilustres.—Madrid, Fernando Fe, 1888.

MIGUEL MOYA Y OJANGUREN.—Semblanza en *Oradores políticos*.
Madrid, 1890.

EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO.—*D. Francisco Silvela*.—Artículo
críticobiográfico en *Nuestro Tiempo*.—Madrid, 1902.

GABRIEL MAURA Y GAMAZO.—*D. Francisco Silvela y su influencia
sobre los contemporáneos*.—Artículo necrológico en *La Lectura*.—Madrid, Septiembre, 1905.

ELOY BULLÓN.—*Silvela, historiador*.—Artículo necrológico en
Nuestro Tiempo.—Madrid, Julio, 1905.

FRANCISCO BARADO Y FONT.—Notas biográficas publicadas con su
discurso de recepción en la Real Academia de la Historia

el 27 de Mayo de 1906.—Madrid.—Patronato de huérfanos de Administración Militar, 1906.

JOSÉ MILÁ Y PI.—*Silveta moral de D. Francisco Silvela*.—Artículo publicado en *La Epoca*.—28 de Mayo de 1906.

EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.—*Necrología del Excmo. Sr. D. Francisco Silvela y de Le-Vielleuze, individuo de número que fué de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, leída ante esta Corporación en sus sesiones de 5 y 12 de Diciembre de 1905, 24 de Enero y 8 de Febrero de 1906.—Madrid, Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón, 1906.

R. ALVAREZ SEREIX.—*Silvela*.—Artículo en la *Revista Contemporánea*.—Madrid, 1907.

CONDE DE ROMANONES.—*Datos biográficos del Excmo. Sr. Don Francisco Silvela y de Le-Vielleuze*, publicados con su discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Madrid, *El Diario Universal*, 1907.

ADOLFO PONS Y UMBERT.—*Necrología del Excmo. Sr. D. Francisco Silvela*, redactada por encargo de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.—Madrid, P. Velasco, 1910.

FIDEL PÉREZ MINGUEZ.—*Francisco Silvela*.—Biografía en la serie ofrecida por la Real Academia de Jurisprudencia al Instituto de Derecho Internacional, bajo el título *Biografías de los ex Presidentes de la Academia y de los jurisconsultos anteriores al siglo XX, inscritos en sus lápidas* (tomo II).—Madrid, G. Hernández, MCMXI.

ANDRÉS MELLADO Y FERNÁNDEZ.—Discurso necrológico-crítico, leído ante la Real Academia Española en la recepción del autor.—Sesión de 5 de Mayo de 1912.—Madrid, La Editora, 1912.

ESTA COLECCIÓN SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN
«MATEU» ARTES GRÁFICAS, S. A.
EL DÍA 24 DE DICIEMBRE
DE 1923

LIBRARY U. OF I. URBANA-CHAMPAIGN



Precio: 7,50 ptas.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 098077453